NUEVA SOCIEDAD | 281

Izquierdas: crisis y renovación

COYUNTURA
José Natanson

TRIBUNA GLOBAL
Thomas Brisson / Selim Nadi

TEMA CENTRAL
Richard Seymour
Renato Miguel do Carmo / André Barata
Patrick Iber
Bhaskar Sunkara / Nicolas Allen
Göran Therborn
Gerardo Caetano
Noam Titelman
Chantal Mouffe / Samuele Mazzolini
Michel Feher / Ivan du Roy

ENSAYO
Gilles Bataillon

NUEVA SOCIEDAD
es una revista latinoamericana abierta a las corrientes
de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de
la democracia política, económica y social.
Se publica cada dos meses en Buenos Aires, Argentina,
y circula en toda América Latina.

Directora: Dörte Wollrad
Jefe de redacción: Pablo Stefanoni
Coordinadora de producción: Silvina Cucchi
Plataforma digital: Mariano Schuster, María Eugenia Corriés
Administración: Vanesa Knoop, Karin Ohmann

NUEVA SOCIEDAD Nº 281
Diseño original de portada: Horacio Wainhaus
Arte y diagramación (portada e interior): Fabiana Di Matteo
Ilustraciones: María Alcobre
Fotografía de portada: Shutterstock
Corrección: Germán Conde, Vera Giaconi
Traducción al inglés de los sumarios: Kristie Robinson

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires, Argentina

Los artículos que integran NUEVA SOCIEDAD son de exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente
el pensamiento de la Revista. Se permite, previa autorización,
la reproducción de los ensayos y de las ilustraciones, a condición
de que se mencione la fuente y se haga llegar una copia a la redacción.

NUEVA SOCIEDAD – ISSN 0251-3552
Oficinas: Humberto Primo 531, C1103ACK Buenos Aires, Argentina.
Tel/Fax: (54-11) 3708-1330
Correo electrónico: <info@nuso.org>
<distribucion@nuso.org> (distribución y ventas)

<www.nuso.org>
El portal NUEVA SOCIEDAD es una plataforma de reflexión sobre América Latina.
Articula un debate pluralista y democrático sobre política y políticas latinoamericanas.

NUEVA SOCIEDAD es un proyecto de la FRIEDRICH EBERT STIFTUNG

NUEVA SOCIEDAD
www.nuso.org

281
Mayo-Junio 2019

ÍNDICE

COYUNTURA

4516 **José Natanson.** Argentina: elecciones en tiempos de grieta 4

TRIBUNA GLOBAL

4517 **Selim Nadi.** Descentrar Occidente… ¿cómo? Entrevista a Thomas Brisson 12

TEMA CENTRAL

4518 **Richard Seymour.** «Oh, Jeremy Corbyn…». El giro a la izquierda del laborismo británico 26

4519 **Renato Miguel do Carmo / André Barata.** Portugal: ¿una socialdemocracia con futuro? 40

4520 **Patrick Iber.** El resurgimiento socialista en Estados Unidos 52

4521 **Nicolas Allen.** El socialismo estadounidense y la «izquierda de lo posible». Entrevista a Bhaskar Sunkara 71

4522 **Göran Therborn.** ¿El fin del sueño socialdemócrata en Suecia? 86

4523 **Gerardo Caetano.** Las izquierdas y la «confusión democrática» 104

4524 **Noam Titelman.** La nueva izquierda chilena 117

4525 **Samuele Mazzolini.** La apuesta por un populismo de izquierda. Entrevista a Chantal Mouffe 129

4526 **Ivan du Roy.** Por qué y cómo convertir los mercados financieros en el nuevo foco de las luchas sociales. Entrevista a Michel Feher 140

ENSAYO

4527 **Gilles Bataillon.** Claude Lefort, pensador de lo político 152

SUMMARIES

Segunda página

¿Está vigente aún el socialismo democrático como conjunto de ideas que permite aspirar a cambiar el *statu quo* e imaginar un mundo diferente? En los últimos tiempos, la imagen del futuro viene siendo colonizada por visiones distópicas, a menudo paralizantes, mientras el presente parece haberse transformado en una puja entre liberalismo proglobalización y populismo de derecha, sin lugar para una izquierda transformadora. No obstante, existen experiencias que permiten (re)pensar la izquierda, sus crisis, sus posibilidades de renovación y las articulaciones entre izquierdas «radicales» y «moderadas». Y a estas experiencias se dedica el Tema Central de este número de Nueva Sociedad.

El artículo de Richard Seymour que abre el *dossier* se enfoca en la emergencia del liderazgo de Jeremy Corbyn en el Partido Laborista, lo que constituyó un quiebre con los años de la «tercera vía» y una inédita oportunidad para la izquierda partidaria. Aunque los obstáculos son muchos, como ha quedado claro con las ambigüedades respecto del Brexit, no cabe duda de que el corbynismo se ha erigido en un movimiento político y cultural con efectos fuera del laborismo, desafió el poder de la maquinaria política y mediática conservadora y atrajo a nuevas generaciones de jóvenes a la militancia en el campo de la izquierda. Pero también existe hoy una experiencia socialdemócrata exitosa, menos conocida, en Portugal, donde, como escriben Renato Miguel do Carmo y André Barata, se conformó un gobierno del Partido Socialista con apoyo de la izquierda radical. La alianza no se sustenta en el reparto de puestos gubernamentales sino en una agenda que tuvo como meta salir de las políticas de austeridad y poner en marcha un programa económico heterodoxo que hoy atrae la atención internacional.

Y además «hay socialismo» del otro lado del Atlántico, como puede verse en las preocupaciones de la cadena Fox o en los discursos de Donald Trump, quien asegura que Estados Unidos «nunca será socialista». En efecto, el término «socialismo», hoy sin la carga de la Guerra Fría, viene concitando en el país un renovado interés, sobre todo entre los jóvenes. Como escribe Patrick Iber, «más allá de los múltiples sentidos de este significante, a menudo asociado a un Estado de Bienestar de tipo europeo, lo cierto es que la izquierda estadounidense muestra una renovada vitalidad y nuevas figuras vienen transformando el paisaje político, el Congreso y los medios de comunicación». Se trata de una corriente diversa, como explica Bhaskar Sunkara en una

entrevista de Nicolas Allen, pero con un punto de articulación en la organización Socialistas Democráticos de Estados Unidos (DSA, por sus siglas en inglés), que luego de la buena performance de Bernie Sanders en las primarias contra Hillary Clinton se nutrió de nuevas figuras populares, como la joven parlamentaria Alexandria Ocasio-Cortez (quien recientemente ha merecido un documental de la plataforma Netflix). Con un pie dentro y otro fuera del Partido Demócrata, una variedad de corrientes socialistas están construyendo una izquierda renovada y cercana a la «gente común».

Göran Therborn, a su turno, analiza un caso emblemático para la socialdemocracia global: Suecia. Pese a haber logrado mantener el gobierno en las recientes elecciones, el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores (SAP, por sus siglas en sueco) obtuvo el peor resultado desde 1911. En las últimas décadas, el Estado de Bienestar igualitario ha venido retrocediendo, se ha afianzado la contrarreforma económica, han crecido las desigualdades y la extrema derecha nacionalista y xenófoba ha capitalizado parte del descontento. Con todo, la izquierda sigue siendo una fuerza significativa, aunque necesitada de nueva energía e ideas novedosas para volver a trazar una ruta de reforma social acorde con el siglo XXI.

Por su parte, Noam Titelman analiza un caso latinoamericano de renovación de las izquierdas: la emergencia del Frente Amplio (FA) en Chile, que logró una significativa victoria con la conquista de la Alcaldía de Valparaíso. Producto de los éxitos y de los fracasos de la centroizquierda que capitaneó la transición posdictadura, esta izquierda renovada es hija de las movilizaciones estudiantiles de 2011 y busca ser realista sin perder radicalidad respecto del conformismo social al que condujo una redemocratización imbricada con el neoliberalismo, cuyas aristas más mercantilistas e injustas hoy son ampliamente cuestionadas.

Gerardo Caetano, desde Uruguay, se concentra en la sensible relación entre izquierda y democracia. El giro a la derecha en América Latina tiende a amenazar la estabilidad ya jaqueada de las democracias del continente, pero también hay autoritarismos «progresistas», lo que explica que las izquierdas de la región sean nuevamente interpeladas en profundidad por la «cuestión democrática». Entrevistada por Samuele Mazzolini, Chantal Mouffe se enfoca desde otro ángulo en la cuestión de la democracia y explicita su apuesta por un populismo de izquierda, al tiempo que promueve una visión «agonística» de la política, que recupera el conflicto pero sin abandonar la «democracia liberal», y analiza los estancamientos y las crisis de las experiencias nacional-populares latinoamericanas.

Finalmente, Michel Feher, entrevistado por Ivan Du Roy, se pregunta cómo repensar la resistencia y la construcción de alternativas que no se limiten a la nostalgia del Estado de Bienestar o la restauración del capitalismo de antaño, y presenta algunas estrategias para la izquierda en tiempos de financiarización del capitalismo. Los movimientos sociales, para Feher, deberían funcionar como una suerte de agencias de calificación crediticia. «Los inversores (...) se pronuncian todo el tiempo –de manera permanente y continua en lugar de intermitente y puntual–», dice. Y eso deberían hacer también los movimientos sociales para trasformar la realidad.

Argentina: elecciones en tiempos de grieta

José Natanson

Argentina ingresó en el año electoral sumida en una profunda crisis económica y social, y con el Fondo Monetario Internacional (FMI) monitoreando las cuentas públicas. Y a las cuestiones económicas se suma un escenario político alterado por la sorpresiva decisión de Cristina Fernández de Kirchner de girar al centro, colocar a la cabeza de la fórmula de su espacio a Alberto Fernández y reservarse para sí la Vicepresidencia. ¿Servirá esta estrategia para combatir el esfuerzo de Mauricio Macri de polarizar contra el «regreso al pasado» y el «populismo kirchnerista»?

Tras su doble victoria en las elecciones presidenciales de 2015 y en las legislativas de 2017, el gobierno de Mauricio Macri había logrado consolidar un nivel de fortaleza política y legitimidad popular que ningún líder no peronista había conseguido desde los lejanos tiempos de Raúl Alfonsín, tres décadas y media atrás. La alianza Cambiemos logró incluso imponerse en distritos históricamente controlados por el peronismo y consiguió que un candidato anodino como el ex-ministro de Educación Esteban Bullrich derrotara a la ex-presidenta Cristina Fernández de Kirchner en la crucial provincia de Buenos Aires. Pero ese apoyo duró poco y hoy, apenas un año más tarde, el macrismo rueda por el plano inclinado de la crisis a una velocidad que se acelera. Caída del PIB, aumento del desempleo y la pobreza, inflación y, marcando el pulso de todo esto, el signo de todas las crisis argentinas: el termómetro enloquecido del dólar. En este panorama, las chances de una reelección de Macri en octubre de 2019, que hasta hace un año parecían aseguradas, se van disipando, a pesar de lo cual el gobierno aún mantiene el control de la calle y la gobernabilidad.

Declive

Revisemos rápidamente la secuencia de acontecimientos que, de tan rápida, resulta difícil de recordar. En octubre

José Natanson: es periodista y politólogo. Fue jefe de redacción de *Nueva Sociedad*. Es director de *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur, de *Review. Revista de Libros* y de la editorial Capital Intelectual. Su último libro es *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha* (Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2018).
Palabras claves: crisis, grieta, kirchnerismo, Cristina Fernández de Kirchner, Mauricio Macri, Argentina.

de 2017, a dos años de su llegada al poder, el oficialismo obtuvo su segunda victoria electoral. En diciembre logró la aprobación en el Congreso de la reforma previsional, una demostración de su potencia política (al no contar con los votos suficientes, tuvo que negociar el apoyo de parte de la oposición) que sin embargo produjo un fuerte rechazo en la opinión pública[1]. En marzo de 2018 ocurrió lo que muchos analistas venían anticipando y los funcionarios escondiendo: la Reserva Federal de Estados Unidos anunció un aumento de la tasa de interés, lo que afectó a los bonos de los países emergentes y puso en cuestión la capacidad del gobierno argentino de seguir financiando el gasto con deuda. El banco de inversión JP Morgan se deshizo de sus bonos argentinos y compró dólares. Asustado, el Banco Central argentino quiso frenar la corrida vendiendo reservas, pero el mercado le torció rápidamente el brazo. Si a partir del cambio de contexto internacional la posibilidad de que Argentina accediera a los mercados voluntarios de crédito se había alejado, con los últimos acontecimientos quedaba definitivamente cerrada. Entonces Macri, que ya había cambiado el ministro de Economía, desplazó al titular del Banco Central (más tarde volvería a reemplazarlo) y finalmente el 8 de mayo anunció su decisión de buscar un apoyo del Fondo Monetario Internacional (FMI), que consiguió un mes después y que ya ha sido renegociado… tres veces.

La impericia económica demostrada durante este periodo fue notable: mientras modificaba la política monetaria una y otra vez, el gobierno vio cómo el dólar más que duplicaba su valor (pasó de 20 pesos antes de la corrida a 47 pesos al momento de escribir este artículo). La economía, que en 2017 había logrado un tibio crecimiento empujado por algunas decisiones heterodoxas adoptadas de cara al año electoral –los «brotes verdes»–, se frenó en seco. La inflación, que en una economía semidolarizada como la argentina está muy atada a las variaciones del dólar, recuperó su curva de crecimiento: cerró en 47,6% en 2018; la pobreza se disparó a 33,8% y el desempleo a 9,1% (casi 12% en el conurbano de Buenos Aires)[2]. En suma, el macrismo, que había llegado al poder con el objetivo de «normalizar», ordenar y relanzar la economía tras una década de populismo kirchnerista, observaba pasmado cómo las principales variables enloquecían.

Como señalamos en otra oportunidad[3], detrás de estas dificultades se ocultaba la mala lectura económica del gobierno, derivada a su vez de una interpretación extemporánea

1. La reforma cambió la forma de actualización de las jubilaciones establecida bajo el gobierno de Cristina Fernández.
2. Datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec).
3. Ver J. Natanson: «Mauricio Macri en su ratonera. El fin de la utopía gradualista» en *Nueva Sociedad* Nº 276, 7-8/2018, disponible en <www.nuso.org>.

del escenario internacional: en efecto, todo el programa económico descansaba en la idea de que la mera toma de posesión de un gobierno *market-friendly* y la normalización de la situación financiera del país (acuerdo con los fondos buitre, fin de las restricciones a la compra de dólares, liberación de los movimientos de capital) generarían una «lluvia de inversiones» (tal fue la metáfora meteorológica utilizada) que impulsaría el círculo virtuoso de inversión-crecimiento-empleo. La deuda financiaría esta transición. Pero esto no se verificó en la práctica: a diferencia de la otra experiencia neoliberal argentina, la de los tempranos años 90, el contexto global, marcado por la ralentización del comercio internacional y las decisiones proteccionistas adoptadas por varios países, desalentó la llegada de inversiones extranjeras, salvo las financieras y solo durante un tiempo.

El gobierno se encuentra hoy en el peor de los mundos. Con una economía deprimida que mes tras mes le regala malas noticias, sus pronósticos de que en poco tiempo se sentirán el rebote y los efectos positivos de la devaluación han ido perdiendo credibilidad, tal como demuestran las encuestas de expectativas y confianza[4]. El acuerdo con el FMI, además de una sensación de *déjà vu* que revive los peores recuerdos de la crisis de 2001, incluyó una serie de condicionalidades durísimas que obligaron a Macri a dejar de lado la «utopía gradualista», como definió el ajuste en cámara lenta implementado en los primeros dos años, y pasar a un rústico programa de ajuste monetario y recortes fiscales que solo contribuyó a profundizar la recesión y el deterioro social. La obra pública, una de las pocas políticas valoradas por la sociedad, se redujo hasta casi desaparecer, y cualquier posibilidad de desplegar una política expansiva fue sencillamente anulada.

Pese a ello, el macrismo ha logrado renegociar con el FMI una ampliación de los recursos para programas sociales e incluso, en una dirección contraria a lo que establece el estatuto del organismo y a lo que piensa su *staff*, consiguió el aval para utilizar las reservas reforzadas por el préstamo para intervenir en el mercado cambiario y evitar aumentos bruscos del dólar: sucede que el organismo tomó nota de la fragilidad de un gobierno al que considera la última barrera contra el regreso del populismo kirchnerista y parece decidido a hacer lo posible por sostenerlo. Fue decisiva en este aspecto la posición del gobierno estadounidense que, más allá de las cuestiones financieras, ha encontrado en Macri un aliado importante en una región en la que aumenta la influencia de China y Rusia.

4. Centro de Investigación en Finanzas, Universidad Torcuato Di Tella: «Índice de confianza del consumidor» en <www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido=2573&id_item_menu=4985>.

En todo caso, el acuerdo de asistencia financiera con Argentina es el más importante de la historia del FMI y supera todos los demás acuerdos vigentes sumados. Si una persona le debe 100 dólares a un banco el problema es del deudor, pero si le debe 100 millones el problema es del banco: bajo este apotegma, el gobierno de Macri confía en que el organismo no le soltará la mano, al menos hasta las elecciones.

La relación con el FMI es la última cuerda que sostiene al gobierno, cuya debilidad política resulta inocultable. Frente a la dificultad para mostrar avances socioeconómicos concretos, frente a la imposibilidad de ofrecer a la sociedad una sola conquista material, el macrismo –que se presentó como un grupo de gerentes llamados a refundar el Estado con parámetros de eficiencia y transparencia– se vio obligado a recalcular. Con las elecciones cada vez más cerca, dejó de lado el discurso económico para exhibir sus supuestos logros en materia de lucha contra la inseguridad y el narcotráfico, al tiempo que enfatizaba temas y señales relacionados con las instituciones y la corrupción. La perspectiva en que se inscribe este discurso es un clásico de la política argentina: el antiperonismo tradicional, enfatizado por el gobierno con su llamado a recuperar las instituciones de una decadencia cuyo inicio coincide con el día en que Juan Perón irrumpió en la vida pública nacional. En este marco, el discurso oficial pasó de los programas, las medidas y los datos a una serie de vaporosas alusiones al «cambio cultural» y los «valores profundos». Macri sostiene por estos días que la economía está mal pero que estamos «mejor parados» que antes. Pero la sociedad no parece dispuesta a comprar sin más este monorriel de *Los Simpson*, tal como vienen mostrando las encuestas.

La estrategia oficial enfrenta hoy un escenario imprevisto. La decisión de Cristina Fernández de elegir como candidato a presidente a Alberto Fernández –una figura «dialoguista», más cercana al establishment y a la estructura del peronismo tradicional, y asociada al gobierno de Néstor Kirchner– y reservarse para ella la Vicepresidencia alteró el paisaje político nacional. Nadie anticipó este paso. Hay que esperar ahora para ver el resultado de la sorpresiva decisión de la ex-presidenta, que apunta a ofrecer a la sociedad una fórmula encabezada por un dirigente moderado y aperturista y, a la vez, retener el caudal de votantes kirchneristas. Este «giro al centro» de Cristina Fernández apunta a vaciar cualquier posibilidad de construcción de un espacio peronista alternativo, y aunque al cierre de esta nota todavía no se conocían encuestas, tiene chances de fortalecer la oposición al macrismo. En caso de resultar elegido, Alberto Fernández podría encabezar un gobierno de diálogo y concertación, que construya un acuerdo social amplio que permita enfrentar desde

una base más sólida los enormes problemas socioeconómicos que heredaría de la gestión actual.

Gobernabilidad

A pesar del declive económico y la debilidad política, el gobierno ha logrado –hasta el momento– sostener la gobernabilidad. ¿Por qué la sociedad no estalla, como ocurrió otras veces en el pasado? ¿Por qué la crisis no se traduce en un movimiento de protesta a la altura del sufrimiento social? La primera explicación radica en el legado del kirchnerismo, que dejó como herencia una economía que había crecido poco en los últimos años pero que aún mostraba cierto dinamismo, un mercado laboral estancado pero con bajos niveles de desempleo y una reducción importante de la informalidad, junto con una historia reciente de bienestar y consumo que les había permitido a muchas familias capitalizarse (comprando autos, electrodomésticos, vivienda, etc.).

El segundo motivo es territorial. Argentina es un país con una enorme heterogeneidad regional y productiva. Así, en el marco de una recesión general, con caídas especialmente graves en las periferias más dependientes de la actividad industrial, ciertas zonas y unas pocas actividades logran mantenerse a flote: la zona núcleo, una vasta extensión que abarca varias provincias y donde se afinca la ultracompetitiva «economía de la soja»; las provincias cordilleranas que se benefician del auge de la minería; algunas regiones con cultivos reimpulsados por la devaluación (arándanos y limones en el Norte, por ejemplo); y el *boom* hidrocarburífero en el yacimiento no convencional de Vaca Muerta, que ha convertido la zona que lo rodea en un «mini Kuwait» patagónico. Ninguno de estos sectores, que por otra parte son intensivos en capital y generan poca demanda de mano de obra, alcanza a compensar el deterioro general, pero sí ayudan a explicar por qué la crisis no se distribuye del mismo modo en todo el territorio.

La tercera explicación son las políticas sociales. El gobierno de Macri decidió sostener el entramado social construido por el kirchnerismo. Aunque algunos programas fueron desmantelados y las prestaciones sufrieron una reducción en términos reales, el Estado pagaba todos los meses 8,4 millones de jubilaciones, 5,1 millones de asignaciones familiares y 3 millones de subsidios en el marco de la Asignación Universal por Hijo. Al mismo tiempo, la alianza táctica con los movimientos sociales –aquellos que, en palabras de uno de sus líderes, tienen como una única mercancía para vender la «paz social»– le provee al gobierno antenas hacia los sectores más desprotegidos, un sistema de alerta temprana que hasta ahora viene funcionando, lo cual garantiza una relativa calma en los barrios más castigados por la inflación, la recesión y

el achique de la economía informal. El macrismo aprendió de la crisis de 2001 que parte de su trabajo consiste en garantizar una protección mínima para los sectores más vulnerables y mantener un diálogo fluido con las organizaciones sociales.

De manera complementaria, se viene produciendo un fenómeno que podríamos definir como una individuación de la bronca. El malestar social que produce la crisis se desplaza del espacio público. No se expresa abiertamente ni logra articularse políticamente; cada vez más se tramita, silenciosa pero dolorosamente, en privado. Esto se comprueba en el aumento de la violencia intrafamiliar y en la escalada de pequeños conflictos callejeros sin sentido que rápidamente terminan en pelea violenta, lo que resulta especialmente grave en un contexto en el que abundan las armas de fuego. El consumo de drogas, psicofármacos y alcohol se ha disparado. El Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA) viene advirtiendo sobre la profundización de lo que llama la «pobreza invisible», aquellos aspectos de la miseria que las estadísticas no logran capturar: el «malestar subjetivo», materializado en síntomas frecuentes de ansiedad y depresión, que afecta a una mayoría –63,9%– de los pobres[5]. Esta crisis de los estados de ánimo, que no es solo psicológica sino también social, se refleja no ya en el estrés típico de la clase media sino en lo que el mismo estudio llama el «sentimiento de afrontamiento negativo», definido como el «predominio de conductas destinadas a evadir ocasiones para pensar en la situación problemática sin realizar intentos activos por tratar de resolverla». En otras palabras, una posición de agotada impotencia, de brazos caídos, que se completa con otro síntoma extendido: la «creencia de control externo», en referencia a personas que sienten que su vida y su destino están más allá de lo que hagan (o no hagan).

¿Cuándo una crisis económica y social se traduce en un estallido y eventualmente en una crisis política? Los criterios objetivos para definir una crisis económica (tanta inflación, tanta recesión), social (tanto desempleo, tanta pobreza) y política (tanta legitimidad) deben combinarse con una mirada más cultural, que dé cuenta de la percepción social de lo que está ocurriendo. Niveles de inflación que en Alemania se considerarían una catástrofe pueden resultar normales en un país como Argentina. La caída de un presidente puede ser leída como un trauma gravísimo o como parte del juego normal de una democracia vibrante. ¿Cuándo una sociedad percibe la crisis? ¿Cuándo comienza a interpretar su realidad cotidiana en términos de crisis? Con

5. Agustín Salvia y Solange Rodríguez Espíndola: «Malestar subjetivo (2010-2018). Asimetrías sociales en los recursos emocionales, afectivos y cognitivos», Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA, 3/2019.

tres antecedentes dramáticos en menos de 35 años (la crisis de la deuda de 1982, la hiperinflación de 1989 y el estallido de 2001), la sociedad argentina parece dispuesta a esperar un repunte de la economía o al menos que las elecciones abran nuevas expectativas. Las elecciones no son solo un mecanismo para elegir gobernantes, sino también una vía para moderar y canalizar las angustias sociales.

La herencia positiva del kirchnerismo, la heterogeneidad productiva de Argentina y la política social han logrado evitar que la crisis ponga en juego la gobernabilidad. A esto se suma el hecho de que ningún actor político relevante, ni siquiera los sectores más fuertemente opositores al gobierno de Macri, buscan de manera premeditada producir una situación de caos, conscientes de las consecuencias brutales que esto tuvo cuando ocurrió en el pasado: los alcaldes kirchneristas de los distritos más castigados del conurbano bonaerense, por ejemplo, cooperan de manera permanente con los gobiernos provincial y nacional en la distribución de la ayuda social y la prevención de eventuales situaciones de conflicto social.

La grieta

El panorama político argentino se encuentra congelado desde hace aproximadamente una década, cuando el feroz conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández y los productores agropecuarios en 2008 dio forma a una configuración de poder que, más allá de victorias y derrotas electorales, mayorías ocasionales y cambios en el humor de la sociedad, se prolonga hasta hoy. Básicamente, en Argentina conviven dos minorías intensas, ambas dotadas de un liderazgo, un conjunto de dirigentes que lo siguen, el apoyo de un sector de los medios de comunicación y un núcleo duro irreductible de adhesión social de alrededor de 30%. El problema es que ambas fuerzas encuentran serias dificultades para trascender su primer anillo de apoyos y construir coaliciones más amplias y permanentes. Eso es justamente lo que en Argentina se denomina «la grieta»: la capacidad de un gobierno de sostenerse a partir del apoyo de una minoría intensa, lo que le permite retener el poder, e incluso ganar elecciones, pero no emprender reformas profundas y sostenibles, sean de izquierda o de derecha. Las dificultades de Cristina Fernández para concretar sus últimas iniciativas (democratización de la justicia, implementación de la Ley de Medios) y del macrismo para las suyas (reforma laboral, tributaria, previsional) así lo demuestran.

Dado que ambas fuerzas son minoritarias, la posibilidad de que emerja una opción «ni kirchnerista ni macrista», capaz de terciar en este escenario de polarización, morder las partes blandas de ambos espacios y consolidarse como alternativa de cara a las elecciones parecería, en una primera mirada, posible. De hecho, es el

camino que en el pasado intentó el titular del Frente Renovador, Sergio Massa, y que hoy ensayan otros dirigentes provenientes del peronismo no kirchnerista, incluyendo a algunos de los gobernadores más importantes y a buena parte del sindicalismo, en torno de la candidatura del ex-ministro de Economía Roberto Lavagna, un dirigente moderado, que cuenta con el antecedente de haber gestionado exitosamente la economía en los meses calientes posteriores a la crisis de 2001 y que ha manifestado su intención de encabezar una coalición «post-grieta» que reúna el apoyo de parte del peronismo, de sectores de centroizquierda de la Unión Cívica Radical disconformes con mantener la alianza Cambiemos, de expresiones provinciales importantes como el Partido Socialista y de ciudadanos independientes. El problema es que las encuestas coinciden en que la figura de Lavagna –al igual que las del resto de los posibles candidatos de esta «tercera vía»– todavía se mantiene lejos de las de Macri y Fernández de Kirchner.

La carrera electoral argentina es una maratón que comenzó en abril, cuando empezaron a disputarse las elecciones provinciales, y tiene sucesivos hitos en los comicios distritales, la inscripción de listas en junio, las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) de agosto, la primera vuelta del 27 de octubre y, eventualmente, el balotaje de noviembre. Aunque las cosas pueden cambiar, las encuestas coinciden en que el macrismo y el kirchnerismo serán los protagonistas de este proceso. Sucede que la configuración política en torno de estos dos núcleos duros no es una monstruosidad ni un invento, sino la expresión de sectores importantes de la sociedad. El macrismo, heredero de la tradición liberal-republicana, representa a las capas medias antiperonistas, las sensibilidades conservadoras y el espíritu antiestatista de los núcleos más dinámicos de la economía agropecuaria y de servicios. El kirchnerismo, reedición en clave del siglo XXI del peronismo de izquierda y versión argentina del giro a la izquierda latinoamericano, expresa a sectores populares y a ciertas franjas de la clase media, conecta con la tradición progresista y respira sobre todo en las periferias empobrecidas de las grandes ciudades y en las provincias castigadas del Norte. Ambos representan algo, y todo indica que uno de ellos terminará imponiéndose al final de este año extenuante.

Descentrar Occidente… ¿cómo?

Entrevista a Thomas Brisson

Selim Nadi

¿Cómo se construyeron los pensamientos poscoloniales? ¿Qué tipo de crítica a Occidente producen? ¿Qué universalismo alternativo proponen? A responder estas preguntas se aboca el libro *Décentrer l'Occident. Les intellectuels postcoloniaux, chinois, indiens et arabes, et la critique de la modernité*[1] [Descentrar Occidente. Los intelectuales poscoloniales, chinos, indios y árabes y la crítica de la modernidad] de Thomas Brisson, profesor en la Universidad París 8 e investigador asociado en el Instituto Francés de Investigación sobre Japón en Tokio. Mucho más que un simple mapeo de los pensamientos poscoloniales, este libro ofrece una sociología de sus principales autores desde una mirada transnacional y reponiendo la diversidad del pensamiento poscolonial más allá de unos pocos «grandes libros».

¿Cómo nació la idea de escribir Décentrer l'Occident*? ¿Podría referirse al contexto intelectual francés de recepción de los estudios poscoloniales?*

La idea nació un poco por casualidad. Estuve dando clases en una universidad en Asia durante varios años. Buscaba entonces un tema de investigación sobre ese campo cultural y político que conocía muy poco. Me topé con los pensadores neoconfucianos, intelectuales chinos instalados en Estados Unidos; uno de mis intereses, muy pragmático, era que sus textos estuvieran en inglés y, por ende, fueran fácilmente accesibles para mí. Rápidamente, el parecido con intelectuales sobre los cuales ya había trabajado y conocía mejor –los intelectuales árabes en Francia o EEUU– resultó asombroso. Esas mujeres

Selim Nadi: es doctorando del Centro de Historia del Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences Po) / Universidad Bielefeld. Participa de los comités editoriales de las revistas *Période* y *Contretemps*.
Palabras claves: estudios poscoloniales, intelectuales, modernidad, transnacionalidad, Occidente.
Nota: la versión original en francés de esta entrevista fue publicada en *Contretemps*, 4/12/2018, con el título «Décentrer l'Occident». Traducción de Gustavo Recalde.
1. La Découverte, París, 2018.

y esos hombres presentaban trayectorias sociales relativamente comparables; por otra parte, todas y todos habían desarrollado formas de intervención intelectual crítica similares. De todo eso surgió la idea de un trabajo de terreno comparativo sobre el desplazamiento de los intelectuales poscoloniales a Occidente y, finalmente, de la obra publicada por La Découverte.

El hecho de abordar ese campo de investigación lejos de Francia me permitió tomar un poco de distancia respecto de la recepción francesa de los estudios poscoloniales que tuvo, digamos alrededor de los años 2000-2010, cambios apreciables. Fue en ese momento cuando se tradujeron algunos grandes textos, como *Al margen de Europa* de Dipesh Chakrabarty[2], y otros (de Edward Said, Gayatri Spivak) se tradujeron nuevamente o se conocieron mejor. Fue también cuando se publicaron varios números de revistas u obras sobre el tema, a veces surgidas de coloquios importantes. Pero fue también en esa ocasión cuando se hicieron oír algunas voces opuestas a los *postcolonial studies* [estudios poscoloniales]. Ahora bien, estas eran a menudo las de reconocidos intelectuales, que trabajaban desde hacía mucho tiempo por una mejor comprensión de los mundos no occidentales –pienso en Jean-Loup Amselle y Jean-François Bayart, entre otros–, es decir, investigadores cuyo trabajo abría numerosos caminos para reflexionar sobre las consecuencias de la colonización.

Fue además esta paradójica situación –la presencia importante de especialistas franceses de los antiguos mundos coloniales escépticos en cuanto a las presuposiciones de los estudios poscoloniales estadounidenses– la que me parece que explica muchas polémicas y malentendidos que marcaron la recepción francesa.

¿Qué aporta, para usted, un enfoque de la sociología política a los estudios poscoloniales? ¿Por qué su decisión de interesarse más específicamente en la sociología de los intelectuales poscoloniales?

Hay dos maneras de responder a su pregunta, según se considere esa sociología de los intelectuales poscoloniales ante todo en el campo de la sociología política, o bien como un aporte a la recepción de los estudios poscoloniales en Francia, a la que aludía su pregunta anterior. Para comenzar por este segundo punto, espero que la obra pueda aportar una forma de distanciamiento, autorizada por las herramientas que nos proveen las ciencias sociales y que nos recuerdan cuán importante es tener en cuenta trayectorias precisas, temporalidades complejas, al igual que las relaciones de fuerza o simplemente las múltiples negociaciones y ambigüedades que conforman la trama de la vida sociopolítica cotidiana.

2. Tusquets, Barcelona, 2008.

En mi opinión, eso debería permitir promover el debate y evitar las reacciones un tanto epidérmicas y automáticas que se multiplicaron sobre el (pos)colonialismo en Francia.

Por ejemplo, hacer un recorrido por las trayectorias intelectuales de los grandes nombres de los estudios poscoloniales permite ver que estos no han sido siempre los turiferarios de esta hiperradicalidad que unos alaban y otros adoran detestar. Gayatri Spivak, Edward Said y muchos otros fueron durante largo tiempo –además– intelectuales «ortodoxos», grandes conocedores de la música clásica o de escritores que figuran en el panteón de la literatura occidental. *Se volvieron* (más que *fueron*) intelectuales críticos en cierto momento de sus carreras, sobre la base de debates y posicionamientos institucionales que es necesario poder describir con precisión.

Tal como lo recuerda justamente Jean-Louis Fabiani, son los debates los que hacen a los intelectuales (y no los intelectuales los que hacen los debates...), ya que en esas ocasiones uno construye un nombre, es llevado a radicalizar sus argumentos, a tomar posiciones firmes que antes solo estaban latentes, etc. Es exactamente lo que sucede con los estudios poscoloniales: están lejos de ser la tradición monolítica, reductible a un conjunto compartido de tesis, que uno tiende a veces a representarse. Hacer un recorrido por los debates y las trayectorias permite darles todo su lugar a voces múltiples, a las dudas, al hecho de que los propios intelectuales poscoloniales están lejos de coincidir entre sí (uno se olvida de la virulencia de los intercambios entre los intelectuales indios, por ejemplo). Simplemente, eso permite recordar que nadie dice lo mismo en diferentes momentos de su vida, en un mitin político en Jerusalén o Calcuta o en un seminario erudito en Nueva York o Singapur, etc.

Esta puede parecer una idea bastante simple, pero arroja una nueva luz sobre las producciones poscoloniales: durante la primera parte de sus carreras, muchos intelectuales estaban comprometidos en direcciones de investigación diferentes y en última instancia clásicas (Spivak y Said, respectivamente especialistas en William Butler Yeats y Joseph Conrad, serían bastante representativos de esta tendencia); muchos, también, son aquellas y aquellos que expresaron reservas respecto de estudios poscoloniales que, al institucionalizarse, perdieron su vivacidad crítica y heurística original para transformarse en un discurso más convencional. Finalmente, esta atención a las trayectorias y transformaciones inducidas por el tiempo histórico, que es el abecé de la sociología política, permite tal vez complejizar el cuadro de los estudios poscoloniales que, cuando se los critica, se reducen a una o dos obras (*Orientalismo*[3] de Said o bien la

3. Libertarias, Madrid, 1990 (edición original: 1978).

mencionada *Al margen de Europa* de Chakrabarty), mientras que, en esos autores o en otros, se encuentran numerosas tesis que van mucho más allá del resumen que se hace de ellas.

Volviendo brevemente al primer punto –qué podría aportar esta vez una obra sobre los intelectuales poscoloniales a la sociología política–, pienso que mi libro se inscribe en una serie de trabajos más amplios sobre las cuestiones transnacionales. Para decirlo rápidamente, gran parte de los teóricos clásicos de la sociología y las ciencias políticas pensaron sus objetos en una perspectiva nacional –este sería en gran medida el caso de Pierre Bourdieu, cuyos trabajos contribuyeron considerablemente a moldear nuestra concepción de los campos intelectuales y de quien tomé algunas herramientas de análisis–. Ahora bien, hoy se dirige una atención mucho mayor a lo que erosiona ese marco nacional y cuestiona la imagen de sociedades nacionales contenidas en fronteras políticas y culturales claramente definidas. ¿En qué se transforma nuestra concepción de los intelectuales (como de otros fenómenos sociopolíticos) cuando se la reubica en una perspectiva global? Los trabajos sobre los exilios intelectuales ya habían introducido una cuña; aquellos sobre la (pos)colonia continúan esta tendencia, recordando en qué medida muchos intelectuales «franceses» están ligados a los mundos árabes, musulmanes, africanos, etc.

La idea es un poco más evidente en EEUU, ámbito sobre el cual trata la mayor parte de la obra, ya que el multiculturalismo es una noción clave de la fábrica política estadounidense desde fines de los años 70; pero aquí también me parecía interesante ver cómo la idea de nación se volvió mucho más inestable a medida que se multiplicaban lo que Arjun Appadurai denominaba «paisajes ideológicos» (*ideoscapes*), es decir, espacios de intercambios culturales y políticos globalizados, que permiten una difracción sin precedentes de las lealtades y las identidades. Precisamente porque este fenómeno puede ser mejor comprendido fuera del discurso de celebración sobre la hibridez global –un discurso tan simpático como parcial y poco explicativo–, me parece que una sociología de los intelectuales poscoloniales contribuye a replantear el problema de manera más sencilla: ¿cuáles son los espacios de circulación globales de las ideas, y de las mujeres y los hombres que las sostienen? ¿De qué recursos hay que disponer para circular allí? ¿Con qué asimetrías se estructuran estos espacios? ¿Qué relaciones mantienen con un capitalismo a su vez globalizado o con espacios nacionales, a la vez amenazados y robustos?

¿Por qué decidió, en una obra sobre los intelectuales poscoloniales, cruzar tradiciones tan diferentes como el neoconfucionismo chino, los estudios subalternos indios o incluso los estudios poscoloniales árabes?

¿Y cómo explicar que esas corrientes se hayan desarrollado en EEUU*, en un contexto de diáspora?*

La idea me vino precisamente porque buscaba una manera más sistemática de hacer una sociología de los intelectuales poscoloniales. Los neoconfucianos chinos, en efecto, no se colocan en absoluto bajo la etiqueta del «poscolonialismo», y aquellos con quienes conversé se sorprendían mucho cuando les presentaba el proyecto bajo la forma de una investigación sobre los intelectuales *poscoloniales*.

Es preciso señalar que la denominación «intelectual poscolonial» puede tener sentidos sensiblemente diferentes. En sentido estricto, agrupa a los intelectuales que crearon o participaron de los estudios poscoloniales desde la década de 1980 –esencialmente indios (algunos historiadores, que integraban el colectivo de investigación de los *subaltern studies* [estudios subalternos]) y árabes (Said, principalmente)–, todos instalados en EEUU o en estrecho contacto con el espacio universitario anglosajón. Pero en un sentido más amplio, tal como funciona en mi libro, esta misma denominación designa a todos los intelectuales no occidentales que estuvieron expuestos a los imperialismos de Occidente y que intentaron pensar sus consecuencias (epistemológicas y políticas, en primer lugar). Es posible pues imaginar que muchos intelectuales africanos, sudamericanos, musulmanes, asiáticos, etc., estén agrupados bajo esta denominación un poco vaga, aun cuando, una vez más, no se ubiquen detrás de la barrera de los «estudios poscoloniales» en sentido estricto.

Ahora bien, la ligera vaguedad de esta denominación era precisamente lo que permitía ver ciertas cosas o plantear cuestiones nuevas. Autorizaba, por ejemplo, la comparación que usted señala, relativamente contraintuitiva a primera vista, al ser los perfiles de estos intelectuales tan diferentes. En efecto, los poscoloniales indios y árabes están en una línea radical neo o posmarxista (la filiación a menudo señalada con Antonio Gramsci, aunque sea exagerada, según mi opinión, sería una señal de ello); por otra parte, se alimentan de la filosofía francesa (Jacques Derrida, Michel Foucault, etc.) y dirigen una gran atención a los estudios literarios y a la textualidad como lugar de dominación. La radicalidad intelectual y política está, en ellos, perfectamente asumida, más aún cuando tiene lugar en el contexto de las reformas neoliberales de Ronald Reagan, que denuncian fuertemente.

Inversamente, los neoconfucianos, muchos de los cuales huyeron de la República Popular China, son muy desconfiados respecto de las utopías políticas. El capitalismo es, para ellos, una realidad que se puede intentar, desde luego, civilizar, pero que no condenan como tal (una parte del movimiento

neoconfuciano se creó incluso para pensar las consecuencias de la modernidad y el poder de Asia cuando el continente, a partir de la década de 1970, se impuso como un importante aliado de la economía capitalista global). Los neoconfucianos son pues liberales (en el sentido político anglosajón del término) y sus referencias se encuentran del lado de la filosofía política norteamericana (John Rawls, Charles Taylor, Alasdair MacIntyre, etc.) con la que discuten (a veces de manera crítica). En síntesis, sería muy difícil encontrar aquello que acerca a filósofos chinos liberales, interesados en una revivificación de la antigua tradición imperial del confucionismo, a intelectuales radicales indios y árabes, deseosos en cambio de continuar la crítica tercermundista en un momento en que esta patinaba frente a un capitalismo cada vez más mundializado.

Sin embargo, surgían varias convergencias cuando se observaban, a través del prisma de la sociología política, sus trayectorias. Todas y todos habían sido educados –desde su infancia en China, en la Palestina mandataria o en la India colonial– en las lenguas y los saberes de los europeos; todas y todos habían luego emigrado a Occidente –a Europa, pero sobre todo a EEUU, que en los años 60 destronó a las antiguas metrópolis coloniales (Londres, París, Ámsterdam, etc.) en lo que respecta a la recepción de estudiantes provenientes de los antiguos territorios dominados–. Instalados en Occidente, estas mujeres y estos hombres comenzaron carreras intelectuales clásicas, que a menudo no tenían ninguna relación con sus mundos de origen. Pero en los años 70 una serie de rupturas biográficas los llevó a darle cada vez más importancia a una «identidad» no occidental que antes habían cuidadosamente eufemizado.

Esta tendencia correspondió al momento en que los espacios académicos estadounidenses se abrieron a la cuestión de la «diferencia»: porque los campus aparecían como los lugares centrales donde se moldeaban las diferencias con la norma dominante (en los departamentos de estudio de género, de *gay studies*, *black studies*, etc.) y, al mismo tiempo, porque la sociedad estadounidense en su conjunto evolucionó hacia el reconocimiento de una forma de «pluralismo voluntario» (es decir, la posibilidad dada a los ciudadanos de dar importancia a sus orígenes diversos: afroestadounidenses, italoestadounidenses, sinoestadounidenses, etc.). Los intelectuales poscoloniales se encontraban pues involucrados en un movimiento más vasto de politización de la identidad, en el que participaron activamente a través de los recur*sos* simbólicos que les daban sus saberes, sus posiciones en universidades a menudo prestigiosas, sus conexiones diaspóricas, su capacidad para convertirse en portavoces de comunidades migrantes, etc.

En síntesis, lo que revelaba la comparación entre los neoconfucianos chinos y los poscoloniales indios y árabes era hasta qué punto la experiencia del desplazamiento, la distancia o incluso el exilio desempeñaba un papel fundamental en la crítica de un mundo centrado en Occidente y, al mismo tiempo, en la reinvención (en un sentido no peyorativo del término) de identidades múltiples y globales. Fue porque todos esos intelectuales no occidentales se instalaron en Occidente por lo que pudieron cuestionar su preeminencia (según modalidades desde luego diversas) y criticarla. Desde este punto de vista, el *desplazamiento físico* inducido por el alejamiento de su mundo de origen es solidario con una capacidad para *desplazar* los marcos generalmente aceptados para pensar lo real (es decir, para cuestionar lo que va de suyo y, por ende, producir crítica).

A su modo, la obra continúa pues con una vieja línea de trabajo (la que hace de los «laboratorios de la emigración» los lugares donde se recrea la diferencia política); pero lo hace vinculando esta cuestión a la (más específica) de la crítica: guste o no, la crítica hoy, así como adquiere las formas clásicas de la denuncia de las desigualdades socioeconómicas y las (más recientes) de las relaciones de género e intersexualidad, integró la cuestión de la diferencia cultural (bajo todos sus aspectos, incluso los de la religión o los procesos de racialización).

En Postcolonial Theory and the Specter of Capital [Teoría poscolonial y el espectro del capital][4]*, Vivek Chibber reprocha a los estudios subalternos, entre otras cosas, «resucitar el orientalismo» atribuyendo a Occidente «la ciencia, la racionalidad, la objetividad y otras propiedades similares, en lugar de considerarlas como elementos comunes a ambas culturas». ¿Qué piensa de esta crítica?*

Es preciso ante todo señalar que Chibber[5] no es el primero en formular esta crítica a los estudios poscoloniales: algunos autores –Arif Dirlik en EEUU, François Pouillon o Alain Roussillon en Francia– ya habían señalado lo que consideraban como un posible desvío de los estudios poscoloniales hacia un neoorientalismo. Las críticas más filosas emanaron incluso de intelectuales que estuvieron a veces muy cerca del proyecto subalterno/poscolonial en sus comienzos: es el caso de Sumit Sarkar, quien escribió en las primeras publicaciones colectivas de los estudios subalternos, antes de diferenciarse radicalmente del giro (que considera posmoderno y culturalista) tomado por los trabajos de sus colegas indios, una vez que estos se instalaron en EEUU. Sarkar considera así que la influencia de Said y los estudios literarios/culturales hizo que los trabajos poscoloniales indios

4. Verso, Londres, 2013.
5. Ver Matthieu Renault y Félix Boggio Éwanjé-Épée: «Que faire des postcolonial studies? À propos de Vivek Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*» en *Période*, 8/12/2016.

perdieran de vista las complejidades de la historia social y homogeneizaran las tradiciones y las culturas indígenas de una manera que recuerda la mirada orientalista y colonial más clásica. (A modo de anécdota, su nombre fue completamente borrado de las antologías y las historias oficiales que los integrantes del colectivo de los estudios subalternos y poscoloniales produjeron sobre el movimiento, lo que, para historiadores que pretenden exhumar la voz de aquellos que el poder relegó al silencio y al olvido, resulta bastante irónico).

Señalando pues que Chibber no es el primero en plantear la cuestión, ¿qué puede decirse de su crítica? Una vez más, el problema es que muchos cuestionamientos a los estudios poscoloniales actúan de manera muy globalizadora cuando tienen en realidad uno o dos textos específicos en la mira (sin decirlo nunca explícitamente). Ahora bien, lo que pueda decirse de tal o cual argumento, en tal o cual texto, es a menudo refutado o matizado en otro texto, a veces del mismo autor. Me parece importante reiterar en qué medida los estudios poscoloniales carecen de la homogeneidad que les atribuyen sus adversarios (pero también muchos de aquellos que se identifican con ellos).

Así, la crítica sería justa seguramente solo respecto a ciertos textos –incluso algunos del fundador de los estudios subalternos, Ranajit Guha, en los que pudo mostrarse que se «fabricaba» un sujeto subalterno homogéneo que recordaba curiosamente las especulaciones orientalistas sobre la «personalidad» o la «conciencia» indias–. Pero el mismo Guha supo escuchar las críticas y varios de sus textos posteriores buscaron plantear la cuestión de otro modo. Desde luego, otros textos construyen una dicotomía entre las categorías «indio» y «occidental» y suele recordarse que uno de los investigadores cuya carrera había comenzado siguiendo los pasos de los estudios poscoloniales se acercó luego a la extrema derecha hindú, que abreva en cambio alegremente en una argumentación esencialista y neoorientalista. Pero no debería olvidarse que esa misma extrema derecha amenazó (a veces, físicamente) a muchos investigadores de los estudios subalternos/poscoloniales, y que estos, que permanecieron en su mayoría muy comprometidos con la izquierda, explicaron extensamente el uso estratégico que había que hacer de las grandes categorías del orientalismo para deconstruirlas mejor.

Con respecto a la cuestión más particular de que los estudios poscoloniales pondrían paradójicamente la ciencia y la racionalidad del lado de Occidente, me parece que la mejor respuesta a esta crítica se encuentra en la obra de Gyan Prakash titulada *Another Reason: Science and the Imagination of Modern India*[6]. Prakash

6. Princeton UP, Princeton, 1999.

muestra en primer lugar cómo muchas disciplinas científicas europeas «modernas» y «racionales» se crearon en un contexto colonial, con el aporte decisivo de los eruditos locales. Dicho esto, es verdad que su obra va más lejos y se pregunta sobre la manera en que, en las colonias, ciencia y razón fueron sometidas a una forma de torsión y travestismo (de ahí el título de la obra). Pero no estoy seguro de que eso quiera decir que la ciencia es occidental y la irracionalidad oriental, tal como lo supone Chibber. En primer lugar, porque lo que describe Prakash es del orden de una relación de poder (Occidente niega a los colonizados la razón que pretende encarnar). Y, sobre todo, porque la reflexión de Prakash conduce a cuestionar la idea de que existiría una racionalidad moderna y occidental homogénea y coherente.

Una manera teóricamente más interesante, o en todo caso más generosa, de leer los estudios poscoloniales consistiría en hacerlos dialogar con lo que Bruno Latour muestra sobre el modo en que la ciencia occidental formateó lo «moderno» y sus múltiples aporías. Así, podría respondérsele a Chibber que lo que ambas culturas comparten no es seguramente *una* ciencia o *una* racionalidad común, sino una manera de interrogar lo real sobre la cual la huella dejada por el Occidente moderno debe volver a interrogarse.

En la parte de su obra dedicada a Orientalismo *de Edward Said, usted señala que «la visión crítica que Said adopta sobre el orientalismo plantea la imposibilidad de aislar el campo del saber del campo del poder, al estar ciencia y política indisociablemente mezcladas». Es interesante que, el mismo año de la publicación de la traducción francesa del libro de Said (1980), un intelectual francés como Maxime Rodinson, reconociendo la calidad del trabajo de Said, señalaba el riesgo de que «llevando al límite ciertos análisis y (...) la formulación de Said, se cae en una doctrina muy similar a la teoría zhdanoviana de las dos ciencias»*[7]*. ¿Qué piensa de la evolución de los estudios poscoloniales desde* Orientalismo*?*

La referencia a Rodinson es tanto más interesante cuanto que este fue uno de los primeros intelectuales franceses en comprometerse, tras la Guerra de Argelia, para que la voz de los pueblos y los intelectuales árabes fuera sistemáticamente integrada a la manera en que se habla del mundo árabe. En efecto, durante la mayor parte de la colonización, todo sucedió de tal modo que solo los profesores orientalistas franceses hablaban de manera autorizada sobre el mundo árabe y los árabes. Después de 1962, los que solo eran «objetos» de un discurso se convirtieron en «sujetos», retomando las palabras de Anouar Abdel-Malek. En este

7. M. Rondison: *La fascination de l'islam. Suivi de «Le seigneur bourguignon et l'esclave sarrasin»*, La Découverte, París, 1989.

movimiento de redistribución de la palabra científica y política, Rodinson no fue el único especialista del mundo árabe comprometido del lado de su objeto de estudio, ya que incluso los muy conservadores orientalistas parisinos apoyaron la descolonización (Louis Massignon, que pertenecía a los sectores católicos, visitaba semanalmente a quienes llamaba sus «hermanos argelinos» encarcelados). Pero fue uno de los primeros en advertir que el hecho de que los árabes tomaran la palabra transformaría la manera en que se hablaría del mundo árabe y que la descolonización tendría consecuencias epistemológicas.

Rodinson mismo estaba muy bien ubicado debido a que, siendo marxista, ya había desarrollado una manera de analizar las culturas árabes y musulmanas que integraba sistemáticamente la economía, las relaciones de poder, las determinaciones materiales. Esta fue una de las transformaciones radicales de la mirada occidental por la cual los nuevos intelectuales árabes abogarían tras el fin de la descolonización: que se dejara de hablar del mundo árabe a través del único prisma de los textos clásicos, sin tener en cuenta las relaciones de poder, las transformaciones socioeconómicas, el presente político, etc. En otras palabras, Rodinson había anticipado una manera renovada de hablar, desde el interior de las propias ciencias sociales francesas, del mundo árabe.

Estos elementos son importantes para comprender su crítica a Said a la que usted hace referencia. En Francia, el giro científico poscolonial se negoció en torno de una idea fuerte: que era necesario desde luego modificar el aparato de las ciencias sociales occidentales (favoreciendo la llegada de los investigadores árabes e integrando los aportes de las ciencias sociales y humanas que, en esos mismos años 60, estaban en plena renovación), pero que eso no ponía en tela de juicio la pertinencia de una ciencia de las sociedades árabes o musulmanas dirigida desde París, Londres o Berlín. En otras palabras, la idea fue recomponer desde el interior el marco científico occidental, hacer allí un lugar para los científicos árabes (lo que sucedió en gran medida), pero ciertamente no invalidar la pertinencia de ese marco y menos aún reemplazarlo por una ciencia del mundo árabe hecha exclusivamente por los árabes.

Ahora bien, en EEUU, cuando Said relanzó el debate poscolonial a comienzos de los años 80 –20 años después de que este se planteara en Francia–, sus escritos abrieron un camino diferente: implícitamente, se encuentra allí la idea de una intervención de los intelectuales poscoloniales *como tales* y, al mismo tiempo, *a contracorriente* del discurso occidental (que se trataría de disolver o deconstruir). La diferencia con lo que sucedió en Francia es, pues, doble: la identidad de los intelectuales se pone de relieve como

tal y, al mismo tiempo, el marco científico occidental es radicalmente reinterrogado. Lo que aparece –al menos, como posibilidad– es efectivamente una investigación poscolonial diferente de la realizada en Occidente o por los occidentales. Pienso que es lo que Rodinson tenía en mente al hablar de la inclinación zhdanoviana de Said.

Me parece que para comprender bien estos objetivos y poder responder a la pregunta que usted hace sobre los estudios coloniales hoy, es necesario tener estos contextos en mente. Cuando Said escribe *Orientalismo*, no solo los franceses consideran que el debate fue resuelto en su país 20 años antes y en un sentido mucho más satisfactorio que lo que propone su colega estadounidense-palestino. Disponen además de un argumento fuerte, que es que la mayoría de los países árabes que buscaron llevar a cabo una descolonización científica completa se toparon con dificultades casi insalvables: rápidamente, fue necesario rendirse ante la evidencia de que parte de los trabajos llevados a cabo por los europeos durante la colonización seguían siendo indispensables, que era imposible apartarse de los intercambios científicos internacionales, que el hecho de provenir de la cultura que se estudiaba no ofrecía una gran ventaja epistemológica sin una sólida formación científica, etc.

A la luz de estos hechos, Rodinson, que era además un erudito absolutamente excepcional y cuyos posicionamientos políticos sobre la descolonización carecían de ambigüedades, podía oponerse pues a Said. Sin embargo, para ser totalmente justo respecto de este último, precisemos que él mismo percibió rápidamente el peligro señalado por Rodinson ya que, en el prólogo a la primera reedición de *Orientalismo* (en el año siguiente a su publicación), se apresuró a distanciarse de las lecturas identitarias de su principal obra, escribiendo explícitamente que no creía en absoluto que solo los negros pudieran hablar de los negros, los árabes de los árabes, etc. Y cabría recordar también que los últimos textos de Said ofrecen una vigorosa defensa de la universidad, la literatura y la cultura humanista, y se colocan bajo el patrocinio de Erich Auerbach y Theodor Adorno –al contrario, pues, de una concepción zhdanoviana de las ciencias humanas–. La propia evolución de Said ofrece probablemente un elemento de respuesta sobre la situación de los estudios poscoloniales desde la publicación de *Orientalismo*, al menos en lo que mostraría la persistencia y la convivencia de regímenes epistémicos diversos.

Por un lado, una crítica poscolonial siempre activa, aun cuando, una vez más, habría que tener en cuenta las diferencias, por ejemplo, entre la institucionalización del discurso en las universidades anglosajonas (el «radicalismo *chic*» de algunos profesores

muy bien remunerados es una realidad, que produce una crítica paradójicamente a la vez hiperradicalizada y convencional, probablemente como consecuencia de las contradicciones inscriptas en el seno de la posición de sus autores) y la invención de programas de investigación mucho más innovadores, como los que iniciaron recientemente, por ejemplo, intelectuales africanos desde Dakar.

Por otro lado, es necesario constatar que el aparato científico occidental funciona bien, contrariamente a lo que llevarían a pensar (¿o esperar?) ciertos discursos poscoloniales. Suele mencionarse *Al margen de Europa* de Chakrabarty como señal del fin inminente de la dominación epistemológica de Occidente. Pero se olvida así no solo que el propio Chakrabarty es muy escéptico respecto de esta hipótesis y que, en realidad, las ciencias sociales europeas nunca se encontraron tan bien: un informe sobre las ciencias sociales mundiales realizado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) a comienzos de la década de 2010 mostraba que el porcentaje de artículos de ciencias sociales y humanas escritos por los europeos había aumentado más de 50% en diez años, y que junto con los norteamericanos, estos publicaban alrededor de 85% de todo lo que se había producido en las mismas ciencias sociales y humanas.

¿Esto quiere decir que la crítica poscolonial a las ciencias occidentales seguiría siendo ultraminoritaria o poco pertinente? No creo. En mi opinión, esto demuestra en cambio que, frente a un aparato científico tan complejo y poderoso como el de las ciencias humanas tal como el que originalmente se inventó en Europa, las estrategias más interesantes son aquellas que buscan explotar los pliegues, las potencialidades críticas inexploradas, las tensiones creadoras, etc. En todo caso, pensar que se provincializará Europa separándose de lo que esta última produjo intelectualmente para inventar una ciencia o un discurso más auténtico me parece un desastre. Personalmente, me apena ver aparecer nuevamente ese tipo de argumentos –pienso en recientes intervenciones agrupadas bajo la etiqueta de los movimientos «decoloniales»: tanto porque eso debilita un propósito político más amplio que merece ser escuchado, como porque, científicamente, es un pensamiento que se malogra–. Esto da lugar a discursos muy pobres. Aquellos sobre el mundo árabe, que son los que mejor conozco, brindan una imagen fantasiosa y sin matices. Para esa rama de los estudios poscoloniales, todo sucede como si no hubiera ni sociología, ni historia, ni ciencia política del mundo árabe; como si la vida de las sociedades árabes no fuese ni compleja, ni contradictoria, ni creadora, del mismo modo que a veces puede ser terrible.

La cuestión del punto de vista situado (¿quién habla?), que es una cuestión importante para las ciencias sociales, es objeto aquí de una interpretación maximalista y finalmente obsidional, donde solo las minorías pueden hablar de las culturas minoritarias: se cae nuevamente en una argumentación que tuvo cierto éxito en el momento de las descolonizaciones, pero que resultó luego un total callejón sin salida. En ese plano, podrían aplicarse las críticas de Chibber o de Rodinson antes mencionadas. Pero solo se trata, una vez más, de una corriente muy minoritaria de estudios poscoloniales cuya diversidad debería impedirnos calificar de manera unívoca, y cuya pertinencia para pensar una época donde la centralidad de Occidente se recompone efectivamente permanece intacta.

REVISTA MEXICANA DE POLÍTICA EXTERIOR

Enero-Abril 2019 Ciudad de México Nº 115

RUSIA Y SU PAPEL EN EL MUNDO

ARTÍCULOS: **Norma Pensado Moreno,** Presentación. **Joaquín Pastrana Uranga y Edgar Rebollar Sáenz,** Rusia actual: aspectos económicos y políticos. **Dmitri Trenin,** La cambiante identidad de Rusia: en busca de un papel en el siglo XXI. **Daniel Añorve Añorve,** El juego geopolítico de la Rusia postsoviética: su comprensión a través de cinco círculos. **Norma Pensado Moreno,** Rusia en la nueva geopolítica del Ártico. **Juan F. Ascencio Moctezuma,** Rusia y la autorización del uso de la fuerza: entre legalismo y realpolitik. **Nayeli Ceceña Álvarez,** El sistema mediático de Rusia. **Manuel Flores Troche,** Uso de la declaración de *persona non grata* en tiempos de confrontación: un análisis jurídico de las prácticas estatales recientes. **Vladimir Davydov,** Vector latinoamericano en los marcos del posicionamiento internacional de Rusia. **Alexander Shchetinin,** Relaciones ruso-mexicanas: tradiciones, actualidad y perspectivas. **Oleg Ivanov y Mikhail Troyansky,** Investigación y formación en la Academia Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia. ENTREVISTAS: **Sergéi Ryabkov,** Entender a Rusia como actor global. Entrevista de Edgar Rebollar Sáenz. RESEÑAS.

Revista Mexicana de Política Exterior *es una publicación cuatrimestral del Instituto Matías Romero, Secretaría de Relaciones Exteriores. República de El Salvador Núm. 47, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc, Ciudad de México, CP 06080. Tel.: (55) 36 86 50 00 Exts. 8268 y 8247, (55) 36 86 51 63 y (55) 36 86 51 48. Correo electrónico: <imrinfo@sre.gob.mx>. Página web: <www.sre.gob.mx/imr/>.*

TEMA CENTRAL

Izquierdas: crisis y renovación

«Oh, Jeremy Corbyn…»

El giro a la izquierda del laborismo británico

Richard Seymour

La victoria de Jeremy Corbyn en 2015 provocó un giro a la izquierda en el Partido Laborista. En estos años, Corbyn ha logrado sortear los esfuerzos del ala parlamentaria para retomar el control partidario y atrajo a nuevas generaciones con un discurso más combativo. Aunque los obstáculos son muchos, el corbynismo se ha erigido en un movimiento político y cultural con efectos fuera del laborismo y ha desafiado el poder de la maquinaria política y mediática conservadora.

I. El dominio de Jeremy Corbyn (y del corbynismo) dentro del Partido Laborista británico parece inquebrantable. Pero ¿qué es el corbynismo? ¿Es la restauración del laborismo como ala política del sindicalismo? ¿Es un proyecto dirigido a transformar el laborismo en un partido democrático y socialista? ¿Es una socialdemocracia radicalizada? ¿Existe acaso, como algunos desean, espacio para un «corbynismo azul», que combine políticas de izquierda con otras de corte antiinmigratorio y socialmente conservadoras?[1]

Durante casi cuatro años, la izquierda británica ha estado luchando para decidir cuál es la respuesta a estas preguntas. El proceso se vio oscurecido por la energía que debió destinarse a la defensa del liderazgo de Corbyn. Desde el mismo segundo en que mostró sus aspiraciones, una variopinta asociación

---

Richard Seymour: es periodista, escritor y animador del blog *Lenin's Tomb*. Es autor, entre otros libros, de *Corbyn: The Strange Rebirth of Radical Politics* [Corbyn: el extraño renacimiento de la política radical] (Verso, Londres, 2016).
Palabras claves: izquierda, Jeremy Corbyn, Partido Laborista, Reino Unido.
Nota: traducción del inglés de Mariano Grynszpan.
1. El sector del laborismo denominado «Blue Labour», de donde se toma la expresión «corbynismo azul», aboga por ideas más conservadoras sobre cuestiones sociales e internacionales como la inmigración, la delincuencia y la Unión Europea, y rechaza al mismo tiempo la economía neoliberal a favor de las ideas del socialismo gremial y el corporativismo [N. del E.].

de partidarios de Tony Blair, viejos laboristas de derecha, medios periodísticos liberales y *tories*, académicos hostiles, apologistas de Israel e incluso un extraño grupo de militares emprendió una feroz campaña para debilitarlo y destronarlo. El hecho de haber resistido cada oleada de ataques, un golpe fallido por parte de parlamentarios laboristas y la perniciosa –pero finalmente decepcionante– ruptura llevada a cabo por un puñado de parlamentarios de la centroderecha del partido dice mucho sobre sus condiciones de líder. En todo momento Corbyn se apoyó con serenidad en sus conocidas fortalezas, fundamentalmente en el intenso respaldo de los militantes del partido y el movimiento sindical.

Por ahora, Corbyn está seguro. La base de afiliados del laborismo sigue siendo muy sólida, con más de medio millón de miembros (540.000 registrados a abril de 2018). Para aproximarse a un número tan alto, hay que retrotraerse a antes de 1980, cuando las secciones del partido inflaban sistemáticamente sus cifras de afiliados. Momentum, el grupo de campaña pro-Corbyn, vio cómo sus miembros crecían a 40.000 en 2018. Tras haber reconstruido su caudal de votos en 2017 con una remontada histórica, el panorama electoral del laborismo parece ser relativamente estable pese al clima volátil. Bajo el liderazgo de Corbyn y con un programa de carácter radical según los criterios británicos contemporáneos, el partido se ha recompuesto. Es poco probable que se dé marcha atrás en las políticas incorporadas en la última plataforma laborista –educación gratuita, nacionalización de los servicios públicos, fin de la austeridad, construcción de viviendas sociales y freno al proceso de privatización del Servicio Nacional de Salud–, aun si Corbyn resulta desplazado.

De acuerdo con el sentido común, el éxito debería evaluarse en función de lo posible. Pero el corbynismo ha echado por tierra nuestras expectativas (que eran demasiado bajas). Una vez ocurrido esto y estabilizados los frutos de sus éxitos provisorios, hoy se discute en primer lugar cuál es el *objetivo* de la reconstrucción del laborismo.

II. El fenómeno de masas conocido como corbynismo se precipitó en cuestión de semanas, más específicamente en apenas 12 agitadas semanas. Por primera vez en su historia y contra todo pronóstico sensato, el Partido Laborista británico quedó bajo el control de la izquierda radical. Una izquierda radical que antes casi no existía tomó el liderazgo partidario con prácticamente 60% de los votos y relegó a la candidata blairista Liz Kendall al cuarto lugar, con un magro 4,5%. Fue como si, por una desviación casual del átomo, algo hubiera emergido del vacío.

En ese momento, ningún observador sobre el terreno habría apostado a ese desenlace. En las elecciones generales de mayo de 2015, tras un giro moderado hacia la izquierda realizado bajo la conducción de Ed Miliband, el laborismo había sufrido una dura derrota. El establishment del partido consideró entonces que era necesario volcarse más a la derecha. La izquierda no tenía demasiado apoyo organizado, ni en el laborismo ni en la sociedad en su conjunto. El movimiento sindical atravesaba una crisis general, en la que año tras año perdía afiliados y poder de negociación. Casi no existían publicaciones de izquierda y casi nadie leía las que había. Hasta allí, la dinámica de la política británica había sido usurpada por la derecha nacionalista, cuya punta de lanza era el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés). Estos sectores habían impuesto una agenda marcada por el racismo antiinmigrante frente a la cual los dos principales partidos se sentían obligados a ceder. Y habían forzado al gobierno conservador a conceder un referéndum sobre la continuidad del país como miembro de la UE, lo que dio lugar al proyecto del Brexit, a través del cual esperaban lograr una reforma constitucional fundamental.

Sin embargo, la perspicacia de Corbyn le permitió ver que había una crisis más profunda y generalizada de la política. La cantidad de afiliados de los partidos caía estrepitosamente, la participación electoral se había desplomado desde 2001 y el único lugar donde la política parecía viva era en los movimientos callejeros. La conducción del Partido Laborista estaba moribunda. Sus líderes habían adquirido experiencia no como políticos, sino como «consultores especiales» y analistas políticos. Muchas de las principales figuras de la derecha laborista provenían de Escocia, donde el laborismo había sido barrido por el Partido Nacional Escocés en los comicios generales. Entonces, explotando la crisis de la democracia parlamentaria y del propio partido y basando su campaña en técnicas de construcción de movimientos, Corbyn buscó emular el movimiento social. Lo que señaló, de hecho, es que el futuro del laborismo consistía en *convertirse* en un movimiento social, más que en una máquina electoral. Lanzó su campaña en un acto antiausteridad y llevó adelante una gira relámpago de encuentros públicos en los que a menudo convocaba a cientos e incluso miles de asistentes, mientras sus adversarios luchaban por mantener despierta a una decena de personas en una pequeña sala abarrotada de cámaras de prensa. Un total de 13.000 voluntarios se inscribieron para unirse a su campaña, y alrededor de 300.000 afiliados y simpatizantes se sumaron al laborismo. Además, Corbyn potenció las redes online para aventajar a los medios tradicionales, que mostraban un fuerte declive en términos de lectores y audiencia. Alrededor de 57% de sus votantes se informaba a través de las redes sociales.

© Nueva Sociedad / María Alcobre 2019

Con determinación, Corbyn obtuvo el apoyo de los sindicatos más importantes, Unite y Unison, y consiguió así dejar atrás el historial de estas agrupaciones, que respaldaban casi exclusivamente a los candidatos y las políticas de corte moderado. Esto le permitió acceder a una maquinaria electoral bien aceitada y agregar peso organizativo al entusiasmo movimientista. El desplazamiento sindical hacia la izquierda reflejaba una crisis que se estaba gestando desde hacía tiempo. A lo largo de los años del «Nuevo Laborismo», los sindicatos habían sido –en el mejor de los casos– interlocutores indeseables. Sus logros fueron escasos en términos legislativos. A cambio de la inversión pública, habían tolerado una serie de políticas con las que estaban en desacuerdo: desde la privatización del servicio de salud hasta la guerra en Iraq; y cuando sobrevino el colapso financiero global y el laborismo aceptó la austeridad, renunciaron incluso a la inversión pública.

Bajo el liderazgo supuestamente prosindical de Miliband, se llevó a cabo una importante reorganización partidaria que redujo de manera drástica el papel de los sindicatos en el laborismo. A lo largo de ese periodo disminuyeron la militancia gremial y la cantidad de afiliados a los gremios. Sin embargo, como resultado de ello, los miembros de estas organizaciones viraron hacia la izquierda y eligieron a un «incómodo equipo» de líderes sindicales de esa tendencia. Hacia 2015, con la conducción laborista descalabrada y tan solo Corbyn defendiendo la política sindical en temas tales como el gasto público y los derechos de los trabajadores, había una presión abrumadora para que los líderes gremiales lo respaldaran.

A lo largo de los años del «Nuevo Laborismo», los sindicatos habían sido interlocutores indeseables

III. Para asumir el control de una organización compleja, pluralista y vinculada al Estado como el laborismo británico, Corbyn siempre iba a tener que hacer concesiones; socialista radical, antirracista y antiimperialista, se trataba de uno de los últimos seguidores del laborista de izquierda Tony Benn que quedaban en el partido. La pasión de Corbyn era la solidaridad internacional, tanto en relación con la lucha por la libertad en Sudáfrica como con la campaña para arrestar a Augusto Pinochet o la liberación palestina. Era un hombre de las calles y también un impecable miembro en la Cámara de los Comunes como representante de su circunscripción. No parecía propenso a buscar los incentivos de la carrera tradicional en Westminster, ya que nunca había ejercido funciones en el gobierno ni había desempeñado cargos ejecutivos. Y cuando el Parlamento quedó envuelto

en un escándalo por los «gastos», se supo que los suyos eran los más bajos entre todos los diputados. Se lo veía como una persona honesta, que hablaba con claridad y que no recurría a ninguno de los habituales arreglos en pos del poder.

Pero la historia de su intransigencia es una verdad parcial. Para lograr poder, Corbyn se vio forzado a renunciar a muchas de las políticas que más amenazaban al Estado británico. Entre ellas, se encontraba su sostenida oposición a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), a los misiles balísticos intercontinentales (Trident) y a la pertenencia a la UE. Fue el precio por seguir controlando una institución como el Partido Laborista, cuya histórica lealtad al Estado británico ha sido la característica más coherente (incluso en los casos en que esto resultó tremendamente autodestructivo, como en oportunidad de su alianza unionista con los *tories* durante el referéndum por la independencia de Escocia celebrado en 2014). Sin embargo, sí fue real el quiebre de Corbyn respecto a las políticas de austeridad, así como el rechazo a la línea de su predecesor, que ensalzaba el racismo y se mostraba en contra de los inmigrantes y del Estado de Bienestar. Esto hacía suponer que no solo se enfrentaría al establishment político, sino que estaba totalmente dispuesto a desafiar el prejuicio popular. Asimismo, siguió apoyando los derechos de los palestinos y oponiéndose a los alineamientos británicos tradicionales en materia de política exterior.

La mayoría de los seguidores de Corbyn en el laborismo no eran socialistas comprometidos: por un lado, había antiguos afiliados cansados de quedar excluidos de la toma de decisiones y de ser tratados como carne de cañón electoral; por el otro, nuevos miembros radicalizados por la austeridad, que buscaban un liderazgo en la izquierda. Al principio, las bases mostraron poca coherencia ideológica. En los mismos comicios que proclamaron a Corbyn, fue Tom Watson, perteneciente al sector de derecha de la agrupación, quien obtuvo el puesto de líder adjunto. Esto significó un espaldarazo para el ala del partido que ya estaba muy sobrerrepresentada en el Parlamento y en la dirección nacional, y que se preparaba para una lucha orientada a desplazar a Corbyn. Watson jugaría luego un papel decisivo en las futuras secuencias políticas, cuando los diputados –entre ellos los políticos designados para el gabinete en la sombra de Corbyn– realizaron persistentes intentos por debilitar a su líder. Esta relativa incoherencia en la base implicó que el temprano bombardeo dirigido contra Corbyn desde el ala derecha del partido, y desde los medios de comunicación, fuera recibido como un *shock*.

Sin duda, los ataques fueron shockeantes. Nunca antes el líder de la oposición, una figura importante desde el punto de vista constitucional, había sido objeto de calumnias tan brutales y desquiciadas. Diversas acusaciones presentaron a Corbyn como apologista de Hamás, antisemita, «machista socialista» (*brocialist*), incompetente, partidario del terrorismo republicano irlandés, comunista y espía a sueldo de los checos. En resumen, un excéntrico antibritánico, a quien se le buscaron signos de traición en cada tic o gesto y hasta se le analizó el ángulo con el cual se inclinó ante el cenotafio durante un acto de conmemoración por los caídos en la Primera Guerra Mundial. En los primeros dos años del liderazgo de Corbyn, esto resultó dolorosamente desalentador para la mayoría de los miembros del partido. Fueron en definitiva ataques prematuros y mal ejecutados, que polarizaron a los afiliados contra el ala parlamentaria del partido y los empujaron más a la izquierda. Pero también provocaron una división táctica en el corbynismo. Los más militantes apuntaban cada vez más a «deseleccionar» a los diputados desleales o incluso a las reselecciones obligatorias (antes de cada elección)[2]. Sin embargo, Corbyn y John McDonnell –miembro del gabinete en la sombra– se pronunciaron en contra de esto, con la idea de marginar a los diputados más beligerantes y asimilar al resto para poder armonizar un liderazgo del ala izquierda.

Nunca antes el líder de la oposición había sido objeto de calumnias tan brutales y desquiciadas

IV. En un principio, las nuevas filas reclutadas por Corbyn estaban compuestas en gran medida por activistas jóvenes e inexpertos: trabajadores precarios y estudiantes de grandes metrópolis y ciudades universitarias. Sin embargo, la victoria de Corbyn como líder del partido también atrajo a ex-integrantes del laborismo, muchos de los cuales eran veteranos de la izquierda radical. Entre estos dos estratos había importantes divisiones culturales, que adoptaron su expresión más crispada en las batallas por la conducción del colectivo Momentum.

El colectivo fue lanzado en octubre de 2015 por Jon Lansman, director de la campaña electoral de Corbyn. Utilizando una base de datos propia de afiliados que mostraban su apoyo, se propuso desarrollar una organización que preservara el impulso y promoviera el liderazgo de Corbyn. Pero desde el comienzo

2. Hoy, si un parlamentario decide buscar su reelección, debe evitar ser impugnado, pero no participa de una verdadera elección interna [N. del E.].

hubo diferentes visiones estratégicas respecto a cómo se debía proceder. Una tendencia de izquierda dura consideraba que la tarea de Momentum era entrenar a activistas de izquierda para una lucha faccional, mantener la presión sobre Corbyn y contrarrestar las inevitables presiones derechistas ejercidas desde el Parlamento y los medios. En gran medida, esa era la mirada de la vieja izquierda laborista marcada por las derrotas de los años 80, así como la de los miembros de la Alianza por la Libertad de los Trabajadores (Alliance for Workers' Liberty), un grupúsculo trotskista que había logrado posicionarse en el órgano directivo de Momentum. Para la joven izquierda movimientista, en cambio, Momentum debía tratar de impulsar y apoyar a los movimientos sociales; debía usar los principios de organización horizontal de Occupy para resistir la inercia burocrática del sistema partidario. Por su parte, Lansman y sus aliados preferían que Momentum se centrara en respaldar el liderazgo de Corbyn contra sus enemigos internos, en ganar elecciones dentro del partido y en incrementar el apoyo en la convención laborista.

Esta contienda cada vez más encarnizada llegó a un punto crítico en la segunda mitad de 2016, meses después del fallido golpe contra Corbyn. Por entonces, la izquierda estaba desmoralizada por la votación del Brexit y la consecuente fuerza electoral de los conservadores, lo que derivó en enconadas luchas intestinas. Supuestamente, la disputa giraba en torno de los métodos internos de votación. La extrema izquierda propiciaba un sistema de delegados con líderes elegidos por ramas del partido, que la beneficiaba debido a su mayor capacidad de organización. Lansman y compañía preferían un sistema de votación online, que favorecía a las microcelebridades de izquierda frente a los trucos de la vieja escuela. Pese a ser una pequeña minoría, la extrema izquierda podría haberse impuesto en esta lucha; pero en vez de construir las alianzas o influencias necesarias, alejó a potenciales aliados con tácticas contraproducentes. Por lo tanto, ya aparecía aislada cuando Lansman y sus portavoces en los medios afirmaron a la prensa que Momentum estaba siendo cooptado por trotskistas y reclamaron la intervención de Corbyn. Y cuando la extrema izquierda finalmente fue desplazada mediante un golpe, en el que Lansman reescribió los estatutos sin el menor atisbo de un proceso democrático, tampoco hubo nadie que alzara demasiado la voz para protestar en su nombre.

Aunque haya sido antidemocrático, esto marcó la naturaleza de Momentum como grupo leal a Corbyn y especializado en activismo online, campañas electorales puerta por puerta y *lobby* intrapartidario. Esto permitió que el grupo, pese a su limitado campo de influencia, jugara un papel constructivo ante la convocatoria de elecciones generales para el año siguiente.

V. En los meses previos a la convocatoria a elecciones anticipadas por parte de la primera ministra Theresa May, el corbynismo atravesaba una crisis existencial. Durante el mencionado golpe interno de 2016, la mayoría de los miembros del partido se habían reunido en apoyo de un Corbyn amenazado, quien entonces superó el desafío, luchó, fue elegido líder por segunda vez con el mismo porcentaje de votos y aumentó aún más la cantidad de afiliados. Sin embargo, en los meses posteriores Corbyn perdió el rumbo y el laborismo quedó muy atrás en los sondeos. La votación para salir de la UE había reunificado a la derecha detrás de un liderazgo conservador pro-Brexit y había desorientado a Corbyn, quien ahora optaba por la cautela política y los rodeos.

Tras haber hecho campaña por la permanencia («Remain») y considerando que la salida de la UE era un proyecto de la derecha que debilitaría a la izquierda, la dirigencia laborista había tenido el cuidado de despegarse de la campaña contra el Brexit conducida desde Downing Street. Además, Corbyn había expresado sus reservas acerca de la UE e instado a una reforma más que a una mera celebración de la Unión. No obstante, en términos de financiación, perfil y cobertura mediática, es como si Corbyn hubiera hablado consigo mismo. El referéndum se convirtió en una batalla entre dos alas de la derecha: los nacionalistas pequeñoburgueses (para quienes la UE representaba una burocracia de izquierda, que imponía reglas injustas a las pequeñas empresas) y los neoliberales metropolitanos (que veían la pertenencia a la UE como una estrategia crucial para los grandes capitales británicos). Vencieron los nacionalistas, en gran medida a través de la exacerbación del racismo antiinmigrante, y el resultado significó una enorme presión dentro del ala parlamentaria del Partido Laborista, que impulsó un desplazamiento a la derecha en materia de inmigración. En apenas meses, después de una intensa lucha en el seno del ala parlamentaria y el gabinete en la sombra, Corbyn –quien durante toda su vida había apoyado a los migrantes y los refugiados– declaraba con incomodidad que el laborismo no estaba «casado» con la libre circulación europea.

Los seguidores de izquierda de Corbyn sufrieron aquí una decepción por partida doble. Su líder emprendía una política laborista muy tradicional de complacencia con el racismo, con la esperanza de neutralizarlo electoralmente: fue una estrategia que jamás funcionó. Además, a contramano de su fama de hablar con claridad, ahora se andaba con rodeos. El laborismo afirmaba que la libre circulación finalizaría cuando Gran Bretaña abandonara la UE y presentaba esto como un mero aspecto técnico de la salida, en lugar de algo supeditado a negociaciones. Todo indicaba que ese amago no estaba dando resultado. El desempeño electoral del partido era pobre. En dos comicios

parciales, perdió un escaño en lo que había sido un bastión laborista desde su formación en 1983, Copeland, y a duras penas sostuvo otro que le había pertenecido desde 1950: Stoke Central. Obtuvo malos resultados en las elecciones locales, y en la contienda por la Alcaldía de una ciudad laborista y de clase trabajadora como Birmingham, donde el candidato se apoyó en la consigna del Brexit «Retomemos el control», la victoria fue de los conservadores.

Corbyn bregaba por definir una agenda post-Brexit y sus partidarios estaban exhaustos tras más de dos años de luchar con el solo fin de mantenerse en pie. Algunos de sus antiguos seguidores comenzaron a buscar líderes alternativos. El periodista socialista Owen Jones consideró que el liderazgo de Corbyn era un experimento fallido y que Corbyn debía renunciar. Este, mientras tanto, intentó alejar la atención del Brexit, desplegando un lenguaje populista de resentimiento hacia los ricos y la «economía fraudulenta». Sin embargo, a esa altura se trataba de un discurso con muy poco arrastre. Y cuando el 18 de abril de 2017 May convocó a elecciones anticipadas, el laborismo estaba hasta 20 puntos por debajo en las encuestas. En los antiguos cinturones industriales del Norte y de las Tierras Medias Occidentales, donde el partido había sufrido una hemorragia de votos de la clase trabajadora a lo largo de más de una década, la derecha unificada por el Brexit se disponía a arrebatar algunas bancas que el laborismo conservaba desde antes de la guerra: se verificaba así el «efecto UKIP». Los diputados laboristas del ala derecha estaban encantados, esperando que Corbyn perdiera y se viera forzado a abandonar su cargo. Hubo quienes declararon abiertamente que no lo apoyarían: John Woodcock, pese a ser candidato laborista, pidió a la gente que no votara a un partido liderado por Corbyn; y Joan Ryan sostuvo en su campaña que el laborismo no tenía chances de ganar.

Corbyn bregaba por definir una agenda post-Brexit y sus partidarios estaban exhaustos

Todo parecía desolador, como si estuviera por finalizar otra falsa primavera para la izquierda británica. El clima de amargas derrotas y decepciones, acumuladas una detrás de la otra, se cernía una vez más sobre los laboristas. Se vislumbraba el retorno de la furia impotente, la mezquindad, la división y la agresión mal dirigida de la izquierda británica: eso que Spinoza llamaba «pasiones tristes» del derrotado.

VI. Y entonces algo ocurrió. Una milagrosa, azarosa constelación de hechos, de fuerzas, de deseos y sueños largamente reprimidos, y de actores que de pronto eran capaces de darles expresión.

La izquierda tenía algo por lo cual hacer campaña, y Corbyn no estaba atado por las limitaciones de un cargo. Además, durante la elección quedó claro que May –que había sido venerada por los periodistas conservadores– era una figura política muy pobre. No podía decir ni «hola» sin un guion, y sus apariciones públicas eran bochornosas. El estratega del Partido Conservador Lynton Crosby envió a los diarios y a las emisoras de radio y televisión un cúmulo de rumores que vinculaban a Corbyn con el Ejército Republicano Irlandés (IRA, por sus siglas en inglés) y los medios los regurgitaron con entusiasmo. Pero por algún motivo el recurso no funcionó como en los comicios anteriores. Las normas electorales de comunicación establecían que se debía asignar igual cantidad de espacio en el aire a Corbyn, quien logró así atravesar el muro de difamaciones y mejoró su popularidad entre los votantes.

De manera determinante, el laborismo elaboró un programa que al principio fue desdeñado prácticamente por toda la prensa, desde los medios conservadores hasta los liberales; pero aunque fue presentado como una disparatada lista de deseos de la izquierda, pronto las encuestas demostraron que era muy popular. No debería haber sido una sorpresa. Los sondeos de opinión siempre habían evidenciado la aceptación de políticas como la nacionalización o la educación gratuita, financiada con impuestos aplicados a los ricos. Mayor debilidad mostró el laborismo a la hora de argumentar en favor de la intervención económica ante una sociedad acostumbrada al liberalismo. En parte por ello, sus planes de inversión eran muy modestos y se basaban en la idea de McDonnell, que apuntaba a usar la banca pública de promoción para financiar el crecimiento en infraestructura. Sin embargo, el laborismo estaba haciendo una fuerte campaña desde la izquierda, sin chovinismos ni demagogia contra los inmigrantes. Mientras tanto, los análisis del programa conservador derrumbaron aquello que había sido alabado por la misma prensa como serio y realista, y el partido se vio forzado a dar marcha atrás en una serie de medidas que amenazaban con empeorar la situación de las personas de edad avanzada.

Los sondeos de opinión siempre habían evidenciado la aceptación de políticas como la nacionalización o la educación gratuita

A medida que se acercaban las elecciones, las encuestas se tornaron caóticas. Algunas comenzaron a mostrar que el laborismo alcanzaba casi una paridad con los conservadores, mientras que otras daban una amplia ventaja a los *tories*: pero todas coincidían en que los laboristas estaban ganando terreno. Desde una perspectiva cultural, Corbyn cruzó un umbral cuando apareció

por sorpresa en un festival de música que se celebraba en Birkenhead, una localidad de clase trabajadora. Era un riesgo, y su equipo suponía que podía ser abucheado e increpado como «otro político más». Sin embargo, mientras hablaba, todo el público estalló en algo que sonó como un grito de guerra: «Oh, Jeremy Corbyn», entonaron al ritmo de «Seven Nation Army», una canción de la banda The White Stripes. Aunque en ese momento pareció extraño, era un entusiasmo espontáneo y masivo por Corbyn.

Para el asombro de los expertos, del Partido Conservador y de la mayoría de los propios parlamentarios, la noche del escrutinio mostró que el laborismo había logrado un repunte récord al aumentar su caudal de votos de algo más de 30% a 40% en el lapso de dos años. Logró convocar para ello a electores que habían dejado de votar, lo que ayudó a desactivar el «efecto UKIP». El proceso incluyó enormes victorias: no solo en circunscripciones representativas, sino también en ricos bastiones conservadores como Canterbury y Kensington. Las principales figuras laboristas en quienes recaía el odio mediático, Corbyn y Diane Abbott, conquistaron a grandes mayorías. A partir de una agenda radicalizada y contra la resistencia de su propia dirección nacional y muchos de sus parlamentarios, el laborismo ganó entre los votantes pertenecientes a la población económicamente activa y solo perdió de manera significativa entre los jubilados. Con un programa de clase, había formado una coalición entre los pobres y precarizados, los trabajadores del sector público y los profesionales de clase media. Los conservadores mantuvieron un desempeño razonablemente bueno con algo más de 40% de los votos, pero perdieron su mayoría parlamentaria. Se había quebrado el poder de la prensa sensacionalista de derecha, de la maquinaria propagandística conservadora y del axioma neoliberal según el cual «No hay alternativa».

VII. En los dos años transcurridos desde las elecciones anticipadas, el corbynismo se estabilizó como fuerza parlamentaria y consolidó su dominio en el laborismo. Los órganos electos del partido, sobre todo el Comité Ejecutivo Nacional, quedaron bajo el control de la izquierda. La dirección nacional fue capturada con éxito por aliados de Corbyn, y la nueva secretaria general, Jennie Formby, pertenecía al ala izquierda de la burocracia de Unite. A pesar de un torpe intento de Lansman, que impugnó la designación de Formby para cuestionar el creciente peso de Unite, Momentum adquirió una influencia considerable como resultado de su contribución al triunfo electoral del laborismo.

Tanto en la dirigencia como en las bases, el corbynismo continúa apuntando de forma masiva al premio estratégico: conquistar el gobierno. Y los seguidores

de Corbyn albergan esperanzas realistas de que la inestabilidad de los conservadores obligue a convocar a elecciones anticipadas. Esto conlleva algunos problemas: significa que, pese a varias campañas hábilmente conducidas por miembros del Partido Laborista, como «Laboristas por un Nuevo Pacto Verde» –un «Nuevo Pacto Verde» (Green New Deal) como respuesta a la crisis ambiental–, el corbynismo no ha logrado nutrir a las fuerzas del movimiento social como se había propuesto. La actividad de los afiliados se centró más en la búsqueda de la democratización interna, una promesa esencial de la campaña por el liderazgo de Corbyn. Sin embargo, obstaculizados por el laborismo parlamentario y los sindicatos, que en ambos casos se resisten a ceder demasiado poder a las bases, los avances han sido lentos. En la última convención laborista, la principal disputa entre los miembros de las circunscripciones y los delegados sindicales giró en torno de la «selección abierta» de los candidatos al Parlamento. Los afiliados partidarios se pronunciaron abrumadoramente a favor de esa iniciativa, pero los votos sindicales mantuvieron el tema fuera de la agenda de la convención, lo que provocó indignación en gran parte de las bases.

Mientras los sindicatos reafirmaban su poder político en el laborismo, la organización de la clase trabajadora se estancaba e incluso declinaba. Desde 2015 la densidad sindical sigue mermando, con menos de 6,25 millones de afiliados en 2017, lo que representa 23% de la población activa y apenas 13,5% en el sector privado: se trata del nivel más bajo desde antes de la guerra[3]. 2017 registró mínimos históricos en cantidad de huelgas, días perdidos por acciones sindicales y trabajadores involucrados. Los líderes sindicales apuestan a la versión de izquierda de una idea estratégica tradicional: lograr que «su» gobierno sea elegido y beneficiarse con la inversión pública, las regulaciones y las reformas legales. Pero no parecen tener una estrategia más amplia para reconstruir su poder social; ni siquiera para detener su caída.

Dado que el laborismo de Corbyn sigue siendo una organización con un marcado carácter electoralista, sus energías movimientistas resultan mucho menos visibles durante el lapso existente entre una y otra campaña. De hecho, fuera del periodo preelectoral, la dirigencia continúa atrapada por la función oficial. Debe esforzarse por mantener algunos débiles acuerdos, que derivan en una actitud apocada frente a ataques de los parlamentarios de «segunda

3. Department for Business, Energy & Industrial Strategy: «Trade Union Membership 2017: Statistical Bulletin», 5/2018.

fila» (*backbenchers*)[4], ambigüedad retórica en relación con el Brexit y reticencia táctica a abordar el tema del racismo antiinmigrante, que ha impulsado los relativos éxitos de la derecha en los últimos años.

A través de una serie de duras batallas políticas y culturales, el corbynismo se ha ganado el derecho a dirigir el laborismo. En 2017, materializó brevemente lo que parecía un país diferente, muy distinto de la nación mediada por la prensa amarilla, la radio y la televisión. Pero mantiene una indeterminación política que incuba muchas tendencias y muchos futuros posibles, y todavía debe echar raíces profundas en la conciencia o la organización de la clase trabajadora. Su potencial éxito depende en gran medida de circunstancias que van más allá del laborismo: la crisis actual de la política y las disfunciones y el estancamiento del capitalismo británico.

4. Se refiere a diputados sin cargos en el gobierno ni en el gabinete en la sombra de la oposición, y que tampoco son voceros, por lo que no se sientan en la primera fila en el Parlamento [N. del E.].

Portugal: ¿una socialdemocracia con futuro?

La izquierda portuguesa ha logrado establecer un acuerdo político por el cual se pudo conformar un gobierno socialista con apoyo del Partido Comunista y el Bloque de Izquierda. Se trata de una experiencia novedosa, centrada en el programa y no en el reparto de cargos (los aliados no forman parte del gobierno), que ha logrado revertir la crisis y las políticas de austeridad y poner en marcha un proyecto económico heterodoxo.

Renato Miguel do Carmo / André Barata

Génesis y balance de la experiencia gubernamental de la izquierda en Portugal

La actual experiencia de gobierno en Portugal, surgida tras las elecciones legislativas de octubre de 2015 y liderada por el primer ministro António Costa, fue el resultado del entendimiento entre tres fuerzas políticas de izquierda: el Partido Socialista (PS), el Partido Comunista Portugués (PCP) y el Bloque de Izquierda[1], que permitió la conformación de un gobierno minoritario liderado por los socialistas[2].

Renato Miguel do Carmo: es sociólogo e investigador en el Instituto Universitario de Lisboa (ISCTE-IUL).
André Barata: es filósofo y profesor en la Universidad de Beira Interior (UBI).
Palabras claves: austeridad, «jerigonza», socialdemocracia, Portugal, Unión Europea.
Nota: traducción del portugués de Cristian De Napoli.
1. Se trata de un frente entre la Unión Democrática Popular (UDP), de origen proalbanés pero luego embarcada en un marxismo más abierto, el Partido Socialista Revolucionario (PSR, trotskista) y Política XXI, un desprendimiento del PCP. A escala europea, el Bloque de Izquierda forma parte del grupo Izquierda Unitaria.
2. Este artículo retoma el análisis realizado en R.M. do Carmo y A. Barata: «The 'Contraption' and the Future of Social Democracy: The Government Experiment in Portugal» en *Open Democracy*, 1/5/2017.

El apoyo parlamentario al PS por parte de esos otros dos partidos situados en el espectro más radical de la izquierda se materializó a partir de un acuerdo inicial para la implementación de un conjunto de políticas sociales y económicas enfocadas en la restitución de los derechos y el poder adquisitivo de los portugueses. Se trataba de medidas dirigidas a revertir un largo periodo de austeridad durante el cual el país padeció los infortunios del programa de ajuste impuesto por la troika –integrada por la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Central Europeo (BCE)–, en el marco del cual buena parte de los portugueses sufrieron significativos recortes en sus salarios y pensiones y en el acceso a diferentes beneficios sociales.

Como quedó demostrado en estudios recientes[3], fueron justamente los sectores más pobres y vulnerables los que más padecieron aquellas medidas de austeridad, principalmente a raíz de las modificaciones en los criterios para el acceso a las políticas y los programas sociales. Fue un periodo signado por un notorio incremento del desempleo y por la agudización de la desigualdad y los niveles de pobreza monetaria y privación material. En términos oficiales, la tasa de desempleo orilló el 17% en 2013, aunque algunos estudios revelan que ese año la cifra real pudo haber superado ampliamente el 25%[4], lo que en el contexto de la historia portuguesa contemporánea resulta una cifra excepcional, con repercusiones e impacto directo en el incremento del flujo migratorio, que retornó a sus niveles de la década de 1960[5]. Pero hubo otras áreas en las que se verificó un marcado retroceso social: el mercado de trabajo, con la desregulación de las leyes laborales que provocaron un aumento general del empleo precario –lo que tuvo una incidencia particularmente notoria entre los jóvenes–, y los sistemas de salud, educación y previsión social, afectados por una significativa reducción en la calidad de los servicios para estudiantes, jubilados y pacientes de hospitales públicos.

Ante esta tendencia de retroceso social, económico y demográfico, la configuración gubernamental bautizada con el nombre «jerigonza»[6] se propuso

3. Carlos Farinha Rodrigues (coord.), Rita Figueiras y Vítor Junqueiras: *Desigualdade do rendimento e pobreza em Portugal*, FFMS, Lisboa, 2016.
4. Jorge Caleiras y José Castro Caldas: «Emprego e desemprego: o que mostram e o que escondem as estatísticas?» en Manuel Carvalho da Silva, Pedro Hespanha y José Castro Caldas (coords.): *Trabalho e políticas de emprego: um retrocesso evitável*, Actual, Coimbra, 2017; Frederico Cantante y R.M. do Carmo: «Emprego e desemprego em Portugal: tendências recentes e perfis» en R.M. do Carmo, João Sebastião, Joana Azevedo, Susana da Cruz Martins y António Firmino da Costa (eds.): *Desigualdades sociais: Portugal e a Europa*, Mundos Sociais, Lisboa, 2018.
5. Rui Pena Pires, Inês Vidigal, Cláudia Pereira, Joana Azevedo y Carlota Moura Veiga: *Portuguese Emigration Factbook 2015*, Observatório da Emigração / CIES-IUL / ISCTE-IUL, Lisboa, 2015.
6. Término inicialmente peyorativo utilizado para definir a la alianza como un «engendro», pero luego apropiado por el gobierno [N. del E.].

lanzar un programa alternativo que básicamente implicara un freno decisivo a todas aquellas dinámicas regresivas. Esto llevó al nuevo gobierno a correr ciertos riesgos iniciales que luego iría superando, especialmente a raíz de la enorme presión externa por parte de las instituciones de la Unión Europea, que miraban con extrema desconfianza el nuevo escenario político portugués. Sin embargo, y en contra de lo que muchos vaticinaban, el ascenso de la izquierda al poder no solo no condujo al colapso nacional, sino que hizo que el país se acercara cada vez más a un panorama sustentable en el terreno económico y financiero, hasta acabar descartando definitivamente las hipótesis de un nuevo rescate o un retorno a las políticas de austeridad. La revista *The Economist* llamó a la experiencia portuguesa «un pequeño milagro en el Atlántico»[7].

El programa de recomposición de los ingresos y valorización de las necesidades de la población, las empresas y las instituciones públicas representó un cambio decisivo respecto del modelo anterior. Sus frutos no se hicieron notar de inmediato, pero ya a dos años de la asunción del nuevo gobierno se percibían mejoras significativas. Pudo verificarse una progresiva recuperación del poder adquisitivo, la tasa de desempleo se ubicó por debajo de 10% (por primera vez en ocho años), el déficit público descendió a niveles que ni los más optimistas habrían imaginado (2% del PIB), el crecimiento anual superó el 2%, las exportaciones no menguaron. Solo la deuda externa mostró durante ese periodo inicial niveles insustentables. Hoy, pasados casi cuatro años desde el inicio del gobierno, la tendencia se acentuó marcadamente: el desempleo, según mediciones oficiales, ronda el 6,5%; el déficit se redujo a 0,5% del PIB en 2018 (y se prevé que en 2019 el país podría acercarse al déficit cero); en cuanto a la deuda externa, esta también inició un trayecto descendente, aunque el nivel de crecimiento económico estaría atenuándose ligeramente según la última previsión anual.

No se trata de un gobierno de coalición, sino de acuerdos programáticos específicos, sin que el Bloque de Izquierda ni el PCP ocupen cargos en el gobierno. Los acuerdos que establecieron las bases para la construcción de la actual mayoría gubernamental se dieron en el marco de un proceso efectivo de convergencia política que, en lo esencial, se implementó por la vía de la aprobación consecutiva de cuatro presupuestos nacionales, el último de ellos para el año actualmente en curso. Por otro lado, la sucesión de acuerdos a lo largo de este periodo revela algo que, pese a que hoy pueda parecer obvio, no fue en

7. «Social Democracy is Floundering Everywhere in Europe, Except Portugal» en *The Economist*, 14/4/2018.

absoluto una constante en la historia de la democracia portuguesa: la verificación de que existen más puntos de encuentro que puntos de desencuentro entre los programas de los distintos partidos de izquierda. Y además se pudo ver algo aún más determinante: esos ejes de desencuentro pueden ser importantes y necesarios, de manera de dejar en evidencia que sobre distintos asuntos existen alternativas muy diferentes, pero ninguno de ellos hace que sea imposible la convergencia. En definitiva, como lo demostraron los acuerdos iniciales del gobierno, la izquierda logró ser pragmática sin comprometer los principios ideológicos de cada uno de los partidos, y estos mantuvieron su autonomía político-identitaria plasmada en posicionamientos divergentes respecto de un amplio conjunto de temas propuestos y aprobados o rechazados durante el curso del gobierno. Tomó cuerpo así una suerte de geometría variable que otorgó autonomía de postura y de propuesta a los distintos partidos, pero que de cara a algunos temas neurálgicos (como la aprobación de los presupuestos nacionales anuales) adoptó una configuración sólida e invariable, como corolario de intensos procesos de negociación y defensa de políticas y objetivos comunes.

La izquierda logró ser pragmática sin comprometer los principios ideológicos de cada uno de los partidos

Habiendo superado una profunda crisis, y quedando aún por resolverse distintos aspectos relativos a la superación de las desigualdades y el logro de una mayor cohesión social, Portugal vive hoy una situación de estabilidad política y social que es verdaderamente singular dentro del contexto europeo, y que representa un posible modelo a seguir para distintos países de Europa y del mundo. Esta experiencia demuestra que el camino de la socialdemocracia no está cerrado; muy por el contrario, tiene por delante un futuro abierto a la posibilidad de que se tiendan nuevos puentes y alianzas políticas en torno de una agenda progresista. De cualquier modo, hay que decir que no todo salió bien en Portugal en estos últimos cuatro años.

Independientemente del éxito que manifiestan los distintos indicadores sociales y económicos (y que aun así traslucen cierto enfriamiento de la economía en los últimos meses), el gobierno no fue capaz de implementar políticas públicas que mejoraran significativamente la calidad de los servicios públicos. Respecto de esto, es notorio que el Servicio Nacional de Salud continúa actuando bajo una fuerte presión y muestra grandes problemas para responder debidamente y en forma equitativa, tanto en términos

sociales como territoriales, a las múltiples necesidades y exigencias de la población. Lo mismo cabe decir de las medidas adoptadas para revertir la precariedad en los contratos de trabajo: pese a algunos programas de inserción y vinculación de los trabajadores (por ejemplo, en el sector de la administración pública), los resultados se quedaron bastante cortos frente a las expectativas inicialmente generadas. En rigor, la precariedad sigue aumentando y afecta a cada vez más trabajadores de distintas generaciones. Ambas áreas mencionadas (salud, trabajo) son determinantes para el logro de una cohesión social y la mejora en la calidad de vida de los portugueses, y como tal deben constituirse en pilares fundamentales para un futuro gobierno que pueda emerger del campo de la izquierda. El núcleo identitario de la socialdemocracia pasa necesariamente por esos dos ejes, y ninguno de ellos puede estar ausente en una agenda progresista que, en simultáneo, ha de avanzar en otras áreas de intervención política.

La transición hacia un segundo periodo parlamentario: un programa socialdemócrata más radical

En octubre de 2019 Portugal celebrará elecciones legislativas. Pese a que el resultado electoral es todo un enigma, existen buenas razones para creer y desear que los partidos de izquierda serán capaces de aunarse en una suerte de «jerigonza 2.0». De cualquier modo, los presupuestos que acaben guiando ese posible entendimiento renovado deberán extenderse mucho más allá de un programa de recuperación del poder adquisitivo y mejora en las prestaciones públicas. Visto así, si el primer ciclo político logró instalar políticas de redistribución de ingresos y superación de la austeridad, el segundo ciclo deberá incorporar una agenda emancipatoria de inversión social y económica atenta a las premisas de la sustentabilidad, a los problemas derivados del cambio climático y a la profundización, crucial en un contexto de crisis de las democracias, de la calidad misma de la experiencia democrática que la coalición gubernamental en cuestión es capaz de proporcionar. La posibilidad de una socialdemocracia más radical se apoya en buena medida en la capacidad de lograr una evolución concertada de lo que ella misma representa, todo esto sobre la base de esas dos anclas que son el contenido socioeconómico programático y la experiencia desarrolladora de una mayor capacitación democrática.

El segundo ciclo deberá incorporar una agenda emancipatoria de inversión social y económica

A punto de cerrarse el ciclo 2015-2019, podemos afirmar que la reversión del programa de austeridad impuesto en Portugal durante la etapa 2011-2015 está prácticamente completa. No faltaron en un primer momento los que pensaban que tal reversión no iría más allá del plano meramente presupuestario, o que acabaría generando consecuencias dramáticas, lo que echaría a perder todos los sacrificios que se le habían exigido anteriormente a la población. Nuevos sacrificios, aún más violentos, acabarían imponiéndose en un próximo horizonte a fin de evitar –opinaban muchos– que el país se volviera inviable. Pero estaban equivocados. Ya que en efecto la economía se revitalizó y el déficit tocó pisos históricos, cosas que –bien puede sostenerse– ocurrieron en virtud del fin de la austeridad y la recomposición de los ingresos familiares, como también de una política redistributiva más justa. La alta carga fiscal, que suscitó protestas desde la derecha, fue un factor que ayudó fuertemente a tal fin. Por otro lado, tanto el aumento sostenido del salario mínimo como la política de abaratamiento del transporte público en las áreas metropolitanas beneficiaron a un porcentaje muy significativo de la población. Eran medidas que, en cierto sentido, iban en contra de la raíz misma de la austeridad: en vez de reducir la esfera de acción del gobierno, la amplificaban.

La política de confianza que permite avanzar hacia un estadio más radical de socialdemocracia pasa justamente por lograr que la población esté dispuesta a pagar más impuestos, ello bajo un principio de progresividad racional, con la certeza de que ese tributo será utilizado en favor del bienestar social. Pero un programa socialdemócrata más radical no puede restringirse al robustecimiento de las políticas de distribución de la renta. Requiere también una política de inversión, hasta hoy francamente modesta, en vistas a la construcción de una sociedad más próspera. Los criterios para una política de inversión satisfactoria no se limitan sin embargo a su dimensión cuantitativa, esto es, a un forzoso crecimiento de la recaudación fiscal, sino que implican la elección cualitativa de una perspectiva sobre el tipo de inversión a promover. En lugar de una perspectiva mayormente centrada en la exploración de las distintas oportunidades de retorno pero esencialmente neutra en cuanto a su impacto, hace falta una perspectiva de inversión social sustentable, con una proyección de las necesidades y posibilidades económicas a mediano y largo plazo. Modificar la perspectiva en ese sentido, privilegiando la sustentabilidad duradera antes que la oportunidad momentánea, debe ser el criterio a la hora de diseñar, por ejemplo, un plan energético nacional de cara a la consolidación de fuentes energéticas renovables, aun cuando haya inversiones extractivistas que generen un retorno más amplio e inmediato. Lo mismo vale para la

búsqueda de condiciones efectivas de combate a la desigualdad territorial, ya sea en lo tocante al diseño concreto, infraestructural, como a la creación de instrumentos de capacitación local en una economía que busca ser cada vez más autónoma.

El cambio hacia un paradigma de sustentabilidad no puede, asimismo, dar la espalda a los problemas sociales más urgentes que hoy afectan a la población. La pedagogía de la sustentabilidad debe iniciarse desmontando ese antagonismo entre la gravedad de los riesgos futuros y los riesgos actuales. Llevada a sus últimas consecuencias, una política de sustentabilidad es ambiental, de recursos, ecológica, pero debe manifestar también un significado social y económico. Comprender la economía y la sociedad a la luz de un paradigma de sustentabilidad consiste, muy especialmente, en viabilizar políticas de creación de empleo y protección social que desmantelen la permisividad para con el empleo precario y la consecuente vulnerabilidad social. Los empleos sustentables, así como las políticas de movilidad y de vivienda sustentables, deben pensarse dentro de un conjunto de condiciones que pongan una barrera al extractivismo en el ámbito del trabajo, la vivienda y las distintas dimensiones sociales, atendiendo a los recursos naturales y al equilibrio ecológico. Es decir, hace falta encuadrar dentro de los objetivos estratégicos más amplios de la sustentabilidad ambiental y ecológica un conjunto de políticas que apunten a reducir de manera urgente y efectiva las desigualdades socioeconómicas y territoriales. Las políticas de justicia social deben articularse con políticas de justicia espacial y ambiental en las diversas escalas temporales e institucionales de actuación y gobierno.

El cambio hacia un paradigma de sustentabilidad no puede dar la espalda a los problemas sociales más urgentes

Reforzar tales presiones desde la preocupación por asegurar un horizonte programático amplio incluye, a su vez, la necesidad de detectar y desarticular los distintos riesgos asociados al ejercicio de la política, al frente de los cuales cuenta el problema –que la izquierda debe combatir sin demora– de los discursos y las prácticas contaminadas por un enfoque tecnocrático excesivamente anclado en las preocupaciones de la agenda diaria y en la generación de propuestas formales desligadas de una perspectiva sistémica a largo plazo. Por eso, un segundo ciclo de gobierno protagonizado por la izquierda debe apuntar a un horizonte temporal que rompa decisivamente con la pequeña política dominada por lo inmediato o lo cuasi instantáneo.

La mejor manera de oponer resistencia a la tecnocracia es tener como horizonte para la acción política un proyecto delineado pensando en el futuro del país y la sociedad.

El riesgo de «tecnocratización» de la política[8] surge también de la adhesión cuasi acrítica a los rígidos esquemas que guían la política económica y monetaria de la UE y de distintos organismos internacionales (FMI, Banco Mundial). A modo de ejemplo, obstinarse en la búsqueda de un déficit cero como objetivo económico primordial representa no solo la adhesión a un dogma de corte neoliberal, sino la eventual puesta en riesgo de la necesidad de implementar una verdadera política estructural basada en la inversión social y económica. Respecto de esto, es importante que los partidos situados en la centroizquierda (partidos de tipo socialdemócrata o laborista) reflexionen sobre las consecuencias políticas y sociales que surgen de mantener como requisito para su desempeño legislativo una serie de nociones preelaboradas importadas del campo de la derecha liberal. Hace falta desmantelar de una buena vez esa colonización perversa de ideas que buscan peligrosamente modelizar y uniformizar el discurso y la práctica política. La socialdemocracia debe ser capaz de construir un programa de acción política y una narrativa que compitan abierta y frontalmente con la retórica de la inevitabilidad de la economía de mercado y sus leyes supuestamente intrínsecas e incuestionables[9].

Una socialdemocracia avanzada

Como hemos dicho, el primer ciclo de gobierno de la llamada «jerigonza» se caracterizó por su superación del programa de austeridad; el siguiente ciclo, en cambio, deberá signarse por la implementación de una socialdemocracia avanzada en un contexto de pluralismo, preservando e incluso naturalizando esa solución aparentemente inestable que es la «jerigonza» en sí, aunque no en el sentido de una perpetuación en los términos de una fuerza o una alianza de fuerzas partidarias, sino de un proceso renovable y hasta refundable sobre la base de una nueva generación de acuerdos, entendimientos y compromisos. Cristalizarse en los lazos ya logrados al dar apoyo a la formación del gobierno minoritario significaría, además de poner en riesgo la personalidad política de cada una de las partes, el riesgo de que se disperse y hasta se disuelva la objetividad programática sobre la que se funda, como su

8. Sheri Berman: «Against the Technocrats» en *Dissent*, invierno de 2018.
9. Karl Polanyi: *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* [1944], FCE, Ciudad de México, 2017.

justificación, todo acuerdo en función de determinados compromisos a alcanzar. Una cristalización de ese tipo tendería, asimismo, a eliminar la fragilidad intrínseca de esta clase de solución gubernamental, una fragilidad que, lejos de ser un defecto, es más bien una virtud, en la medida en que, si alcanza a desplegar un funcionamiento estable, hace que se incremente el nivel de respuesta y de rendición de cuentas por parte del gobierno.

Dos aspectos son valiosos en un contexto a menudo denominado de «posdemocracia»[10]. El primero de ellos tiene que ver con que el acuerdo pluripartidario se funde en objetivos y metas concretas, con un programa que interseque los distintos programas puntuales e invierta la sensación de que los partidos políticos se sienten poco o nada obligados a adecuarse al programa electoral en virtud del cual fueron elegidos. En acuerdos como el de la «jerigonza» portuguesa, la presión que ejercen los partidos no mandantes dentro de la coalición es más firme y exigente que si viniese de la oposición al gobierno. El eventual fracaso del programa es también responsabilidad de ellos, por lo que exigen y disponen sus facultades y condiciones políticas para que tal cosa no ocurra. El segundo aspecto, que se traduce en una mejor rendición de cuentas y capacidad de respuesta, le garantiza al gobierno una vida democrática más prolija y con menos motivos de insatisfacción. La voz de los ciudadanos es tenida en cuenta no solo de cara a las elecciones; las promesas electorales se cumplen. Tal es la respuesta ante una crisis de la democracia indisociable de la creciente percepción de que el espacio de elección política es cada vez más reducido, o ante la sensación cada vez más fuerte de que «no hay alternativa».

Subrayar estas cuestiones gana una mayor relevancia en la medida en que una respuesta de este tipo a la crisis de la democracia abre el camino a una solución claramente distinta de esa otra que suele hacerse sentir en la actualidad: la de los movimientos populistas. Estos también ofrecen su respuesta a la crisis democrática y a la impotencia de la voluntad popular, y lo hacen planteando escenarios inevitables, confiando en liderazgos carismáticos antisistema y avanzando en el diseño de programas políticos nacionalistas de fronteras cerradas y de exclusión, cuando no de persecución. Tal tendencia

Los movimientos populistas también ofrecen su respuesta a la crisis democrática y a la impotencia de la voluntad popular

10. Colin Crouch: *Posdemocracia*, Taurus, Madrid, 2004.

populista debe ser leída dentro de una tendencia más amplia a la ruptura del nexo solidario entre democracia y liberalismo que desde la década de 1990 viene ahondándose a escala global[11]. El populismo parece lograr, en cierto modo, que estas converjan con la tendencia global a las denominadas democracias iliberales.

Obviamente, existe otro populismo, de carácter emancipatorio, que a la vez responde a la crisis de la democracia y a la reacción populista dominante por medio de una semántica diametralmente opuesta a la de esta última. En vez de exclusión y de particularismo nacional, ese otro populismo promueve la inclusión sobre la base de los valores del universalismo[12]. Pese a ello, una sintaxis común comunica a esos liderazgos exageradamente carismáticos: la progresiva conformación al sistema o la degeneración autoritaria de líderes que se eternizan en el poder. Si lo primero acaba no produciendo ruptura alguna con la crisis de la democracia –siendo más un simulacro que una transformación real–, lo segundo acaba volviéndose disruptivo, sobre todo para el pueblo que lo apoyó, y de ese modo se vuelve también antidemocrático.

El modelo político-partidario de la «jerigonza», fuertemente anclado en la objetividad de un compromiso programático común, es, por el contrario, un modelo escasamente apoyado en la construcción de liderazgos carismáticos. Ninguno de los tres líderes partidarios de la coalición se caracteriza por su carisma. Ninguno de ellos fuerza una identificación entre su persona y su función y se muestran más bien como personas al servicio de ella. Un cuadro como este propone una distancia frente a los riesgos más conocidos del populismo de izquierda, aunque añade otros, como el de la transformación del sujeto político en centro y poder administrativo, con todos los problemas ligados al control político democrático de la administración de tal poder, a los distintos modos de distribución y a la justa oportunidad de que en ese poder participen las ciudadanas y los ciudadanos más allá de sus fidelidades partidarias.

A la luz de este escenario, un nuevo ciclo debe significar la continuidad del robustecimiento de la democracia. Si en 2015 se logró un avance en términos de democracia representativa, en tanto el arco de gobierno se extendió a todo el campo de la izquierda (más allá de los partidos tradicionales), en 2019 debe darse un avance en términos de democracia participativa en el sentido de una

11. Fareed Zakaria: «The Rise of Illiberal Democracy» en *Foreign Affairs* vol. 76 Nº 6, 11-12/1997.
12. Ernesto Laclau: *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

ampliación de los espacios de negociación política y programática en la esfera pública y de los diversos movimientos sociales y actores colectivos implicados (sean más o menos tradicionales, o más o menos orgánicos).

Robustecer la democracia significa, por ejemplo, acondicionar la pluralidad de ideas y de debate sobre la base de alternativas y propuestas divergentes. Es decir, la convergencia partidaria de izquierda debe crear las condiciones para que la divergencia política dentro del campo progresista se exprese en un espacio más amplio, capaz de involucrar a personas y grupos externos a esos mismos partidos. Sin la inclusión de la sociedad civil, los partidos que conforman la «jerigonza» correrán el serio riesgo de enquistarse en sí mismos, en una trama de relaciones de poder meramente institucionales, ritualizadas y separadas del mundo, la vida y la *polis*. En el fondo, es la misma democracia interna de esos partidos la que requiere más profundidad y dinamismo.

En definitiva, una «jerigonza 2.0» capaz de superar la geometría del acuerdo estrictamente pluripartidario y que, por vía de convenciones abiertas u otros procedimientos afines, logre incluir en su compromiso, de igual a igual, la voz de distintas asociaciones y cooperativas cívicas formalizadas, de distintos grupos no formalizados de ciudadanos reunidos en torno de objetivos políticos, como también de ciudadanos expresándose a título individual, contribuiría a un mejor equilibrio entre las dimensiones participativas y representativas y apuntalaría el sentido democrático de la socialdemocracia. Una respuesta así, capaz de integrar en la lógica del acuerdo pluripartidario una dimensión participativa más cercana a la agenda del populismo emancipatorio, puede acabar garantizando, por lo demás, el punto de equilibrio que mantenga a raya los riesgos característicos de cada una de esas dos lógicas políticas por separado.

La «jerigonza» y las múltiples escalas de acción política

Si se considera el cuadro general, la experiencia de gobierno que se popularizó con el apodo de «jerigonza» cobra una relevancia adicional en el marco del delicado debate sobre el destino de la UE. La sorpresa del éxito del actual gobierno portugués significó un alivio en el continente en tanto se encaramó como el ejemplo de que es viable una alternativa frente a las políticas de austeridad. En cierto modo, Portugal logró alejarse del precipicio rearticulando valores de cohesión social que estaban en el origen del proyecto europeo. Tal vez sea esto lo que explica, al menos parcialmente, la designación de un

ministro de Economía y Finanzas portugués, Mário Centeno, al frente del Eurogrupo. De cualquier modo, y aunque se logró ese alivio luego de la presión que amenazaba la integridad de la UE, para pasar del alivio al cambio de paradigma aún falta recorrer un trecho enorme.

El futuro de las democracias liberales europeas depende en buena medida de la continuidad del proyecto de la UE y de la capacidad de este bloque de Estados de romper con el ciclo de resentimiento político que crece y se nutre de los efectos socialmente devastadores de las políticas neoliberales amparadas por la Unión. En un mundo cada vez más conectado, el desmembramiento del proyecto europeo en nacionalismos y populismos significaría la capitulación global ante el orden de las democracias iliberales, que no son sino una etapa intermedia hacia la cancelación de la vida democrática y de las garantías que hacen posible la democracia, comenzando por los derechos humanos. Pero a su vez, y más que depender de las decisiones conjuntas dentro del bloque, el futuro de la UE se juega en cada una de las democracias nacionales que la conforman. La construcción de una socialdemocracia radical deberá cimentarse en la lucha y en el intenso debate político emanado de las esferas públicas nacionales y forjar así raíces sólidas para la congregación de dinámicas y movimientos sociales y colectivos más amplios e influyentes en el ámbito internacional.

POLÍTICA
y gobierno

Primer semestre de 2019 Ciudad de México Volumen XXVI Nº 1

ARTÍCULOS: **Theresa Kernecker**, Entre las preferencias de los votantes y del partido: Lealtad partidista en 16 congresos latinoamericanos. **Amanda Driscoll y Michael J. Nelson,** Crónica de una elección anunciada: Las elecciones judiciales de 2017 en Bolivia. **Patricio Navia y Sebastián Rivera,** Personalización de la política, atributos personales y evaluación presidencial: El caso de Chile, 2008-2016. NOTAS DE INVESTIGACIÓN: **Aldo Adrián Martínez-Hernández y Asbel Bohigues**, El giro a la izquierda en los parlamentos latinoamericanos ¿Cuándo y cómo se dio? **Leiv Marsteintredet**, La vicepresidencia y los problemas de la sucesión presidencial en América Latina: Viejos y nuevos retos para el presidencialismo. ENSAYO BIBLIOGRÁFICO: **Gerardo L. Munck, Richard Snyder,** La política comparada en la encrucijada: Problemas, oportunidades y perspectivas desde el norte y el sur.

Política y Gobierno *es una publicación semestral de la División de Estudios Políticos del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Carretera México-Toluca 3655, Km 16,5, Lomas de Santa Fe, 01210 Ciudad de México. Apartado postal 116-114, 01130 Ciudad de México. Tel.: 727.9836/727.9800, ext. 2202. Fax: 570.4277/727.9876. Correo electrónico: <politicaygobierno@cide.edu>. Página web: <www.politicaygobierno.cide.edu>.*

El resurgimiento socialista en Estados Unidos

En los últimos tiempos, el término «socialismo» ha ganado una inédita popularidad en Estados Unidos, especialmente entre los jóvenes. Más allá de los múltiples sentidos de este significante, a menudo asociado a un Estado de Bienestar de tipo europeo, lo cierto es que la izquierda estadounidense muestra una renovada vitalidad y nuevas figuras vienen transformando el paisaje político, el Congreso y los medios de comunicación. Con un pie adentro y otro afuera del Partido Demócrata, una variedad de corrientes están construyendo una izquierda renovada y cercana a la «gente común».

Patrick Iber

En su discurso anual sobre el Estado de la Unión de 2019, el presidente Donald Trump hizo del «socialismo» un enemigo principal en el extranjero, cuando describió una Venezuela donde «las políticas socialistas llevaron a la nación más rica de Sudamérica a un estado abyecto de pobreza y desesperación». Pero también apuntó contra el socialismo en casa al señalar: «Aquí, en Estados Unidos, nos alarman los recientes llamados a adoptar el socialismo. EEUU se fundó sobre la base de la libertad y la independencia, no sobre la coerción, la dominación y el control del gobierno. Nacimos libres y nos mantendremos libres». Fox News, el canal de noticias de derecha

---

Patrick Iber: es historiador y catedrático en la Facultad de Historia de la Universidad de Wisconsin. Es autor de *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America* (Harvard UP, Cambridge, 2015). Escribe en *Dissent* y *New Republic*.
Palabras claves: izquierda, socialismo, Partido Demócrata, Alexandria Ocasio-Cortez, Bernie Sanders, Socialistas Democráticos de Estados Unidos (DSA), Estados Unidos.
Nota: traducción del inglés de Rodrigo Sebastián.

profundamente alineado con la Casa Blanca, también ha hecho de los ataques al socialismo un eje de su programación[1].

Hasta cierto punto, esto es completamente normal. Desde la década de 1930, los intentos de reformar o regular el capitalismo estadounidense fueron denunciados por los grupos empresariales y sus políticos aliados como «socialistas» y contrarios a las tradiciones políticas del país. En 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, el *Wall Street Journal* argumentó que «la planificación es la antítesis directa de la libertad»[2]. Y en 1961, Ronald Reagan, quien más tarde sería un presidente conservador (en ese entonces era un actor famoso), grabó un anuncio en nombre de la asociación de médicos en el que alegaba que la atención médica financiada por el gobierno –la «medicina socializada»– «restringiría la libertad de los estadounidenses» y agregaba: «Pronto su hijo no podrá decidir en qué universidad estudiará y qué hacer para ganarse la vida»[3]. Estas exitosas campañas para compartir los esfuerzos por establecer un sistema universal de atención de la salud explican por qué EEUU tiene el sistema de salud más desigual y menos integral de todos los países ricos, y por qué las enfermedades muchas veces no se tratan y los gastos médicos son la causa principal de bancarrota personal.

Lo novedoso de los últimos años en la política estadounidense no es que la derecha haya venido atacando al socialismo, sino que la mayor parte de la izquierda no se haya sentido amedrentada por esos ataques. Bernie Sanders se postuló abiertamente como socialista democrático en las primarias del Partido Demócrata de 2015-2016 y mostró que la identidad socialista podía ser estimulante en lugar de alienante. También lo hizo Alexandria Ocasio-Cortez, quien desde su inesperada victoria en las primarias en su distrito de Nueva York y su posterior elección para la Cámara de Representantes se convirtió en una de las legisladoras más destacadas del país. Tanto Ocasio-Cortez como Rashida Tlaib, de Detroit, también nueva en la Cámara de Representantes, pertenecen a los Socialistas Democráticos de Estados Unidos (DSA, por sus siglas en inglés), quienes multiplicaron por diez su número de integrantes en los últimos años.

La opinión pública también ha cambiado. Entre los miembros del Partido Demócrata, existe una opinión más positiva sobre el socialismo que sobre el capitalismo. Lo mismo ocurre con los estadounidenses de entre 18 y 29 años:

1. Jane Mayer: «The Making of the Fox News White House» en *The New Yorker*, 4/3/2019.
2. Lawrence B. Glickman: «Free Enterprise vs. Socialism: A Brief History» en *Dissent*, 5/3/2016.
3. «Ronald Reagan Speaks Out on Socialized Medicine – Audio» en *Reagan Foundation*, YouTube, <www.youtube.com/watch?v=AYrlDlrLDSQ>.

en 2018, 51% tenía una visión positiva del socialismo, frente a 45%, que tenía una visión positiva del capitalismo[4]. Cuando Fox News publicó un gráfico en el que se enumeraban las propuestas de Ocasio-Cortez, entre ellas la atención médica universal financiada por el Estado, la joven diputada no tuvo problema en retuitearla y usarla como publicidad[5].

Este cambio no es una ilusión. El espectro político estadounidense está cambiando, y el país está ahora más abierto a la izquierda y a sus ideas que en ningún otro momento de las últimas décadas. Sin embargo, la izquierda todavía enfrenta importantes obstáculos institucionales y estructurales. Su impacto en los próximos años dependerá de las estrategias que utilice para enfrentar esos desafíos y de las fuerzas que pueda congregar para superarlos.

Analizar la situación de la izquierda plantea inmediatamente un problema de definición. El ala izquierda del espectro político en EEUU es a menudo denominada «liberal», mientras que para la derecha se reserva el mote de «conservadora». (Si bien en la mayoría de los países los «liberales» pertenecen a la centroderecha del espectro político, en la jerga estadounidense «liberal» refiere a aquellos que apoyan las acciones del gobierno para dar respuesta a las cuestiones sociales). Quienes están a la izquierda de los liberales suelen denominarse «progresistas», aunque el concepto carece de una definición precisa. A su izquierda están los socialdemócratas, que probablemente representan el punto de quiebre en el que la gente rechaza la etiqueta de «liberal» e insiste en identificarse con la «izquierda». Y a la izquierda de los socialdemócratas están los socialistas democráticos, cuya mayoría asume una identidad anticapitalista. Por último, existen varios grupos marxistas y radicales cuyas visiones ideológicas los alejan de la política electoral, si bien tienen la capacidad de movilizarse en torno de diversas causas específicas.

A la izquierda de los socialdemócratas están los socialistas democráticos, cuya mayoría asume una identidad anticapitalista

Para entender cómo creció la izquierda y la forma que adoptó, es importante retroceder una generación. Durante la mayor parte de las últimas décadas, la izquierda operó en terrenos inhóspitos. En una novela satírica publicada

4. Frank Newport: «Democrats More Positive About Socialism Than Capitalism» en *Gallup News*, 13/8/2018.
5. Tuits disponibles en <https://twitter.com/AOC/status/1062731138031120384>.

en 2006, por ejemplo, Chris Bachelder imaginó el repetido asesinato y resurrección de un periodista de principios del siglo XX, Upton Sinclair. (Sinclair se postuló para gobernador de California en 1934 con la plataforma independiente «Acabemos con la pobreza en California», inspirada en ideas socialistas). En la novela, uno de los personajes afirma: «Puede que la izquierda esté muerta... pero el miedo y el odio a la izquierda nunca morirán. Es una pasión estadounidense». Es lo que parecía suceder en 2006, cuando la izquierda operaba desde los márgenes: se trataba más de una subcultura que de una fuerza política.

El nadir del poder de la izquierda estadounidense probablemente llegó en la década de 1990 y principios de la década de 2000. El fin del sistema soviético fue interpretado en EEUU como una victoria del capitalismo liberal, completamente confiado en que encarnaba el «fin de la Historia». El presidente Bill Clinton pertenecía al sector centrista del Partido Demócrata y consideraba que el partido debía emprender un movimiento táctico hacia el «centro». Muchos de los principales logros legislativos de Clinton, entre ellos un proyecto de ley contra el delito que atizó el problema del encarcelamiento masivo y una ley que reformó el sistema de bienestar social de los pobres hasta volverlo virtualmente inexistente, promovieron objetivos de larga duración de los republicanos.

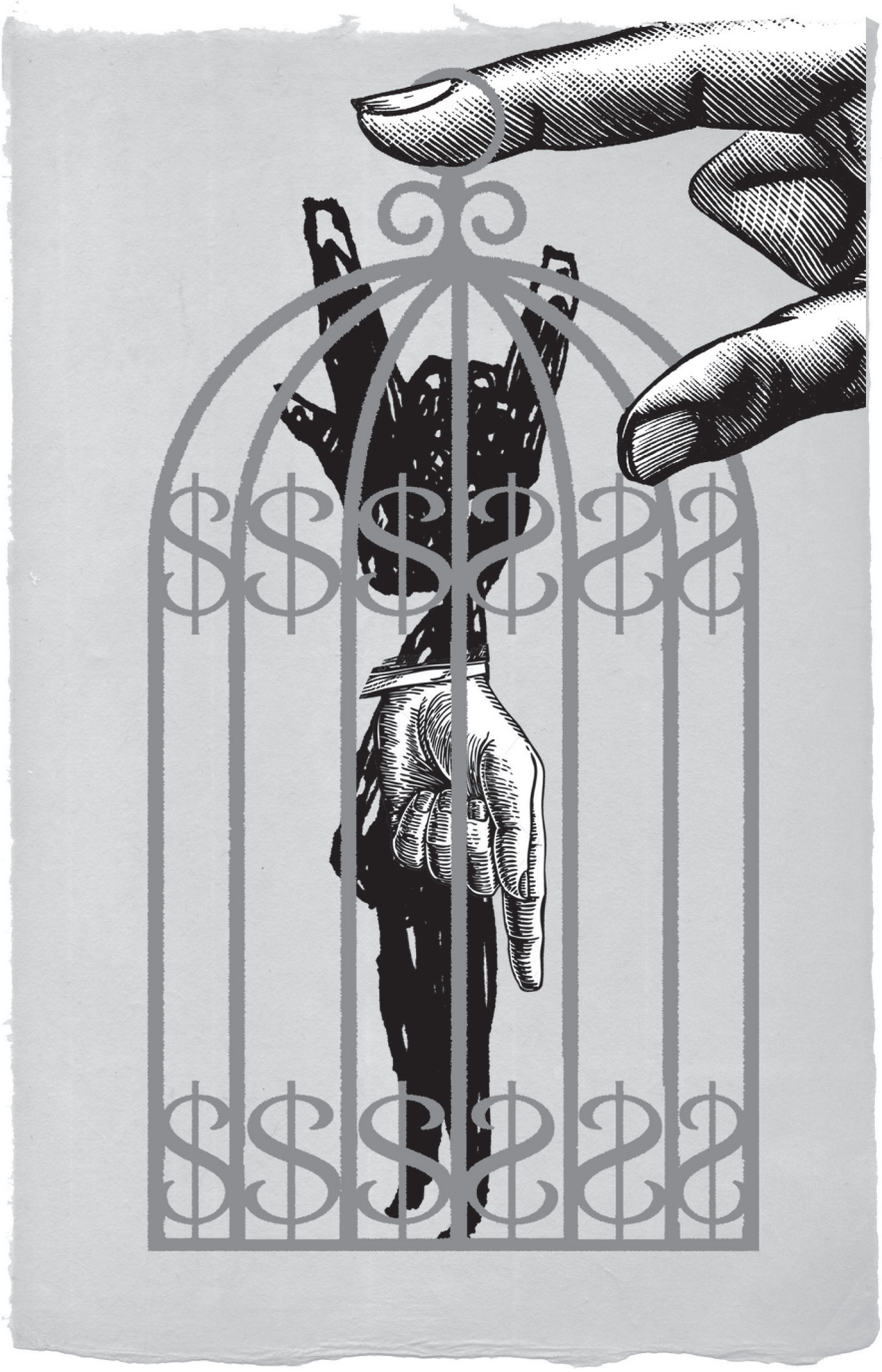
Al igual que Trump en 2016, el sucesor republicano de Clinton en la Casa Blanca, George W. Bush, fue elegido en 2000 con una minoría del voto popular, pero con una mayoría en el Colegio Electoral (algo que fue posible solo gracias a que la Corte Suprema decidió suspender el recuento de los votos en el estado de Florida, en un fallo en el que los cinco jueces republicanos se impusieron a los cuatro designados por los demócratas). Esto fue polémico, pero las diferencias entre Al Gore y Bush, ambos en carrera hacia el centro del espectro político, parecían relativamente menores en ese momento. Una de las particularidades de la elección de Florida fue el casi 5% de los votos que recibió el activista político Ralph Nader, quien se postuló por el Partido Verde y atrajo principalmente a los votantes de la izquierda distanciados del Partido Demócrata de la era Clinton. Independientemente de que sea justo o no culpar a Nader por la derrota de Gore, en lugar de responsabilizar a la Corte Suprema (o al propio Gore), la campaña de Nader demostró el potencial peligro de organizarse por fuera del Partido Demócrata en un sistema de votación como el estadounidense, donde «el ganador se lleva todo».

La presidencia de Bush y el curso de la política mundial cambiaron irrevocablemente el 11 de septiembre de 2001. Inmediatamente después de los ataques,

la aprobación de Bush se disparó. El escenario posterior al 11 de septiembre fue terrible para la izquierda, temerosa de las transformaciones que se avecinaban. Como era de esperar, tres días después de los atentados, el Congreso autorizó al gobierno de Bush a usar la fuerza militar para tomar represalias; solo Barbara Lee, una afroestadounidense representante de la ciudad californiana de Oakland, tradicionalmente de izquierda, votó en contra. Los medios de comunicación pusieron banderas estadounidenses en todas las emisiones, mientras se reducían los canales disponibles para expresar dudas acerca de la respuesta diseñada por el gobierno de Bush. Los que lo hicieron fueron acusados de falta de patriotismo. El entrevistador Phil Donohue, una de las pocas voces liberales en la televisión, fue despedido por MSNBC, mientras la guerra en Iraq recibía el apoyo no solo de los republicanos, sino también de la mayoría de los demócratas.

Si bien millones de personas se manifestaron en todo el país para intentar frenar la guerra, en general fueron marginadas e ignoradas. Aunque el movimiento antibélico casi se derrumbó después del inicio de la guerra en Iraq, la opinión pública nacional comenzó a cambiar a medida que la guerra resultaba ser cada vez más costosa y desastrosa. Un programa satírico de noticias, *The Daily Show*, conducido por Jon Stewart, tenía como audiencia a liberales que se burlaban del gobierno de Bush y de los medios de comunicación conservadores. Con Fox firmemente consolidado como el canal de derecha, la cadena MSNBC comenzó a actuar como una alternativa mayormente progresista. En las primarias demócratas de 2008, el hecho de que Barack Obama se hubiera opuesto a la guerra en Iraq mientras que Hillary Clinton había votado a favor fue una de las claves de su victoria. Diversos sectores de izquierda, incluyendo a quienes se habían movilizado contra la guerra, apoyaron la campaña de Obama y la vivieron como una suerte de movimiento social: un movimiento que esta vez condujo al éxito electoral.

Pero Obama, a pesar de los intentos racistas de la derecha para presentarlo como un extremista de izquierda con motivaciones anticoloniales, no era en verdad de izquierda. Su retórica política ponía el acento en la reconciliación nacional tras el polarizador gobierno de Bush. Habiendo asumido la Presidencia al comienzo de la peor crisis del capitalismo desde la Gran Depresión, su tarea más urgente consistió en recuperar el crecimiento y frenar la creciente pérdida de empleos. El presupuesto expansivo contribuyó, pero su gobierno también rescató a los bancos y compañías de seguros de Wall Street cuyas prácticas habían llevado al colapso de la burbuja inmobiliaria y se desentendió en gran medida de quienes perdieron sus hogares como resultado



© Nueva Sociedad / María Alcobre 2019

de la crisis. Katrina vanden Heuvel, editora de la revista progresista de mayor circulación del país, *The Nation*, resumió las críticas culpando a Obama por no utilizar «este momento de crisis (...) para reestructurar –no simplemente resucitar– un altanero sector financiero».

El enfoque racional de Obama hacia la política no era muy adecuado para representar el malestar popular. Fue más bien la derecha, a través del movimiento Tea Party, surgido como respuesta a la elección de Obama y al gasto gubernamental para contrarrestar la recesión, la que reconfiguró el campo político estadounidense. En parte como respuesta a la política y a lo que representaba la victoria de un afroestadounidense, durante la presidencia de Obama la derecha desplegó de manera más abierta su hostilidad racial. Uno de los logros legislativos distintivos de Obama fue la Ley de Cuidado de Salud Asequible (Affordable Care Act), un programa para ampliar el acceso a la asistencia médica que preservaba el sistema privado de atención de la salud al tiempo que proporcionaba subsidios para quienes no pudieran pagar un seguro. Aunque este programa se había implementado de manera exitosa en el estado de Massachusetts con un gobernador republicano, los activistas del Tea Party lo consideraron, como Reagan en 1961, el fin de la libertad. De hecho, se aprobó sin ningún voto republicano en el Senado y con solo uno en la Cámara de Representantes. En las elecciones de 2010, el Partido Demócrata perdió el control de esta última y el declive continuó durante el resto de la presidencia de Obama en los niveles federal y estatal. Los demócratas controlaban 59% de las legislaturas estatales y 58% de las gobernaciones en 2008; en 2016 controlaban solo 31% de las legislaturas y 32% de las gobernaciones[6]. Mientras tanto, los activistas del Tea Party continuaron empujando al Partido Republicano hacia la derecha. Cuando Obama fue reelegido en 2012, el periódico satírico *The Onion* publicó de inmediato un titular profético: «Después del triunfo de Obama, el líder de las encuestas para el Partido Republicano en 2016 es una candente esfera de pura furia chillona».

El enfoque racional de Obama hacia la política no era muy adecuado para representar el malestar popular

De ese modo, la presidencia de Obama proporcionó varios ingredientes que motivaron a la gente a girar más a la izquierda. Ya venía precedida de una desastrosa presidencia republicana que condujo a una crisis del capitalismo

6. Clare Malone: «Barack Obama Won The White House, But Democrats Lost The Country» en *FiveThirtyEight*, 19/1/2017.

desregulado. Durante la presidencia de Bush, los liberales pensaron que sacarlo del gobierno resolvería la mayoría de sus problemas. Pero a pesar de la integridad personal e inteligencia de Obama, este no logró enfrentar a un Partido Republicano cada vez más radical, ni unir al país frente a una derecha cada vez más extrema que no estaba interesada en la unidad. En un discurso de 2004 que le dio proyección nacional, Obama había argumentado, apelando a un juego de palabras, que «no existe una América liberal y una América conservadora; existe Estados Unidos de América». Pero la respuesta a su propio gobierno mostró que, por muy atractivo que pareciera ese mensaje, no resistía la realidad.

Su presidencia también dejó en evidencia que había «una América de izquierda». En ese sentido, la era Obama se asemejó a los años 30 y 60 del siglo XX, dos periodos de fuerte movilización de la izquierda en EEUU que tuvieron al frente presidentes ostensiblemente liberales. Uno de ellos fue Franklin D. Roosevelt, cuyo programa, conocido como New Deal, creó empleos y amplió la seguridad social en el contexto de la Gran Depresión. El movimiento sindical logró enormes avances en la década de 1930, apoyando e impulsando a Roosevelt al mismo tiempo. De manera similar, en la década de 1960, el movimiento por los derechos civiles condujo al presidente Lyndon Johnson a aprobar una ley que llevara la democracia al sur de EEUU y a garantizar la igualdad de derechos para los afroestadounidenses. Johnson también expandió el seguro social mediante proyectos de ley que garantizaban atención médica a los ancianos y a los pobres. En comparación con Roosevelt y Johnson, Obama tenía un menor margen de maniobra en el Congreso y dejó un legado de avances legislativos mucho más modesto: redujo a la mitad el porcentaje de la población sin seguro médico y reintrodujo impuestos ligeramente más altos sobre los más ricos. El avance social más importante durante el gobierno de Obama, el matrimonio igualitario para las parejas LGBTI, llegó a través de una decisión de la Corte Suprema (después de una movilización en todo el país), por lo que no se trató de un tema en el que la Casa Blanca desempeñara un rol decisivo.

El descontento de la izquierda con Obama se manifestó a través de dos movimientos sociales. El primero fue Occupy Wall Street en 2011, que se centró en la desigualdad y la injusticia distributiva tras la crisis financiera. Para algunos, Occupy, inspirado en una filosofía anarquista, carecía de un programa de cambios estructurado, pero esto no le impidió instalar en la agenda pública la cuestión de la desigualdad, que luego pasó a formar parte del discurso hegemónico. Por ejemplo, cuando en 2014 se publicó en inglés *El capital en el siglo XXI*, del economista francés Thomas Piketty, el libro se

convirtió sorpresivamente en un *best seller*. El segundo movimiento social fue el Movimiento por las Vidas Negras (Movement for Black Lives, M4BL), surgido en 2014, que se enfocó en las prácticas discriminatorias de la policía en las comunidades afroestadounidenses, así como en un sistema de justicia que produjo el mayor nivel de encarcelamiento per cápita del mundo. Tanto Occupy como M4BL descubrieron que su capacidad para difundir videos, compartir información y organizarse a través de internet y de las redes sociales era clave para hacer llegar sus mensajes.

Durante el gobierno de Obama, el escenario mediático de la izquierda se transformó como producto de la combinación de las redes sociales y la crisis económica. Los cambios tecnológicos y legales produjeron la fragmentación de los medios de comunicación, e internet permitió personalizar el consumo de noticias según las preferencias individuales. Los medios de comunicación continúan corroborando que audiencias pequeñas pero más apasionadas son un modelo de negocio viable, o al menos un modelo que sirve como último recurso, lo que propicia una información más abiertamente politizada. Al mismo tiempo, debido a la crisis financiera, muchas personas con título universitario, o que podrían haberlo obtenido y convertirse en profesores, se encontraron sin empleo o subempleados. La crisis económica proporcionó una fuerte dosis de conciencia de clase a jóvenes escritores, que se abrieron paso a través de un paisaje mediático impulsados por las redes sociales que acogieron cada vez más argumentos radicales. Hubo un renacimiento de las publicaciones de izquierda. *The Baffler*, una revista clásica de crítica cultural y política que tuvo un gran éxito en los años 90, fue relanzada en 2010. *Dissent*, la revista socialista democrática que comenzó a publicarse en 1954, se alejó de sus orígenes de la Guerra Fría de la mano de una nueva generación de autores más jóvenes. *Jacobin*, que ha tenido un gran éxito con las perspectivas marxistas y políticas pragmáticas que ofrece, se comenzó a publicar a fines de 2010. *Current Affairs* es otra revista socialista, lanzada en 2015. Y revistas liberales más tradicionales, como *Slate* y *The New Republic*, también se desplazaron a la izquierda, a veces a través de autores que se iniciaron en periódicos de izquierda de menor tiraje.

Bernie Sanders logró captar con su campaña de 2015-2016 la energía de los movimientos y comunidades de la izquierda con la bandera del socialismo democrático. Incluso Hillary Clinton, que representaba simbólicamente la continuidad dentro del Partido Demócrata, se presentó con una plataforma más progresista que la de Obama en 2008 o 2012. Con la derrota de Clinton frente a Trump en el Colegio Electoral y las victorias republicanas que le die-

ron a ese partido el control de ambas cámaras del Congreso, la izquierda quedó al margen del poder político, si bien había sido reivindicada de diversas maneras en la batalla de ideas. Se demostró que había sido correcto oponerse a la guerra en Iraq, poner en cuestión la respuesta frente a la recesión y rechazar de plano comprometerse con un Partido Republicano cautivo de la extrema derecha y respaldado por el dinero de los multimillonarios. En ese marco, resultó conveniente para su desarrollo que Clinton fuera una candidata débil.

El establishment político y mediático se vio sacudido por la victoria de Trump, esperada por pocos. (Incluso Trump parecía sorprendido de que una campaña vanidosa que probablemente vio como un ejercicio más de construcción de su marca lo hubiera llevado a la Presidencia). La misoginia y el racismo explícitos de Trump habilitaron a muchos a expresar públicamente opiniones racistas y sexistas que habían aprendido a ocultar. Su desinterés autoritario por las normas y los procedimientos democráticos representaba al menos una amenaza potencial para el Estado de derecho. Una de las respuestas ha sido una amplia movilización: el rechazo de Trump, por supuesto, va mucho más allá de quienes se autoidentifican como de izquierda. La Marcha de las Mujeres de enero de 2017, la mayor manifestación en la historia de EEUU, y la posterior Marcha por la Ciencia de abril del mismo año tuvieron como objetivo formar un amplio frente de oposición. Las investigadoras Lara Putnam y Theda Skocpol documentaron después de las elecciones una oleada de activismo local conformado por mujeres blancas mayores provenientes de los suburbios –que buscaban revitalizar el Partido Demócrata y las instituciones democráticas básicas a través del trabajo voluntario– que no fueron motivadas necesariamente por un programa de izquierda[7].

La misoginia y el racismo explícitos de Trump habilitaron a muchos a expresar públicamente opiniones racistas y sexistas

Muchos vivieron la elección de Trump como una emergencia política que resultó ser más concreta para algunos que para otros. Durante la campaña, su retórica no hizo hincapié en temas como el «Estado mínimo» del ala empresarial del Partido Republicano, ni en los conocidos «valores familiares» defendidos por su base evangélica conservadora, sino que puso en primer plano la amenaza de diversos sujetos raciales indignos, que muchos votantes blancos asocian con los afroestadounidenses de las ciudades, los musulmanes o los

7. L. Putnam y T. Skocpol: «Middle America Reboots Democracy» en *Democracy*, 20/2/2018.

inmigrantes latinoamericanos. El tema central de su campaña fue el muro que prometió construir a lo largo de los más de 3.000 kilómetros de la frontera con México. Después de asumir el cargo, autorizó acciones agresivas por parte del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de EEUU (ICE, por sus siglas en inglés), incluidas la separación de padres e hijos solicitantes de asilo y la ubicación de niños en campamentos levantados a lo largo de la frontera. Los defensores del poder y de la supremacía de los blancos se sintieron alentados por el triunfo de Trump y por su negativa a criticarlos.

La izquierda reaccionó. Tanto durante la campaña de Trump como durante su gestión, las marchas de los neonazis y los miembros de la «derecha alternativa» (*Alt-Right*) han sido respondidas con contramanifestaciones provenientes de brigadas antifascistas conocidas como Antifa. Antifa cree en la acción directa y trata de evitar que los grupos fascistas construyan plataformas para difundir sus ideas. Los mitines supremacistas blancos parecen haberse disipado, especialmente luego de que un supremacista embistiera con su auto a una multitud que participaba de una contramanifestación en Charlotte, Carolina del Norte, en agosto de 2017, hiriera a 40 personas y matara a la joven activista Heather Heyer. Pero la amenaza persiste. Más allá de Antifa, cuyos miembros deben estar dispuestos a pelearse a puñetazos, otras ramas de la izquierda se han movilizado contra la agenda racista de Trump: por ejemplo, hubo manifestaciones espontáneas en los principales aeropuertos cuando Trump prohibió el ingreso de visitantes y refugiados de ciertos países musulmanes, y también ha habido marchas y campañas para apoyar la abolición de la ICE.

Pero la acción directa no ha sido la única respuesta de la izquierda a la elección de Trump, ni siquiera la predominante. Como dijo Maurice Mitchell, del M4BL y del Partido de las Familias Trabajadoras (Working Families Party) con sede en Nueva York, la elección de 2016 «radicalizó a los liberales y electoralizó a los radicales». El grado de éxito de Sanders demostró que participar en la política electoral no era un callejón sin salida para la izquierda y le proporcionó una visión diferente del cambio. Como señaló el historiador y activista Max Elbaum, gran parte de las utopías y el vanguardismo de la izquierda de los años 60 están ausentes hoy en día. En la década de 1960, muchos creían que las acciones de unos pocos podían desencadenar una revolución inminente; cuando Sanders habla de «revolución política», por el contrario, se refiere a la gente común comprometida con el sistema político para enfrentar los intereses de los poderosos. La izquierda de hoy, también la socialista, sabe que tiene que luchar por millones. «Esta es una generación de personas que

ha experimentado reveses», dice Elbaum, «y que tiene una noción mucho más precisa de dónde se ubica el resto de la sociedad que la que teníamos en la década de 1960».

Desde la elección de Trump, los veteranos de la campaña de Sanders se dispersaron formando nuevas organizaciones. Justice Democrats [Demócratas por la Justicia] y Brand New Congress [Un Congreso Totalmente Nuevo], por ejemplo, tienen como objeto apoyar la elección de candidatos más progresistas para el Congreso –fue una convocatoria de Demócratas por la Justicia la que terminó desencadenando la campaña de Alexandria Ocasio-Cortez–. Our Revolution [Nuestra Revolución], otra nueva organización, se creó con el fin de preservar la red de voluntarios de la campaña de Sanders. Y DSA, una agrupación política y activista de larga data, experimentó un incremento inmediato en el número de sus afiliados. Surgida a partir de las escisiones del Partido Socialista en la década de 1970, cuando era esencialmente la corriente «centrista» de los socialdemócratas, DSA viró a la izquierda en el nuevo escenario. Michael Harrington, su fundador, había señalado que su objetivo era trabajar para ser el «ala izquierda de lo posible», tanto dentro como fuera del Partido Demócrata, mientras que muchos de los nuevos reclutas de DSA quieren que la agrupación actúe como una organización socialista más militante y que apoye explícitamente a los candidatos socialistas. Esto ha ocurrido en muchas elecciones en todo el país, en las que los candidatos socialistas se postulan para cargos en las juntas escolares, los consejos municipales y las legislaturas estatales, y a veces logran ingresar.

Michael Harrington, fundador de DSA, había señalado que su objetivo era trabajar para ser el «ala izquierda de lo posible»

Las transformaciones políticas se han ido abriendo camino también a través de otras instituciones. El suplemento de opinión del *New York Times*, por ejemplo, tiene un grupo de columnistas habituales que estuvo dominado durante mucho tiempo por escritores de centro, algunos de ellos liberales (aunque no demasiado) y otros pocos conservadores (si bien en su mayoría son anti-Trump). En tono de autocrítica por haber malinterpretado la dinámica de las elecciones de 2016, un día el diario abrió sus páginas a las cartas de los partidarios de Trump. Pero los partidarios de la izquierda señalaron que sus puntos de vista también habían estado ausentes. Desde entonces, el suplemento ha incorporado a Michelle Goldberg, una autora feminista liberal de izquierda, y a Jamelle Bouie, quien escribe de manera convincente

sobre la intersección entre raza y capitalismo desde una perspectiva de izquierda. «Hay una sensación general de que la izquierda está donde están las ideas», comenta Goldberg, y de que como es difícil que el conservadurismo de Trump esté bien respaldado por un sólido conjunto de ideas, «los debates más fructíferos tienen lugar entre los liberales y la izquierda»[8].

Si la izquierda incursionó en instituciones tradicionales después de la elección de Trump, sus instituciones paralelas demostraron no ser menos influyentes. Al tiempo que aumentó el número de afiliados de DSA, también creció el número de suscripciones a revistas socialistas, especialmente a *Jacobin*, con la cual DSA no tiene relación formal pero cuyo público es similar (hay clubes de lectura de *Jacobin* en muchas de las secciones de DSA, por ejemplo). Mientras que los medios de comunicación corporativos como MSNBC a veces difunden ideas socialdemócratas, el canal todavía no incluye a referentes socialistas y gran parte de su programación ha buscado ganar audiencia recurriendo al estado de shock y miedo de los liberales antitrumpistas. Los socialistas han creado sus propios medios de comunicación: el controvertido podcast *Chapo Trap House*, por ejemplo, combina un agudo análisis político de izquierda, un humor algo vulgar derivado de su fuerte implicación con la cultura de internet y la mofa habitual hacia los liberales. No es parte de una cadena ni recibe publicidad, y les paga a sus presentadores mediante aportes de los oyentes.

Algo similar ha ocurrido en el mundo de los *think tanks*. En el sistema estadounidense, los *think tanks* cumplen dos funciones: sirven como intermediarios entre los políticos y las ideas y proporcionan empleo a los asistentes políticos cuando su partido está fuera del poder. Muchos de los *think tanks* liberales están estrechamente ligados al establishment del Partido Demócrata y son hostiles a las ideas de la izquierda. Pero hay otros que están posicionados para servir como respaldo intelectual a quienes buscan reformar el partido en una dirección más progresista, sobre todo en sus propuestas económicas. Si bien el Instituto Roosevelt ha existido desde 1987, sus socios están cada vez más involucrados en los esfuerzos por proporcionar solidez intelectual y experiencia en materia de políticas para lograr lo que el presidente Roosevelt denominó la «Segunda Declaración de Derechos» en 1944, que sin embargo nunca se puso en práctica: empleo garantizado, vivienda, atención médica y educación a través de una importante expansión del gasto público[9]. En otros

8. Entrevista con el autor, 19/3/2019.
9. J.W. Mason: «Fiscal Rules for the 21st Century», Roosevelt Institute, disponible en <http://rooseveltinstitute.org/wp-content/uploads/2019/03/RI_How-to-pay-for-the-public-sector_issue-brief_201903.pdf>.

ámbitos, los pensadores de izquierda están encontrando formas de producir ideas fuera de los canales tradicionales que requieren donantes importantes que tienden a comprometer los objetivos redistributivos: Matt Bruenig, por ejemplo, despedido de Demos, otro *think tank* de la izquierda progresista, fundó su propio grupo, el People's Policy Project[10]. Escribe artículos en apoyo de un EEUU «más escandinavo» y opera con un modelo de financiación de donantes similar al de *Chapo Trap House*.

Si bien todavía las elecciones de 2020 están relativamente lejos, las primarias demócratas ya están en marcha, aunque no todos los posibles candidatos se han lanzado aún al ruedo. Sanders se postuló nuevamente; todavía convoca a grandes multitudes y está recaudando fondos con éxito a través de su red de pequeños donantes (la contribución promedio a su campaña en 2016 fue de 27 dólares; ahora pide esa cantidad). Esta vez, Sanders opera con mayor profesionalismo y una política exterior bien desarrollada de internacionalismo progresista antioligárquico. Sanders ya ha recibido el apoyo de DSA y *Jacobin*. Elizabeth Warren, una senadora de Massachusetts, es otra candidata posible de la izquierda, con políticas razonadas y detalladas que apuntan a reformas importantes del capitalismo estadounidense, que incluyen la coparticipación de los trabajadores de las empresas. Para los socialistas de *Jacobin*, la diferencia es que Sanders representa la «tradición socialista», mientras que Warren es el «extremo izquierdo del liberalismo de clase media»[11]. Sin embargo, si alguno de los dos resultara elegido, el tipo de gobierno que podría impulsar probablemente tendría más que ver con sus márgenes de maniobra en el Congreso y con su capacidad para inspirar movimientos de masas.

Las primarias demócratas ya están en marcha, aunque no todos los posibles candidatos se han lanzado aún

Esta tensión entre las necesidades de los partidos y las de los movimientos sociales es uno de los mayores obstáculos estructurales para la izquierda en un futuro próximo. El punto es que la izquierda, si bien es más numerosa de lo que ha sido en generaciones, sigue lejos de ser mayoritaria: DSA tiene solo 60.000 miembros que pagan cuotas en un país de más de 300 millones de habitantes. Para algunos, en la izquierda, el Partido Demócrata es una presencia tóxica, que sigue representando lo que se ha llamado «el segundo partido

10. V. página web: <www.peoplespolicyproject.org/>.
11. Shawn Gude: «You Can Have Brandeis or You Can Have Debs» en *Jacobin*, 2/2019.

capitalista más entusiasta de la historia»[12]. Mientras que Sanders participa en las primarias demócratas y trabaja con los demócratas en el Congreso, él es técnicamente independiente. Y muchos socialistas coinciden con esa posición.

Otros que aceptan una identidad socialista, como Ocasio-Cortez, se refieren al Partido Demócrata como «nuestro partido», en un intento de disputar la propiedad del partido y transformarlo desde adentro. En su primer día en el Congreso, por ejemplo, Ocasio-Cortez se unió a activistas del movimiento Sunrise, un grupo creado en 2017 y liderado por jóvenes, para luchar por una respuesta concreta a la amenaza del cambio climático. Realizaron una sentada como protesta en la oficina de Nancy Pelosi, líder demócrata de la Cámara de Representantes. Sin embargo, el Partido Demócrata no desea ser transformado y recientemente ha tomado medidas para reducir el riesgo de que los candidatos que ya ocupan cargos sean desafiados por los recién llegados.

El argumento de la izquierda es doble: que los votantes demócratas son más progresistas que sus representantes surgidos de las urnas y que no hay otra opción que promover políticas audaces y transformadoras. En ese espíritu, el mayor logro político de la nueva izquierda es la propuesta de un «Green New Deal» (Nuevo Pacto Verde). Combina las ideas del movimiento ecologista con los reclamos de justicia social, entre ellos la garantía de empleo y la atención médica universal. Para los críticos de la derecha (y del centro), se trata de una lista de objetivos de la izquierda disimulados detrás de la legislación ambiental, aunque realmente estas metas no están muy escondidas: la acumulación de demandas es intencionada. Para evitar un cambio climático absolutamente catastrófico se requerirá una rápida descarbonización de la economía mundial, y eso demandará cambios sustanciales en el estilo de vida intensivo en energía del estadounidense medio, lo que incluye la infraestructura dependiente de los automotores con que opera la mayor parte del país. Como dice un activista de Sunrise:

> Como eslogan de campaña y plataforma política, el Nuevo Pacto Verde captura los valores y la visión que resuenan entre los estadounidenses decepcionados por décadas de consenso neoliberal. Es un programa de gran envergadura con precedentes históricos para frenar a la elite codiciosa y poner a trabajar a los ciudadanos comunes para evitar calamidades.[13]

---

12. Lance Selfa: *The Democrats: A Critical History*, edición actualizada, Haymarket Books, Chicago, 2012.
13. Matthew Miles Goodrich: «The Climate Movement's Decades-Long Path to the Green New Deal» en *Dissent*, 15/2/2019.

Estos cambios tendrán efectos adversos para algunos sectores de la población, que necesitarán de la protección de un Estado de Bienestar más robusto. «El Nuevo Pacto Verde no es el único enfoque», escribe Jedediah Britton-Purdy, «pero sus grandes ambiciones marcan el terreno en el que se desarrollarán las futuras contiendas climáticas»[14]. Y es popular: dado que recibe el apoyo de 71% de los votantes del Partido Demócrata, es probable que una parte significativa del programa sea retomada por sus precandidatos presidenciales[15].

Pero la izquierda se enfrenta a varios obstáculos, más allá de la necesidad de transformar el Partido Demócrata. Tradicionalmente, la base de masas de la izquierda ha estado en el movimiento obrero. Pero la densidad sindical del sector privado, que viene reduciéndose hace décadas, se sitúa ahora por debajo de 7%. Si bien han sido más progresistas en los últimos años, las principales organizaciones sindicales, como la Federación Estadounidense del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés), no son confiables para la izquierda –la AFL-CIO se opuso, por ejemplo, al Nuevo Pacto Verde–. En los últimos años se han llevado a cabo con éxito nuevas campañas de sindicalización de periodistas, estudiantes de posgrado y trabajadores hoteleros, pero los intentos por sindicalizar a los trabajadores del sector automotriz en el sur han fracasado.

La izquierda se enfrenta a varios obstáculos, más allá de la necesidad de transformar el Partido Demócrata

Hay, no obstante, algunas señales de regreso de un sindicalismo de clase. La campaña «Lucha por 15 dólares» ha logrado obligar a las ciudades y estados a aumentar el salario mínimo. A principios de 2019, los trabajadores de control de tráfico aéreo ayudaron a poner fin a un cierre del gobierno diseñado por Trump[16]. Y ha habido una importante militancia en el sector público, donde alrededor de 35% de los trabajadores está sindicalizado. Ha habido huelgas de sindicatos de docentes en bastiones progresistas como Chicago y Oakland y en áreas más conservadoras como Virginia Occidental y Arizona. La huelga de Chicago de 2012, que de alguna manera sirvió de modelo, no solo exigió

14. J. Britton-Purdy: «The Green New Deal Is What Realistic Environmental Policy Looks Like» en *The New York Times*, 14/2/2019.
15. Sean McElwee: «People Actually Like the Green New Deal» en *The New York Times*, 27/3/2019.
16. Eric Levitz: «Airport Shutdowns Forced Trump to Reopen the Government» en *Intelligencer*, 25/1/2019.

mejores condiciones para los docentes, sino también un mayor compromiso para financiar bienes públicos como la educación. «El sindicalismo ha sido la única institución a gran escala financiada e impulsada por sus miembros que estuvo constantemente en contra de la extrema derecha», señala Calvin Cheung-Miaw, ex-activista sindical, y tiene una capacidad única para abogar por los bienes sociales. Pero el movimiento sindical tiene un largo camino por recorrer para convertirse a una política de clase sólida, y una mejora material sustancial de los trabajadores requeriría reformas en las leyes.

Una cuestión adicional es la distribución geográfica de la izquierda, concentrada en centros urbanos y ciudades universitarias. Hay suficientes socialistas en Nueva York como para ser el tema de un detallado artículo sobre la escena socialista en la ciudad[17]. Pero Jesse Myerson, un activista que dejó Nueva York para ir al sur de Indiana después de la elección de Trump, encontró que la región

> ha sido devastada por sucesivas olas de deslocalización y agonía: la concentración de las granjas en la década de 1980, la desindustrialización en la década de 1990, la burbuja inmobiliaria de la década de 2000, y ahora una crisis de consumo de drogas brutal que afecta a todas las comunidades. Si a esto le sumamos la despiadada manipulación de circunscripciones electorales, la intensa supresión de votantes y las purgas, y la implementación de la ley laboral [Right-to-Work Law] que regula la sindicalización, el resultado es una población atomizada, temerosa, que desprecia la política y carece de cualquier marco conceptual, ni hablar de los medios más evidentes para construir el poder colectivo.

Myerson impulsó acciones contra los neonazis y advierte que las zonas rurales

> no están en el radar de los donantes políticos y activistas costeros que determinan en gran medida qué grupos se financian y con qué fondos, y la mayoría de los Hoosier [residentes de Indiana] que podrían estar interesados en luchar por una sociedad más libre y democrática han huido de Indiana en busca de salarios más altos, una mayor infraestructura cultural e intelectual y comunidades con mayor apertura hacia orientaciones, perspectivas y estilos de vida que siguen siendo tabúes en las zonas rurales.[18]

La distribución demográfica de la izquierda es otro desafío. El Partido Demócrata (que no es lo mismo que la izquierda, por supuesto) hoy consiste principalmente en una coalición de minorías raciales y liberales blancos

17. Simon van Zuylen-Wood: «Pinkos Have More Fun: Socialism is AOC's Calling Card, Trump's Latest Rhetorical Bludgeon, and A New Way to Date in Brooklyn» en *Intelligencer*, 3/3/2019.
18. Entrevista por correo electrónico con el autor, 30/3/2019.

educados. Dada la segregación racial masiva e institucional que caracteriza la vida estadounidense, existe una brecha social significativa entre estos grupos. Desde las elecciones, ha habido un debate para nada constructivo sobre si fue el «racismo» o el «neoliberalismo» el elemento principal en la elección de Trump, como si la cuestión, tanto en la actualidad como a lo largo de la historia estadounidense, no fuera la forma en que la raza y el capitalismo han interactuado dividiendo los movimientos contra la explotación y la opresión.

Muchos grupos socialistas ponen el acento en las cuestiones de clase y critican la celebración liberal superficial de la diversidad que deja intactas las desigualdades. No obstante, esto puede sonar como una subestimación del racismo o de las perspectivas de género si no se lo expresa con cuidado. Esta es una debilidad de Sanders, que no es tan cuidadoso como debería, especialmente dado que es poco representativo de la diversidad demográfica de la generación más joven, que se muestra más entusiasmada con la creación de un país más socialdemócrata. La cuestión de las reparaciones por la esclavitud ha surgido en las primarias demócratas y no hay una opinión unificada en la izquierda sobre la mejor manera de abordarla (las brechas de riqueza por raza en EEUU son enormes y son el resultado no solo de la esclavitud, sino también de la discriminación continua contra las minorías, así como de las políticas gubernamentales supuestamente neutrales en cuanto a la raza implementadas en el siglo XX, tales como el subsidio a la vivienda y los beneficios educativos para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, que ayudaron desproporcionadamente a los hogares blancos a incrementar su riqueza). El hecho es que DSA, por ejemplo, es una organización predominantemente blanca y masculina, y siempre existe el peligro de que los socialistas blancos intenten hablar en nombre de los aliados en lugar de escucharlos.

La mayor parte de la izquierda adoptó una estrategia de frente amplio

El desafío más importante es el de una política de coalición en constante cambio y la posibilidad del fraccionalismo. Actualmente, la mayor parte de la izquierda adoptó una estrategia de frente amplio. Puede haber desacuerdos entre socialdemócratas y socialistas democráticos, pero están de acuerdo (al igual que muchos progresistas) en la necesidad de fortalecer el Estado de Bienestar y eso probablemente llevará muchos años de trabajo. Algunos desacuerdos pueden posponerse indefinidamente. Individuos y organizaciones como DSA están trabajando tanto dentro como fuera del Partido Demócrata, lo cual resulta muy apropiado. El hecho de que haya

muchas organizaciones de izquierda, cada cual con énfasis ligeramente diferentes, abre múltiples puertas de acceso para personas de diferentes ámbitos y características personales. La multiplicidad de organizaciones también puede resultar una protección: por ejemplo, la Organización Socialista Internacional, de matriz trotskista, se disolvió en marzo de 2019 como consecuencia de acusaciones de agresión sexual contra sus líderes, con un impacto relativamente bajo en la fuerza general de la izquierda. No obstante, la diversidad plantea cuestiones de coordinación y la posibilidad de desacuerdos reales sobre cuestiones tácticas o de fondo.

Pero la necesidad de que la izquierda afirme una identidad distinta de la del liberalismo es un verdadero desafío estructural, dado que la izquierda necesitará a los liberales como socios de coalición. Independientemente de quién gane, las próximas primarias demócratas proporcionarán pruebas claras sobre la capacidad de la izquierda de dar forma a la dirección política del país. A pesar de su plataforma relativamente progresista, Clinton trató de ganar las elecciones de 2016 atrayendo a los republicanos descontentos. Queda por ver si el candidato hará lo mismo en 2020 o si recurrirá a quienes pueden fortalecer la base activista del partido. Lo que queda claro es que las condiciones históricas han producido una izquierda resurgente y revitalizada en EEUU, comprometida con un país más igualitario, inclusivo y justo. Por primera vez en décadas, la izquierda ha tenido que pensar en formular un programa para gobernar y mantener el poder, no solo articular críticas a los programas existentes. Y sus bases, en todo el país, están trabajando para enfrentar el desafío.

Estudios Internacionales

Septiembre-Diciembre de 2018 Santiago de Chile Nº 191

ARTÍCULOS: **José Antonio Peña-Ramos, Joaquín Ferro-Rodríguez**, Evolución de los intereses y la presencia de Estados Unidos en la triple frontera. **Sofía Boza Martinez, Juan Rozas González y Rodolfo Rivers,** Rechazos de exportaciones por incumplimiento de medidas no arancelarias: el caso de los productos agrícolas latinoamericanos en la frontera de Estados Unidos. **Gerardo Coppelli Ortiz,** La globalización económica del siglo XXI. Entre la mundialización y la desglobalización. OPINIÓN: **Joaquín Fermandois Huerta, Sebastian Hurtado Torres,** El fallo de la Corte Internacional de Justicia y la política exterior chilena posterior a la Guerra del Pacífico. **Luis Winter Igualt,** Bolivia-Chile: el reciente fallo de la Corte Internacional de Justicia. RESEÑAS.

Estudios Internacionales es una publicación del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Condell 249, Casilla 14187 Suc. 21, Santiago 9, Chile. Tel.: (56-2) 4961200. Fax: (56-2) 2740155. Correo electrónico: <inesint@uchile.cl>. Página web: <www.iei.uchile.cl>.

El socialismo estadounidense y la «izquierda de lo posible»

Entrevista a Bhaskar Sunkara

Nicolas Allen

Cuando Bhaskar Sunkara fundó la revista *Jacobin* a fines de 2010, tenía una ambición tan sencilla como imponderable: saltar la barrera que había mantenido aislados a venerables proyectos editoriales del marxismo anglosajón –*New Left Review*, *Monthly Review*, *Dissent*– y colocar el socialismo en el centro del debate *mainstream* estadounidense. Esa audacia fundante vino acompañada de una apuesta estilística: un socialismo empaquetado en un lenguaje comunicativo y propositivo, un diseño gráfico innovador y una actitud insurgente. De ahí, sus primeros éxitos. Cinco años más tarde, *Jacobin* ya era la indiscutida vocera de la izquierda estadounidense, pero faltaba un golpe de fortuna para que cumpliera con su principal objetivo. La campaña de Bernie Sanders de 2015 marcó un antes y un después: el «socialismo democrático», etiqueta que Sanders usa para definir su propia adscripción política, se volvió de pronto una expresión de uso común y un objeto de fascinación, y también de fuerte rechazo, para un público estadounidense que hasta hace poco miraba esa etiqueta con la misma incredulidad que a una invasión alienígena.

A su vez, «socialismo democrático» remitía a una de las influencias constitutivas de la revista: la agrupación Socialistas Democráticos de Estados Unidos (DSA, por sus siglas en inglés). Si bien perfilaban tendencias diversas en las páginas de *Jacobin* –donde se debatía sobre los méritos del comunismo italiano, León Trotski, Karl Kautsky, Ralph Miliband o el eurocomunismo–, la

---

Nicolas Allen: es licenciado en Humanidades por la Universidad Reed College y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Stanford. Actualmente vive en Buenos Aires, donde cursa el doctorado en Literatura en la Universidad de Buenos Aires (UBA).
Palabras claves: socialismo democrático, *Jacobin*, Alexandria Ocasio-Cortez, Bernie Sanders, Estados Unidos.
Nota: traducción del inglés de Agustina Santomaso.

nueva visibilidad del socialismo democrático echó luz sobre la misión ideológica de la revista. No en vano muchos integrantes de su línea fundadora también militaban en DSA: tanto la revista como la organización –que no es un partido– entrañaban una estrategia dialoguista y buscaban polemizar con el sentido común liberal (en el sentido estadounidense, donde casi es sinónimo de progresista) con el fin de ganar nuevos adeptos al socialismo.

Como relata Sunkara, el triunfo de Donald Trump en 2016 fue el golpe de gracia. La derrota de los demócratas por una figura ampliamente rechazada dinamitó la legitimidad del partido y abrió un vacío que pronto se llenaría de nuevas figuras de la izquierda insurgente. Alexandria Ocasio-Cortez, Rashida Tlaib e Ilhan Omar son los nombres que más resuenan en los medios hegemónicos, pero detrás de ellos hay una camada de socialistas, en gran parte afiliados a DSA, muchos con menos que 30 años, que vienen registrando victorias electorales en todo el país.

Aunque no tenga la omnipresencia mediática de Ocasio-Cortez, Sunkara es regularmente convocado a CNN y otros canales masivos para disertar sobre el socialismo. Su nuevo libro, *The Socialist Manifesto*[1] [El manifiesto socialista], es una buena síntesis del tono que venía elaborando en su trabajo editorial: programático, agresivo, pero también jocoso y optimista. Cabalgando en la nueva ola socialista, *Jacobin* incluye, además de las versiones impresa y digital (con un millón de visitas por mes), una publicación teórica llamada *Catalyst*, la revista británica *Tribune*, *Jacobin* Italia y, dentro de poco, una edición brasileña de la misma revista.

Según una reciente encuesta de Gallup, 51% de los jóvenes estadounidenses de entre 18 y 29 años tiene una opinión favorable del socialismo, mientras que solo 45% tiene una mirada positiva sobre el capitalismo. ¿A qué le atribuye la sorpresiva popularidad del socialismo?

El término «socialismo», obviamente, ha sido usado en un sentido muy vago. Cuando la gente habla de socialismo en Estados Unidos suele referirse a una expansión del Estado de Bienestar. Parte de la popularidad del socialismo tiene que ver con que, a pesar de que la Guerra Fría terminó hace tiempo, la derecha estadounidense sigue usando el fantasma del socialismo para vilipendiar reformas que son meramente liberales. Incluso aquellas que los socialistas no necesariamente apoyan, como el Obamacare impulsado por

1. B. Sunkara: *The Socialist Manifesto: The Case for Radical Politics in an Era of Extreme Inequality*, Basic Books, Nueva York, 2019.

Barack Obama para mejorar, con ciertos límites, la cobertura sanitaria. Creo que la derecha estadounidense, irónicamente, ha logrado quitarle a la palabra algo del miedo que transmitía al repetirla una y otra vez. También creo que la gente en general siente que el capitalismo no está funcionando para ella, o no está funcionando como debería. Parte de esto, en mi opinión, es lo que está detrás de esa encuesta.

Luego estuvo la campaña de Sanders. Por un azar de la historia, Sanders se define a sí mismo como socialista democrático. Sanders se politizó en el entorno del socialismo democrático e incluso de joven integró la Liga de la Juventud Socialista (Young People's Socialist League), el brazo juvenil del Partido Socialista de Estados Unidos. Pero yo creo que la revista *Jacobin*, así como algunos sectores de la izquierda estadounidense, jugó un rol importante en la capitalización del enojo que la gente sentía con el liberalismo. Occupy Wall Street, el levantamiento de Wisconsin de 2011, la reciente ola de huelgas de maestros, todos estos procesos están mostrando el creciente descontento ante cierto tipo de políticas de los demócratas liberales. Incluso Black Lives Matter, un movimiento nuevo que denuncia el racismo y la violencia contra las personas negras, nació ante el descontento con los mismos políticos negros electos, que eran justamente demócratas liberales. *Jacobin* logró delinear una política a la izquierda del liberalismo reinante y enunciar que este tipo de política es, en términos amplios, una política socialista democrática.

El surgimiento de Sanders y el descontento crearon las «condiciones objetivas» para que emerja una suerte de revuelta a la izquierda del centro liberal

Para usar un clisé: el surgimiento de Sanders y el descontento generado por las políticas liberales crearon las «condiciones objetivas» para que emerja una suerte de revuelta a la izquierda del centro liberal. Sin embargo, esa revuelta fácilmente podría haber adoptado un lenguaje más populista, como el de Podemos. Tanto por la revista *Jacobin* como por la existencia de redes socialistas en EEUU, por nuestra capacidad de competir por encima de nuestra categoría –siendo numéricamente minoritarios pero con gran alcance mediático–, el debate se ha polarizado en torno del socialismo.

No estoy del todo seguro de que haya sido positivo que el debate se haya desarrollado de esta forma. Lo que sí sé es que, si *Jacobin* tiene algún crédito en esto, es en relación con el lenguaje que se está utilizando.

Es interesante lo que dice sobre lo fortuito de que el término «socialismo» se haya instalado. Por más de un siglo la pregunta parece haber sido: ¿por qué no hay socialismo en EEUU*?*[2] *Ahora que el término está en circulación, tal vez sea el momento de recuperar la historia del socialismo en* EEUU *y redescubrir algunas figuras olvidadas, como Eugene Debs, Mother Jones o Bayard Rustin.*

Claro, vale la pena recordar que el socialismo no fue inorgánico a la política estadounidense. Ha sido más episódico que ausente. Hace más de 100 años teníamos la primera ola de socialismo estadounidense, y fue el mejor tipo de socialismo. Fue el mejor en el sentido de que se «habló» socialismo en un lenguaje estadounidense, abarcando las diferentes lenguas del país: el socialismo judío del Lower East Side de Nueva York, las tradiciones populistas del centro y sur del país, el sindicalismo de los mineros del oeste, los grupos socialistas cristianos. Basta mirar el caso de Eugene Debs, un ateo y fundador del Partido Socialista, y observar cómo él también hablaba como un pastor cristiano. El socialismo reemergió con la Gran Depresión de la década de 1930 y otra vez con la Nueva Izquierda en los años 60. Y ahora está de nuevo, pero de una forma diferente. En otras palabras, hoy es necesario ubicarnos dentro de una tradición socialista estadounidense.

El socialismo no fue inorgánico a la política estadounidense. Ha sido más episódico que ausente

Pero lo que es tan importante como inusual respecto del socialismo estadounidense es que estuvo totalmente ausente de la escena política desde la Nueva Izquierda hasta hoy. Lo que eso significa es que hoy podemos presentarnos como una fuerza insurgente: nunca estuvimos en el poder, nunca fuimos responsables de una política de austeridad, como la socialdemocracia europea. La situación actual nos permite trabajar con la campaña de Sanders –la expresión masiva de la centroizquierda en EEUU– y levantar un programa propio que, en líneas generales, es socialdemócrata. Este programa es visto por muchos en EEUU como una insurrección o una revolución política, aunque en cualquier otro lugar del mundo podría ser visto con otros ojos, incluso como simples retoques tecnocráticos. También podemos invertir la pregunta que usted plantea: por más que haya una tradición socialista, ¿por qué en EEUU no se ha desarrollado un partido laborista o un partido socialdemócrata? Para ser breve, yo creo que esto tiene mucho que ver con la contingencia: perdimos batallas claves en ciertos momentos de la historia.

2. Werner Sombart: *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* [1906], Capitán Swing, Madrid, 2009.

En primer lugar, en el contexto de la temprana industrialización estadounidense hubo una división inicial entre los sindicatos artesanales y los nacientes sindicatos industriales. Además, EEUU tuvo siempre una inusual estructura partidaria que dificultó la existencia de terceros partidos. Cuando el socialismo comenzó a crecer en el país en 1890, muchos votantes –mayormente varones blancos que accedieron tempranamente al sufragio– ya tenían cimentadas sus lealtades partidarias hacia alguno de los dos partidos mayoritarios, Demócrata o Republicano. Y hay además otro tipo de razones históricas para la ausencia de un partido socialdemócrata. El Estado fue muy violento a la hora de reprimir cualquier conflicto laboral. Y el tamaño del país sumó otras dificultades: las distintas células del socialismo estadounidense eran difusas y no tenían un aparato centralizado como sí existía en otras partes del mundo, como ocurrió con los partidos de la Segunda Internacional, el Partido Socialdemócrata de Alemania [SPD, por sus siglas en alemán] en 1880, o los bolcheviques durante sus años de actividad clandestina o semiclandestina. Es una cuestión complicada que intento abordar en *The Socialist Manifesto*. Los socialistas siempre estuvimos presentes, en pequeñas células, y yo realmente creo que vamos a ver un renacimiento. Puede que ese renacimiento no use exactamente el vocabulario político que como socialistas nos gustaría. De todos modos, va a haber una creciente fuerza de centroizquierda, igualitaria, un movimiento con base social. La corriente sanderista en la política estadounidense no se va ir a ninguna parte, llegó para quedarse. Ahora, si el uso actual del lenguaje socialista, DSA o *Jacobin* estarán por mucho más tiempo, es algo de lo que estoy menos seguro.

Señala la idea de un socialismo vernáculo, que había un socialismo hablado con acento estadounidense. ¿Hay en Jacobin *un intento de adaptar el marxismo a la mentalidad estadounidense, al sueño americano y su fijación con la libertad?*

Yo creo que la base de nuestra política tiene que resonar con el sentido común de la mayoría de la gente. En EEUU, ya tenemos las mayorías para impulsar programas socialdemócratas. Ya tenemos la mayoría para impulsar una cobertura gratuita de salud para todos (Medicare for All) o un programa de empleo garantizado. Tenemos mayorías que piensan que la inmigración es algo positivo. La pregunta es cómo tomar estas preferencias políticas y convertirlas en una plataforma. Yo creo que la cuestión no es tanto cómo cambiar la conciencia de la gente –su conciencia no es una cosa tan terrible–, sino convencerla de que la política puede hacer una diferencia en su vida.

Bajo el capitalismo, es perfectamente racional mantener la cabeza baja y no confrontar, porque por más que entre trabajadores y capitalistas haya una dependencia mutua, siempre va a ser una situación de poder asimétrica. Es racional que si alguien es despedido apele a la ayuda de sus amigos y su familia para seguir a flote, o que vaya a capacitarse y trate de salir adelante. Todas estas respuestas son más racionales, en las condiciones actuales, que ir a la huelga o involucrarse en un movimiento político. Nuestro objetivo como socialistas es decirle a la gente que la política tiene algunas soluciones para ella y que estamos para crear la estructura que canalice su malestar y que luche y defienda sus intereses. Soy muy optimista sobre la mentalidad de la mayoría de la población estadounidense, soy optimista de que habrá tarde o temprano una mayoría progresista duradera en este país, como ha existido en otros.

Cuando habla de «nosotros», ¿se refiere a DSA?

No, me refiero al socialismo en EEUU y a la izquierda en general. No creo que DSA sea una organización lo suficientemente coherente como para que podamos hablar en términos de «nosotros». Cualquiera puede afiliarse a la organización. Es la izquierda estadounidense. Dentro de DSA hay anarcocomunistas, socialdemócratas, socialistas democráticos y trotskistas. Tenemos muchas tendencias dentro del arco de DSA, y por lo general no están organizadas en facciones, están mayormente trabajando en conjunto, lo que es algo bueno. No es la misma organización a la que yo me afilié en 2007 cuando tenía 17 años. Aun así, DSA solo llega a tener 60.000 afiliados, entonces está bien que no sea coherente, dirigida por un comité central que se cree la vanguardia de la clase obrera estadounidense, porque en definitiva somos un país con 330 millones de habitantes. Y aunque creo que debemos ser ambiciosos, debemos rechazar esas viejas arrogancias de cierta izquierda tradicional.

Debemos ser ambiciosos, debemos rechazar esas viejas arrogancias de cierta izquierda tradicional

Nuestra misión es participar en coaliciones con corrientes mucho más amplias. Yo veo el papel del socialismo como formador de una red con capacidad de intervenir en diferentes movimientos, particularmente el movimiento obrero, para incrementar los niveles de conciencia de clase y radicalizar las luchas; pero no necesariamente que el socialismo *sea* el movimiento. Y esta consideración no es tanto una consigna política, o un miedo al centralismo democrático o a los movimientos vanguardistas, sino más bien una cuestión práctica. Estamos en un momento histórico de debilidad de la iz-

quierda. No deberíamos sobredimensionar o inflar las cosas buenas que están sucediendo. Es una trampa clásica de la izquierda decir: «Tenemos 50.000 miembros hoy, ayer teníamos 5.000, así que mañana tendremos millones y nos convertiremos en un partido de masas». No veo que eso sea lo que está sucediendo.

¿Puede comentar un poco más sobre la historia de DSA?

DSA tiene sus raíces en una organización llamada Comité Organizador de los Socialistas Democráticos [DSOC, por sus siglas en inglés], fundado por una división de lo que fue el Partido Socialista de Estados Unidos [SPA, por sus siglas en inglés]. El SPA tuvo un masivo declive luego de su época dorada y llegó a ser un simple caparazón de sí mismo a principio de los años 70. En sus últimos días, en la década de 1970, el SPA se había dividido en un sector de izquierda, uno de centro y otro de derecha. La izquierda todavía se aferraba a la insistencia de Debs en la absoluta independencia política de la clase obrera y estaba muy enfocada en competir electoralmente como socialistas independientes, sin vínculos con el Partido Demócrata. El sector de derecha se había vuelto casi indistinguible del liberalismo de la Guerra Fría: anticomunistas feroces, también habían revisado sus posturas sobre la burocracia sindical y efectivamente abrazaron la central burocratizada –la Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales [AFL-CIO, por sus siglas en inglés]– como una posible vanguardia de un nuevo movimiento reformista en EEUU. Ese era el sueño de, por ejemplo, el activista Bayard Rustin, quien quería conectar una parte del movimiento obrero con la corriente más *mainstream* del movimiento de derechos civiles y convertir esa confluencia en una fuerza socialdemócrata. Rustin combinó su apoyo a la Guerra de Vietnam y su adhesión al anticomunismo con un deseo de no separar la izquierda de la base social obrera para armar una futura fuerza socialdemócrata.

En el centro estaban Michael Harrington y su gente. Harrington, una suerte de sucesor de Norman Thomas[3], era el socialista más destacado en EEUU. Había escrito unos años atrás un *best-seller* sobre la pobreza, *The Other America* [La otra América], que inspiró el programa de bienestar social de Lyndon B. Johnson: la llamada «War on Poverty» [guerra contra la pobreza]. La postura de Harrington era buscar un punto medio: no ceder a las tendencias de derecha

3. Ministro presbiteriano estadounidense. Fue pacifista y candidato presidencial por el SPA en seis ocasiones.

del partido, oponiéndose a la Guerra de Vietnam –más tibiamente de lo que nos hubiera gustado–, pero, al mismo tiempo, confiando en que el Partido Demócrata podía realinearse y convertirse en una fuerza próxima a los partidos socialdemócratas europeos. Vale recordar que, en esos años, la socialdemocracia europea aún tenía fuertes tendencias de izquierda y parecía posible una transición de la democracia social al socialismo democrático.

Luego, en los años 80, el DSOC se fusionó con el New American Movement [Nuevo Movimiento Estadounidense], un movimiento más activista que se desprendió de la Nueva Izquierda y que estaba un poco más orientado a la militancia sindical. De esa fusión emergió DSA.

Harrington convocó a una nueva coalición de la izquierda obrera con los demócratas progresistas: algunos, como David Dinkins, el primer alcalde negro de Nueva York, eran miembros de DSA. Un demócrata como Ted Kennedy brindó un discurso en el funeral de Harrington en 1989. Es decir, DSA planteó un juego político: mantener un pie dentro y otro fuera del Partido Demócrata, con la idea de que la organización se pudiera convertir en el «ala izquierda de lo posible». Tras la muerte de Harrington, la organización se corrió aún más a la derecha y derivó en algo irrelevante. Cuando yo me incorporé en 2007, DSA estaba básicamente muerto, con menos de 5.000 miembros. Descontentos con la organización, los jóvenes como yo bromeábamos con que nos habíamos convertido en el «ala derecha de lo imposible». El conflicto en este punto se centró en las tensiones entre los jóvenes, una generación ubicada más a la izquierda, que era crítica del acercamiento de DSA al Partido Demócrata, y los contemporáneos a Harrington, que estaban tratando de mantener viva la organización.

DSA planteó un juego político: mantener un pie dentro y otro fuera del Partido Demócrata

A fines de 2010 surgió *Jacobin*. A pesar de que la revista era independiente, muchos de quienes participaban en el proyecto eran cercanos a DSA. E integrantes de *Jacobin* que también eran miembros de DSA, como Amber Frost y Elizabeth Bruenig, empezaron a destacarse. *Jacobin* comenzó a crecer con el movimiento Occupy Wall Street en 2011. Pero, al igual que DSA, nuestro verdadero crecimiento sucedió en la campaña de Sanders de 2015-2016. DSA pasó de 6.000 a 12.000 miembros durante la campaña. En general, se unían jóvenes con una presencia fuerte en las redes sociales. Muchos de ellos trabajaban en los medios o en otros campos, de modo que eran muy visibles. Pero la

verdadera explosión de la organización, en términos de cantidad de miembros, tuvo lugar con la elección de Trump, cuando la membresía creció por encima de los 30.000 adherentes. Mucho de lo sucedido fue por azar: empezamos a recibir una cobertura favorable en los medios y la gente comenzó a *googlear* «democratic socialism».

Una vez que se alcanza cierto tamaño y se mantienen reuniones por todo el país, en ocasiones con cientos de asistentes, entonces el proceso de sumar más miembros funciona por sí mismo: un amigo o una amiga pregunta qué vas a hacer más tarde, y respondes «Voy a una reunión política, súmate si quieres». De ahí el crecimiento se volvió más orgánico, pero es realmente interesante ver lo azaroso que ha sido este crecimiento, impulsado en gran parte por internet.

Lo mismo se puede decir del fenómeno Sanders. Siempre cuando quiero explicarles a mis amigos trotskistas y de otros países que están tratando de comprender esto en un contexto internacional, les digo: hay un nivel de fortuna y contingencia. No es posible entender la de Sanders como una campaña electoral tradicional de izquierda, como si hubiera un movimiento social de izquierda del que Sanders sería el reflejo electoral. Esto tendría sentido en otros momentos del siglo XX, cuando se podía decir que el peso de los partidos socialdemócratas en los parlamentos era un reflejo del peso del movimiento obrero, pero hoy parece observarse una situación opuesta. Sanders está surgiendo de un vacío y está, de hecho, generando militancia, no cooptando o reflejando fuerzas extraparlamentarias. Lo mismo sucede con DSA, que a través de internet y con una cobertura mediática favorable, está alcanzando a muchas personas de orientación liberal que terminan acudiendo a la organización. No se me ocurre un antecedente de algo similar en otro país.

Se podría decir de Podemos que muchos de sus fundadores estaban vinculados previamente a grupos tradicionales de izquierda y luego intentaron conscientemente abandonar el lenguaje de la izquierda más tradicional para adoptar una retórica más populista. La ironía en EEUU es que estamos haciendo lo inverso a Podemos: estamos reclutando a un montón de liberales desilusionados que hablan un lenguaje político más familiar a la mayoría de los estadounidenses y convirtiendo a esos liberales en socialistas. De repente, esos liberales están participando en esotéricos debates sobre Nicos Poulantzas o Ralph Miliband.

Obviamente, es genial que más personas se nucleen alrededor de ideas más radicales, dado lo radicales que son los problemas que enfrenta el mundo

hoy. Pero a veces veo personas que adoptan una retórica alienante y quiero recordar que muchas veces son las mismas personas que apoyaban a Hillary Clinton en 2016.

De cualquier modo, no puedo explicar completamente el auge del socialismo y de DSA. Pero la huella de la cultura masiva estadounidense –o el imperialismo cultural– significa que todo lo que hagamos aquí será amplificado.

Algunos elementos que comenta –la contingencia y el rol de los medios en la construcción política– me recuerdan un libro interesante de Paolo Gerbaudo que recién fue publicado en inglés: The Digital Party[4]. *Allí el autor analiza partidos nuevos como Podemos o figuras como Sanders y subraya la naturaleza paradójica de esta nueva izquierda hipermediática: por un lado, el peso de la imagen favorece la creación de un culto a la personalidad –se me viene a la mente también Alexandria Ocasio-Cortez– y también formas organizativas extremadamente verticales. Pero por otro lado, alienta una forma de compromiso militante muy descentralizada, con formas difusas de membresía. ¿Lidian con estas preguntas mientras intentan formar una organización masiva y democrática?*

DSA es radicalmente democrático, tal vez la organización más democrática que haya en la izquierda hoy, casi en exceso. Sanders es un político a cuya campaña podemos dar forma e influenciar: si no nos gusta una política que él está proponiendo –un copago en el Medicare, por ejemplo–, podemos mandar un mensaje a través de canales internos y también a través de una petición externa. Yo creo que podemos darle forma a su campaña. Pero no hay duda de que somos a su vez impulsados por la energía de lo que él está generando. Por supuesto, una fuerza minoritaria puede hacer la diferencia. Si miramos la lucha de los sindicatos docentes de EEUU, la ola de huelgas ha sido impresionante, pero detrás de ellos hay un par de miles de personas que galvanizan la actividad política de todo el país. Yo creo que esta es la naturaleza de la política. La clave es que tu programa sea aceptado ampliamente y que tengas medios democráticos para promover la acción política, reflejando sus decisiones y también disciplinando a los políticos electos (ahora mismo, más allá del experimento en Chicago, no hay votaciones en bloque realmente disciplinadas de parte de los socialistas[5]).

Lo que estoy tratando de decir es que eventualmente vamos a necesitar un partido a la izquierda del liberalismo. En esta cuestión, al menos en el contexto

4. P. Gerbaudo: *The Digital Party: Political Organisation and Online Democracy*, Pluto Press, Londres, 2018.
5. Will Bloom: «Una ola socialista en Chicago» en *Nueva Sociedad*, edición digital, 4/2019, <www.nuso.org>.

europeo, yo soy muy tradicional, en el sentido de conservar algunas viejas cosas que ya funcionaron. Creo que Podemos, por ejemplo, es un partido increíblemente poco democrático. En vistas de lo que está sucediendo en Francia y en otros lugares con el llamado retorno del populismo, a mí me gusta una parte de la retórica populista, pero me gustaría aún más que solo fuese eso, retórica; que detrás de los líderes carismáticos todavía haya un proceso de construcción de partido en un sentido más tradicional. Soy más permisivo con las tendencias populistas aquí en EEUU, porque creo que estamos en una situación «prepartidaria» todavía. Es preciso entender esto: la situación política estadounidense es tal que ni siquiera tenemos verdaderos partidos políticos, es decir, no tenemos partidos sostenidos en afiliados.

Yo me registré en el Partido Demócrata cuando tenía 18 años y me pasé los siguientes 11 años criticando el Partido Demócrata sin parar. No me expulsaron porque, según la propia lógica institucional de los partidos, legalmente no me pueden expulsar. Es una situación extraña y nos da espacio, por ahora, para organizar a los socialistas alrededor de las primarias, aunque eventualmente tendremos que romper definitivamente con los demócratas en algún momento.

Mencionó la idea de convertir a los liberales al socialismo. Me parece que gran parte de la apuesta de Jacobin *es justamente esa: polemizar, de buena fe, con una tradición ajena, el liberalismo, para destruir algunas vacas sagradas de esa misma ideología, como la libre competencia, el individualismo emprendedor y la autosuficiencia, y ciertas versiones de la política de la identidad.*

La idea siempre fue dividir el liberalismo en distintos sectores, porque vivimos en un país donde el lenguaje del socialismo está en gran parte ausente. Entonces, cuando hablamos de liberalismo, no estamos interesados en aquellos individuos que tuvieron plena conciencia de una política de izquierda y la rechazaron optando por otra posición. Nos interesa la gente a la que jamás se le presentó una alternativa. De ese segundo grupo, muchos hace poco tiempo se llamaban liberales y votaban a los demócratas –muchos de nuestros liberales en EEUU son en realidad socialdemócratas que carecen de un lenguaje para reconocerse como tales–. Por mi parte, yo pondría el énfasis en aquellos sectores despolitizados, que raras veces votaron y que cuando votan lo hacen por los demócratas. Este grupo ni siquiera se identifica con algo que se podría llamar una ideología liberal.

Nos interesa la gente a la que jamás se le presentó una alternativa

Esta distinción es importante en el contexto estadounidense. Desde la izquierda, tenemos que avanzar con mucha humildad y paciencia cuando presentamos nuestra visión política. No tenemos una historia de éxitos a la que podemos apelar. No hay ningún motivo para que alguien se identifique como socialista en este país: nadie está en un sindicato con una tradición socialista, muy pocos tuvieron un integrante de su familia que militara en un partido socialista, o un abuelo que fuera perseguido por su afiliación socialista. La situación es diferente de la de otros países. Sí creemos que hay una necesidad moral detrás del movimiento socialista, pero esto dista mucho de ser una necesidad práctica en la vida cotidiana de la gente. Nuevamente, por eso necesitamos tener paciencia y humildad.

No hay ningún motivo para que alguien se identifique como socialista en este país

Me gustaría cambiar de tema y pasar a la discusión sobre Trump: uno de los argumentos prevalentes dice que su triunfo en las elecciones refleja una derechización de la clase obrera estadounidense, específicamente de la clase obrera blanca. ¿Cómo responde a este discurso? Y, más allá de su veracidad, ¿cómo debería responder la izquierda a la amenaza del populismo de derecha?

La primera manera de responder es mirando el aspecto empírico: la base política de Trump es muy similar a la base del populismo de derecha y a los partidos de derecha de todo el mundo. No son los trabajadores de McDonald's, ni necesariamente los banqueros y los CEO. Es más probable que el votante de Trump sea el gerente regional. Es importante tomar en cuenta que EEUU es un país grande, con muchos votantes, y por lo tanto es fácil encontrar a millones de miembros de la clase obrera que votaron a Trump. Con su campaña logró convencer a una porción suficiente de la clase obrera como para dar vuelta las elecciones, en lo que fue un triunfo apretado que dependía de los resultados de unos pocos estados. Pero la mayor parte de la clase obrera votó a Hillary Clinton o se quedó en su casa. Es muy importante no sobredimensionar el componente obrero de Trump. La agenda de Trump es antipopular. Tiene una base estable de alrededor de 40% del país, que es poco.

Esto no significa que la aparición de Trump no tenga su lado aterrador. Pero no creo que podamos construir política solo reaccionando contra la derecha. Creo que hay demasiada histeria alrededor del incipiente movimiento fascista en EEUU. Lo que yo veo es un crecimiento del populismo de derecha que se ha dado periódicamente a lo largo de la historia del país, y ahora nuevamente

tenemos la tarea histórica de derrotar a ese populismo. Los liberales pecan de ver estos movimientos populistas de derecha como inorgánicos y de sobredimensionar su novedad histórica.

¿En qué sentido serían inorgánicos?

Los liberales siempre han sido muy hostiles frente a cualquier tipo de militancia de la derecha. Ellos entienden esa actividad como paranoica, como si fuese expresión de una enfermedad mental. Cualquiera que cuestiona las instituciones republicanas, dicen, debe sufrir una enfermedad mental. Y los liberales también extienden esta lectura patologizante a nosotros, los que estamos en la izquierda. Creo que el Partido Demócrata es demasiado reactivo, demasiado anti-Trump, demasiado enfocado en su personalidad. Esto puede producir una situación en la que Trump pierda en las próximas elecciones, pero el trumpismo no haya sido adecuadamente vencido. Se ha centrado demasiado en los tics de Trump, un enfoque que refleja el rechazo que él genera entre la clase media profesional.

Mi propia experiencia en los medios me pone en constante contacto con personas que comparten una repulsión moral de Trump, que rechazan su personalidad, su evidente racismo y sexismo. Pero para mí es totalmente insuficiente quedarse en ese plano. Creo que nosotros, desde la izquierda, necesitamos decir a los votantes: «Nos preocupa, entendemos tus miedos y penas, y además tenemos algunas ideas para mejorar tu vida». Así no vamos a ganar la mayor parte de la base de Trump, porque la mayoría de quienes lo apoyan no están motivados por dificultades económicas, pero nuestra plataforma podría lograr reducir su apoyo.

Yo creo que la base para un futuro movimiento masivo socialista democrático se compondrá de quienes votaron a Hillary Clinton y de quienes se sienten totalmente alienados de la política. Habrá, también, una pequeña parte de las personas que votaron a Trump. Pero se hace difícil interpelar a este último grupo, o incluso a algunos sectores más de centro, si simplemente aceptamos que 40% de los votantes, o una amplia parte de la población, padece de un trastorno psicológico. Esa me parece una manera muy equivocada de hacer política, y también un análisis incorrecto.

Si miramos a algunas de las figuras más destacadas de los últimos años –estoy pensando en Ocasio-Cortez, proveniente de DSA*, o incluso en una demócrata de izquierda como Ilhan Omar–, pareciera que los pilares del consenso liberal del país están siendo fuertemente*

cuestionados: la política exterior de EEUU *es sometida a juicio en cada discurso de Omar, mientras que Ocasio-Cortez está llamando a un Green New Deal [Nuevo Pacto Verde] que no solo significaría una refundación del Estado, sino que cuestiona el dominio irrestricto del capital sobre la sociedad estadounidense. ¿Se siente esperanzado de un posible realineamiento del consenso liberal hacia la izquierda?*

Sí, y para ser honesto esa siempre fue nuestra estrategia. Si ha existido una estrategia compartida entre el movimiento progresista y los socialistas democráticos, fue esa: dividir lo que aparenta ser una sólida coalición del Partido Demócrata. No creemos que todos los votantes del Partido Demócrata realmente apoyen el liberalismo centrista de Clinton. Votaron eso simplemente porque era la mejor alternativa y saben qué tan mala es la derecha estadounidense y qué tan de derecha es el Partido Republicano.

Entonces, buscamos distinguir entre los miembros del Partido Demócrata que apoyan el Estado de Bienestar y el resto del Partido Demócrata y su dirección. Yo creo que esa división es algo que está encarnado y personificado en figuras de DSA como Ocasio-Cortez, Rashida Tlaib e Ilhan Omar, entre otras. Detrás del triunfo electoral de estas figuras, hay una organización que se llama Justice Democrats [Demócratas por la Justicia], un grupo que, sin tener las mismas motivaciones socialistas, utiliza las mismas tácticas que antes usaba DSA: trabajar dentro del Partido Demócrata como una fuerza insurgente. Hoy en día la militancia de DSA está enfocada en otros lugares, fuera del Partido Demócrata, en el activismo de base.

Es emocionante ver cómo esas divisiones propias del partido se han personificado. Creo que aprendimos una gran lección: identificamos nuestra base y propulsamos una acción. Ocasio-Cortez no habría sido elegida sin la iniciativa de grupos como Justice Democrats o DSA. Ahora ella como individuo está radicalizando estas divisiones y polarizando el debate en un sentido que favorece a la izquierda.

¿Qué es, entonces, lo que estamos haciendo en EEUU con este nuevo tipo de político, con los socialistas que fueron elegidos o incluso con la campaña de Sanders? Aquí tengo que confesar que aún no tengo elaborado un marco teórico, aunque estoy tratando de desarrollarlo. Yo provengo de una formación marxista ortodoxa. Pero hay una observación que resulta útil en el plano teórico: Sanders y el movimiento que lo rodea representan una democracia social anclada en la lucha de clases, que es distinta de los antiguos modelos de la socialdemocracia. Mientras que en el periodo de posguerra la socialdemocracia buscaba canalizar la militancia sindical y el movimiento obrero,

intentando traducirlos en poder electoral y en un pacto de gobernabilidad basado en el equilibrio de clases, Sanders y Jeremy Corbyn son fuerzas totalmente insurgentes.

En teoría son movimientos moderados. Pero el modo en que buscan conquistar el poder implica un proceso de lucha y polarización. Cuando Sanders habla de los «millonarios y multimillonarios», está invocando la figura del conflicto social como la única manera de que el pueblo trabajador conquiste lo que merece. En ese sentido es importante olvidarse de esa idea de que «Sanders es un mero socialdemócrata», porque incluso si sus ideas no son revolucionarias, él sí es un insurgente.

Es preciso darle impulso a este proceso socialdemócrata, que se despliega según una lógica de lucha de clases, para primero conquistar un sistema pleno de bienestar y después, sin desmovilizar, radicalizar el mismo proceso hacia el socialismo. En realidad, hoy tengo menos certeza que antes sobre los pasos por seguir, pero a la vez tengo más confianza de que de algún modo la historia nos acompaña. Tengo más certeza sobre la necesidad moral del socialismo democrático, pero aún más sobre que la gente tomará conciencia de que la democracia y la política ofrecen soluciones para sus problemas, y que no será seducida por la política de exclusión, odio y barbarie que ofrece la derecha.

ÁBACO

Revista de Cultura y Ciencias Sociales

2018 Gijón Nº 98

EL TURISMO
Problemas, potencialidades y visibilidad en el ámbito de la arquitectura

Suscripciones

Suscripción personal: 39 euros
Suscripción bibliotecas e instituciones: 51 euros
Suscripción internacional: Europa - 66 euros (incluye gastos de envío)
América y otros países - 86 euros (incluye gastos de envío)
Suscripción digital: 22 euros

Ábaco *es una publicación trimestral de* cicees, *C/ La Muralla Nº 3, entlo. 33202 Gijón, España. Apartado de correos 202. Tel./Fax: (34 985) 31.9385. Correo electrónico: <revabaco@arrakis.es>, <revabaco@telecable.es>. Página web: <www.revista-abaco.es>.*

¿El fin del sueño socialdemócrata en Suecia?

La socialdemocracia sueca se encuentra en un momento de repliegue. Pese a que ha logrado, con dificultades, mantener el poder en las elecciones de fines de 2018, en alianza con partidos de centro, el modelo de Estado de Bienestar igualitario ha venido retrocediendo, se ha afianzado la contrarreforma económica, las desigualdades se han incrementado y la extrema derecha nacionalista y xenófoba ha capitalizado parte del descontento social. Con todo, la izquierda sigue siendo una fuerza significativa, aunque necesitada de nueva energía, ideas novedosas y una renovada dosis de radicalismo en sus venas.

Göran Therborn

Las elecciones celebradas el 9 de septiembre de 2018 se saldaron con el peor resultado obtenido por los socialdemócratas suecos desde que en 1911 se introdujera el sufragio masculino cuasi universal. Entonces, el partido recibió 28,5% de los votos; esta vez, consiguió 28,3%. Se perdió todo un siglo de avance electoral. Aun así, la cúpula del partido saludó el resultado como una semivictoria y el líder partidario, Stefan Löfven –un respetable hombre de familia de mediana edad–, se fue de fiesta (con su esposa) hasta bien entrada la noche. Las ambiciones de los socialdemócratas suecos se han vuelto bastante modestas. Históricamente, el Partido Socialdemócrata de los

---

Göran Therborn: es profesor emérito de Sociología en la Universidad de Cambridge. Su vasta obra incluye *¿Cómo domina la clase dominante?* (Siglo Veintiuno, Madrid, 1979) y, más recientemente, *¿Del marxismo al posmarxismo?* (Akal, Madrid, 2014) y *Los campos de exterminio de la desigualdad* (FCE, Buenos Aires, 2015).
Palabras claves: desigualdad, Estado de Bienestar, socialdemocracia, Suecia.
Nota: una versión más extensa de este artículo fue publicada en *New Left Review* segunda época Nº 113, 11-12/2018.

Trabajadores (Socialdemokratiska Arbetareparti, SAP) fue, con creces, el más exitoso de los partidos socialdemócratas y laboristas del mundo. Durante más de medio siglo, entre 1932 y 1988, obtuvo en todas las elecciones más de 40% de los votos, en un sistema caracterizado por la representación proporcional, las circunscripciones de varios escaños y múltiples partidos. Ningún otro partido sueco ha superado desde la Primera Guerra Mundial 30%. Todavía en 1994, el SAP obtuvo más de 45%. Gobernó el país sin interrupciones desde 1932 hasta 1976, excepto durante el gobierno de las «vacaciones de verano» de 1936, y nuevamente en 1982-1991, 1994-2006, 2014-2018 y hasta la actualidad.

La socialdemocracia llegó a Suecia a través de Alemania y Dinamarca, y los camaradas daneses sirvieron de modelo original para la primera generación de reformadores suecos. Pero desde mediados de la década de 1930, los suecos fueron universalmente reconocidos como los maestros de su clase. Entre 1932 y 1976, los socialdemócratas fueron eminentemente exitosos como impulsores de la reforma social desde el gobierno: cautos, graduales, bien preparados. Podían apuntar al pleno empleo, una economía próspera y abierta que fuese competitiva en los mercados mundiales, un generoso Estado de Bienestar y una sociedad igualitaria, que en 1980 tenía las tasas de desigualdad por renta y por género más bajas del mundo. La propuesta planteada por los sindicatos liderados por el SAP de crear «fondos de inversión de los asalariados» en 1976 fue quizá la medida de mayor alcance hacia una economía socialista jamás avanzada por los socialdemócratas convencionales[1]. La socialdemocratización del país fue suficientemente profunda como para mantener a los partidos «burgueses» –como se los conoce oficialmente en Suecia– de la coalición de centroderecha que gobernó en 1976-1982 en la senda del pleno empleo y los derechos sociales[2].

Contrarreforma

Fueron los propios líderes del SAP quienes comenzaron la contrarreforma socioeconómica a comienzos de la década de 1980. El giro neoliberal comenzó como una especie de gestión de la crisis. El sector exportador se estaba volviendo menos competitivo debido a sus costos. Los productores de textiles y prendas de vestir que quedaban fueron barridos, los astilleros coreanos y

1. Se trató de un ambicioso proyecto de socialización de los medios de producción mediante la participación de sindicatos y trabajadores en la propiedad accionaria de las empresas, y de acceso de los trabajadores a la gestión de las empresas y hacia la democracia industrial [N. del E.].
2. La derecha debió su victoria en aquella ocasión al rechazo de la energía nuclear por parte del Partido de Centro, y se ocupó de gestionar la cuestión de la energía en una coalición dividida.

japoneses superaron finalmente a los suecos, y los sectores del acero y la silvicultura se vieron obligados a reducir su tamaño. La rentabilidad era baja, y también la inversión. La balanza de pagos estuvo en números rojos entre 1978 y 1981, y la participación de los beneficios en el valor agregado cayó de 30% en la década de 1960 y comienzos de la de 1970 a 24% en 1978. Esto se presentó como una amenaza para los puestos de trabajo, aunque los niveles de empleo seguían subiendo a pesar de la crisis internacional. Tanto los economistas de la Confederación de Sindicatos Suecos, conocida como LO (Landsorganisationen i Sverige), como los de la SAP acordaron que sería necesario contener los salarios y aumentar los beneficios. La principal herramienta para conseguirlo fue devaluar la moneda 16% en cuanto el SAP recuperó el poder en 1982. Los líderes del partido privaron a la propuesta de creación de fondos de inversión de los asalariados planteada por Rudolf Meidner de su verdadero potencial transformador, aunque se aprobó oficialmente una versión aguada, como gesto simbólico hacia los congresos del partido y del sindicato[3].

La década de 1980 fue testigo del avance internacional de la teoría económica neoliberal. En ese marco, un grupo de economistas del SAP organizó un seminario para estudiar las nuevas ideas de Chicago que consiguió llegar a los oídos del ministro de Finanzas, Kjell-Olof Feldt, y del gobernador del Banco Central. La mercantilización y el control de la inflación se convirtieron en las nuevas prioridades de la política socialdemócrata. En 1985, este grupo impuso la liberalización de los mercados de crédito y de capitales en Suecia. Feldt contó que, cuando le presentó la propuesta a Olof Palme, el primer ministro respondió: «Hagan lo que quieran. De todas formas, yo no entiendo nada». Estas decisiones, junto con la reorganización de la Bolsa de Estocolmo, durante mucho tiempo adormecida, abrieron las compuertas al capital financiero especulativo, tanto nacional como extranjero. Esto generó a su vez, en 1991, una crisis financiera de origen interno, que puso fin al pleno empleo en Suecia, redujo el PIB en un 4% y les costó a los contribuyentes otro 4% del PIB para rescatar a los bancos.

En 1985, este grupo impuso la liberalización de los mercados de crédito y de capitales en Suecia

El SAP tuvo la suerte de que entre 1991 y 1994 estuviera en el poder una coalición «burguesa» –liderada por Carl Bildt, un partidario convencido de la

3. V. el detallado análisis de Jonas Pontusson: «Radicalization and Retreat in Swedish Social Democracy» en *New Left Review* Nº 165, 9-10/1987.

Guerra Fría, del Partido Moderado–, que tuvo que enfrentar las consecuencias de este estallido de la burbuja financiera. Fue una tarea que la coalición desempeñó muy mal, lo que permitió la vuelta de la socialdemocracia al poder en 1994, con 45% de los votos. Los socialdemócratas consiguieron volver a estabilizar la economía y liberar al país de su dependencia de los banqueros neoyorquinos. Fue un logro a corto plazo, sin embargo, conseguido con duras medidas de austeridad, y no incluyó un replanteamiento de la privatización, la mercantilización o la «nueva gestión pública» –que utiliza las prácticas de las grandes empresas en los servicios públicos– y, mucho menos, preocupación igualitaria alguna. Las coaliciones burguesas y las lideradas por el SAP, que se han alternado en el poder desde 1991, han actuado, por el contrario, como corredoras de relevos en la promoción de la desigualdad y la especulación. Juntas han eliminado los impuestos a la herencia y sobre el patrimonio y los bienes inmuebles, han hecho que los rendimientos del capital tributen menos que los ingresos del trabajo y han restringido la escala de las prestaciones sociales, además de endurecer el acceso a ellas. Hace dos años, la revista *Forbes* declaraba que «Suecia encabeza la lista de los mejores países para hacer negocios en 2017», aunque se trataba de un país gobernado por socialdemócratas[4].

La desigualdad económica se ha disparado. La tasa de ingreso disponible ha aumentado 60% desde 1980 –de un coeficiente de Gini de 0,20 a 0,32 en 2013–, lo que devolvió la distribución de ingresos del país al nivel de la década de 1940 o quizá finales de la de 1930. Dos tercios de ese aumento pueden atribuirse a las decisiones políticas referentes a los impuestos y a las transferencias sociales, y solo un tercio a una distribución más desigual de la renta familiar bruta. La actual distribución de la renta en Suecia guarda cierta semejanza con la inglesa de 1688. El 0,1% más rico tiene en promedio una renta disponible, después de impuestos y transferencias, 38 veces superior a la del asalariado medio. En el momento de la Revolución Gloriosa, los *temporal lords* de Inglaterra tenían una renta 30 veces mayor que la de los mercaderes y comerciantes urbanos de clase media[5]. La distribución de la riqueza ha empeorado aún más, lo que dio como resultado el patrón más desigual de Europa occidental, a la par de los de Brasil, Sudáfrica o Estados Unidos[6]. En 2002, el 1% más rico de Suecia era propietario de 18% de la riqueza de los hogares; en 2017, ese porcentaje había subido

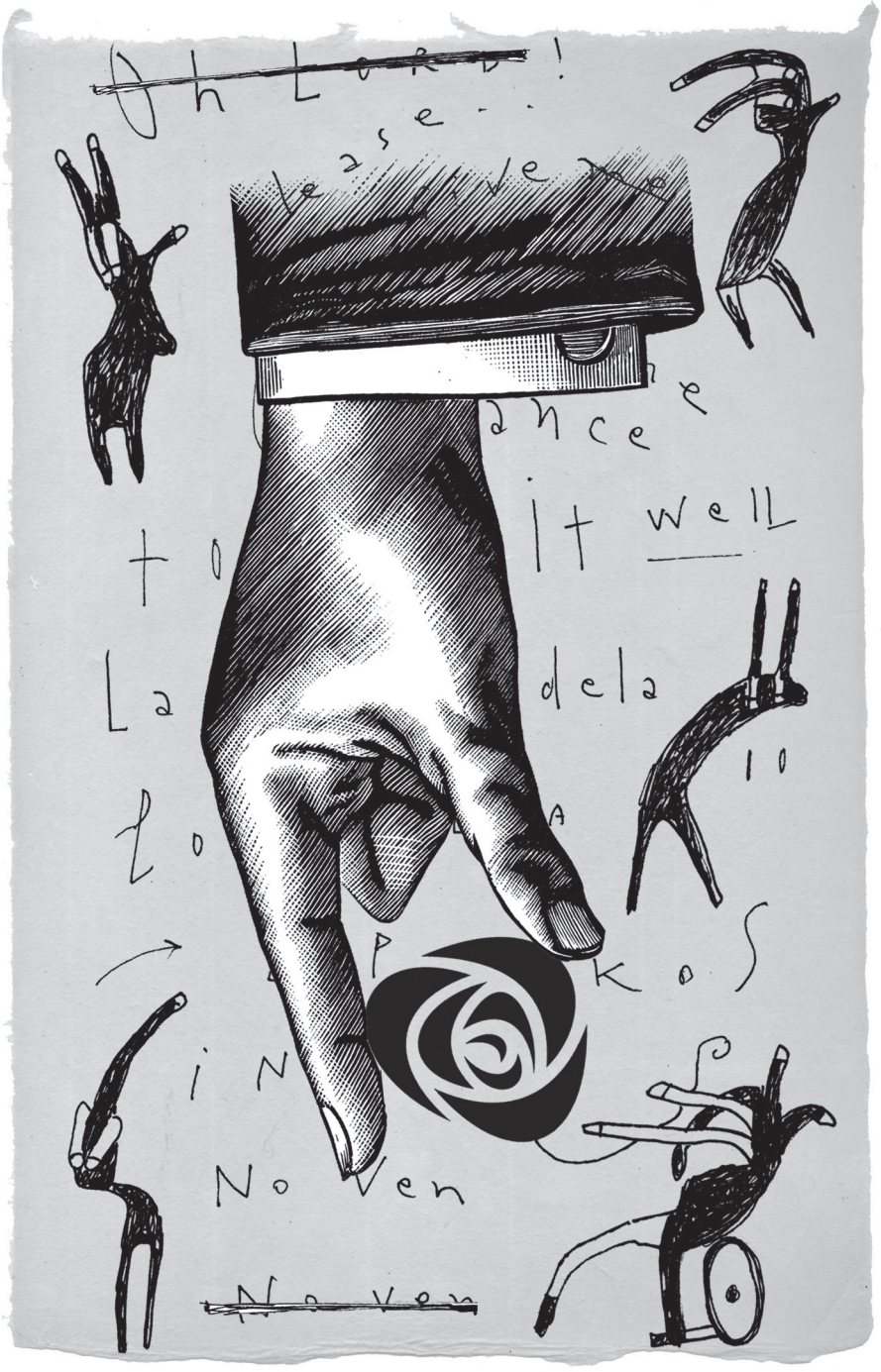
4. «Sweden Heads the Best Countries for Business for 2017» en *Forbes*, 21/12/2016.
5. Angus Maddison: *Contours of the World Economy, 1-2030 AD*, Oxford UP, Oxford, 2007.
6. Credit Suisse: *Global Wealth Databook 2017*, cuadro 6.5.

a 42%[7]. Otras desigualdades están también profundizándose. La Autoridad Nacional de Educación (Skolverket) ha concluido que una cuarta parte de las calificaciones de los estudiantes puede atribuirse ahora a la clase social de los padres, frente a 16% en 1998. La brecha en la esperanza de vida a los 30 años entre grupos de distinto nivel educativo ha aumentado desde 2000 en dos años para las mujeres y uno para los hombres; llega hasta seis años menos de vida para los menos educados si se tienen en cuenta ambos sexos, en comparación con los muy educados. La desigualdad de género es una excepción y no ha aumentado. Las mejoras de 1968 y el movimiento feminista no han retrocedido y siguen repercutiendo en un país profundamente laicizado y sin una derecha religiosa significativa. Esto no significa que Suecia esté libre de dominación masculina y machismo: al contrario, el movimiento internacional MeToo, cuando llegó a Suecia, se convirtió en una serie de protestas colectivas en todo el país contra el acoso sexual, lideradas por las profesionales, entre ellas policías, académicas, médicas, abogadas y banqueras.

Factores

¿Cómo ha podido producirse este giro hacia desigualdades cada vez más profundas, que ha deshecho más de medio siglo de igualación gradual? El capitalismo posindustrial, globalizado y financiarizado tiene una tendencia intrínseca a aumentar la desigualdad económica, al debilitar la posición de los sindicatos, fragmentar a la clase obrera y descualificar a partes de ella mediante cambios en la demanda de trabajo, por no mencionar la apertura de nuevas perspectivas para el capital, mediante la deslocalización hacia países de salarios más bajos y el aumento de las oportunidades para extraer renta financiera. Habría sido de esperar, sin embargo, que la Suecia socialdemócrata se encontrase entre los países mejor situados para resistirse a esas tendencias y contenerlas. La desigualdad en Suecia ha aumentado, por el contrario, más que en la mayoría de los países de Europa occidental. Parece que hay tres razones principales para la sorprendente evolución de las pasadas tres décadas.

7. Las distribuciones comparativas de la riqueza son más difíciles de calcular que las del ingreso, pero los datos sobre la extraordinaria concentración de Suecia parecen muy sólidos. V., por ejemplo, el trabajo del principal experto sueco en este terreno, Daniel Waldenström, junto con Jacob Lundberg: «Wealth Inequality in Sweden: What Can We Learn from Capitalized Income Tax Data?», documento de trabajo, Departamento de Teoría Económica, Universidad de Upsala, 22/4/2016. De acuerdo con las cifras tomadas de la Oficina Estadística sueca, el 30% más pobre del país no tiene riqueza neta, solo deudas netas (de hecho, tomado en su conjunto, el 60% más pobre no tiene riqueza neta). Se puede encontrar más documentación sobre los resultados de la contrarreforma sueca en G. Therborn: «The 'People's Home' is Falling Down, Time to Update Your View of Sweden» en *Sociologisk Forskning* vol. 54 Nº 4, 2017, y *Kapitalet, överheten och allá vi andra: Klassamhället i Sverige –det rådande och det kommande*, Arkiv / A-Z, Estocolmo, 2018.



© Nueva Sociedad / María Alcobre 2019

Quizá el factor más importante haya sido el cambio de orientación de los dirigentes del SAP, que han abandonado cualquier preocupación significativa por la desigualdad y la justicia social. Un ejemplo ilustrativo fue el acuerdo sobre las pensiones, negociado en secreto entre el gobierno del SAP y los partidos burgueses en la década de 1990, y aprobado por el Parlamento en 1998. La idea principal era hacer que las prestaciones dependiesen de los cambios del PIB y de las tendencias demográficas. La intención era hacer el sistema más sostenible bajo la presión económica y demográfica, un objetivo racional tras el colapso financiero sueco de 1991. Pero los expertos que calcularon y negociaron el tema no tuvieron en cuenta las consecuencias distributivas de la nueva estructura de las pensiones. Resultó que, 15 años después, el sistema había producido un grado de pobreza relativa más alto que la media de la Unión Europea: 17% frente a 14% de media en la UE. En Dinamarca, el porcentaje de pensionistas pobres se sitúa en 8%-9%[8]. En otro acuerdo sobre tributación alcanzado en 1991, el gobierno del SAP introdujo tipos impositivos más bajos para los rendimientos del capital que para el (sustancial) ingreso del trabajo. En 2004, el gobierno socialdemócrata abolió todos los impuestos sobre sucesiones y donaciones[9]. La gestión de la crisis y la promoción del crecimiento expulsaron otras preocupaciones económicas. La socialdemocracia sueca siempre había prestado una importante atención a estos temas, pero antes lo había equilibrado con una preocupación equivalente por la seguridad social y la igualdad.

En segundo lugar, se produjo una ofensiva empresarial intensiva y bien financiada, desarrollada primero como resistencia (y venganza) ante los avances de los trabajadores en la década de 1970. En 1976, por primera vez en su historia, la federación de empresarios escogió como líder a un ejecutivo empresarial: todos sus predecesores habían sido funcionarios o semifuncionarios de las cámaras de comercio. Dos años después, la federación creó su propia oficina de propaganda, Timbro, el primer *think tank* importante de Suecia. En octubre de 1983, las organizaciones empresariales convocaron la que quizás haya sido la mayor manifestación acaecida en la historia de Suecia para oponerse a la propuesta de creación de fondos de inversión de los asalariados, contrataron 60 vagones de tren, 200 autobuses e incluso vuelos chárter para

8. La pobreza relativa se define cuando los ingresos se ubican por debajo de 60% del ingreso medio nacional. V. Oficina Estadística de Suecia: «Högre andel äldre med låg inkomst i Sverige jämfört med Norden», 25/10/2017.
9. De acuerdo con Leif Pagrotsky, entonces ministro del SAP, la abolición del impuesto sobre sucesiones fue un regalo hecho por Göran Persson a la clase empresarial sueca como expiación por no haber podido introducir a Suecia en el euro en el referéndum celebrado en 2003. Erik Sandberg: *Jakten på den försvunna skatten*, Ordfront, Estocolmo, 2017.

trasladar manifestantes a Estocolmo. (Uno de los principales organizadores consultó con un líder estudiantil de 1968 cómo organizar una protesta). La ofensiva fue suficientemente inteligente como para no adoptar una actitud explícitamente antisindical en un país fuertemente sindicalizado y con una sólida tradición de colaboración de clase. Se dispuso, por el contrario, a debilitar a los sindicatos con medios sutiles: encareciendo la afiliación sindical, por ejemplo, o la cualificación para obtener un seguro de desempleo de un sindicato, como hicieron los gobiernos burgueses. En esta campaña no encontraron resistencia. En 2010, el profesor de derecho Göran Groskopf, experto en asesorar a los suecos más acaudalados sobre elusión fiscal, describía el país como un «paraíso fiscal (*skatteparadis*) para los ricos».

El tercer factor impulsor de la desigualdad –en concreto, de la distribución de la riqueza– ha sido el nuevo dinamismo del sector exportador de altas tecnologías. Concentrado durante mucho tiempo en la empresa de telecomunicaciones Ericsson, recientemente ha engendrado una serie de prósperos inventores en el sector de las tecnologías de la información que pronto han acumulado una gran riqueza: Skype, Spotify y juegos de ordenador como Candy Crush y Minecraft son todos suecos. Las empresas de capital de riesgo, la forma más agresiva de capital financiero, están excepcionalmente bien representadas en Suecia: en proporción del PIB, son las segundas de Europa, después de Reino Unido.

Skype, Spotify y juegos de ordenador como Candy Crush y Minecraft son todos suecos

Relatos nacionales

La creciente polarización de clase que se está produciendo en la sociedad sueca no ha pasado desapercibida. Los gobiernos municipales de Estocolmo, Gotemburgo y Malmö han creado comisiones para investigar la segregación residencial y el estado de la sanidad y la educación, así como las desigualdades económicas. El movimiento sindical ha establecido un grupo de trabajo de investigación sobre igualdad, que deberá presentar sus conclusiones en el congreso de 2019[10]. Sin embargo, no se ha logrado que el tema se sitúe en el primer plano de la escena política.

10. A lo largo del último año he tenido el honor de dirigir un proyecto de análisis político, «La clase en Suecia», junto con Katalys, el *think tank* sindical, que hasta el momento ha publicado unos 20 informes y el libro *Kapitalet, överheten och allá vi andra: Klassamhället i Sverige –det rådande och det kommande*, cit.

El relato predominante sostiene que Suecia se ha convertido en una sociedad amenazada por la inmigración

El relato predominante sostiene que Suecia se ha convertido en una sociedad amenazada por la inmigración. En la Suecia de 2018, el lenguaje burgués es un poco más pulido que el de Alemania durante las décadas de 1920 y 1930. De acuerdo con el líder del Partido Moderado, que encabeza la Alianza por Suecia, compuesta por cuatro partidos, la «integración» es el factor que conecta «muchos de los problemas que tenemos en Suecia». Este persistente tema electoral –la «cuestión del destino»– es un reconocimiento tácito de que el programa neoliberal de rebajas tributarias y aumento de las privatizaciones, que todavía figura en las propuestas de la Alianza, ya no tiene un atractivo masivo.

En el invierno y en la primavera de 2018, el SAP y los cuatro partidos burgueses convergieron en ver a los inmigrantes y su «integración» como la principal cuestión política afrontada por el país, y compitieron entre sí para ser los mejor situados para abordarla. Este enfoque los puso a jugar en la cancha de los Demócratas de Suecia, xenófobos y antiinmigrantes, que se dispararon en las encuestas de opinión. Más tarde, el SAP comprendió su error y empezó a sostener que las elecciones de 2018 trataban fundamentalmente de política social o *välfärd* (bienestar), que en Suecia sigue siendo una palabra con connotaciones positivas. A medida que avanzaba la campaña, el SAP viró un poco hacia la izquierda propiciando límites a la especulación en los servicios públicos, atacando las propuestas de rebajar los impuestos, anunciando planes de aumento de los impuestos sobre el capital y prometiendo algunas prestaciones sociales más beneficiosas. Al final de la campaña, esto dio sus frutos, en el sentido de contener el desastre universalmente previsto. De la media de 23%-25% que daban las encuestas, los electores acabaron dándole al SAP 28%, lo que claramente reafirmó su posición como partido más votado y, probablemente, salvó la cabeza de su líder, Stefan Löfven.

Inmigración y xenofobia

Como la mayor parte de Europa, Suecia fue históricamente un país de emigración, cuya población huyó en masa de la pobreza, pero también de la persecución religiosa y política. Las minorías étnicas –fineses y samis, principalmente– eran pequeñas y estaban oprimidas y sometidas a la asimilación forzosa. A finales de la década de 1930, la opinión pública burguesa y estudiantil se movilizó contra la aceptación en Suecia de una docena de

médicos judíos que huían de la Alemania nazi; y durante la guerra, la «neutralidad» sueca implicó relaciones cordiales del gobierno del SAP con Berlín. Sin embargo, en 1943, las autoridades y los ciudadanos de Suecia ayudaron a los judíos daneses a cruzar el estrecho de Sund para escapar de la amenaza de deportación a Alemania.

Después de la guerra, y en especial a partir de la década de 1960, Suecia estuvo abierta a una significativa inmigración de trabajadores, la mayoría de Finlandia, pero algunos también del sur de Europa. En la década de 1970 aceptó refugiados políticos de América Latina, que en general fueron muy bien recibidos. Una nueva oleada de inmigrantes llegó con la ruptura de Yugoslavia a comienzos de la década de 1990, coincidiendo con la profunda recesión que siguió a la crisis financiera de 1991. Para entonces, la situación había cambiado. Ya antes, habían empezado a organizarse movimientos racistas y xenófobos, sobre todo en la provincia más meridional, Escania. En 1979 comenzó a funcionar un pequeño grupo activista llamado Mantener a Suecia Sueca (BSS, por sus siglas en sueco); un municipio de Escania organizó un referéndum contra la aceptación de refugiados en 1988 y la moción salió aprobada por una mayoría de dos tercios. Ese mismo año, seguidores del BSS y otros activistas establecieron un partido de extrema derecha con elementos neonazis, los Demócratas de Suecia.

La Suecia de posguerra se consideraba a sí misma un país internacionalista y socialdemócrata. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la ayuda al desarrollo tenían un respaldo muy extendido. Palme situó su gobierno y su partido en oposición a la Guerra de Vietnam. El embajador sueco en Chile en 1973, Harald Edelstam, se convirtió en héroe nacional a la par que Raoul Wallenberg por ayudar a numerosos chilenos a escapar de los escuadrones de la muerte de la dictadura militar. A comienzos de la década de 2000, Suecia recibió a muchos refugiados de la destructiva guerra estadounidense en Iraq, y también de conflictos en el Cuerno de África y (más recientemente) Afganistán[11]. El alcalde de Södertälje, una población industrial satélite de Estocolmo, testificó ante el Congreso estadounidense que su ciudad estaba admitiendo a más refugiados de la guerra estadounidense en Iraq que todo EEUU, con orgullo pero también con preocupación.

11. Desde comienzos de siglo, Suecia ha formado también parte de la «fábrica de refugiados», con su participación en las guerras de EEUU y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en los países natales de los solicitantes de asilo, aunque más como promesa de lealtad a la potencia imperial que como gran fuerza de destrucción. El ejército sueco se unió a la ocupación de Afganistán en 2002 y a la guerra librada por la OTAN en Libia en 2011. A pesar de la guerra de saudíes y EEUU en Yemen, Suecia sigue vendiendo armas a los invasores.

No es de extrañar que en 2015 Suecia fuese, junto con Alemania, el único receptor voluntario de la oleada de refugiados procedentes de Siria y Afganistán, con la admisión de más de 160.000: en proporción a su población, equivaldría a acoger casi un millón de refugiados en Reino Unido. En 2017, casi 19% de los habitantes de Suecia había nacido en el extranjero, y de ellos, 11% en África o Asia.

Aunque una franja racista y xenófoba de la población sueca se oponía a la política de apertura a los refugiados, la ciudadanía en general la respaldaba. El estado de ánimo predominante en ese momento lo expresaron los sucesivos primeros ministros: en 2004, el líder moderado Fredrik Reinfeldt animó a sus conciudadanos a «abrir los corazones» a los refugiados; en 2015, Löfven declaró: «Construimos puentes, no muros». Pero Suecia tiene ahora, sin embargo, un significativo partido xenófobo y contrario a la inmigración, Demócratas de Suecia. El partido entró en el Parlamento en 2010 con 5,7% de los votos y subió a 12,9% en 2014. En septiembre de 2018 obtuvo 17,5% de los votos.

El floreciente Partido Popular Danés le ha proporcionado un modelo táctico, aunque Demócratas de Suecia es más conservador y posee raíces neonazis más directas, a diferencia del partido danés. Como provincia fronteriza con el continente a través del mar Báltico, la región Escania –donde más crece la extrema derecha– es el lugar de entrada de muchos inmigrantes (aunque el condado de Estocolmo tiene una proporción mayor de residentes nacidos en el extranjero). Es también una región muy desigual, con varios municipios posindustriales en decadencia cerca de áreas de riqueza y prosperidad. El nivel más bajo de apoyo a Demócratas de Suecia en ciudades y pueblos similares situados más al norte refleja el funcionamiento gradual de un proceso de difusión, con algunos parecidos a la expansión de la socialdemocracia por el país a finales del siglo XIX. Incluso aquí, sin embargo, el partido tiene un acento claramente rural: los municipios de Escania que eluden su control son las dos ciudades de mayor tamaño, Malmö y Helsingborg, la ciudad universitaria de Lund y las zonas residenciales ricas y conservadoras.

El Partido Popular Danés le ha proporcionado un modelo táctico, aunque Demócratas de Suecia posee raíces neonazis más directas

A pesar de haber avanzado hacia el norte este año, Demócratas de Suecia sigue siendo un partido predominantemente meridional y provincial. A

escala nacional se ha mostrado relativamente débil en 2018 en las principales ciudades –10% de los votos en Estocolmo y 14% en Gotemburgo, aunque ha conseguido 17% en Malmö– y en las ciudades universitarias, con 12% en Lund y en Upsala y 9% en Umeå. Los votantes del partido proceden en su mayoría de la derecha tradicional[12].

La actual dirección de Demócratas de Suecia se hizo con el mando del partido en 2005 y lo limpió de cualquier muestra de neonazismo explícito. Sin embargo, pueden encontrarse aún estas conexiones entre sus políticos locales, que tienden a expresar fantasías asesinas en las redes sociales: poner una ametralladora en el Puente de Öresund, desearle un accidente mortal a un político del SAP, ansiar que un ferry de refugiados se hunda, etc. El ascenso del partido se ha producido en dos fases. Hasta las elecciones de 2014 inclusive, el resentimiento entre los «perdedores» socioeconómicos fue su principal combustible propulsor. La región de Escania fue especialmente golpeada por la crisis de comienzos de la década de 1990. Quienes dependían de las prestaciones sociales sufrieron de nuevo durante la crisis financiera y la recesión de 2008, debido a la política aplicada por la coalición burguesa de favorecer a los empleados y recortar las prestaciones sociales. Las rentas del tercio más pobre de la población disminuyeron entre 2008 y 2013. En esos años, Demócratas de Suecia consiguió un número desproporcionado de simpatizantes y, sobre todo, de activistas y políticos locales entre los desempleados de larga duración, los jubilados anticipados y los trabajadores autónomos en situación precaria[13].

En la segunda fase, desde las elecciones de 2014 hasta la actualidad, Demócratas de Suecia aprovechó las preocupaciones sociales más amplias acerca de la inmigración y penetró de manera sustancial en la clase trabajadora, una cuarta parte de la cual los votó en 2018. De acuerdo con las encuestas de opinión, el apoyo al partido alcanzó un máximo cercano a 20% de las preferencias en 2015, inmediatamente después de la afluencia de refugiados, luego bajó a 15% en 2017 y volvió a subir en noviembre de 2018. Este último cambio parece deberse a dos factores. Uno fue la vuelta de los moderados, que convirtieron la «integración» de los inmigrantes en la principal cuestión política de las elecciones y de toda la Alianza burguesa. El segundo fue un pánico moral azuzado por la información difundida por la prensa

12. Kirsti Jylhä, Jens Rydgren y Pontus Strimling: *Sverigedemokraternas väljare*, Institutet för Framtidsstudier, Estocolmo, 2018. Estos datos proceden de una gran encuesta efectuada en febrero y abril de 2018.
13. Olle Folke et al.: «Arbetslinjen och finanskris förklarar SD:s framgångar» en DN *Debatt*, 5/9/2018.

sobre la existencia de guerras de bandas a pequeña escala, con una serie de tiroteos. Pero los trabajadores tenían otra razón para preocuparse. En sectores como el transporte y la construcción, las empresas extranjeras de la UE intentan flexibilizar cada vez más el mercado de trabajo trayendo a trabajadores extranjeros mal remunerados (inclusive de países no pertenecientes a la UE, como en el caso de los obreros de la construcción tailandeses).

Adicionalmente, entre 40% y 50% de los votantes de Demócratas de Suecia –es decir, en torno de 8% del total de la población sueca– parece simplemente racista o xenófobo: personas que no quieren vecinos inmigrantes o que un integrante de su familia se case con un inmigrante[14]. Demócratas de Suecia no encaja bien en la etiqueta convencional de «populismo de derechas». No se está subiendo a la ola de oratoria demagógica, con ataques feroces al establishment y promesas desenfrenadas a la población. Su líder no es un orador demagogo, sino un manipulador ingenioso, frío y con inteligencia estratégica. El partido se autodefine como «conservador social» sobre una «base nacionalista». A pesar de atraer votos de protesta de la clase trabajadora, la mayoría de sus simpatizantes se autodefine como de derecha.

La cultura universalista de la Suecia de posguerra seguía manifestándose en la actitud adoptada hacia Demócratas de Derecha por los partidos burgueses tradicionales, que todavía dudan en formar un gobierno de derechas con apoyo de los xenófobos. Desde 2014, el Parlamento sueco contiene tres bloques políticos. El rojiverde está compuesto por el SAP, el Partido del Medio Ambiente y el Partido de la Izquierda, de tendencia poscomunista. Los dos primeros formaron una coalición gobernante entre 2014 y 2018, con el apoyo parlamentario externo del último, necesario para alcanzar la mayoría. El segundo bloque es el de la Alianza, conformada por cuatro partidos burgueses (Moderado, del Centro, Demócrata Cristiano y Popular Liberal), mientras que Demócratas de Suecia constituye por sí solo el tercer bloque. Demócratas de Suecia está cortejando a la Alianza, en especial a sus elementos culturalmente más derechistas, el Partido Moderado y los Demócratas Cristianos, por el momento sin éxito en el ámbito nacional.

El descenso de la centroizquierda

Las rupturas socioeconómicas, las nuevas tecnologías de la comunicación y las nuevas formas de movilidad han debilitado –en algunos casos, prácticamente

14. K. Jylhä, J. Rydgren y P. Strimling: *Sverigedemokraternas väljare*, cit.

disuelto– las comunidades populares, sus organizaciones (partidos y sindicatos) y su cultura. Las ciudades y los pueblos industriales de Suecia han experimentado el vaciado de su cultura obrera, antes rica y densa. No obstante, 61% de los trabajadores manuales y 73% de los no manuales siguen afiliados a un sindicato. La Liga de Educación de los Trabajadores (ABF, por sus siglas en sueco) tiene presencia en todo el país, aunque ahora ofrece principalmente cursos relacionados con aficiones y enseñanza de lenguas extranjeras. En 1982, 60% de los electores suecos se consideraban a sí mismos «identificados» con algún partido político. En 2014, esa cifra había caído a 27%. En 1956, 11% de los votantes había cambiado su preferencia de partido respecto a las elecciones anteriores; en 1968, la cifra era de 19%; en 1982, de 30%; y en 2018 la proporción había subido a 40%[15].

Las ciudades y los pueblos industriales de Suecia han experimentado el vaciado de su cultura obrera, antes rica y densa

La erosión del respaldo de la clase trabajadora al SAP empezó de manera más clara tras el giro a la derecha dado por el partido en la década de 1980. Entre 1982 y 1991, su porcentaje de voto entre la clase trabajadora se desplomó de 70% a 57%. El principal beneficiario en ese momento fue Nueva Democracia, un partido neoliberal y populista con un claro tinte xenófobo. Tras una breve recuperación en 1994, en las elecciones de 2006 se produjo otra caída: en esta ocasión los votantes se decantaron predominantemente por los moderados, que se centraron en las cuestiones del empleo y en la brecha creciente entre ocupados y desempleados, con lo que duplicaron prácticamente entre 2006 y 2010 el apoyo de votantes de clase trabajadora. Estos trabajadores que votaron al Partido Moderado proporcionaron en 2014 a Demócratas de Suecia el grueso de su crecimiento electoral[16].

Políticas migratorias

La nueva oleada de migración internacional (e intercontinental) ha creado un conjunto particular de problemas en Europa, durante medio milenio centro mundial de emigración, expansión y conquista, que envió a sus clérigos cristianos a convertir a seguidores de otras religiones. Cuando Europa dominaba

15. Henrik Oscarsson y Sören Holmberg: «Swedish Voting Behaviour 1956-2014», Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Gotemburgo, 21/10/2015.
16. Per Hedberg: «Väljarnas partier 2014», Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Gotemburgo, 2015.

los mares, no se hablaba de «integración de inmigrantes». Los pocos europeos que «se pasaban a los nativos» eran despreciados, no idolatrados, en Europa. Ahora, los descendientes empobrecidos de los antiguos conquistados viajan a los países habitados por los descendientes de sus conquistadores. Este nuevo giro migratorio, acelerado por una serie de guerras lideradas por EEUU en la zona de influencia meridional de Europa, de Afganistán a Libia, está creando un verdadero problema para la socialdemocracia europea, cuyos votantes tradicionales se ven muy afectados por la afluencia de personas pobres y para quienes los derechos sociales y la justicia social fueron siempre principalmente de alcance nacional.

En la época en que el racismo se prodigaba por doquier, los movimientos obreros de los países colonizadores europeos plantearon con orgullo lemas tales como «Trabajadores del mundo uníos y luchad por una Sudáfrica blanca» (en la huelga militante que los mineros sudafricanos sostuvieron en 1922), o «Mantener a Australia blanca» (un punto del programa del Partido Laborista Australiano). En una era de «posracismo» oficial, ¿cómo van a lidiar los movimientos de la propia Europa con las masas de inmigrantes pobres que llaman a las puertas de sus fronteras? Los sindicatos suecos apoyaron en las décadas de 1960 y 1970 una inmigración de trabajadores reglamentada. Ahora piensan que debería permitirse solo de manera excepcional. También apoyan la política más restrictiva hacia los refugiados adoptada después de 2015, aunque siguen aceptando el derecho de asilo. Lo que más les preocupa son los contratistas de la UE que traen consigo sus propios trabajadores mal remunerados. Los líderes sindicales se han mostrado muy activos en la campaña contra Demócratas de Suecia –si bien con efecto limitado fuera de los grandes espacios industriales– y algunos sindicatos han prohibido ocupar cargos sindicales a los miembros de ese partido. Las masas de inmigrantes pobres sí plantean un grave reto para los partidos populares y progresistas, pero la oscilación del apoyo político a la xenofobia muestra que en gran medida ese reto es políticamente contingente.

Los sindicatos suecos apoyaron en las décadas de 1960 y 1970 una inmigración de trabajadores reglamentada

En las últimas elecciones, los socialdemócratas consiguieron cambiar las prioridades de los electores, alejándolas de la inmigración, y eso frenó la marcha hacia la xenofobia. Pero el Estado de Bienestar no fue simplemente un tema ganador para el SAP. Hay muchas quejas sobre las listas de espera en los

hospitales y sobre las grandes distancias que hay que recorrer para llegar a las clínicas en la vasta región septentrional. Aunque Suecia no ha estado sometida a un régimen de austeridad comparable al del gobierno conservador británico, los recursos disponibles resultan insuficientes para las demandas crecientes de una población envejecida. Los habitantes del norte acusan a los políticos regionales del SAP de sordera o insensibilidad a las necesidades sanitarias de la población. En la circunscripción más septentrional del país, históricamente un baluarte del SAP y de los comunistas, un partido regional en defensa de la salud (Partido de la Asistencia Médica) se convirtió en la fuerza más votada. Demócratas de Suecia ha intentado también aprovechar las injusticias relacionadas con el bienestar, afirmando que los recursos eran inadecuados, porque se gastaba el dinero en los refugiados. Los socialdemócratas no pierden apoyo porque su misión de efectuar reformas sociales se haya completado. Están siendo castigados, al contrario, por abandonar la tarea urgentemente necesaria de mejorar e intensificar esas reformas[17].

El análisis de la crisis de la socialdemocracia debería prestar atención también a su resiliencia y al espacio existente para la aparición de una nueva izquierda. Esta resiliencia tiene dimensiones económicas, socioculturales y políticas. El aspecto económico hace referencia principalmente al lugar que el país ocupa en el sistema mundial: específicamente, a la medida en que es vulnerable a las oscilaciones del mercado mundial y a las presiones de los acreedores, o en que se ve perjudicado por el subdesarrollo. Suecia se encuentra a este respecto en una posición fuerte, como el noroeste de Europa en general, pero anteriormente gozaba de la ventaja particular, ahora reducida, de ser una economía igualitaria, de tributación elevada y fuertemente sindicalizada que competía con éxito en los mercados mundiales.

Desde el punto de vista social Suecia conserva, a pesar de todo, un duradero legado de reformas. No hay ciudades o regiones enteras arruinadas por la dislocación económica. El principio de los derechos sociales de los ciudadanos sigue firmemente asentado. Desde el punto de vista cultural, la orientación universalista y de solidaridad internacional observada en la posguerra todavía perdura en Suecia, y eso hace que a los partidos burgueses

17. Los habitantes de Estocolmo lo han visto de cerca en el actual escándalo por la construcción de un nuevo hospital, el Nya Karolinska, mediante una alianza público-privada al estilo Blair, que se ha convertido en una ciénaga de corrupción y amiguismo, impuesta, a pesar de la oposición de todas las organizaciones profesionales, por políticos burgueses y una horda de asesores guiados por cuestiones ideológicas y liderados por el Boston Consulting Group.

tradicionales les resulte más difícil formar gobierno con el apoyo de la derecha xenófoba, como han hecho ya sus homólogos de los otros tres países nórdicos.

La posición de la socialdemocracia sueca en el sistema de partidos es mucho más favorable que la de partidos hermanos de otros puntos de Europa, en especial fuera de la región nórdica. No tiene que enfrentarse a uno o incluso dos grandes partidos burgueses, sino que afronta a una plétora dividida de formaciones de derecha más pequeñas. El SAP sigue siendo la mayor fuerza política en 25 de las 29 circunscripciones de múltiples escaños de Suecia, aunque hay solo una en la que todavía obtiene más de 40% de los votos, en el extremo norte. Sigue siendo el partido predominante de la clase trabajadora y mantiene estrechos lazos con un fuerte movimiento sindical. Aunque en la actualidad está dominado por políticos profesionales, el SAP puede todavía conectar con la gente común, en buena medida gracias al jefe actual, Löfven, ex-líder del sindicato de trabajadores metalúrgicos, sin educación académica, que exuda decencia popular, a pesar de mantener la misma arrogancia y los mismos prejuicios que cualquier político europeo convencional. Löfven muestra en ocasiones su instinto de clase, pero es también un representante típico de los cuadros sindicales del sector exportador, comprometido con la colaboración de clase en beneficio de las empresas del sector.

¿Realineamientos en la izquierda?

La socialdemocracia sueca está realmente sumergida en un profundo atolladero, con un respaldo electoral inferior al alcanzado en 1911. Pero no está moribunda ni perdiendo todo su peso político. La posición central del SAP en el sistema político sueco ha quedado reafirmada en las maniobras postelectorales y el partido ha vuelto a ascender lentamente a 30% en encuestas posteriores a las elecciones. Sus resultados recientes y sus perspectivas futuras ponen en cuestión las reflexiones simplistas sobre la crisis terminal de la socialdemocracia. Aun así, la falta de regeneración de la socialdemocracia tradicional está a la vista, lo que plantea otra cuestión cuando nos enfrentamos a las tendencias derechistas de hoy: ¿hay espacio para la aparición de nuevas alternativas de izquierda?

Como hemos visto en varios países, la crisis de la socialdemocracia puede compensarse con el ascenso de nuevas fuerzas de izquierda. El Partido de la Izquierda sueco dio un modesto paso adelante en las elecciones de 2018 al aumentar su votación hasta 8%. En la actualidad es un partido de tamaño intermedio en las tres mayores ciudades de Suecia, con entre 12% y 14% y

algunos baluartes municipales en todo el país. Es una razonable fuerza socialdemócrata de izquierda, sostenida por concejales diligentes y un líder popular, Jonas Sjöstedt, aunque sin mucha aptitud ideológica ni capacidad de innovación política. De orígenes comunistas y posteriormente con posiciones eurocomunistas, el Partido de la Izquierda mantiene el legado político de 1968 en Suecia y ha experimentado una considerable afluencia de nuevos afiliados en años recientes. Con el descenso del SAP, organiza ahora las mayores manifestaciones del 1º de Mayo.

Como en Alemania, en Suecia no hay lugar para otro partido de centroizquierda, y los partidos existentes están fuertemente institucionalizados, lo que no deja espacio real para que sobre sus ruinas se forme algo parecido a Francia Insumisa. Por la misma razón, no hay una puerta abierta para que los activistas de izquierda entren en una organización moribunda que todavía conserva un peso parlamentario real, como el Partido Laborista británico. Y tampoco hay sustento alguno para que emerja un movimiento de base como Podemos, al menos hasta la próxima crisis económica. Lo que hace falta –es posible que se alcance– es un amplio movimiento no sectario que sacuda al SAP, al Partido de la Izquierda y a los Verdes, inyectando nueva energía, nuevas ideas y una nueva dosis de radicalismo en sus venas, e infundiendo esperanza e inspiración en las personas de tendencia progresista desilusionadas con los partidos existentes. Podríamos añadir que hay más potencial en la clase media progresista de Suecia que en muchos otros países, ya que las capas intermedias suecas están compuestas mayoritariamente por empleados sindicalizados. Se vislumbra una gran batalla social que se centrará en la dignidad del trabajo profesional –su ética, su vocación, su autonomía y su responsabilidad–, que se halla sometido a los ataques cada vez más agresivos de la «nueva gestión pública», los bucaneros de la privatización y sus sicarios de las consultorías empresariales. Estos cambios no están, sin embargo, a la vista en la actualidad. De modo que, incluso aunque se haya logrado en enero pasado un gobierno de cabeza socialdemócrata, en alianza con liberales, verdes y centristas, es probable que la contrarreforma socioeconómica continúe en Suecia, golpeando sin cesar al experimento de reforma social democrática e igualitaria más logrado del pasado siglo.

Las izquierdas y la «confusión democrática»

El giro a la derecha en América Latina tiende a amenazar la estabilidad ya jaqueada de las democracias del continente. Sin embargo, las derivas autoritarias también han provenido de las experiencias de algunos gobiernos tildados como «progresistas», fuertemente desafiados por el agotamiento de sus modelos y por el clamor popular. Las izquierdas latinoamericanas vuelven a ser interpeladas en profundidad por la «cuestión democrática». En ese marco, el concepto mismo de democracia está de nuevo en entredicho.

Gerardo Caetano

Algunas claves históricas de larga duración

Entre mediados del siglo XVIII y finales del siglo XIX, cuando se definía buena parte de la modernidad política en Occidente, la popularización del concepto «democracia» en el lenguaje político iberoamericano se dio de manera lenta y disputada[1]. Aunque mantuvo su polisemia y hasta su equivocidad, la voz se fue constituyendo gradualmente en un concepto político fundamental, cargado de preguntas y de sentidos. Fue en ese marco, como bien ha señalado el historiador español Javier Fernández Sebastián, un «vocablo proteico», que pudo ser parte, en especial durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, de sintagmas cruciales.

Gerardo Caetano: es historiador y politólogo. Es doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina, y profesor titular de la Universidad de la República (UdelaR), Uruguay. Es coordinador del Observatorio de Coyuntura Política del Instituto de Ciencia Política de la UdelaR e investigador Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores del Uruguay. Preside el Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).
Palabras claves: democracia, derechas, izquierdas, soberanía popular, América Latina.
1. Javier Fernández Sebastián (dir.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* II, Universidad del País Vasco-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014.

Esa dimensión de concepto en disputa fue una de las razones para que el sustantivo «democracia» fuera requiriendo –cada vez más– de numerosos adjetivos. Ha dicho al respecto Fernández Sebastián: «Se comprende que el permanente desacuerdo de fondo acerca del concepto y su intrínseca (…) amplitud forzasen en muchos casos el recurso a una generosa adjetivación. A los ya conocidos calificativos de *individualista* y *socialista* se añaden otros muchos como *democracia moderna*, *democracia liberal*, *democracia obrera*, *democracia popular*, *democracia radical*, *democracia tumultuaria*, *democracia burguesa*, etc.»[2].

Tras aquel intenso debate se encontraba un conjunto de contiendas político-conceptuales: las tensiones entre las ideas de república y democracia, aquellas vinculadas al «desdoblamiento» de la siempre resbaladiza categoría «pueblo», las varias significaciones en pugna en torno de la noción de soberanía, las raíces del creciente prestigio de la idea de democracia social o la asociación entre democracia y una laxa invocación al progresismo. Pero fue su cruce conceptual con la compleja cuestión de la representación y de la interpelación de los paradigmas liberales lo que permitió una gradual rehabilitación discursiva de una palabra que muchos denunciaban como hipócrita. En esa tensión conceptual fue donde nacieron dos sintagmas decisivos como los de «democracia representativa» y «democracia liberal». A través de ellos comenzó a aceptarse la noción de que se podía ir hacia una forma de régimen de gobierno mixto o combinado, en la que la adscripción temida de la voz «democracia», asociada al poder ilimitado y directo del pueblo, podía dejar lugar a una visión de mayor moderación, tras una suerte de atenuación antijacobina o elitista del gobierno del pueblo.

Si se proyecta el concepto ya consolidado de democracia en la América Latina del siglo XX, su sentido proteico se profundiza aún más. En tensión con las distintas tradiciones que ya portaban las culturas políticas del continente –que incluían caudillismo, militarismo, regímenes oligárquicos, reformismos más o menos liberales o populares, los populismos «nacional-populares» que devinieron después y las lecturas diversas sobre el tema desde las izquierdas y derechas en sus diferentes versiones, sobre todo desde los marxismos por un lado y las derechas antiliberales y hasta protofascistas por el otro–, no fue sencillo para ningún régimen o

2. J. Fernández Sebastián: «Democracia» en J. Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Alianza, Madrid, 2002, p. 225.

actor político desentenderse de toda invocación del concepto, mucho menos aceptar su disidencia radical contra este. Algo de esto último pudo ocurrir recién desde finales de la década de 1950 hasta la de 1970, cuando el calentamiento de la Guerra Fría en todo el continente habilitó actores y posturas ideológicas claramente teñidos por una retórica y en una práctica ostentosamente antidemocrática: aunque desde horizontes contrapuestos, tendieron a coincidir en esos posicionamientos las dictaduras de la Doctrina de la Seguridad Nacional (promovidas por Estados Unidos e inauguradas con el golpe de Estado en Brasil de 1964), las derechas nacionalistas y antiliberales (en ocasiones hasta fascistas), así como las izquierdas foquistas y marxista-leninistas.

Las tragedias ocurridas tras las guerras civiles, los violentismos prometeicos y, de manera particular, los terrorismos de Estado desplegados entre las décadas de 1960 y 1980 fueron el soporte fundamental para una revalorización general de la democracia por parte de casi todos los actores, en tanto consenso básico de las transiciones. Aun en esos momentos de convergencias antidictatoriales, no faltaron disidencias sobre este punto a derecha e izquierda, pero fueron marginales. Las transiciones democráticas, aun con sus diferencias claves en relación con los temas cruciales de la justicia y la verdad respecto a las violaciones de los derechos humanos, tendieron a apuntar hacia un «acuerdo de régimen» básico sobre la democracia como plataforma política para instalar las competencias ideológicas. El impacto de la caída del socialismo real en el continente, como en casi todo Occidente, también jugó en esa dirección, aunque la deriva radical del neoliberalismo y del neoconservadorismo de los años 90 muy pronto socavó los cimientos sociales del acuerdo.

De todos modos, la firma de la Carta Democrática Interamericana por todos los países americanos (con excepción de Cuba, marginada de la Organización de Estados Americanos –OEA–), nada menos que el 11 de septiembre de 2001, en la ciudad de Lima, pudo simbolizar el último hito de ese momento de relativa convergencia de miras. Ese documento recogía un acuerdo de base en términos más bien procedimentales, relacionado con el avance de la democracia representativa, en defensa de sistemas políticos en que los ciudadanos puedan elegir libremente a sus gobernantes y representantes en elecciones competitivas y transparentes. Pese a ello, no debe olvidarse que ese acuerdo fue también firmado de modo entusiasta por Hugo Chávez y que expresaba la inscripción del continente en lo que por entonces daba en llamarse la «tercera ola democrática».

El «desacuerdo de régimen» y la erosión del apoyo a los valores democráticos

Lo acontecido durante el siglo XXI en el panorama político latinoamericano tiene que ver en principio con la continuidad general –con ciertos casos de excepción preocupantes– de democracias electorales en el continente. Dada la historia latinoamericana, esta circunstancia no resulta un hecho menor. Sin embargo, no debe ignorarse la persistencia de situaciones de creciente inestabilidad política, referida a la sucesión de «golpes blandos», derivas autoritarias de gobiernos surgidos de elecciones, procesos de confrontación política de signo excluyente, crisis de los partidos y de las formas de la representación y procesos incrementales de personalización de la política, con desprestigio de las instituciones democráticas en general. En ese contexto y a partir de lo vivido en los últimos años, la perspectiva de un progresivo «desacuerdo de régimen» en torno de lo que concebimos como democracia ha emergido como un problema central en América Latina. Las legitimidades de origen se han venido distanciando de las de ejercicio, y ello ha atravesado a gobiernos de derecha y de izquierda, más allá incluso de los vaivenes de las retóricas cambiantes en torno del populismo de unos y de otros.

Esta marea antipolítica, tan proclive a la emergencia de liderazgos redentores y de sus arcadias regresivas, ha tendido a radicalizarse en los últimos años

Esto ya no es un problema de las elites, sino que ha llegado a calar más hondo en la opinión pública, como lo vienen indicando año a año distintas mediciones internacionales. En consonancia con fenómenos cada vez más frecuentes a escala mundial, los itinerarios en el continente del nivel de apoyo a la democracia y de satisfacción con su funcionamiento han marcado derivas de inestabilidad en las últimas décadas, tendencia que se ha profundizado en el lustro más reciente. Este cuadro de desencanto y de recelo, esta marea antipolítica, tan proclive a la emergencia de liderazgos redentores y de sus arcadias regresivas, ha tendido a radicalizarse en los últimos años, como lo indican distintos estudios sobre simpatía y prestigio de actores, instituciones y comportamientos tradicionalmente asociados a la vigencia de la vida democrática[3].

3. Al respecto, pueden verse rankings como los de Freedom House (<www.freedomhouse.org/>); Polity Project (<www.cidcm.umd.edu/polity/index.html>); los datos de la Corporación Latinobarómetro (<www.latinobarometro.org/>); los indicadores de Governance del World Bank (<www.worldbank.org/wbi/governance/govdata2010/>), entre otros.

En América Latina, las discusiones sobre los retos de la «cuestión democrática» se han anudado en las últimas décadas con tres momentos históricos muy distintos: a) la interpelación y los efectos residuales de los procesos de transición a la democracia, luego de las dictaduras de la Seguridad Nacional; b) el desencanto de los trámites de reacción antipolítica y de las democracias limitadas de la década de 1990, con sus ortodoxias y desigualdades renovadas tras las crisis económicas; y c) los procesos de crisis más o menos radical de los gobiernos de signo progresista que ascendieron desde alrededor del año 2000, en especial en América del Sur. A partir de lo acumulado en esos tres momentos de signo tan disímil, la pérdida de «acuerdo de régimen» sobre la democracia tiende a coincidir hoy en la región con la hegemonía creciente de derechas radicales en el campo conservador, alentadas por la reorientación extremista de la política hemisférica de EEUU protagonizada por el gobierno de Donald Trump y sus halcones (John Bolton, Elliot Abrams, Marco Rubio).

El centro político (que hay que recordar que no necesariamente coincide con el centro ideológico) tiende a desaparecer, y las derechas tradicionales enfrentan la tentación de volverse (o de ser superadas por) ultraderechas. Los ejemplos de Jair Bolsonaro en Brasil, Iván Duque en Colombia o Juan Orlando Hernández en Honduras refieren esa combinación tensa entre neopatriotismo, ultraliberalismo en lo económico, conservadorismo social y moral fuerte y militarización creciente en la conducción del Estado[4]. Por cierto, esta nueva ecuación busca asociarse al impacto de procesos diversos: la nueva realidad económica regional e internacional con sus reorientaciones liberales; el auge de los llamados agronegocios y de su modelo extractivista, orientado a las exportaciones de alimentos y minerales sin procesar; el cambio ideológico de alcances aún inciertos en la región y en el mundo; el creciente influjo en el continente de corrientes neopentecostales, con su agenda regresiva en el plano de los derechos[5]; la implosión de los regionalismos y de la aspiración a desplegar roles de autonomía en el contexto global. En ese marco, parecen haber caducado las coaliciones socialdesarrollistas presentes en varios países del continente durante la «década dorada» (2004-2014).

Desde una perspectiva histórica que vincule esos tres momentos constitucionales (en referencia a la teoría de Bruce Ackerman)[6] antes reseñados, sin

4. Sobre este último tema, v. «¿Otra vez los militares? Democracia, inseguridad, ciudadanía», Tema Central de *Nueva Sociedad* Nº 278, 11-12/2018, disponible en <www.nuso.org>.
5. Sobre este tema, v. «El nuevo evangelismo político», Tema Central de *Nueva Sociedad* Nº 280, 3-4/2019, disponible en <www.nuso.org>.
6. Ver B. Ackerman: *We the People 1: Foundations*, Harvard UP, Cambridge, 1993.

menoscabar el influjo central de otros factores de poder sin duda decisivos, cabe preguntarse cuánto de esta nueva realidad latinoamericana de giro derechista no fue facilitada por innegables déficits políticos y democráticos que signaron la experiencia de los gobiernos progresistas en las décadas pasadas. Son muchas las preguntas que surgen en esa dirección, en especial desde experiencias no susceptibles de una consideración uniforme.

¿De qué manera se buscó redefinir los vínculos entre ciudadanía y política en los nuevos contextos «progresistas»? ¿Bajo qué formas, instituciones y procedimientos se tendió a establecer los nuevos pactos de ciudadanía en sociedades impactadas por las redes sociales y por fuertes poderes fácticos extrainstitucionales? ¿Fueron respondidas las cuentas pendientes que habían dejado las dictaduras, relativas a verdad y justicia, redemocratización de las Fuerzas Armadas y renovación de los sistemas judiciales en consonancia con las nuevas realidades y con el derecho internacional de los derechos humanos? ¿Cómo tendieron a rearticularse en la región el concepto de homogeneidad cultural (propio del modelo clásico y universalista de ciudadanía) y los desafíos emergentes del multiculturalismo y de los Estados plurinacionales? ¿Qué lugar efectivo se le dio a la llamada «agenda de nuevos derechos», vinculada a la situación de actores y colectivos largamente postergados e invisibilizados? ¿Cómo se ha reconceptualizado la perspectiva de los derechos humanos y de los derechos sociales para incluir en ella, de manera central, una consideración más integral de la pobreza, la indigencia y sus vectores de injusticia radical en el continente más desigual del planeta? ¿Se intentó reformular la noción de Estado, de los modelos de desarrollo y de las políticas públicas para dar sustento consistente a estas demandas impostergables? ¿Cómo se combatió de plano el fenómeno devastador y generalizado de la corrupción, que en la actualidad más cercana configura una fuente incontenible de desprestigio de los políticos y aun de desencanto en torno de los valores democráticos? Por cierto que esta lista sintética de preguntas interpela al conjunto de las sociedades y de los sistemas políticos del continente. Pero desde la oportunidad del ejercicio del gobierno (en algunos casos por primera vez) y desde sus promesas de cambios profundos, no cabe duda de que la interpelación resultaba más decisiva y primordial para las izquierdas y los progresismos. No hacía falta conocer lo que ocurriría luego del «*boom* de los *commodities*» y su bonanza para advertir que en la disputa por el liderazgo de la profundización democrática, estos actores tenían una tarea estratégica.

¿De qué manera se buscó redefinir los vínculos entre ciudadanía y política en los nuevos contextos «progresistas»?

Entre golpes blandos y progresismo autoritario

A partir de la alarma que han producido los acontecimientos recientes vividos o aún en curso en varios países (Venezuela, Brasil, Honduras, Guatemala, Perú, Paraguay) y de los perfiles autoritarios y confrontativos que exhiben los contextos políticos de otros procesos latinoamericanos, la hipótesis antes descartada de un continente que en forma progresiva podría deslizarse hacia una nueva era de dictaduras o autoritarismos cívico-militares (distintos de los de la década de 1970) lamentablemente ha vuelto a la agenda de debate. Confluyen en esa perspectiva inquietante la deriva autoritaria de varios gobiernos (de derecha y de izquierda, conservadores y «progresistas»), así como el creciente empoderamiento de los ejércitos y la emergencia de fuerzas paramilitares como último sostén de regímenes agotados. También juegan en esa dirección los embates polarizadores de oposiciones irreductibles, el avance profundamente deslegitimador de fenómenos de corrupción extendida, así como el acelerado retorno de lo que a fines del siglo XX y comienzos del XXI ya se llamaban «democracias de baja intensidad» o «democracias inciertas». Como se señalaba en el informe sobre el estado de la democracia en América Latina presentado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) hace ya 15 años, al inicio de la «década dorada» en América del Sur: «aun en regiones donde el sistema legal tiene alcance, suele ser aplicado con sesgos discriminatorios contra varias minorías y también mayorías, tales como las mujeres, ciertas etnias y los pobres. Este sistema legal truncado genera lo que se ha llamado una ciudadanía de baja intensidad»[7].

Este sistema legal truncado genera lo que se ha llamado una ciudadanía de baja intensidad

Desde la perspectiva del progresismo más específicamente sudamericano, ya a fines de 2009 el chileno Luis Maira manifestaba su sorpresa por la «evaluación insuficiente» y por la «limitada comprensión» que –a su juicio– las elites intelectuales y gobernantes sudamericanas habían tenido frente a la magnitud y las consecuencias de la crisis global de 2008. Luego de resaltar el rol muy gravitante que las usinas del pensamiento neoconservador tuvieron en el ascenso de las fuerzas políticas de derecha en las últimas décadas, Maira advertía que, con el cambio de ciclo, nada similar había ocurrido en el campo adversario, lo que a su juicio revestía mucha

7. PNUD: «La democracia en América Latina», PNUD, Buenos Aires, 2004, p. 48.

importancia a la hora de sustentar las posibilidades de retorno de «una etapa posneoconservadora en la región».

Luego de citar la conocida opinión de Immanuel Wallerstein respecto a que el gobierno de Barack Obama podía paradójicamente ser funcional al «momento de la venganza de la derecha», Maira llamaba la atención sobre que un eventual efecto pendular podía ser favorecido por la ausencia de pensamiento estratégico de los gobiernos y partidos que habían protagonizado el cambio político de los últimos años en el subcontinente sudamericano. «La pregunta es –concluía Maira– si todavía estamos a tiempo de corregir las fallas de caracterización de la crisis y recuperar la iniciativa política, poniendo el énfasis en aquellas ideas fuerza que la mayoría de los balances académicos o políticos señala»[8].

Casi una década después y con el giro político «contrarreformista» en pleno despliegue en el continente, sus señalamientos de entonces parecen revestir un cierto perfil profético. Los progresismos, pese a sus logros innegables en campos como la redistribución económica y las políticas sociales, en otras áreas decisivas prefirieron libretos menos desafiantes, como en las reformas políticas de profundización genuinamente democrática (sin trampas ni confusiones), en las alternativas regionalistas de inserción internacional o en la exigencia de nuevas ideas y proyectos para un desarrollo diferente, que combinara sustentabilidad medioambiental y económica con equidad social[9].

A esto deben sumarse ciertas evidencias de que el giro actual hacia la derecha y el rumbo que se atisba en él no parecen configurar una simple alternancia más, propia de toda democracia, en la historia contemporánea de América Latina. Se registran propuestas y orientaciones, en muchos casos extremistas, que parecen apostar a la destrucción de lo dejado por el ciclo progresista y a consolidar la construcción de regímenes de ruptura, de muy dudoso carácter democrático. Una vez más, lo que habría que preguntarse es si las debilidades y omisiones de los gobiernos progresistas en cuestiones fundamentales del cambio político y social que proponían no han convergido para facilitar el giro actual.

---

8. L. Maira: «¿Cómo afectará la crisis la integración regional?» en *Nueva Sociedad* Nº 224, 11-12/2009, disponible en <www.nuso.org>.
9. Ver G. Caetano: «Desigualdad, desarrollo e inserción internacional. Una mirada crítica sobre la 'década social' y el 'ciclo progresista' en América Latina» en *Estudios Interdisciplinarios en Am*érica Latina y el Caribe (*EIAL)* vol. 29 Nº 1, 2017.

A contramano de algunas propuestas simplistas, las demandas constituyentes para un nuevo liderazgo democrático de las izquierdas y los progresismos latinoamericanos no se agotan en la apelación –a menudo retórica– a mayores cauces de participación social, como vía de configuración de una «democracia participativa» que tendería paulatinamente a sustituir a la «democracia representativa» clásica. Una democracia más participativa no se logra empoderando (y cooptando) a los militantes y grupos afines en contra de una oposición estigmatizada. Tampoco se construye multiplicando pronunciamientos plebiscitarios (a menudo amañados y hasta desconocidos cuando son adversos) ni jaqueando los ámbitos de la representación. Menos aún tratando de construir lógicas de decisión comunalistas, contrarias al imperio de la soberanía popular[10]. Cualquier forma de ejercicio autoritario y excluyente del poder (aun desde lógicas asistencialistas), como se ha visto en la última década y media, pese a las mejoras en la redistribución, si no apuntan a cambios estructurales que también tengan que ver con reformas institucionales de profundización democrática y de acuerdos de régimen con los adversarios, terminan por no consolidar las transformaciones.

Una democracia más participativa no se logra empoderando (y cooptando) a los militantes y grupos afines en contra de una oposición estigmatizada

En varios países del llamado «grupo bolivariano» (Venezuela, Ecuador, Bolivia, Nicaragua), el ascenso de gobiernos progresistas luego de las democracias limitadas de los años 90 se legitimó entre otras cosas por la propuesta de cambios constitucionales de perfil refundacional, con fuertes modificaciones –en ciertos aspectos en clave rupturista– respecto a las institucionalidades anteriores. A partir de varios elementos convergentes (como la institucionalización de liderazgos encarnados a través del reforzamiento del presidencialismo, el recurso en algunos casos a la reelección indefinida, la adopción de mecanismos más participativos, entre otros), las soluciones constitucionales y las praxis que devinieron tras ellas no fueron, sin embargo, idénticas. Más allá de que, casi siempre con intencionalidad estigmatizadora, a todas las izquierdas y a todos los progresismos latinoamericanos se los ha calificado con frecuencia como «populismos», las experiencias incluso de los regímenes refundacionales han marcado también diferencias. En ese sentido,

10. Margarita López Maya: «Socialismo y comunas en Venezuela» en *Nueva Sociedad* Nº 274, 3-4/2018, disponible en <www.nuso.org>.

resulta equívoco incluir en un paquete homogéneo la llamada «democracia participativa y protagónica» del chavismo y sobre todo del madurismo, el «Estado plurinacional» de la Bolivia de Evo Morales o la «Revolución Ciudadana» de Rafael Correa, quebrada por su sucesor Lenín Moreno. De todos modos, más allá de su diversidad, todas estas experiencias han presentado déficits democráticos innegables. A simple título de ejemplo: los problemas de sucesión y la forja de personalismos autoritarios tras el fenómeno de los liderazgos encarnados (en los que el proyecto tiende a identificarse con un líder de perfiles mesiánicos); la erosión de principios democráticos esenciales como los de soberanía popular y las restricciones frente a la concentración de poder, a través de prácticas de manipulación y arbitrariedad; la quita de autonomía y aun el desconocimiento de independencia a movimientos y agentes de la sociedad civil; los enfrentamientos frecuentes con el Poder Judicial; el empoderamiento de los militares y, en el caso venezolano o nicaragüense, la afirmación –legal o extralegal– de cuerpos paramilitares, presentados como garantes últimos de la continuidad de regímenes calificados como «cívico-militares»; la deslegitimación persistente y el no reconocimiento pleno de la interlocución de los partidos y movimientos opositores, entre otros.

Pero el tema de los déficits democráticos también cubrió la experiencia de otros gobiernos de izquierdas o progresismos nacional-populares más clásicos. En medio de una verdadera pandemia continental, los fenómenos de corrupción afectaron transversalmente los sistemas políticos, con un fuerte impacto en Brasil y Argentina. Más allá de los abusos y persecuciones judiciales, que los hubo y que los sigue habiendo[11], existen evidencias fuertes y comprobadas de episodios muy graves al respecto. Ello no hace más que ratificar aquello tan viejo de que «la corrupción no es de izquierda ni de derecha», pero también de que sus impactos sobre la primera resultan siempre mucho más devastadores y perdurables en términos de deslegitimación política. En Brasil, los gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva y de Dilma Rousseff no pudieron –ni supieron– avanzar en la reforma política, a todas luces indispensable para construir un formato de gobernabilidad sustentable frente a la fragmentación general del sistema de partidos y a la existencia de bancadas transversales (como la ruralista o la evangelista), por cierto muy adversas. En Chile, más allá de los balances que se hagan sobre las tres grandes reformas del segundo gobierno de Michelle Bachelet (constitucional, educativa y

11. A propósito del «caso Lula», v. Carol Proner, Gisele Cittadino, Gisele Ricobom y Joâo Ricardo Dornelles (eds.): *Comentarios a una sentencia anunciada: el proceso Lula*, Clacso / Praxis, Buenos Aires, 2018.

fiscal), el último gobierno de Nueva Mayoría terminó con la división de las izquierdas chilenas[12] y con lo que Joaquín Brunner ha llamado con elocuencia el «fin de la ilusión»[13]. En Nicaragua, la deriva del régimen de Daniel Ortega y Rosario Murillo, con políticas neoliberales y prácticas de terrorismo de Estado contra sus opositores, amenaza borrar el legado de la Revolución Sandinista de 1979[14]. En El Salvador, el ascenso espectacular del nuevo presidente Nayib Bukele, surgido del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) pero que luego formó un nuevo partido afín a un enfoque de nuevas derechas, ha roto con la continuidad del bipartidismo tradicional vigente por tres décadas. Aun respecto a Uruguay, presentado a menudo como excepción en el cuadro de los gobiernos progresistas, la actual coyuntura electoral presenta fuertes incertidumbres, generadas –entre otros factores– por descontentos múltiples ante el tercer gobierno frenteamplista[15].

El cuadro catastrófico que presenta la situación de Venezuela –cuyo desenlace todavía resulta incierto en el momento en que se escribe este artículo–, así como el nuevo callejón sin salida en que parece haber entrado Cuba, empujado sin duda por la nueva política de Trump y su obsesión por el derrocamiento de la «triple tiranía»[16], no hacen más que dramatizar aún más el balance reciente y también los retos en el corto y mediano plazo para la acción de las izquierdas y los movimientos progresistas latinoamericanos.

Las izquierdas y los nuevos filtros conceptuales para evitar la confusión democrática

Como es sabido, los debates académicos e ideológicos acerca de las definiciones de la democracia, además de ser eternos, viven en estos tiempos una coyuntura especialmente agitada. Hoy debe enfrentarse un nuevo problema que Giovanni Sartori calificaba ya hace décadas como el de la «confusión democrática»: bajo el rótulo prestigioso de la democracia se hacen pasar contenidos y prácticas muy poco democráticos, lo que redobla la exigencia de una

12. Esto derivó en tres candidaturas en la primera vuelta: Alejandro Guillier (por la coalición entonces oficialista), Beatriz Sánchez (por la nueva coalición Frente Amplio) y nuevamente Marco Enríquez Ominami (por el Partido Progresista).
13. J.J. Brunner: *Nueva Mayoría. Fin de una ilusión*, Ediciones B, Santiago de Chile, 2016.
14. Debe advertirse la presencia de un sandinismo disidente desde hace dos décadas, con figuras centrales de la Revolución Sandinista como Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez y Mónica Toledano, entre otros. Al respecto, v. <https://memoriasdelaluchasandinista.org>.
15. G. Caetano: «¿Milagro en Uruguay? Apuntes sobre los gobiernos del Frente Amplio» en *Nueva Sociedad* Nº 272, 11-12/2017, disponible en <www.nuso.org>.
16. Bajo esta invocación, el gobierno de Trump y sus halcones de la política exterior hacia América Latina han priorizado sus objetivos de corto plazo en Venezuela, Nicaragua y Cuba.

mirada rigurosa y atenta. En América Latina, como lo prueban de manera fehaciente muchos procesos contemporáneos, la confusión democrática converge en un fuerte «desacuerdo de régimen» sobre la democracia, que incluso corre el riesgo –como se ha señalado– de evolucionar en varios países hacia hipótesis de ruptura de régimen en clave antidemocrática.

Teniendo en cuenta las dificultades y lo indeseable de cualquier posición absolutista o puramente normativa en sociedades democráticas, a la hora de respetar la heterogeneidad de la América Latina contemporánea, no se puede aspirar a recetas aplicables a tan distintos contextos. Lo que sí se puede conseguir (y hasta resulta cada vez más indispensable) es la renovación de una discusión político-intelectual de proyección efectivamente internacional, en la que sea posible debatir de manera consistente y sin dobleces sobre ciertos filtros conceptuales indispensables para la calificación de una democracia genuina[17]. Ello apunta, por ejemplo, a precisar con rigor qué pertenece o no al ámbito de la política democrática; cómo incorporar las dimensiones de género, territoriales, comunitarias y étnicas en la fragua de nuevos sistemas políticos que legítimamente puedan reivindicar su condición inclusiva; qué reglas y comportamientos preservan la posibilidad del ejercicio en plenitud de la soberanía popular, la no concentración del poder, la independencia de los poderes, la rendición de cuentas y la normalización de la alternancia en el gobierno. También supone analizar a qué democracia aspiramos y cómo es que han devenido las que son a través de los avatares de nuestras historias. Significa, en su dimensión más profunda, la rediscusión de la legitimidad del poder y de su ejercicio concreto en el día a día. Después de todo lo ocurrido en la región y en el mundo en las últimas décadas, los usos conceptuales de la democracia requieren límites y alcances más precisos y profundos que en décadas anteriores. Y esto tiene que ver, entre otras cosas, con que la centralidad de la demanda democrática se ha vuelto más difícil de argumentar. Tal vez aún no podamos saber los rasgos que definirán a las nuevas democracias del siglo XXI, pero sí sabemos decididamente lo que estas no pueden ser.

Los usos conceptuales de la democracia requieren límites y alcances más precisos y profundos

Los índices definidores y operativos de una democracia enfrentan actualmente desafíos importantes, en ciertos aspectos inéditos. Los indicadores

17. Pierre Rosanvallon: *La sociedad de iguales*, Manantial, Buenos Aires, 2012.

tradicionales de autores clásicos como Robert Dahl (derecho al voto, derecho a ser elegido, derecho a la competencia política, elecciones libres y justas, libertad de asociación, libertad de expresión, existencia de fuentes alternativas de información, solidez de las instituciones, sustentabilidad de las políticas públicas, etc.), en su aplicación concreta a las condiciones de muchos países del planeta, enfrentan exigencias renovadas. Si resulta por demás claro que en un continente como América Latina las definiciones procedimentales minimalistas siempre son importantes pero también insuficientes, la aplicabilidad y conceptualización de definiciones de democracia desde opciones ampliadas o maximalistas (que incorporan otros indicadores, como las exigencias de que los gobernantes surgidos de elecciones tengan poder efectivo para gobernar o que existan ciertos niveles básicos de equidad socioeconómica y altos niveles de participación popular) también se ven interpeladas desde diversas perspectivas. Adviértase, por ejemplo, la amplificación de los debates en torno de la idea de la justicia, desde tradiciones como la del pensamiento de John Rawls hasta desarrollos más contemporáneos como los que aparecen en los trabajos de Amartya Sen.

Las mutaciones de la democracia en América Latina, inscritas, por cierto, en procesos que son globales pero que tienen particularidades regionales, devienen hoy en desafíos novedosos e inciertos, y también radicales. En la erosión de las convicciones democráticas, en las renuncias a la ética como principio de identidad y en el respaldo internacional dado a regímenes claramente dictatoriales[18], las izquierdas y los progresismos latinoamericanos pueden perder la legitimidad duramente ganada durante décadas en la promoción de las luchas populares y en la resistencia a las dictaduras del terrorismo de Estado. Como se ha señalado, la cuestión democrática vuelve a constituirse en un eje de interpelación central, y lo que se haga frente a situaciones dramáticas como la de la Venezuela actual puede comprometer por muchos años el futuro de las izquierdas en el continente. Y esto está ocurriendo precisamente cuando resulta más indispensable un liderazgo democrático indiscutible y sin cortapisas, sin relativismos ni doble moral, en momentos en que lo que vuelve a estar en juego en el continente es precisamente eso: la democracia política y social como sustento de la convivencia y de los derechos, de las libertades y de la igualdad, en particular para los más desposeídos.

18. Este es el caso de los pronunciamientos del Foro de San Pablo en relación con procesos como los de Venezuela y Nicaragua. En una dirección bien diferente, se han perfilado las adhesiones de partidos de izquierda latinoamericanos en torno de la convocatoria de una Internacional Progresista, liderada por el estadounidense Bernie Sanders.

La nueva izquierda chilena

Tras la transición comandada por una alianza de centroizquierda que tuvo como pilares a socialistas y demócrata-cristianos, en Chile emergió una nueva izquierda, producto en gran medida de las movilizaciones estudiantiles de 2011, que se articuló sobre todo en el Frente Amplio. Esta nueva izquierda es un producto tanto de los fracasos como de los éxitos de las políticas de los últimos años, que han conllevado profundos cambios en la sociedad y han dejado ver las deudas pendientes, especialmente en términos de desigualdades y privatización de la vida social.

Noam Titelman

En muchos sentidos, Chile fue un ejemplo para el mundo progresista en los años 90 y primeros 2000. El ingreso promedio de los hogares se duplicó en una década. Entre 1990 y 2013 la pobreza se redujo en 80%, gracias a una combinación de crecimiento económico sostenido y políticas redistributivas (especialmente a partir de 2000). Incluso la desigualdad de ingresos, si bien seguía siendo la más alta de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), se reducía lentamente, sobre todo por el crecimiento económico de los sectores más pobres[1].

Estos resultados se produjeron bajo el gobierno de una coalición de centroizquierda, que había agrupado a la oposición a la dictadura de Augusto Pinochet: la Concertación de Partidos por la Democracia, que incluyó al Partido

---

Noam Titelman: es economista graduado de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), magíster en Métodos de la Investigación Social por la London School of Economics and Political Science (LSE) y candidato a doctor por la misma universidad. Fue presidente de la Federación de Estudiantes de la PUC y actualmente es militante de Revolución Democrática.
Palabras claves: desigualdades, nueva izquierda, transición, Concertación, Chile.
1. Osvaldo Larrañaga y María Eugenia Rodríguez: «Desigualdad de ingresos y pobreza en Chile 1990 a 2013», documento de trabajo, PNUD Chile, 12/2014.

Demócrata Cristiano y al Partido Socialista, junto a más de una decena de fuerzas más pequeñas. Durante la década de 1990, cuando Pinochet permanecía plenamente vigente en el debate público, una buena parte del éxito político de la Concertación se midió por su capacidad de contener un resurgimiento de los militares. Esta contención se enmarcó en lo que llegó a conocerse como la «política de los consensos» y se traducía en un esfuerzo permanente por generar acuerdos legislativos y programáticos, solo avanzando en aquello que se consideraba el «común denominador» entre la Concertación y la oposición de derechas. Al respecto, en 1997, el reconocido sociólogo chileno Tomás Moulian sacudió algunos de los cimientos del proyecto concertacionista con su libro *Chile actual. Anatomía de un mito*[2]. Allí plasmaba lo que posteriormente se volvería el lugar común de las críticas a los años 90 y tempranos 2000. Bajo el manto de la victoria del plebiscito que puso fin a la dictadura en 1989 y el éxito económico innegable, se escondía un modelo económico y social heredado de la dictadura. El mito de la «transición más exitosa del mundo» empezaba a mostrar sus primeras grietas.

Es imposible explicar la emergencia de una nueva izquierda en el plano político chileno sin pensarla en el marco de un largo proceso de desgaste de la histórica coalición de centroizquierda. En parte –aunque difícilmente lo reconocerían los integrantes de la Concertación y de la nueva izquierda–, esta emergencia solo se entiende en el contexto de los logros y fracasos económicos y políticos de la Concertación. Como se explicará más adelante, el sorprendente crecimiento económico de Chile trajo cambios en la estructura productiva y social del país que derivaron en la aparición de nuevos actores sociales y demandas que en parte explican a esta nueva izquierda. Por otro lado, el inesperado crecimiento de la nueva izquierda y su coalición política implica la negación de las principales tesis que fueron defendidas por la otrora exitosa apuesta electoral de centroizquierda. La nueva izquierda chilena es un monumento tanto a los logros como a los fracasos de la Concertación.

La nueva izquierda nace de la confluencia de al menos dos corrientes: una parte de quienes históricamente intentaron crear una alternativa política situada la izquierda de la Concertación (Partido Humanista y Partido Ecologista, entre otros), denominada en ocasiones la «izquierda extraparlamentaria», y los nuevos movimientos que emergen de la movilización estudiantil de 2011. Estos últimos, surgidos al calor de la movilización más grande desde

2. LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1997.

© Nueva Sociedad / María Alcobre 2019

el fin de la dictadura, terminan liderando el proceso de consolidación de una nueva coalición, el Frente Amplio (FA), que remece los equilibrios políticos precedentes.

La movilización estudiantil y Nueva Mayoría

El modelo de educación implementado en Chile fue instaurado durante la dictadura, principalmente a través de las reformas legales de 1981. Al igual que en el sistema económico en su conjunto, en el subsistema educacional las máximas de competencia y emprendimiento privado se volvieron casi un dogma. Este sistema logró aumentar sustancialmente la cobertura en educación superior, que pasó de 16% a 46% entre 1990 y 2011[3]. Sin embargo, justamente este crecimiento es una de las razones que explican las fuertes movilizaciones de 2011. Las contradicciones del sistema de educación superior llegaron a involucrar a una proporción nunca vista de la población chilena. Millones habían depositado su confianza y sueños en las manos del sistema educacional y lo que encontraron distaba radicalmente de lo esperado. La promesa de menores costos de la educación superior y mayor eficiencia en el gasto estuvo lejos de cumplirse. De hecho, Chile llegó a tener la educación más cara del mundo –ajustada por el ingreso per cápita– y los aranceles seguían creciendo. Así, por ejemplo, solo entre 1997 y 2009 los aranceles tuvieron un crecimiento real cercano a 60%[4]. Sin embargo, el aspecto en que más notoriamente falló este esquema de mercado es en la calidad. Esta situación configuró un sistema de educación superior que mantiene una elite, ya no tanto limitando el acceso, sino estableciendo diferenciaciones por tipo de institución y programa al que se accede[5]. Según algunos informes, 39% de los titulados de la educación superior obtenían retornos negativos una vez incorporados al mundo laboral. Es decir, para dos de cada cinco titulados, haber estudiado los hacía más pobres[6].

Las contradicciones del sistema educacional chileno cristalizaron en un malestar generalizado con un modelo económico que hasta ese momento parecía

3. Malone Gabor y Jordan Bazak: «The Price of Free Education», Council on Hemispheric Affairs, 12/10/2016.
4. Patricio Meller: *Universitarios, ¡el problema no es el lucro, es el mercado!*, Uqbar Editores, Santiago de Chile, 2011.
5. Carlos Rodríguez Garcés y Víctor Castillo Riquelme: «Empleabilidad, ingresos y brechas: un análisis comparativo de los procesos de inserción laboral en Chile» en *Orientación y Sociedad* vol. 14, 2014, p. 3.
6. Sergio Urzúa: «La rentabilidad de la educación superior en Chile. Revisión de las bases de 30 años de políticas públicas» en *Estudios Públicos* Nº 125, verano de 2012.

un tema tabú en los consensos de la transición posdictatorial. Así, para el periodo 2009-2010, alrededor de 19% de las movilizaciones planteaban demandas de transformación político-estructural, mientras que este tipo de reivindicaciones aumentó a 45% entre 2011 y 2012[7]. El desgaste de los pilares que habían permitido a la Concertación dirigir el país se expresa con mayor claridad en una creciente desconfianza hacia la elite. Según el *Barómetro de la política* del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC-MORI), la caída en los niveles de confianza afecta prácticamente a todas las elites –políticas, económicas y culturales–[8]. Esta desconfianza se puede explicar, en parte, por crecientes conflictos entre las demandas mayoritarias de la población y los márgenes de acción que permitía la política de los acuerdos. Así lo sugieren los datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que indican que más de 70% de la ciudadanía se manifiesta en favor de que el Estado se haga cargo de salud, educación y pensiones, frente a una elite que solo lo apoyaba minoritariamente (menos de 30%)[9].

Los tres principales dirigentes del movimiento estudiantil se volvieron líderes de opinión con incidencia nacional

El terremoto social de 2011 sacudió la política chilena[10]. Por un lado, los tres principales dirigentes del movimiento estudiantil –Camila Vallejo, Giorgio Jackson y Gabriel Boric– se volvieron líderes de opinión con incidencia nacional. Los tres llegaron al Parlamento en 2014 y consolidaron así el arribo de una nueva generación que nunca vivió en carne propia la dictadura. Por otro lado, el impacto de las movilizaciones sociales de 2011 fue tan relevante que alteró la propia composición de la Concertación. Con la conciencia de que el momento político había cambiado, sus principales líderes se reagruparon en un proyecto que sobrepasara lo alcanzado en el primer par de décadas. Nació así Nueva Mayoría, que se forjó con la incorporación del Partido Comunista –en el que logró ocupar un lugar destacado Vallejo– y tuvo como líder a Michelle Bachelet. En 2014, Nueva Mayoría llegó al gobierno con un ambicioso programa y una mayoría parlamentaria nunca vista en ambas cámaras.

El nuevo gobierno empujó la barrera de lo que se podía discutir en Chile. Además de importantes cambios al sistema educacional, entre muchas otras

7. PNUD: *Desarrollo humano en Chile. Los tiempos de la politización*, PNUD, Santiago de Chile, 2015.
8. CERC-MORI: *Barómetro de la política*, 3/2015.
9. PNUD: ob. cit.
10. V., entre otras columnas, N. Titelman: «¿Qué pasó el 2011?: el derrumbe de la legitimidad de la élite» en *El Mostrador*, 1/7/2015.

reformas icónicas se encuentra haber legalizado el aborto en tres causales, legislado la unión civil entre personas del mismo sexo y para parejas heterosexuales, una reforma tributaria que morigeró los beneficios tributarios de las grandes empresas y el fin del sistema electoral (binominal) forjado por la dictadura. Sin embargo, desde sus primeros momentos, el gobierno se vio enfrentado a permanentes dificultades de gestión política. En particular, a poco andar la dirigencia demócrata-cristiana dejó en claro su oposición a varias de las iniciativas que impulsaba el gobierno[11]. El momento en que esto se cristalizó con mayor claridad fue durante la discusión de la reforma tributaria. Pese a tener la mayoría en ambas cámaras, Nueva Mayoría terminó negociando con la derecha la aprobación de un proyecto alternativo. Para muchos, fue la reedición de la política de los consensos de los años 90. Esta percepción tomó forma con la expresión adoptada por un senador demócrata-cristiano de larga trayectoria que lideró las negociaciones: «No todo el mundo puede estar en la cocina»[12]. Pese a todo lo logrado por el gobierno de Nueva Mayoría, su coalición quedó irremediablemente herida al exponerse las profundas diferencias internas que existían una vez que se abría el ámbito de discusión más allá de la política de los consensos.

El nacimiento del FA y las elecciones de 2017

Cuando Nueva Mayoría asume, en 2014, incluye en la coalición de gobierno a quien fue posiblemente la dirigente más conocida de 2011: Camila Vallejo. Los otros dos principales dirigentes (Jackson y Boric) no se incorporan. Sin embargo, el partido de Jackson, llamado Revolución Democrática (RD), acordó apoyar los proyectos de reforma educacional y algunos aspectos adicionales del programa de gobierno. Es probable que en sectores de Nueva Mayoría y RD existiera la creencia de que esta «colaboración crítica» pudiera ser un primer paso hacia una convergencia más sustancial. Esto implicó un enfriamiento en las relaciones entre RD y otros aliados de las movilizaciones de 2011, que se ubicaron como oposición a Nueva Mayoría. Sin embargo, las proyecciones de convergencia entre RD y la coalición de gobierno se volvieron crecientemente menos viables. En 2016, se terminó de concretar un nuevo germen de alianza, con el acercamiento entre RD y otros movimientos de origen estudiantil que adoptó el nombre de Frente

11. «Ignacio Walker: El programa no es la Biblia ni una camisa de fuerza» en *Cooperativa.cl*, 20/4/2014.
12. «Andrés Zaldivar rechaza críticas al acuerdo tributario: 'No todo el mundo puede estar en la cocina'» en *The Clinic*, 15/7/2014.

Amplio. El FA continuó su consolidación con la unión de este primer núcleo con la izquierda extraparlamentaria y otros movimientos y partidos, y un hecho decisivo fue la conquista de la Alcaldía de Valparaíso. Esta victoria se produjo de la mano del militante del Movimiento Autonomista y ex-dirigente estudiantil Jorge Sharp.

Valparaíso jugó un rol central porque, por un lado, ayudó a despejar la imagen de izquierda sin posibilidades electorales con que cargaban las apuestas políticas por fuera de la Concertación y Nueva Mayoría. Por otro lado, la forma en que la coalición se organizó tras la candidatura de Sharp funcionó como esquema para la contienda nacional del año siguiente. Sharp obtuvo más votación (53,8%) que Nueva Mayoría (22,4%) y la derecha (22,6%) sumadas. Esto reforzó la noción de que en Chile podría ocurrir un desborde electoral por fuera de los márgenes «noventeros». Es más, existía la sospecha de que la apuesta del gobierno de desplazar el discurso hacia el centro (lo que las autoridades gubernamentales llamaron una estrategia de «realismo sin renuncia»), bajo las presiones demócrata-cristianas, no captaba los recientes cambios en la sociedad chilena. Sharp sintonizó con una demanda ciudadana por lo nuevo –contra las viejas estructuras políticas– y esto hizo posible que su plataforma fuera mucho más que una suma lineal de estructuras orgánicas. Este clima permitió reposicionar la discusión en el eje elite/ciudadanía, además de izquierda/derecha. Ya no se trataría solo de una pelea interna entre distintos sectores de la política tradicional –ese lugar que alegóricamente se representaba como una cocina donde no caben todos–, sino de una apuesta por expandir las fronteras de la política.

Jorge Sharp obtuvo más votación (53,8%) que Nueva Mayoría (22,4%) y la derecha (22,6%) sumadas

La victoria en Valparaíso generó importantes expectativas y una creciente convergencia de la izquierda extraparlamentaria, la nueva izquierda estudiantil y una multiplicidad de colectivos que se sintieron convocados. Así, cuando a comienzos de 2017 se lanzó oficialmente el FA, este logró sumar 14 movimientos y partidos políticos. Pese a que los pronósticos electorales no fueron auspiciosos, la nueva coalición logró consolidarse con un impresionante resultado en las elecciones presidenciales (en las que quedó solo dos puntos por debajo del candidato de la ex-Nueva Mayoría) y parlamentarias (en las que obtuvo 20 diputados y un senador). ¿Cómo explicar este resultado en las elecciones de 2017?

Si hubo un hecho notable en estas elecciones es que, por primera vez desde que terminó la dictadura, se quebró el histórico eje socialista/demócrata-cristiano que dio vida a la Concertación. Esta alianza buscó superar lo que algunos consideraron una experiencia fallida en la Unidad Popular de Salvador Allende: el tensionamiento entre la izquierda y el centro. Y a esto se sumó un contexto mundial, los años 80 y 90, en el que las izquierdas sentían el fracaso del socialismo real, perdían influencia en las clases trabajadoras y veían emerger los denominados «valores posmateriales» y los desplazamientos ideológicos de la «tercera vía». La alianza se basaba, también, en una particular lectura de las divisiones ideológicas de la sociedad chilena: la población se distribuiría en forma de campana de Gauss en términos de adhesión en el eje izquierda/derecha. Es decir, la mayoría se concentraba en el centro político y, mientras más lejos de este, menor sería el apoyo en la población. Siguiendo esta lógica, la Democracia Cristiana decidió emprender su «camino propio» y salirse de Nueva Mayoría, a la que consideró demasiado corrida a la izquierda debido a la incorporación del Partido Comunista y al impulso reformista del gobierno de Bachelet. El camino propio –pensaba la dirigencia de la Democracia Cristiana– permitiría recuperar su influencia política apelando a un supuesto «votante de centro» que habría quedado «huérfano». Sin embargo, el resultado electoral del partido terminó siendo paupérrimo: se redujo fuertemente su presencia parlamentaria y la candidatura presidencial obtuvo el quinto lugar en preferencias. Esto parece reflejar que, si bien esta aproximación a la distribución de preferencias ideológicas podía acercarse a la realidad a comienzos de la transición de los años 90, este contexto habría cambiado. Así, la siguiente tabla presenta el nivel de identificación en el eje izquierda/derecha para 1993 y 2017:

Tabla

Chile: identificación izquierda/derecha, 1993-2017

	1993	2017	Diferencia
Derecha	13%	10,3%	-2,7
Centroderecha	13,1%	6,6%	-6,5
Centro	19,8%	11,3%	-8,5
Centroizquierda	23,2%	7,1%	-16,1
Izquierda	10,5%	8,3%	-2,2
Independiente	1,9%	3,9%	2
Ninguno	11,5%	48,6%	37,1

Nota: los valores suman menos de 100% pues se omiten las respuestas «no sabe» y «no contesta».
Fuente: elaboración del autor con datos de Centro de Estudios Públicos (CEP): *Estudio nacional de opinión pública* Nº 51, tercera serie, CEP0081-v1, CEP, Santiago de Chile, 9-10/2017.

Se puede observar una fuerte caída en la identificación con todos los elementos del eje izquierda/derecha, especialmente en la centroizquierda, centro y centroderecha. Así, los que no se identifican con este eje pasan, en el periodo descrito, de 11,5% a 48,6%.

Este hecho (que se observa en muchos otros estudios) permite mirar con otra luz la apuesta de camino propio de la Democracia Cristiana. En definitiva, los votantes en el largo ciclo electoral se alejan de los referentes políticos de los años 90, pero lo que los motiva no parece ser la búsqueda de un «centro» perdido. En este sentido, el ejemplo de las elecciones de alcalde de Valparaíso parece ser icónico en una tendencia que se consagró en las elecciones de 2017: una migración importante hacia una votación distinta de los dos bloques tradicionales, pero que parece difícil de encuadrar en el clásico clivaje del eje izquierda/derecha. ¿Cuál sería este eje nuevo que empuja los cambios políticos en Chile?

En el mundo, y en Chile, el debate político desde finales de la década de 1980 se ha definido por la creciente preponderancia de las clases medias en la mayoría de las democracias. Vale decir, los hijos de la clase trabajadora que, gracias a nuevos accesos a la formación técnica y profesional, han logrado superar la barrera de la pobreza. En el caso chileno, el reciente desarrollo capitalista, posterior a la dictadura, estaría marcado por dos dinámicas que han definido a estas capas medias. Por un lado, el acceso al consumo, que ha traído patrones de conducta individualizantes y lejanos de proyectos comunitarios o colectivos. Por otro lado, y de modo paradojal, una fuerza democratizadora que ha empujado hacia crecientes demandas por derechos civiles y sociales. En Chile, el proceso neoliberal y la democratización se han implementado en conjunto y han penetrado la vivencia cotidiana de importantes segmentos de la población[13]. Ante este escenario han surgido, cada vez con mayor claridad, dos posiciones contrapuestas, que no se corresponden necesariamente con la traducción política tradicional del eje izquierda/derecha. La primera identifica como el principal nuevo desafío encontrar una manera de administrar las crecientes demandas de esta emergente clase media sin «matar a la gallina de los huevos de oro». El peligro consistiría en que esta nueva clase, disgregada e individualista, demanda «impuestos como en Estados Unidos, con un Estado de Bienestar danés»; es decir, se trataría de metas intrínsecamente inconsistentes.

13. Para un análisis detallado en este sentido, v. Carlos Peña: *Lo que el dinero sí puede comprar*, Taurus, Santiago de Chile, 2017.

Desde esta posición política, se reclama que el gran error de Nueva Mayoría habría sido escuchar en demasía a los estudiantes movilizados en 2011, creyendo que sus reclamos realmente representaban un sentir mayoritario consistente y coherente. El colapso electoral de Nueva Mayoría y el triunfo de la derecha serían el resultado de esa mala lectura.

Un problema de esta interpretación es su ambivalencia sobre la conciencia colectiva de estas capas medias. Por un lado, asume un comportamiento esporádicamente homogéneo y consistente para las contiendas electorales y, a la vez, presume que no son capaces de entender sus condiciones estructurales, para hacerse cargo de ellas en el largo plazo. Traducida a las recientes elecciones chilenas, la contradicción en esta ambivalencia se podría resumir en la siguiente pregunta: ¿cómo explicar que en una misma elección la sorpresa haya sido el éxito tanto de la coalición que proponía la profundización del modelo de desarrollo actual (derecha) como la que más fuertemente proponía el cambio de rumbo (FA)?

En este sentido, toma fuerza la segunda interpretación sobre la «trampa de los países de ingreso medio»[14]. Desde esta perspectiva, el principal desafío en la actual etapa de desarrollo del país no consiste en contener a la emergente clase media, sino en superar a una elite que ha llegado a constituirse en torno de formas de producción rentistas. Un país puede crecer desde el ingreso bajo hasta el ingreso medio con esta forma de producción, pero difícilmente podrá hacerlo para avanzar hacia un ingreso alto. Por lo tanto, el principal desafío del momento sería incorporar a nuevos segmentos de la sociedad a los derechos sociales y, en general, a la toma de decisión sobre el modelo productivo. Esto sería tanto un proyecto de justicia como de eficiencia. De algún modo, el FA, en sus mejores momentos, logró encarnar esta visión sobre el proyecto de país.

Reflexión final: ¿qué es la nueva izquierda chilena?

Los resultados electorales han hecho que el FA comience a adquirir notoriedad. Esto ha traído comparaciones con otras agrupaciones políticas. En particular, se menciona con frecuencia al Frente Amplio uruguayo y a Podemos de España. La influencia del modelo de Podemos fue, pese a ciertas expectativas, más bien acotada: se puede observar en la noción de ocupar la centralidad

14. Daron Acemoglu y James A. Robinson: *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, Profile Books, Londres, 2012.

del tablero, en lugar del centro, apelando al clivaje abajo/arriba más que a izquierda/derecha, y en la pretensión de ser una agrupación que sobrepasó los techos electorales históricos de la izquierda. Esto último se manifestó, por ejemplo, en la decisión de no declarar a la coalición como una fuerza únicamente de izquierda, sino abierta a distintas ideologías que compartieran un sustrato político común, lo que permitió ampliar los márgenes a agrupaciones que se definían de centro progresista, como el Partido Liberal. Sin embargo, el discurso frenteamplista rápidamente intentó superar las aristas más impugnadoras del referente español y mostrar una vocación de gobierno y convocatoria de mayorías prescindiendo de apelativos como el de «casta» política[15].

La homonimia con el Frente Amplio uruguayo no es coincidencia. Bastante antes de formarse el FA chileno, Revolución Democrática ya planteaba como su desafío de mediano plazo conformar un «frente amplio», con el caso uruguayo como ejemplo paradigmático[16]. Al menos dos aspectos de este modelo llamaban la atención. Primero, la posibilidad de constituir una coalición amplia, más allá de la izquierda tradicional, pero con un programa que, comparado con el modelo económico y social de Chile, tenía un claro sello progresista. El modelo uruguayo contenía una amplitud orgánica similar a Nueva Mayoría (desde el Partido Comunista hasta la Democracia Cristiana), pero asignando al Estado, como garante de ciertos derechos sociales, un papel mucho más relevante que el chileno. Segundo, quizás lo fundamental en el modelo del Frente Amplio uruguayo, dada la experiencia con el gobierno de Nueva Mayoría, fue un modo de funcionamiento de la coalición que garantizara el cumplimiento de los acuerdos programáticos, junto con una participación de la militancia de base, en el marco de una «identidad frenteamplista» que traspasara las identidades partidarias. Esto permitía pensar en una directiva o un mandato programático que aunara la coalición en su diversidad.

En el terreno programático hay más preguntas que respuestas

Más allá de las comparaciones con otros referentes internacionales, los primeros años de vida del FA chileno han develado su principal falencia. Mientras que en las formas hay relativa claridad, en el terreno programático hay más preguntas que respuestas.

15. Por otra parte, en Podemos el eje izquierda/derecha retornó en las últimas elecciones, y se debilitó la apelación al clivaje entre la «gente» y la «casta».
16. V., a modo de ejemplo, Nicolás Valenzuela y Carlos Figueroa: «Mirando a Uruguay: la posibilidad de un Frente Amplio en Chile» en *El Mostrador*, 14/3/2014.

Esto se ha exacerbado en dificultades para coordinar una bancada parlamentaria compuesta por un gran número de colectivos políticos. Este fenómeno no es propio de Chile y parece estar replicándose en varios referentes de la nueva izquierda en el mundo, pero en el caso chileno parece ser el epicentro de una discusión en torno de la emergencia de un nuevo actor social.

En los próximos años, la nueva izquierda chilena vivirá importantes momentos de definición. Su capacidad para demostrar que puede ser motor de un nuevo ciclo progresista para Chile dependerá de, al menos, dos elementos. En primer lugar, deberá convencer de que, además de encarnar un descontento con la forma en que se conduce el país y una demanda por renovación política, es capaz de formular nuevos consensos sociales, así como de retomar el mejoramiento de las condiciones materiales de la población, algo que en el pasado marcó a Chile. En segundo lugar, a medida que acceda a espacios de poder institucional, la nueva izquierda deberá mostrar suficiente capacidad de gestión política para, sin abandonar su vinculación con los movimientos sociales, articular una mayoría junto con la izquierda y la centroizquierda históricas. En definitiva, articular ese 50% más uno sin perder lo que le permitió llegar al escenario político en un primer momento. Para ambos desafíos, el municipio de Valparaíso jugará un rol central, como ejemplo de las capacidades de la coalición de llevar a la práctica lo que –hasta ahora– ha sido más bien voluntad y retórica. A veces, el acto más revolucionario es que un municipio saque la basura a tiempo y las luminarias funcionen adecuadamente. No basta con el ímpetu que permite ganar elecciones, como decía Max Weber; hay que saber gobernar horadando lenta y aburridamente duras tablas, con pasión y prudencia al mismo tiempo.

La apuesta por un populismo de izquierda

Entrevista a Chantal Mouffe

Samuele Mazzolini

En la década de 1980, Chantal Mouffe escribió con Ernesto Laclau *Hegemonía y estrategia socialista*[1], que se convirtió en un clásico y un instrumento para las izquierdas que, en el contexto del agotamiento del socialismo real y de las apuestas revolucionarias de los años 70, buscaban apostar a la democracia pero sin abandonar los proyectos de cambio social. Y desde entonces, la autora belga viene abogando por una visión «agonista» de la política que recupera el conflicto –frente a las visiones pospolíticas–, aunque en el marco de una democracia que no deja de ser «liberal» pero se radicaliza mediante un conjunto de reformas[2]. En los últimos tiempos, su apuesta sigue las huellas de Laclau hacia la construcción de populismos de izquierda como forma de enfrentar la posibilidad de que las «demandas democráticas» del pueblo sean articuladas por los populismos de derecha. Y sobre este tema versa esta entrevista, en la que analiza parte de la actual coyuntura europea y latinoamericana.

Samuele Mazzolini: es doctor en Teoría Política por la Universidad de Essex. Se desempeña como profesor en el departamento de Política, Lenguajes y Estudios Internacionales de la Universidad de Bath. Es colaborador habitual del periódico *Il Fatto Quotidiano*. Es presidente de la organización política Senso Comune de Italia.
Palabras claves: agonismo, hegemonía, populismo de derecha, populismo de izquierda.

1. E. Laclau y C. Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo Veintiuno, Madrid, 1987.
2. «La política tiene que ver con el conflicto y la democracia consiste en dar la posibilidad a los distintos puntos de vista para que se expresen, disientan. El disenso se puede dar mediante el antagonismo amigo-enemigo, cuando se trata al oponente como enemigo –en el extremo llevaría a una guerra civil–, o a través de lo que llamo agonismo: un adversario reconoce la legitimidad del oponente y el conflicto se conduce a través de las instituciones. Es una lucha por la hegemonía». Mercedes López San Miguel: «La democracia consiste en permitir puntos de vista», entrevista en *Página/12*, 5/9/2010.

En los últimos tiempos, el populismo de izquierda vive una etapa de dificultades. Podemos no pasa por un buen momento, tampoco Francia Insumisa. Sobre Jeremy Corbyn, aún no sabemos cómo le va a ir. ¿Cómo explica que en un «momento populista», como usted lo ha definido, los populismos de izquierda, en vez de avanzar, retrocedan? ¿Cuáles considera que son las razones que obstaculizan que el populismo llamado de izquierda sea genuinamente una opción de poder en Europa?

No hay la menor duda de que la situación actual no es particularmente buena para el populismo de izquierda. Pero en realidad, lo que me parece más interesante es que por lo menos se haya dado el nacimiento de un populismo de izquierda, porque durante bastante tiempo de lo que yo llamo el «momento populista», todas las resistencias a la posdemocracia venían de la derecha. Solo muy recientemente hemos visto el nacimiento de un populismo de izquierda, con fuerzas, en efecto, como Podemos, Francia Insumisa y el laborismo de Jeremy Corbyn.

Para mí el populismo es, como lo concibe Ernesto Laclau, una estrategia de construcción de la frontera política. Finalmente hay de parte de la izquierda una reacción en contra de lo que en *En torno a lo político* llamo la «pospolítica»[3], es decir, la negación de cualquier frontera en la política. Desde que Tony Blair resignificó la socialdemocracia como «tercera vía», se abandonó la idea de que había que enfrentarse al neoliberalismo. Ahí se generalizó la tesis de que no había alternativa a ese modelo y que había que aceptarlo sin más. A lo sumo, los socialdemócratas podían manejar la economía de manera algo más humana, con un poco de redistribución. La izquierda entre comillas (como le dicen en España) no consideraba que tenía que ofrecer una estrategia de ruptura en contra del neoliberalismo. Eso duró hasta principio de los años 2011-2012. Era el momento en el que la distinción izquierda-derecha se había empezado a debilitar. A partir de ahí, por fin ese modelo ha sido puesto en cuestión por algunos partidos que se ubican en la izquierda.

Su pregunta pone el eje en el lado negativo, yo más bien veo el lado positivo de que al fin hayan surgido movimientos progresistas que ponen en cuestión la «pospolítica». Lo que necesitamos es una estrategia de izquierda que restablezca la frontera política de una manera populista. Por cierto, la frontera política existe también de parte del marxismo, de la izquierda radical, pero ellos consideran que esa frontera tiene que ser construida según el clivaje proletariado/burguesía. Hasta hace muy poquito teníamos dos perspectivas: la socialdemócrata o de centroizquierda, en la cual no hay frontera y se puede como mucho hacer algunas pequeñas reformas por aquí y por allá, y al otro

3. C. Mouffe: *En torno a lo político*, FCE, Buenos Aires, 2007.

lado una estrategia revolucionaria, y no había nada que presentara una alternativa real que no implicase acabar con el régimen liberal-pluralista.

Lo que me parece muy positivo es que en los últimos años se haya reconocido la necesidad de una estrategia de «reformismo radical», que dice que sí es posible cambiar las cosas sin poner en entredicho el sistema de manera revolucionaria y que sí se pueden ofrecer alternativas a la globalización neoliberal. Que esos partidos no hayan llegado todavía al poder me parece normal. Yo nunca tomé muy en serio esa idea de Podemos del «asalto al cielo». En parte se entiende ese entusiasmo: cuando se armó Podemos y tuvo éxito en las elecciones europeas en 2014, toda la prensa española decía que si había nuevas elecciones generales anticipadas, ellos iban a ganar, y se les subió un poco a la cabeza todo eso. Evidentemente no funciona así.

En los últimos años se ha reconocido la necesidad de una estrategia de «reformismo radical»

¿Por qué cree que se equivocaron en ese punto?

Se confundió la estrategia populista con una estrategia de guerra de movimiento. Para mí, la estrategia populista es siempre una estrategia de guerra de posición. Sé que hubo mucha gente en Podemos, como por ejemplo Juan Carlos Monedero, que dijo que como no se llegó al poder, la estrategia populista no funcionó. El tema es que la estrategia populista nunca implica hacer una guerra de movimiento. Si uno acepta que la estrategia populista –y con eso quiero decir establecer una frontera no sobre la base de la dicotomía burguesía/proletariado o capital/trabajo, sino pueblo/oligarquía o establishment– es una guerra de posición, se entienden mejor las dificultades en esos tres casos y se entiende que no se trata de un fracaso. En una guerra de posición siempre hay momentos de avance y momentos de retroceso, y yo no creo que de alguna manera se vaya a poder regresar a una concepción anterior, ya sea la socialdemócrata tradicional o la revolucionaria.

La cuestión es llevarla adelante. Si no se logra desarrollar un proyecto sobre esa base, no veo ninguna otra posibilidad de generar alternativas. Estamos en un momento clave. Estamos viviendo una crisis de la hegemonía neoliberal. Tal vez no estemos todavía al borde de una crisis económica, pero la idea de que el neoliberalismo es la solución ha perdido credibilidad. La crisis de 2008 ha desencadenado ese proceso. Hasta entonces, la globalización neoliberal era considerada como nuestro destino, y el capitalismo anglosajón, como la respuesta definitiva (véase Francis Fukuyama, etc.). Esa coyuntura ya no existe.

Pero esa crisis de la hegemonía neoliberal puede abrir la vía a dos soluciones: o al populismo de derecha, a formas más autoritarias, o, a través de un populismo de izquierda, a la posibilidad de una recuperación radical de la democracia. No estamos frente a una victoria ineluctable del populismo de derecha. Pero la posibilidad de que esa crisis conduzca a gobiernos más autoritarios es concreta y ya lo estamos viendo. La única esperanza es seguir articulando todas las resistencias en una dirección de democracia radical. Eso no es un proceso fácil porque uno de los obstáculos es que el sistema neoliberal intenta demonizar a las alternativas populistas de izquierda, presentándolas como antidemocráticas, extremistas, etc. En el caso de Francia, por ejemplo, las críticas de los medios *mainstream* son mucho más fuertes hacia Jean-Luc Mélenchon que hacia Marine Le Pen. Por otra parte, Emmanuel Macron sabe que es mejor tener como adversaria a Le Pen, porque contra ella puede hacer el «gran frente republicano».

El populismo de derecha, ya lo ha dicho, avanza con el viento en popa. En Italia, en Estados Unidos, en Hungría. ¿Podemos decir que el populismo de derecha tiene alguna ventaja intrínseca? ¿Tiene tal vez una menor atadura a una militancia que, en el caso de la izquierda, es más exigente?

Sí, creo que definitivamente un populismo de izquierda tiene más exigencias que un populismo de derecha. Un populismo de izquierda no puede ofrecer soluciones demagógicas. Cuando propone alternativas al orden neoliberal, debe hacer propuestas que tengan algo de sentido. En Francia, cuando se llega al momento de las propuestas, Marine Le Pen no tiene un verdadero programa económico, mientras que el populismo de izquierda tiene que ofrecer una alternativa concreta al neoliberalismo. El caso más interesante es el británico: el equipo de Corbyn, sobre todo John McDonnell, está haciendo un trabajo muy serio en torno de las alternativas al neoliberalismo. Comparémoslo con el Partido por la Independencia del Reino Unido [UKIP, por sus siglas en inglés]. Ahí no hay nada, lo vimos en la campaña por el Brexit. El UKIP no necesita tener ninguna respuesta concreta, Corbyn sí.

El equipo de Corbyn está haciendo un trabajo muy serio en torno de las alternativas al neoliberalismo

Hablando de populismo de derecha, ¿qué opina del surgimiento de Vox?

No sé si el de Vox es un populismo de derecha. Según un artículo que acabo de leer, Vox es mucho más parecido al caso de Jair Bolsonaro en Brasil. Estoy de acuerdo con eso. Y al de Bolsonaro personalmente no lo veo como

un populismo de derecha. Yo por lo general no hago una equivalencia entre fascismo y populismo de derecha, y no es cierto que Bolsonaro sea un «Trump tropical»: es mucho peor que un Trump tropical. Es una especie de protofascismo y hay que hacer la diferencia. De la misma manera, Vox me parece que no es un populismo de derecha. El populismo de derecha es un populismo que da respuestas o una articulación xenófoba a demandas democráticas. Pero si no son demandas democráticas, no hablaría de populismo de derecha. En el caso de Vox, es tal vez un poco apresurado porque todavía no hay muchos análisis, pero una cosa que queda clara es que se trata en gran parte de una ofensiva contra el feminismo. Eso no es lo mismo que el populismo de derecha. En el caso de Bolsonaro, es complicado pero tampoco veo que haya demandas democráticas, en su mayoría se trata de un rechazo total, más que una articulación de demandas democráticas. *Alt-Right* (derecha alternativa) no es lo mismo que populismo de derecha.

Quisiera ahondar más sobre cómo, según su lectura, habría que abordar el populismo de derecha.

La izquierda, en vez de adoptar una actitud de condena moral, tiene que entenderlo. El sociólogo Éric Fassin en Francia dice que no deberíamos siquiera hablar con quienes votan por partidos populistas de derecha, que son personas inherentemente misóginas, fascistas, movidas por pasiones tristes[4]. En la misma línea, esa izquierda ha criticado mucho a Mélenchon por participar en las manifestaciones de los «chalecos amarillos»: según ellos, ¡eso significa estar con los fascistas de Marine Le Pen! Hay una negación a tratar de entender el fenómeno. ¿Por qué esa gente vota por esos partidos? Son gente de clases populares, no es un atavismo, esos partidos de alguna manera resuenan con las demandas de esa gente, hay que comprender eso para dar una respuesta progresista a esas demandas. Es lo que ha hecho Francia Insumisa y así logró los votos de distritos que eran muy lepenistas, lo cual desautoriza lo que dice Fassin. En el distrito de Amiens, una parte desindustrializada y abandonada por el Partido Socialista, el periodista y ahora diputado por Francia Insumisa François Ruffin logró acercar a muchísima gente que hasta hace poco votaba masivamente por el Frente Nacional. No eran intrínsecamente racistas, sino que hasta ese momento el único discurso que daba sentido a lo que les estaba pasando era el discurso antiinmigrante. Ruffin iba y discutía con esta gente y trataba de entender sus problemas y decirles que la culpa no la tenían los migrantes sino la fuerzas neoliberales, y veía cómo la gente cambiaba de opinión. ¿Cuáles son las demandas democráticas que tiene esa gente y por qué están articuladas así? Esa es la cuestión.

4. V. algunas opiniones de Fassin en «Le moment néofasciste du néolibéralisme» en *Mediapart*, 29/6/2018 [N. del E.].

Muy distinta, en cambio, es la actitud de la izquierda radical europea. En algunos casos, este sector ha desarrollado una cierta fobia hacia el Estado y el tema de la soberanía. ¿Cómo evalúa esta postura?

Hoy en día movimientos marxistas, autonomistas e insurreccionalistas tienen en común un fuerte rechazo al Estado. Es curioso cómo en ese aspecto comulgan con el neoliberalismo. Del otro lado está la corriente socialdemócrata, pospolítica, que ya no imagina cómo se pueden trasformar realmente las relaciones de poder en el interior de un Estado democrático. Para el reformismo radical, dentro de las instituciones republicanas existe la posibilidad de lograr distintas formas hegemónicas. Muchas veces no se distingue entre el régimen, el nivel de las instituciones liberal-democráticas, que son una articulación entre el liberalismo político y los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, y lo que yo llamo el nivel de la hegemonía, que corresponde a la manera como son interpretados e institucionalizados. Por eso en mi último libro[5] le doy tanta importancia a Margaret Thatcher, porque su ejemplo muestra claramente cómo se puede transformar profundamente en el plano de la hegemonía el sentido común, sin poner en cuestión la base de las instituciones liberal-democráticas. Con Thatcher hubo una transformación hegemónica que rompió el modelo socialdemócrata y el Estado keynesiano. El neoliberalismo es una ruptura que no acaba con las instituciones pluralistas del Estado. Para la izquierda, se trata de operar, como Thatcher lo hizo, una ruptura hegemónica, pero en la dirección opuesta. Eso es lo que llamo reformismo radical: sin poner en cuestión las instituciones propias del régimen democrático, hay que operar una transición hegemónica. Eso es lo que cierta izquierda radical no acepta: según su lógica, o bien se mantiene el Estado y no cambia nada o bien se lo derriba por completo. Hay que entender que el Estado es una cristalización de relaciones de fuerzas. Un ejemplo muy interesante es el trabajo de Nicos Poulantzas, porque sus primeros libros son muy marxistas ortodoxos y él ve al Estado como una máquina de opresión. Sin embargo, su último libro, *Estado, poder y socialismo*[6], es el momento eurocomunista de Poulantzas, es decir cuando empieza a reconocer la importancia del Estado y la posibilidad de transformarlo. Eso era lo más atractivo del eurocomunismo, aunque luego ganó su variante de derecha que, lamentablemente, es de la que se acuerda la mayor parte de la gente.

Con respecto a la soberanía, una de las cosas que me critican es la importancia que yo doy a la necesidad de organizarse a escala nacional. Pero estoy plenamente convencida de eso: hay que partir del nivel nacional. Esa fue una

5. C. Mouffe: *Por un populismo de izquierda*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2018.
6. Siglo Veintiuno, Madrid, 1979.

gran limitación del movimiento altermundialista. ¿Por qué se acabó y no tuvo un impacto muy importante? Porque eran elaboraciones que no salían de organizaciones enraizadas en la escala nacional, sino de foros a donde iban representantes de ONG del mundo entero y se discutía de cosas importantes, pero los asistentes regresaban a sus países y no había suficiente gente con la cual estuviesen realmente en contacto. Si uno quiere transformar de verdad las cosas, eso no pasa en reuniones en el nivel internacional. Por ahí va mi reticencia hacia experimentos como DiEM25 [Democracia en Europa Movimiento 2025]. Es reproducir a escala europea los errores del altermundialismo. No se puede organizar un movimiento comenzando desde arriba. Lo que hay que hacer es partir de la organización a escala nacional y de ahí pasar al nivel internacional, porque tampoco creo que se pueda luchar contra el neoliberalismo a escala puramente nacional. Hay que establecer una sinergia a escala europea, pero eso no pasa si no se tiene un anclaje nacional a partir del cual se van uniendo esfuerzos.

Lo hemos visto en el caso latinoamericano, de eso habló Hugo Chávez en el Foro Social Mundial en Caracas. Todos los altermundialistas veían el Estado como una cosa negativa y Chávez les dijo: «miren, nosotros somos el Estado». Las experiencias nacional-populares se hicieron a través del Estado, y eso te dice cómo este puede ser un instrumento de transformación importante, si se lo pone al servicio de los ciudadanos. Eso ha tenido una cierta influencia incluso sobre Michael Hardt y Antonio Negri; después de un viaje que hicieron a Bolivia en el que conocieron a Álvaro García Linera, cambiaron en parte su discurso. Ya no eran tan anti-Estado como antes. Para mí, el populismo de izquierda es llegar al poder para transformar las relaciones de fuerzas en el Estado y hacerlo también en la sociedad.

Además, es solamente en el nivel del Estado-nación donde se puede ejercer la soberanía. El enemigo fundamental del neoliberalismo es la soberanía popular. Si se quiere luchar contra el neoliberalismo, eso se puede hacer solo fortaleciendo la soberanía popular. Considerar que es peligroso o negativo ese terreno es dejarles el campo libre a nuestros adversarios. Por eso soy crítica de los *no border*: la ilusión del neoliberalismo es exactamente esa, una circulación ilimitada del capital y del trabajo. ¿Dónde van a poder ejercer sus derechos democráticos los ciudadanos? En ninguna parte. Eso es el sueño del neoliberalismo: acabar con la traba de la soberanía popular. A menudo, los que se presentan como los más radicales de la izquierda son los que le están haciendo el juego al neoliberalismo.

Es solamente en el nivel del Estado-nación donde se puede ejercer la soberanía

Los populismos de izquierda latinoamericanos, después de un auge que los vio en el poder por aproximadamente 15 años, no están en su mejor momento. En su último libro, evitó referirse a ellos. Sin embargo, arrojan muchas lecciones a la hora de pensar en un populismo de izquierda, ¿no cree? ¿Qué nos han enseñado de bueno y de malo?

Yo siempre insisto en que hay que referirse a coyunturas determinadas, para entenderlas y ver cómo se puede actuar. Por eso mismo tampoco tiene sentido hablar de una coyuntura mundial. Hay que partir de casos concretos. En Europa, la coyuntura ofrece un panorama que con Íñigo Errejón muchas veces hemos estado de acuerdo en definir de «latinoamericanización» de Europa, en el sentido de que nuestras sociedades se han convertido en sociedades oligárquicas. Antes de la época neoliberal, durante los 30 años «gloriosos» del Estado de Bienestar keynesiano, nuestras sociedades no eran el paraíso, pero eran mucho más igualitarias y no había disparidades tan grandes. No eran oligárquicas. La consecuencia de 30 años de neoliberalismo es que nuestras sociedades se han vuelto oligárquicas, y por eso ahora tiene sentido trazar la frontera de manera populista entre el pueblo y la oligarquía. Hoy en día nosotros tenemos realmente una fractura entre un grupo cada vez más pequeño de súper ricos, por un lado, y por el otro, clases medias pauperizadas. Hay una analogía entre esta situación y lo que existía, y en muchos aspectos sigue existiendo, en varios países de América Latina. Ahí la cuestión era hacer entrar a las masas populares en el Estado para democratizarlo, lo cual en algunas partes ya había tenido antecedentes, como en Argentina con el peronismo. El politólogo Edgardo Mocca muestra cómo el peronismo justamente representó el equivalente del Estado de Bienestar keynesiano en ese país. Pero eso no se había dado en Venezuela, en Ecuador, en Bolivia. Lo que está pasando en Europa ahora como consecuencia de la hegemonía neoliberal es que los sectores populares han perdido los derechos que habían conseguido, y se trata en un primer momento de recuperarlos para después extenderlos a través de un proceso de radicalización democrática. Por eso me parece que la estrategia populista tiene sentido en ambos casos, pero con la diferencia de que en América Latina se trataba en general de la primera etapa de la democratización, mientras que en Europa ya había tenido lugar gracias a la socialdemocracia.

En Europa, la coyuntura ofrece un panorama de «latinoamericanización»

Dentro de América Latina, hay muchas diferencias entro los distintos casos. No sé si ha sido el mejor, pero lo que yo no entiendo es por qué no se valora más el caso argentino. Me parece que Cristina Fernández de Kirchner intentó

ir mucho más lejos que Luiz Inácio Lula da Silva, por ejemplo. En el conflicto del campo, ella quiso poner en cuestión esa dependencia de Argentina de la producción de la soja, y cuando quiso aumentar las retenciones fue con el fin de utilizar esas ganancias para redistribuirlas. No lo logró, pero sí hubo el intento[7]. También pueden verse la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y lo que se hizo en el ámbito cultural: las universidades del conurbano, en la periferia de Buenos Aires. Su gobierno fue bastante radical en muchos aspectos. Otra cosa es que hubo una gran articulación entre movimientos sociales y Estado: esa sinergia sí existió en Argentina. Sin embargo, la imagen que hay aquí en Europa es la de un gobierno autoritario y corrupto, y no se reconocen todos los avances sociales que se han dado bajo el kirchnerismo.

¿Y el papel del líder? Si bien es indudable que en muchos casos constituyó la chispa que hizo posible el inicio de estos procesos, la prolongación del liderazgo ha tenido facetas problemáticas. En algunos casos, se podría decir incluso que los líderes han ido en dirección contraria a tu concepción del «agonismo»…

Es cierto que tener un líder carismático es una gran ventaja, aunque conlleva algunos peligros. ¿Cómo es posible, al mismo tiempo, tener un líder carismático y preparar una sucesión? Esa es la cosa complicada. En muchos casos, el problema ha sido la desaparición del líder: Chávez porque murió, otros porque no se pudieron volver a presentar. Yo estoy a favor de más posibilidades de reelección. No entiendo por qué existe ese fetichismo de que uno no puede ser candidato más de una o dos veces, en la medida, claro, que las elecciones sean realmente democráticas. Estoy segura de que Cristina Fernández habría ganado en primera vuelta en 2015 si se hubiera podido presentar. Entiendo las razones para limitar los mandatos, se teme que alguien se instale y establezca algún régimen autocrático. Pero si hay garantías democráticas, no veo el problema. Franklin D. Roosevelt fue elegido cuatro veces en EEUU; en Alemania, Angela Merkel, a través de un sistema parlamentario, lleva 14 años en el poder y nadie lo ve como problema.

El dilema de tener una política agonística es que requiere que tu adversario también te trate así. En el caso de Chávez, las elites siempre lo trataron como un intruso y nunca aceptaron su legitimidad. Cuando tienes un opositor que

7. El llamado «conflicto del campo» fue un paro patronal en oposición a medidas impositivas del gobierno sobre las exportaciones de granos, con masivas movilizaciones en la ciudad de Buenos Aires. En una sesión legislativa crispada, el vicepresidente de la Nación Julio Cobos (integrante del sector de la Unión Cívica Radical entonces aliado al kirchnerismo), en una situación de empate, votó en contra del proyecto de su gobierno y selló la derrota del proyecto oficial. El «campo» consiguió con sus movilizaciones cohesionar discursivamente el espacio antikirchnerista. Tras esta derrota, el gobierno inició, como parte de su contraofensiva, la llamada «batalla cultural» [N. del E.].

te trata como enemigo, ¿cómo lo puedes tratar como adversario? Eso lleva a posturas más autoritarias, y en el caso de Fernández de Kirchner fue parecido. Todo depende de cómo se ubica el oponente.

Sin embargo, se podría decir que, si bien el populismo de izquierda en América Latina ha sido capaz de generar mayorías electorales e imprimir un importante viraje en las políticas públicas, en un plano más profundo, vinculado con una hegemonía cultural mucho más sutil, los populismos no han sido tan eficaces. En otras palabras, el neoliberalismo gana incluso sin ser ya la ideología dominante. ¿El populismo no corre el riesgo de ser ineficaz ante ese desafío?

El problema es que en muchos casos no hubo una real lucha hegemónica y no se construyeron de manera suficiente identidades ciudadanas. Los gobiernos se limitaron a satisfacer demandas de consumo sin bregar por construir nuevas subjetividades. Otorgaron bienes materiales a la gente, pero llegó un momento en el cual el *boom* de los *commodities* cesó, la redistribución no pudo seguir en el mismo nivel, y entonces la gente se tornó en contra del Estado ya que este no estaba en condiciones de cumplir como antes.

Con respecto a Argentina, el psicoanalista Jorge Alemán me contó un episodio personal bastante revelador. Su mamá estaba enferma y tenía unas cuidadoras. La situación de estas trabajadoras había mejorado muchísimo durante el periodo de Cristina Fernández en el gobierno gracias a la conquista de nuevos derechos sociales. Sin embargo, en las últimas elecciones terminaron votando por Mauricio Macri. Alemán no podía entenderlo. Es algo que yo discutía a menudo con la geógrafa Doreen Massey, quien también me hablaba de las mujeres del pueblo en el norte de Gran Bretaña que votaban por el Partido Conservador. Para ellas, votar ese partido de alguna manera significaba valorizarse, era una cuestión de identificación. Significaba conseguir una forma de dignidad y salirse de la condición de «asistidas». De la misma manera, en Argentina votar por Macri podía hacerte sentir de clase media. A la gente no le gusta esa condición de «asistida», es necesario crear formas de subjetividad en que las personas se puedan valorar. A nosotros nos puede «valorizar» votar por ciertos partidos porque es una forma de sentir que ayudamos a quienes lo necesitan, pero a veces el pueblo se siente seducido por los partidos de derecha porque así siente que sale de su condición. La cuestión es lograr un discurso para esas clases populares que las haga sentir valoradas. Es un punto importante: hay que crear una conciencia de ciudadanos. Tal vez el que ha ido más lejos es Chávez. Les procuró una identidad política a las masas venezolanas. De eso queda algo y así es como podemos explicar el apoyo que aún sigue teniendo Nicolás Maduro. Chávez les dio una dignidad que no tenían antes. La cuestión es crear un nuevo sentido común.

El populismo se basa en la construcción de lo que usted y Laclau llaman una cadena de equivalencias entre demandas heterogéneas insatisfechas. De todos modos, sin un empuje de la calle, sin una movilización social, ¿no estamos en un terreno muy frágil para construir un populismo de izquierda?

No necesariamente tiene que haber una movilización social anterior. No hay duda de que en el caso de España los «indignados» fueron muy importantes. Como siempre decía Errejón con respecto a Podemos: «Nosotros no somos el partido de los indignados, pero sin los indignados no hubiéramos hecho Podemos». Sin embargo, no hubo algo similar con Francia Insumisa. La crisis del neoliberalismo genera una multiplicidad de resistencias y de demandas. La cuestión es ver cómo se pueden cristalizar, ver cómo ofrecer un proyecto que resuene con esas demandas. Pero eso no es tan fácil y depende de varios factores. Hay que mirar a los «chalecos amarillos» en Francia, que no se reconocen en Francia Insumisa a pesar del hecho de que muchas de sus demandas aparecen en el programa de Mélenchon. Y eso es porque han perdido confianza en la democracia representativa y rechazan a todo el espectro político. Dentro del movimiento, hasta hay una lucha para impedir que haya personas que aparezcan como sus portavoces.

En la parte central de su último libro, Por un populismo de izquierda, *compara su perspectiva democrática con la del «socialismo liberal» de Norberto Bobbio, pero este último difícilmente habría aceptado asociarse con el populismo, aunque fuera de izquierda. ¿En qué consisten las diferencias entre su visión del juego democrático y la suya, si es que las hay?*

Lo que tengo en común con Bobbio es la insistencia en la necesidad de unir el socialismo –aunque tal vez no utilizaría ese término, sino «proceso de radicalización de la democracia»– y el respeto a las instituciones del liberalismo político. Desde el principio, hubo unos malentendidos sobre la posición expresada con Laclau en *Hegemonía y estrategia socialista*, porque algunos pensaron que para lograr la democracia radical hay que romper con la democracia liberal-pluralista. Nosotros abogábamos por una radicalización de las instituciones democrático-liberales, pero en ningún momento hablamos de romper con ellas. Nunca se trató de poner en cuestión el liberalismo político. El socialismo liberal, que defendía Bobbio, iba por ahí: el socialismo, decía, solamente puede existir articulado al liberalismo político. Eso corresponde a lo que llamo «reformismo radical». Respecto de la compatibilidad con el populismo, si uno concibe el populismo como una estrategia de construcción de la frontera política y no como un régimen, se puede entender por qué es necesario, en ciertas coyunturas, adoptar una estrategia populista para poder operar una ruptura hegemónica que permita recuperar y profundizar la democracia.

Por qué y cómo convertir los mercados financieros en el nuevo foco de las luchas sociales

Entrevista a Michel Feher

Ivan du Roy

Cuestionamiento global de los derechos sociales, mitificación del espíritu empresarial y la depredación de riquezas, reducción del gasto público, advenimiento de las finanzas, generalización de la precariedad... Los neoliberales lograron hacer su revolución. ¿Cómo lo consiguieron? ¿Por qué la izquierda cayó en la trampa? Y, sobre todo, ¿cómo repensar la resistencia y la construcción de alternativas que no se limiten a la nostalgia del Estado de Bienestar o la restauración del capitalismo de antaño? En esta entrevista, el filósofo Michel Feher, autor del apasionante libro *Le temps des investis. Essai sur la nouvelle question sociale* [El tiempo de los invertidos. Ensayo sobre la nueva cuestión social] (La Découverte, París, 2017) y fundador de la editorial Zone Books, da algunas claves para responder estas preguntas.

Súper ricos que supuestamente encarnan la excelencia, asalariados «arcaicos» reticentes a la modernización laboral y desocupados a los que se considera «vagos» por buscar un empleo conveniente, contribuyentes «expoliados» por impuestos que financian la salud y la educación... ¿Cómo se llegó a esto?

El éxito ideológico de los neoliberales es haberle dado un aspecto verdaderamente revolucionario a su doctrina: repensar la lucha de clases ya no en torno de la explotación, sino a partir del abuso o la expoliación. Esta retórica retoma, descaradamente, la de la abolición de los privilegios de las revoluciones francesa y estadounidense. La gente que trabaja, que se levanta temprano, es

---

Ivan du Roy: es periodista, cofundador de *Basta!* y del sitio <multinationales.org>. Es autor de *Orange stressé. Le management par le stress à France Télécom* (La Découverte, París, 2009).
Palabras claves: «invertidos», izquierda, mercado financiero, neoliberalismo.
Nota: la versión original en francés de este artículo se publicó con el título «Pourquoi et comment faire des marchés financiers le nouveau foyer des luttes sociales» en *Basta!*, 20/10/2017. Traducción de Gustavo Recalde.

expoliada por privilegiados, que ya no son los aristócratas de antaño sino los empleados públicos que no están sometidos a las condiciones de competencia del sector privado, los desempleados «que cobran por no hacer nada», los extranjeros que vienen a «usar nuestras prestaciones» y, finalmente, los sindicalistas, defensores de un *statu quo* que sería la desgracia de los empleados precarios. Se trataría de gente que, según los neoliberales, es protegida por el Estado, que vive de una «renta diferencial»: se adueñan de los recursos ganados por aquellos que trabajan y solo cuentan con sus propios méritos. La promesa neoliberal original consiste pues en asegurarles a quienes lo merecen que podrán gozar de los frutos de su labor sin que el Estado se los confisque para redistribuirlos entre los nuevos rentistas.

La segunda innovación de los padres fundadores del neoliberalismo –Friedrich Hayek, Milton Friedman y sus acólitos de la Escuela de Chicago, y los ordoliberales alemanes– es convertir al empresario en modelo universal. Para los liberales clásicos, los empresarios son una clase aparte, digna de admiración, ya que todos los progresos provendrían de ella. Pero se trata de una pequeña elite amenazada por otras categorías como los intelectuales, los funcionarios y, en general, los asalariados, que no comparten ni su gusto por el riesgo ni su hostilidad hacia la igualación y que, al ser mayoritarios, son capaces de llevar a sus representantes al poder. Los neoliberales se fijaron pues como misión conjurar esta amenaza, no restaurando el prestigio de los emprendedores de profesión, sino incitando a todo el mundo a pensar y comportarse como emprendedores.

¿Cómo lo lograron?

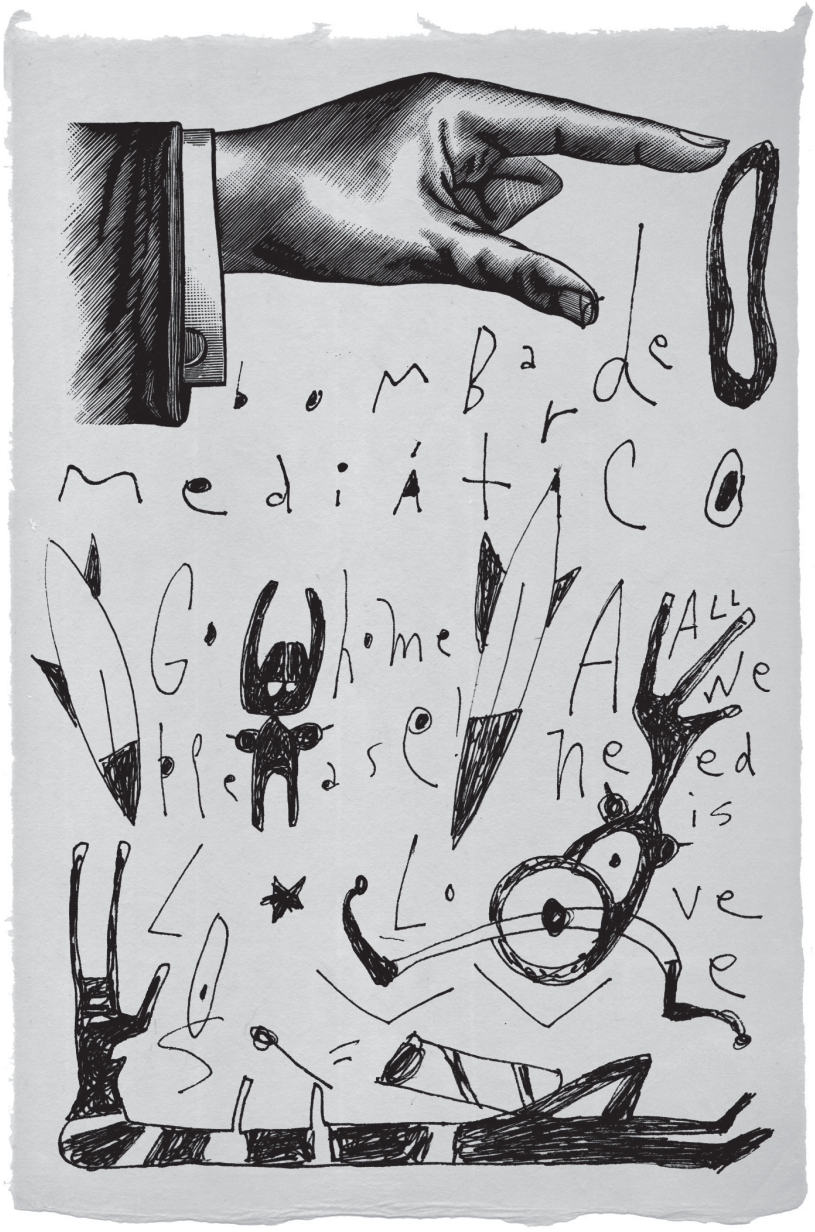
A través de políticas públicas que favorecen el acceso a la propiedad individual, a pensiones de capitalización, al seguro de salud privado e incluso a los *vouchers*, esos cheques educativos promovidos por la Escuela de Chicago: en lugar de invertir en la educación pública, demos dinero a los pobres para que elijan su escuela privada. El objetivo es que la gente se vuelva capitalista, aunque haya que obligarla a tomar préstamos para lograrlo. Ya que una vez en el lugar de poseedora de capital que genera frutos, se volvería sensible a los argumentos neoliberales sobre el «bombardeo impositivo». El objetivo es, pues, «desproletarizar» a los asalariados, no para hacer que triunfe el socialismo, sino para conferirles una mentalidad de empresarios.

¿Cómo explica la debacle política y cultural de la izquierda, ya sea socialdemócrata o «revolucionaria», en estos temas?

Los neoliberales no lograron imponerse como los impulsores del cambio, que busca romper los compromisos de los Treinta Gloriosos, sin colocar a la izquierda como una fuerza conservadora: en efecto, se la acusa de aferrarse a los estatutos y reglamentaciones del Estado de Bienestar, es decir, a un orden burocrático que sofoca las iniciativas individuales. Ahora bien, la izquierda se dejó engañar convirtiéndose en gran medida en lo que sus adversarios afirmaban que era: el partido de la defensa de los derechos adquiridos. ¿Acaso no carecía de proyecto alternativo, en particular, a partir de 1989, cuando se tornó insostenible reivindicar la colectivización de los medios de producción? ¿No se limitaba a querer preservar un modelo agotado desde el momento en que la finalización de la reconstrucción de las economías europeas hacía disminuir el crecimiento, y los reclamos de las mujeres y las poblaciones inmigrantes ya no permitían comprar la paz social ofreciendo empleos y protección social decente solo a los hombres blancos asalariados? Este último aspecto de la crisis del fordismo explica también por qué existe hoy una izquierda verdaderamente reaccionaria. Ya que detrás del lamento por el Estado social de antaño, se expresa también una nostalgia por las jerarquías de género, sexualidad y raza que lo sostenían.

Para escapar de las acusaciones de conservadurismo, la izquierda habría hecho mejor en seguir el ejemplo de los propios pensadores neoliberales. En 1947, cuando Hayek creó la Sociedad Mont Pelerin y acogió allí a sus amigos de Chicago, Friburgo o Londres, estos futuros arquitectos de la revolución neoliberal constataron inmediatamente que el liberalismo estaba en grandes dificultades y que triunfaba un socialismo rampante, no como consecuencia del fervor revolucionario de las masas, sino debido a las políticas keynesianas que tornaban disfuncionales los mercados al interferir en sus frágiles mecanismos. Para conjurar la asfixia progresiva de la economía liberal, los neoliberales no militarían para dar marcha atrás sino, por el contrario, revisarían su propia doctrina –por un lado, preconizando la conversión de todos a la mentalidad empresarial y, por el otro, renunciando a la no intervención para confiar al Estado la misión de preservar y extender el imperio de los mercados–. Me parece que fue la ausencia de una revisión doctrinal de igual dimensión lo que sumergió a la izquierda en un marasmo del que no sale.

En su libro, usted ofrece justamente pistas para renovar esta doctrina. Para describir la condición de los nuevos dominados económica y socialmente, ya no debería hablarse de trabajadores, asalariados, precarios o pobres, mucho menos de proletarios, sino de «invertidos». ¿Quiénes son los invertidos y qué nuevas formas de dominación se ejerce sobre ellos?



© Nueva Sociedad / María Alcobre 2019

María Alcobre es dibujante, ilustradora e historietista en medios gráficos. Comenzó a publicar en 1981 y desde entonces colabora con editoriales, agencias y estudios de diseño de su país y el extranjero. En 1989 se trasladó a Portugal, luego se radicó en Barcelona y actualmente vive en Buenos Aires. Su trabajo se caracteriza por la utilización de distintos medios expresivos para el abordaje de cada proyecto.

En ese libro, sostengo que el proyecto neoliberal que consiste en convertirnos a todos en emprendedores no se concretó: no porque los neoliberales hubieran fracasado o porque su ingeniería social se hubiera topado con la resistencia de los asalariados, sino porque la implementación de su programa no produjo el resultado anunciado. Entre las consecuencias imprevistas, está el fuerte crecimiento de las finanzas. Para entenderlo, es necesario volver a la campaña de los neoliberales contra los «privilegiados». Entre sus objetivos, además de los empleados públicos, los desempleados y los sindicalistas, figuraban también los CEO asalariados de las grandes firmas fordistas, cuya prioridad era agrandar continuamente sus empresas y que se erigían en árbitros entre las exigencias de los accionistas y los reclamos de los asalariados. Debían evitar que los primeros retiraran sus capitales y que los segundos bloquearan la producción mediante la huelga. Ahora bien, para los neoliberales, la pretensión de los administradores de encarnar el bien de la empresa es un abuso destinado a justificar el fortalecimiento de su propio poder: como asalariados –proclama la doctrina neoliberal–, los directores generales deberían tener como único objetivo crear valor para los dueños del capital, es decir, los accionistas.

Para eliminar los «privilegios» de los directivos de empresas, los neoliberales imputarán la caída de la productividad de las economías desarrolladas al poder gerencial y llamarán a los gobiernos a disolverlo mediante la desregulación de los mercados financieros. Eliminando los obstáculos a la circulación de capitales –entre los países y la actividad financiera– así como a la inventiva de la ingeniería financiera –la creación de «productos derivados»–, se trata de permitir a los inversores elegir los equipos de gerenciamiento en función de sus «rendimientos», su aptitud para satisfacer las demandas de los accionistas. Las finanzas tendrán entonces total permiso para seleccionar los proyectos empresariales en función de lo que prometen a los inversores. El resultado es una profunda transformación de la mentalidad empresarial: para satisfacer a los tenedores de títulos financieros, el empresario no piensa más en los ingresos a largo plazo, sino que debe actuar de manera que la cotización de la acción no deje de subir.

Un CEO puede convertirse en un inversor de peso acumulando una riqueza considerable, de ahí el aumento del número de enormes fortunas...

En efecto, para formar a los directivos en la búsqueda del valor accionario, los neoliberales invitan a utilizar el palo y la zanahoria. Por un lado, si uno no es lo suficientemente eficaz, los inversores pueden llevar a cabo un ataque hostil y eliminarlo. Por el otro, gracias a la porción creciente de sus ingresos

variables e indexados según el precio de la acción –las famosas *stock options*–, el interés de los gerentes no tarda en alinearse con el de los inversores. Ahora bien, en ese contexto, es la actividad del director general la que cambia: más que maximizar el beneficio comercial, su trabajo consiste en maximizar el crédito de la empresa a los ojos de los inversores. Cuando las grandes sociedades anónimas obtienen beneficios, su primer reflejo es adquirir sus propias acciones para hacer subir su cotización. Absurda desde un punto de vista comercial o industrial, esta práctica se vuelve perfectamente coherente desde el momento en que la prioridad es atraer a los inversores. Los primeros «invertidos» son, pues, las empresas no financieras.

Los primeros «invertidos» son, pues, las empresas no financieras

El advenimiento de las finanzas tiene también consecuencias sobre los Estados...

Lo que es verdad para las empresas también lo es para los Estados. Preocupados por atraer los capitales a su territorio para favorecer a las empresas allí radicadas, los gobiernos deben a su vez ofrecer lo que los inversores desean: impuestos reducidos, un bajo costo laboral y derechos de propiedad intelectual sólidos para patentar las ideas. Sin embargo, estas ofrendas no dejan de reducir los ingresos fiscales y la protección social, lo que genera el riesgo de disgustar a las poblaciones. ¿Cómo se las arreglarán los gobernantes para atraer a los inversores sin enemistarse demasiado con sus electores? Tomando préstamos en los mercados financieros. Sin embargo, para que los prestamistas deseen comprar sus bonos y obligaciones del Tesoro, los gobiernos deben implementar políticas que den confianza a los mercados. Se vuelven así tan dependientes de su crédito ante los inversores como los empresarios. El Estado se convierte a su vez en un «invertido».

¿Y qué sucede con los individuos?

Es la tercera etapa. Las empresas y los Estados deseosos de atraer a los inversores, unas reduciendo el costo laboral, otros achicando sus presupuestos, ya no están en condiciones de ofrecer lo que antes prometían, a saber, carreras profesionales, trabajos con contratos por tiempo indeterminado y transferencias sociales sólidas. La propia gente deberá venderse o, más exactamente, constituirse en «proyectos» lo suficientemente atractivos como para generar el interés de los reclutadores y, a menudo, de los prestamistas. Así, incluso aquellas y aquellos que disponen de otros recursos que no sean su fuerza de trabajo dejan de ser asalariados propiamente dichos para convertirse en «invertidos».

¿Es decir?

La precarización de las condiciones de vida implica que, para poder seguir consumiendo y comprando bienes duraderos, es necesario vivir al menos parcialmente a crédito y ofrecer así garantías a los prestamistas: el valor estimado de la casa o de un diploma, así como un pasado de deudor responsable, determinarán la aptitud de un individuo para convertirse en propietario o continuar sus estudios. Para vivir decentemente, se contará menos con salarios fijados por convenios colectivos y complementados con prestaciones sociales que con el valor de un patrimonio en sentido amplio –bienes inmuebles, ahorro, pero también competencias preciadas o, en su defecto, disponibilidad y flexibilidad ilimitadas–. Se trata de valorizar una cartera compuesta por títulos de «propiedades» materiales e inmateriales. Se trata de un verdadero cambio de condición, pero que no corresponde a la conversión deseada por los neoliberales: un gerente de cartera que procura valorizar sus «capitales», es decir, sus recursos, es un tipo muy diferente del empresario preocupado por la maximización de sus ingresos.

Se trata de valorizar una cartera compuesta por títulos de «propiedades» materiales e inmateriales

¿Dónde reside el poder de los inversores y en qué cambia eso la cuestión social?

Se trata primero del poder de acreditar, fijar los criterios de lo que merece crédito. Es más un poder de selección que de apropiación, aun cuando los bancos y los inversores institucionales acumulen también beneficios indecentes. Pero si bien es cierto que el capitalismo «dio un giro», que gravita actualmente en torno de instituciones y mercados financieros –los cuales someten a empleados y empleadores percibiéndolos como proyectos en busca de inversiones–, debe reconocerse entonces que el objetivo de la cuestión social se verá afectado. Todo se repiensa en términos de inversión. La cuestión de la distribución de los ingresos no desaparece, pero está subordinada actualmente a la de la evaluación del capital: ¿quién va a valorizar lo que hago? ¿De qué forma el modo en que vivo valorizará los proyectos de otro?

Frente a estos inversores, se trata actualmente, según usted, de llevar a cabo contraespeculaciones militantes. Concretamente, ¿cómo convertir los mercados de capitales en un nuevo foco de las luchas sociales?

Los inversores operan en el mercado de capitales. Los empleadores, en el del trabajo. La cuestión es saber cómo se forman los precios en ambos lados. En

el mercado de trabajo, al igual que en el de bienes y servicios, según la teoría neoclásica, los precios se forman mediante negociación para llegar al precio de equilibrio que corresponde a la satisfacción óptima del comprador y el vendedor. En los mercados financieros, los precios no se forman mediante negociación. Son producto de la especulación: el precio de un título financiero está fijado por las estimaciones de los inversores sobre el valor que sus colegas le conferirán a ese título. La subordinación de la «empresa» a la «especulación» es el régimen en el cual vivimos desde hace 30 años y demostró su resiliencia sobreviviendo a la crisis financiera de 2008.

El hecho de que las especulaciones de los inversores decidan lo que merece emprenderse y producirse debería llevar a repensar los cuestionamientos del capitalismo. En otras palabras, así como los sindicatos obreros aprendieron otrora a negociar para incidir en la distribución de la plusvalía entre capital y trabajo, actualmente deberíamos imaginar una militancia capaz de especular contra las preferencias de los inversores de manera de incidir en las condiciones de acreditación, lo que merece o no recibir crédito.

¿Cómo puede traducirse eso en acción política y militante progresista?

En los tiempos del capitalismo industrial, la militancia sindical se convirtió en espejo de los carteles patronales que se ponían de acuerdo sobre los precios de las mercancías. Los trabajadores, cuya única mercancía era su fuerza de trabajo, hicieron lo mismo creando sindicatos. Los sindicatos ¿no son acuerdos destinados a mantener el precio y mejorar las condiciones de venta de la fuerza de trabajo? Si procedemos por analogía, del lado de los mercados financieros, me parece que el modelo a imitar ya no es el cartel, sino más bien las agencias de calificación.

¿Por qué?

El principal resorte del poder de los inversores es la temporalidad en la cual operan. Desde luego, los empresarios necesitan inversores, pero necesitan también trabajadores y clientes. Los gobiernos dependen de los inversores, que les permiten cerrar sus presupuestos, pero también de los electores, a quienes les deben su trabajo. ¿Por qué entonces empresarios y gobiernos son mucho más sensibles a los reclamos de los inversores que a los de los trabajadores o electores? Pienso que el fondo de la cuestión es el tiempo: los electores se pronuncian una vez cada cuatro o cinco años, los trabajadores pueden manifestarse y hacer huelga, pero en casos puntuales. Los inversores, en

cambio, se pronuncian todo el tiempo –de manera permanente y continua en lugar de intermitente y puntual–. Así, llegan a tener prioridad sobre las decisiones de los demás actores sociales. Competir con los inversores requiere entonces entrar en su temporalidad, inventar formas de militancia continua, inventar acciones que no sean únicamente puntuales –como la huelga, la manifestación o el voto–, sino que provengan del asedio permanente. Si no, se estará siempre rezagado respecto de los inversores que pueden desestabilizar un gobierno en cualquier momento. Es por esta razón que me interesa la forma «agencia de calificación», porque estas instituciones operan como un acicate permanente[1].

¿Cómo contraespecular con otros criterios que no sean el de la rentabilidad financiera, para hacer que mejoren las condiciones de trabajo, el respeto al medio ambiente o la redistribución de las riquezas producidas? Este tipo de acciones que apuntan a una marca o un sector ya existen, pero tienen dificultades para obtener resultados duraderos... Los boicots han sido durante mucho tiempo simbólicos porque se dirigían exclusivamente al público en general. Ahora bien, responsabilizar a los consumidores es difícil. Más eficaz es apuntar a los inversores y sus especulaciones con las reacciones del público: no tanto para reanimar su conciencia moral como para despertar su preocupación por la incidencia financiera de una inversión irresponsable. Del mismo modo, las luchas sindicales no se dirigían al buen corazón de los patrones: se trataba más bien –mediante la negociación, las amenazas de huelga, incluso el sabotaje– de incitarlos a medir el costo de su intransigencia. Para los inversores, cualquier elemento que corra el riesgo de afectar el valor financiero de su cartera aumenta su nerviosismo. Esta es una ventaja nada despreciable.

¿Cómo contraespecular con otros criterios que no sean el de la rentabilidad financiera?

La campaña de desinversión llevada a cabo contra el oleoducto Dakota Access, en Standing Rock, Estados Unidos, es ilustrativa en este sentido. Los siux y los ecologistas que se oponen a la construcción de este oleoducto realizaron tres tipos de acciones: ocuparon el lugar para bloquear la construcción del oleoducto, iniciaron acciones judiciales y presionaron a los inversores. Eficaz hasta la elección de Donald Trump, la ocupación fue luego reprimida violentamente por la policía. Los procesos iniciados en su

1. V. Observatorio de las Multinacionales, <http://multinationales.org/>.

mayoría fracasaron. En cambio, la campaña de desinversión tuvo un éxito notable, precisamente porque juega con los riesgos y la especulación de la que son objeto: riesgos ambientales, pero sobre todo financieros, asumidos por cualquiera que invierte en un proyecto que posee una reputación deplorable. Así, el fondo soberano noruego, inicialmente muy involucrado, se retiró del proyecto, mientras que la Alcaldía de Seattle, bajo la presión de los militantes, rescindió varios contratos con proveedores de fondos involucrados en el financiamiento del Dakota Access[2].

Usted imagina la creación de una «coalición de invertidos». Pero ¿cómo crear una conciencia común entre trabajadores, consumidores y ecologistas, cuyos intereses inmediatos a menudo difieren?

Es la única ventaja de la hegemonía del capital financiero: en relación con los daños causados por las exigencias de los inversores sobre las condiciones de trabajo, la calidad de los productos y el medio ambiente, los conflictos de intereses entre trabajadores, consumidores y militantes ecologistas tienden a atenuarse. Evidentemente, el fortalecimiento de esta solidaridad naciente frente a un adversario común implica un trabajo de contraperitaje y articulación entre las diferentes problemáticas. Ahí es donde el modelo de la agencia de calificación que integra múltiples criterios es interesante para agrupar estos movimientos.

Otra pista de alternativa posible que usted menciona es el «cooperativismo de plataforma», que podría ser una respuesta a la «uberización» en curso de los trabajadores. ¿De qué se trata?

El capitalismo financiarizado produce individuos a los que hoy se denomina «uberizados». Para mí, no se trata de un retorno al proletariado de antaño: el proveedor de tareas creado por el capitalismo de plataformas no se corresponde con el pago a destajo de los trabajadores del siglo XIX. El individuo «uberizado» es alguien que, precisamente, trata de hacer valer su crédito, su capital humano y material. El chofer de Uber valoriza el hecho de que dispone de un automóvil, tiene flexibilidad con sus horarios y es amable. En cuanto a los militantes que se oponen al destino que les reservan Uber o Deliveroo, su acción es ambivalente: por un lado, demandan judicialmente para solicitar una recalificación de su trabajo en empleo asalariado. Pero, por el otro, tal

2. Olivier Petitjean: «Quatre banques françaises contre les Sioux du Dakota, expulsés par Trump» en *Basta!*, 24/2/2017 y «Ces sauveteurs du climat qui commencent à inquiéter l'industrie pétrolière» en *Basta!*, 4/8/2015.

como lo señalaba Jérôme Pimot –vocero del colectivo de mensajeros en bicicleta– en una entrevista, consideran que esta lucha por el reconocimiento salarial es simbólica: dado el modelo económico de las *startup* como Deliveroo o Uber, si la justicia las obliga a emplear choferes o mensajeros con el estatuto de asalariados, quiebran. El reconocimiento de la condición de asalariado sería pues una victoria pírrica: el proceso se gana, pero la empresa se funde y ya no hay más trabajo[3].

Sin embargo, Pimot y sus colegas no ven allí un callejón sin salida. A sus ojos, los choferes y mensajeros son perfectamente capaces de adquirir las competencias útiles para crear cooperativas que puedan reemplazar, o al menos competir, con estas plataformas meramente depredadoras. Con respecto a los intentos de autogestión de empresas industriales –como Lip en la década de 1970–, las plataformas presentan la ventaja de requerir un aporte de fondos relativamente modesto. Desde luego, las inversiones masivas con que cuentan las *startup* como Uber ofrecen un poder de instalación y proyección –especialmente para hacerse conocer– con el cual una cooperativa no puede competir. Este obstáculo puede también superarse parcialmente: una red de cooperativas que operan en diferentes terrenos puede crear un ecosistema y hacerse mutuamente publicidad. Además, los poderes públicos, especialmente municipales, pueden favorecer la consolidación de estos ecosistemas gracias a regulaciones favorables a las iniciativas cooperativistas y desfavorables a las plataformas depredadoras. La Alcaldía de Barcelona es pionera en este campo.

Del mismo modo que administraciones municipales pueden reemplazar a multinacionales del agua, energía u obra pública, que se comportan a menudo como depredadoras...

Exactamente: el capitalismo de plataformas, al igual que sus predecesores, genera resistencias al tiempo que renueva el imaginario político de quienes se esfuerzan por resistirlo. Al respecto, pienso que existen resonancias prometedoras entre tres tipos de reflexiones militantes: el resurgimiento del cooperativismo, pero también la idea, perfectible, del ingreso universal –en la medida en que, disociando la protección social del trabajo asalariado, se dirige a la resistencia del individuo «uberizado»– y la cuestión de los comunes, concebida como un derecho de acceso a los recursos

3. Ludo Simbille: «Ubérisation: l'immense peloton des livreurs à vélo se lance dans la course pour le respect de leurs droits» en *Basta!*, 11/7/2017.

independientemente del régimen de propiedad que se aplica a ellos. La articulación entre estos campos de acción y reflexión delinea un esbozo de sociedad que no se parece ni al socialismo de Estado ni al comunismo utópico. Se trata de un imaginario nuevo que permite rechazar la crítica de los neoliberales a la izquierda, a saber, «ustedes no proponen nada, lo único que quieren es retroceder». En efecto, desde el momento en que el propio capitalismo se dedica a salir de la sociedad salarial –en las peores condiciones de precarización y uberización–, ¿no es una oportunidad para la izquierda de pensar de otra manera esta salida, en vez de militar por la restauración del capitalismo de ayer?

ÍCONOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Enero-Abril de 2019 Quito Nº 63

TRABAJO Y NUEVAS CONFIGURACIONES
DE CLASE EN AMÉRICA LATINA

DOSSIER: Presentación del dossier. Configuraciones de clase, trabajo y capital en América Latina, **Magali Marega, Verónica Vogelmann y Sofía Vitali**. Proletarización y desposesión de trabajadores mixtecos: orígenes de la migración indígena a Nueva York, **Rodolfo Hernández Corchado**. Desarraigo sin proletarización en el agro paraguayo, **Ramón Bruno Fogel Pedroso**. Movilidades y cadenas de valor en una localidad nahua de la Sierra Norte de Puebla, México, **Eugenia D'Aubeterre Buznego y Leticia Rivermar Pérez.** Cultivos flexibles y juventud rural trabajadora: de la caña de azúcar en Brasil al aceite de palma en Colombia, **Robinzon Piñeros Lizarazo**. Honduras: precariedad laboral en la clase asalariada durante el modelo de acumulación neoliberal, **Mario Enrique Pineda Talavera**. En clave de conflicto: dinámica de la industria regional y trabajo en Mendoza, Argentina, **Eliana Celeste Canafoglia**. ENSAYO VISUAL: Lo que queda, **Cristina Vera Vega**. TEMAS: Diálogos interculturales sobre territorios ancestrales en la provincia de Buenos Aires, Argentina, **Mirta Fabiana Millán, María Gabriela Chaparro y Mercedes Mariano**. Funcionamiento y gobernanza del Sistema Nacional de Salud del Ecuador, **Adriano Molina Guzmán**. La Operación Autolavado en el diario *Folha de S. Paulo*, **Mércia Alves y Bernardo Geraldini**. RESEÑAS.

Íconos *es una publicación cuatrimestral de Flacso-Ecuador, La Pradera E7-174 y Av. Almagro, Quito, Ecuador. Tel.: (593 2) 3238888. Correo electrónico: <revistaiconos@flacso.org.ec>. Página web: < www.revistaiconos.ec>.*

Claude Lefort, pensador de lo político

Gilles Bataillon

La obra de Claude Lefort construye una reflexión sobre lo político en la que el filósofo renuncia a ocupar el lugar del saber absoluto. En su trabajo, forjó un pensamiento de lo político que nunca se concibió como un campo separado o específico de la actividad humana (la política), sino como una modalidad de dar «forma» y «sentido» a lo social. Si su pensamiento es importante en la actualidad, es porque permite pensar tanto en la cuestión de la transformación de los regímenes totalitarios como en las relaciones entre democracia, capitalismo y populismo.

El ejercicio de pensar

El nombre de Claude Lefort (1924-2010) está asociado a una reflexión sobre lo político en la que, como filósofo, retomando sus palabras, rechazó siempre «toda pretensión de ocupar el lugar del saber absoluto o de sostener un discurso sobre la totalidad». En efecto, impulsada por el afán por la verdad y alejada de cualquier relativismo, su obra se caracterizó por la voluntad explícita de no separar nunca aquello que expresaba –la crítica a ciertas modalidades de la empresa revolucionaria, la puesta al descubierto de las modalidades del totalitarismo, una reflexión sobre las modalidades de la ideología, el análisis de las formas de la experiencia democrática y la lógica de los derechos humanos– de las especificidades del trabajo del cuestionamiento mismo. Esto equivale a decir que sería un gran error reducir su pensamiento a algunas grandes tesis filosóficas o a algunos conceptos que serían puntos de referencia para un

Gilles Bataillon: es sociólogo e investigador del Centro de Estudios Sociológicos y Políticos Raymond Aron de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (CESPRA-EHESS), París, y profesor afiliado a la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Ciudad de México. Es codirector de la revista *Problèmes d'Amérique Latine*. Publicó varios libros, entre ellos *Génesis de las guerras intestinas en América central* (FCE, Ciudad de México, 2008) y *Crónica de una guerrilla (Nicaragua, 1982-2007)* (CIDE-CEMCA, Ciudad de México, 2016).
Palabras claves: democracia, desigualdad, política, totalitarismo, Claude Lefort.
Nota: traducción del francés de Gustavo Recalde.

análisis de la realidad desde un punto de vista a la vez normativo y positivista. Sin embargo, es indudable que forjó una serie de nociones y conceptos o señaló diferentes problemáticas que indudablemente nos permiten pensar tanto las experiencias políticas contemporáneas como otras pasadas. De la misma manera, sabemos que podemos retomar su proyecto de una «antropología política», así como su llamado a «un reformismo combativo consciente de la irreductibilidad del conflicto en la democracia y librado de la ilusión de una posible abolición del capitalismo»[1]. Así, cada uno puede apropiarse sus análisis que señalan cómo un partido revolucionario, tal como lo fue el Partido Bolchevique, puede ser el actor de un proceso de burocratización. Del mismo modo, es posible aprender a reconocer, siguiendo sus pasos, que el totalitarismo es una forma social irreductible a la mera dominación de una nueva clase burocrática y más aún a los meros actos de un tirano[2], y que constituye sin dudas un «hecho social total», según la expresión de Marcel Mauss tan cara a Lefort. Es decir que se trata de un régimen donde todos los momentos de la experiencia social se reorganizan bajo la fantasía de la incorporación en un nuevo principio de unidad de lo social y de cierre de este sobre sí mismo. Finalmente, también es posible saber reconocer con él cómo ese proyecto de reunificación en un nuevo Uno es moldeado por contradicciones que impiden su realización. Sus análisis de los mecanismos que operan en la experiencia democrática no son menos fecundos para quien sabe leerlos. Pensemos así en su primer estudio sistemático de la democracia, «Sociología de la democracia» (1965)[3], donde distingue una modalidad de organización de lo social que se hace sentir tanto en el nivel político como en el económico, así como en la información y la personalidad. Del mismo modo, podemos retomar interrogantes en los que invita a utilizar «algunos conceptos que (según él) parecen regir toda referencia a la democracia»: los de «comunidad», «igualdad», «autonomía», «participación», «movilidad», «apertura» y «conflicto», para explorar el modo en que se ordenan los diferentes niveles de la experiencia. Digamos, para concluir, que sus reflexiones sobre el lugar central del conflicto en la democracia, así como aquellas sobre la «disolución de las referencias de la certeza» o sobre el poder como «lugar vacío», o finalmente aquellas sobre el «trabajo de desincorporación» entre el orden del Poder y el de la Ley, propio de las experiencias democráticas, siguen siendo guías para pensar el mundo que

1. C. Lefort: «Brèves réflexions sur la conjoncture actuelle» [1988] en *Le temps présent. Écrits 1945-2000*, Belin, París, 2007, p. 938.
2. Pensamos, evidentemente, en los textos reunidos en C. Lefort: *Éléments d'une critique de la bureaucratie* [1971], Tel Gallimard, París, 1979. [V. en español: «¿Qué es la burocracia?» en Oscar Oszlak (comp.): *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Paidós, Buenos Aires, 1984].
3. Texto reproducido en C. Lefort: *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, cit.

enfrentamos y del que al mismo tiempo somos parte[4].

Si queremos encontrar toda la fecundidad del pensamiento de Lefort y hacer justicia a su estilo de indagación, debemos retomar su relación con aquellos cuyas obras inspiraron la suya: Karl Marx y Maurice Merleau-Ponty, Maquiavelo y los historiadores filósofos del siglo XIX. Conviene, retomando sus palabras cuando mencionaba el aporte de Marx al estudio de la ideología, «más que adecuar nuestro pensamiento al suyo, es decir, en lugar de remitirnos a una verdad supuestamente establecida, buscar reabrir desde nuestro lugar, con nuestros modestos recursos, el camino que él abrió desde el suyo propio con una fuerza incomparable»[5]. Su obra se libera también de lo que él llama la ilusión común de esperar todo de los hechos o todo de la teoría. Tal como escribe en el mismo estudio, «cuando el pensamiento se ejerce sometiéndose a la exigencia del conocimiento, es del olvido, de la ilusión, del encuentro con otro pensamiento de donde emerge». Y precisa: «Nos gusta decir que vuelve a sí mismo, y que es necesario, pues, tener en cuenta esa extraña privación que se constata en el momento en que se afirma en posesión de sí mismo»[6]. En síntesis, debemos aprender a hacer con su obra lo que Lefort nos incita a hacer con la de Marx: no «someter [sus] hipótesis a verificación, confrontándolas con hechos históricamente establecidos». No se trata tampoco de las «hipótesis que podemos extraer de [su] obra». Nos ofrece, en cambio, «el poder de interrogar, porque su pensamiento no se deja reducir a las respuestas aparentes que llega a formular aquí y allá».

Una nueva coyuntura

La coyuntura política de comienzos del siglo XXI, en la cual debemos hoy orientarnos, se asemeja al parecer muy poco a aquella sobre la cual Lefort forjó su obra de pensamiento. El mundo en el que vivió fue sucesivamente el de la descolonización y el auge de la Guerra Fría, luego el de la convivencia pacífica y la nueva Guerra Fría. Fue, luego de las décadas de 1970-1980, el mundo del derrumbe del bloque soviético y la multiplicación de los regímenes democráticos en Europa y América Latina, así como en algunas partes de

4. Pueden encontrarse notables presentaciones de la obra de Lefort en Bernard Flynn: *Lefort y lo político*, Prometeo, Buenos Aires, 2008; Luciano Oliveira: *O enigma da democracia. O pensamento de Claude Lefort*, Jacintha Editores, San Pablo, 2010 y Hugues Poltier: *La pensée du politique de Claude Lefort*, Labor et Fides, Ginebra, 1997. Varias revistas dedicaron artículos a su obra: el número «L'inquiétude démocratique. Claude Lefort au présent» de *Esprit*, 1-2/2019; *Cadernos de Ética e Filosofia Política* vol. 1 Nº 32 y *Discurso* vol. 48 Nº 1, 2018; «Lefort un filósofo político» en *Metapolítica* Nº 97, Universidad Benemérita de Puebla, 2017.
5. «La naissance de l'idéologie et l'humanisme» en *Textures* Nº 6-7, 1973, reproducido en C. Lefort: *Les formes de l'histoire*, Gallimard, París, 1978, p. 239.
6. Ibíd., p. 247.

Asia y África. A estos últimos cambios se sumaron otros que les son coextensivos: el advenimiento de una nueva fase de la mundialización marcada por el crecimiento del paradigma neoliberal, las dudas frente al proyecto europeo acompañado por un rebrote de los nacionalismos y el advenimiento de un mundo actualmente multipolar marcado por el ascenso de China, convertida en una nueva gran potencia con pretensiones imperiales. Finalmente, el mundo en el que hoy vivimos es el de la crisis de un modelo de crecimiento que actualmente no puede ignorar las preocupaciones ecológicas, bajo pena de sufrir consecuencias climáticas catastróficas. Para muchos, los análisis de Lefort sobre el totalitarismo serían hoy obsoletos y solo tendrían, en el mejor de los casos, un valor histórico. Peor aún: la caída de la Unión Soviética, producto de sus contradicciones internas, pondría en tela de juicio la pertinencia misma de la reflexión sobre el totalitarismo. Del mismo modo, según algunos de sus últimos análisis acerca de los regímenes democráticos, Lefort habría omitido al mismo tiempo la connivencia entre los derechos humanos y los paradigmas neoliberales o el conformismo consumista que sería la otra cara de las democracias contemporáneas. Finalmente, a diferencia de Hans Jonas, Cornelius Castoriadis o Edgar Morin, Lefort no habría tenido conciencia alguna de la urgencia ecológica. Nadie duda de que estas observaciones están en parte fundadas. El totalitarismo ya no es la forma de los regímenes políticos de Europa del Este y de la Rusia de Vladímir Putin, ni de las repúblicas asiáticas de la ex-URSS. China y Cuba ya no tienen los mismos rostros que tenían con Mao Zedong o Fidel Castro. Del mismo modo, no cabe duda de que la expansión de los regímenes democráticos está acompañada por el desarrollo de un capitalismo financiero, así como por la toma de conciencia de una crisis ecológica. Sin embargo, para quien sabe retomar las preguntas que alimentan la obra de Lefort, estos temas parecen singularmente esclarecedores para pensar nuestro presente, se trate de las metamorfosis y las permanencias del totalitarismo, o de las mutaciones de la democracia moderna y sus nuevos cuestionamientos producto de las experiencias populistas.

Desaparición o mutación de los totalitarismos

Al observar las metamorfosis del bloque soviético, como la de China contemporánea o Cuba, la causa parecería clara. El totalitarismo comunista como «hecho social total», asociado a un partido único que encarna «el polo del saber y de la acción (...), partido que tiene como finalidad actuar bajo el efecto de una única voluntad y sin dejar nada fuera de su órbita, es decir, confundirse con el Estado

y la sociedad»[7], habría desaparecido. En ninguno de esos países existiría ya un partido capaz de consolidarse como el «poder social», «poder que circula a través de sus agentes (...) en todas las esferas de la burocracia que tiende a disolver las relaciones particulares». Los poderes ya no aparecen, a diferencia de lo que sucede en la experiencia democrática, como un «lugar vacío», sino que tomando la forma de un órgano que irriga al conjunto social, un órgano que reúne en su seno todos los saberes que fueron la característica de los regímenes totalitarios, lograron perdurar más en el tiempo. Del mismo modo, se habrían volatilizado las diferentes imágenes del pueblo-Uno combinadas con la de un poder-Uno, así como esas figuras de *egócratas* que fueron Iósif Stalin, Mao Zedong o Fidel Castro. No cabe duda de que las repúblicas que conformaron la URSS ofrecen hoy rostros que rompen con esas formas políticas, aun cuando en muchas de ellas gobiernen autócratas. Las mismas observaciones pueden hacerse a propósito de las antiguas democracias populares, incluso si en algunas, como Polonia o Hungría, surgieron fuerzas políticas que menoscaban muchos principios democráticos y reivindican un nacionalismo nativista. En cambio, al observar China y Cuba, Vietnam, Laos y, más aún, Corea del Norte, las formas totalitarias parecen perdurar, aun cuando, a excepción de Corea, los *egócratas* –cualquiera sea el papel sin duda preeminente de Xi Jinping– indudablemente desaparecieron. Pero ¿puede decirse sin embargo que estos regímenes le hayan dado la espalda al totalitarismo y hayan adquirido los rasgos de regímenes autoritarios y modernizadores? ¿No estamos más bien frente a formaciones sociales que recuerdan en muchos de sus rasgos lo que Lefort había distinguido en la URSS de Nikita Jrushchov, totalitarismos sin *egócratas*? Volvamos a su estudio publicado en 1956 en *Socialismo o barbarie*, «El totalitarismo sin Stalin»[8]. Allí señalaba con razón que la URSS de mediados de la década de 1950 ya nada tenía que ver con la URSS de los primeros tiempos de la colectivización y la industrialización. En ese entonces, el partido había no solo practicado una acumulación originaria de capital, sino realizado una «acumulación social». Así, había generado una nueva burocracia que había puesto en contacto a todos los sectores de la sociedad y, con las antiguas elites eliminadas, se había puesto al servicio de un proyecto de desarrollo económico que condujo al surgimiento de una sociedad totalmente nueva, extraída de las antiguas formas de sociabilidad tanto rurales como urbanas. El terror, constataba Lefort, había sido

7. C. Lefort: «La logique totalitaire» [1980], reproducido en *L'invention démocratique*, Fayard, París, 1981, p. 97. [Hay versión en español: *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990].
8. En C. Lefort: *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, cit., pp. 155-234.

uno de los motores de esa extracción de la antigua sociedad. Precisaba que el totalitarismo estalinista había tenido también un aspecto funcional. Ahora bien, señalaba, una vez completado ese proceso, el nuevo modo de división del trabajo, el desarrollo de técnicas copiadas del Occidente capitalista, requería un modo de adhesión a la sociedad que pasaba por la distribución de gratificaciones, así como por un nuevo tipo de mando. Comparaba el modo en que, a la manera de las fábricas de Ford, se había pasado de métodos de coerción brutal a un llamado a que los obreros y los técnicos descubrieran, retomando los términos soviéticos, «un interés vital en aumentar la productividad del wdictadura estalinista como «incompatible con el funcionamiento de una sociedad moderna».

Lefort observaba también el fantástico estremecimiento que había constituido el cuestionamiento de Stalin, incluso desde un punto de vista psicológico, por parte de Jrushchov. Sin embargo, no caía en absoluto en la teoría tan discutible de la «convergencia de los sistemas industriales». Señalaba, en cambio, en qué medida «el objetivo reafirmado a cada paso [había sido] la restauración de una unidad, tal como los diversos sectores de la vida social comunican efectivamente», ello siempre bajo la unidad de un partido que se presentaba como la encarnación de la sociedad. ¿No deben interpretarse en el mismo registro las mutaciones chinas tras la muerte de Mao, el desarrollo de un capitalismo estrechamente dependiente de la burocracia del partido, el nacimiento de un consumo masivo o una industria de la diversión, pero ello siempre en la órbita del partido y de la negación de toda escisión entre el Estado y la sociedad civil? ¿No pueden hacerse los mismos comentarios respecto de la apertura económica que se observa en Cuba y en el desarrollo del turismo convertido en una de las grandes fuentes de ingresos del país? En ambos Estados, el gran terror ya no es funcional; desempeñó su papel en China hasta después de la Revolución Cultural, y en Cuba durante los años 60.

Así, en China, subsiste un terror que apunta a los diferentes focos de oposición que surgieron: los abogados, los trabajadores que denuncian la explotación sin límites en las fábricas, los ciudadanos que piensan que tienen derechos. Y la represión a los opositores conserva indudablemente la marca de un rasgo central del totalitarismo. También persiste lo que Lefort denominó, no la destrucción de la ley, sino su «perversión», tal como lo muestra el estilo de los procesos que se siguen llevando a cabo contra los opositores en China o Cuba. Estos son llamados a fundirse en el Uno del partido y a abjurar de la idea de una sociedad civil independiente. Para las jerarquías de los partidos comunistas chino o cubano, la

sociedad civil solo se percibe bajo el registro de la figura del enemigo del pueblo y está condenada a desaparecer. Cabe señalar también que el terror de masas puede además resurgir cuando el partido necesita recuperar una imagen de unidad del pueblo y la nación, tal como lo demuestra hoy ampliamente la persecución contra los uigures.

Democracia, capitalismo y populismo

Para quien se pregunta por el devenir de la democracia en este comienzo del siglo XXI, el paisaje político parece particularmente complicado y bastante preocupante. Formuladas en la década de 1990, las previsiones muy optimistas sobre un futuro en adelante delimitado por un horizonte de relativa abundancia, en el que la democracia se reduciría a mecanismos de selección de elites gobernantes, encargadas de velar por un desarrollo armonioso del capitalismo, único sistema capaz de producir eficazmente riquezas, duraron mucho tiempo. Sin duda se asiste a un enriquecimiento innegable de los países más pobres, con notables excepciones en el continente africano, así como de las clases populares en los diferentes países del mundo. Pero, paradójicamente, la diferencia de ingresos entre las fracciones más ricas de los distintos países y el resto de las poblaciones siguió acentuándose[9] como consecuencia de la mundialización y el desarrollo del capitalismo financiero. Del mismo modo, si bien es indudable que cayeron numerosas barreras jerárquicas durante los últimos 30 años, esto no significa, sin embargo, que se haya impuesto un principio de similitud entre los seres humanos. Tal como lo señalaba Lefort a propósito de Brasil en los años 90, «la división burda ya no es nominable (...). Una vez que desaparece la noción de una desigualdad conforme a la naturaleza, que aparece incluso la de una igualdad civil, los excluidos se volvieron inclasificables. La sociedad es demasiado civilizada como para que se admita públicamente la práctica del suplicio a los miserables, a quienes ya no es posible eliminar abiertamente de las leyes; sin embargo, la masa de pobres, incultos, sin techo, es demasiado considerable como para que se los admita como semejantes»[10]. Se trate de Asia, África o de América Latina o de una parte de Europa, la indiferencia de la clase media y la clase alta respecto de la suerte de los habitantes de los barrios populares se volvió una norma de conducta. A lo que se suma no solo una nueva valorización del enriquecimiento en nombre de ideales meritocráticos e individualistas, sino una

9. V. al respecto la explicación de François Bourguignon: *La mondialisation de l'inégalité*, Seuil, París, 2012.
10. Estas líneas fueron extraídas de su prólogo al libro de Luciano Oliveira: *Imagens da democracia: os direitos humanos e o pensamento político de esquerda no Brasil*, Pindorama, Recife, 1996.

reinstalación de la moda del consumo suntuario y de la exclusividad de las elites económicas y políticas, deportivas, culturales o artísticas que se separaron de alguna manera del resto de la sociedad. Estas mutaciones y estas nuevas costumbres respecto de la riqueza no son solo transformaciones de hecho; dan cuenta, retomando una expresión de Lefort, de una nueva «puesta en sentido» de las desigualdades, en la que el ideal meritocrático y la valorización del sentido de las distinciones sociales, a través del consumo, menoscaban hoy los ideales igualitarios.

Estos nuevos credos se articulan en una nueva *doxa* socioeconómica que solo admite la legitimidad de la cuestión social con la condición de que las soluciones a esta se plieguen a las «exigencias de la realidad», todas subordinadas a las «leyes» de la economía. Todo sucede como si la capacidad para cuestionar el orden social y las modalidades del capitalismo, discutir su legitimidad, estuviera actualmente bajo sospecha, y ello por dos razones: los vínculos pasados entre una crítica del capitalismo de inspiración marxista-leninista y el totalitarismo y, finalmente, la institución de algunos principios de la economía liberal como fronteras infranqueables en el debate público. Se llega además allí a un punto límite, e incluso quizás a una forma de cuestionamiento, de lo que Lefort había distinguido como un momento esencial de la experiencia democrática: el trabajo de desincorporación del saber y el poder. En efecto, todo sucede como si la autoridad de la ciencia económica se encarnase desde la década de 1990 en instituciones nacionales o internacionales –el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial–, cuyos expertos serían autoridades incuestionables. Y es así como se observó el despliegue, a la sombra de este supuesto conocimiento, de una serie de «leyes» o «imperativos ineludibles» que parecen actualmente, en nombre de la eficacia, regir una reorganización de las diferentes esferas de la actividad humana; por supuesto, el campo de la economía o el de la administración pública, pero también el de la salud, la cultura o incluso la educación.

Sin embargo, estas mutaciones socioeconómicas no podrían reducirse a esos meros cuestionamientos de principios igualitarios y democráticos. Estos últimos 30 años significaron también el momento de aparición de numerosos movimientos sociales nuevos que dan cuenta de otras mutaciones y, en particular, de un nuevo sentimiento «del derecho a tener derechos», retomando la expresión de Hannah Arendt. Se trata, por supuesto, de los múltiples movimientos feministas u homosexuales, así como de las organizaciones antirracistas, algunos movimientos étnicos o regionalistas y los colectivos ecologistas. Pensemos también en los múltiples

movimientos sociales, que desbordan las organizaciones sindicales tradicionales y reivindican la democracia directa, que se oponen tanto a las deslocalizaciones y el cierre de fábricas como a las reformas de los servicios de salud, o a las del campo de la educación. Se trata también de múltiples movimientos de protesta en las dictaduras autoritarias o populistas de los países del Sur, o incluso en los regímenes totalitarios. Todos dan cuenta de un nuevo sentido del espacio público, así como del surgimiento de la voluntad de encontrar nuevas modalidades de representación de intereses o de sectores que durante mucho tiempo se mantuvieron en los márgenes de la escena política. Sin embargo, tanto en las viejas democracias representativas como en los países del Sur, estos movimientos fueron muy poco capaces de encontrar salidas en la escena política. En efecto, a excepción de los ecologistas en Europa, tuvieron dificultades para agruparse y formar nuevos partidos. Tampoco lograron renovar los antiguos partidos de izquierda. Porque si bien la izquierda socialdemócrata supo en parte acoger los reclamos de los movimientos feministas y homosexuales, así como los de los movimientos antirracistas, fue muy reacia a satisfacer las demandas que cuestionan la nueva *doxa* económica de la mundialización. Los partidos progresistas de América del Norte no tuvieron menos dificultades, desde ese punto de vista. Como consecuencia de ello, la izquierda está dividida y se muestra impotente frente a la mundialización del capitalismo. Por un lado, una izquierda reformista, muy por debajo de los objetivos de Bad Godesberg[11], que suele hacer oídos sordos a los déficits de la representación política clásica y con dificultades para oír los múltiples reclamos populares. Frente a ella, se desarrollaron diferentes nuevos movimientos sociales. Si bien algunos se afirman inmediatamente como «especializados y con vocación temporal»[12] y pretenden revitalizar la democracia representativa e interpelar las políticas, otros no renunciaron en absoluto a la construcción de vanguardias y aspiran a una convergencia de luchas, susceptible de conducir a la conformación de un nuevo tipo de partido revolucionario. Más aún, llaman a romper con el modo de producción capitalista y son a veces muy ambiguos en sus relaciones con la democracia representativa. Su falta de críticas e incluso su fascinación por los neopopulismos latinoamericanos dan cuenta de estas ambigüedades.

Es respecto a estas tensiones que atraviesan la izquierda donde las reflexiones de Lefort, en mi opinión, recuperan una nueva forma de actualidad

11. Localidad donde se reunió el congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania que, en 1959, marcó el abandono del marxismo y la aceptación de la economía de mercado [N. del E.].
12. La expresión es de Pierre Pachet: «Les comités de défense, l'opinion et les médias» en Michel Wiewiorka: *Raison et conviction: l'engagement*, Textuel, París, 1998.

y ofrecen pistas para salir de los falsos dilemas entre defensa del *statu quo* y revolución. Interrogándose en 1989 sobre los lazos entre democracia y representación, el autor hacía una observación que no perdió nada de actualidad: «No podría existir una verdadera representación, aun cuando se admita la competencia de los partidos, si el juego político se encuentra circunscripto a una elite y escapa a la inteligencia y la capacidad de intervención de aquellos que esperan que su destino cambie»[13]. Señalaba también que si la representación política es «deficiente, es decir, solo atañe a un número reducido, entonces la reconstrucción de los partidos y de un Parlamento solo puede tener pocos efectos en la realidad». Estas primeras constataciones lo llevaban a formular una segunda observación sobre la necesidad de «conciliar la idea de la fragmentación de los reclamos, y de formas múltiples y a veces espontáneas de representación, con la idea de la formación de una verdadera escena política». ¿Rechazaba, sin embargo, la democracia representativa y lo que se denomina democracia formal, en beneficio de un sistema autogestionario que reduce a la mínima expresión las instituciones políticas, o pensaba que la administración del Estado podía ser lisa y llanamente restituida a la sociedad civil y sus emanaciones? En absoluto: señalaba que la democracia establecía una distinción entre el Estado, gran maquinaria administrativa, y el poder político, concebido como un «lugar vacío». Este poder político, tanto los poderes Ejecutivo como Legislativo –precisaba–, constituyen «un sistema móvil que supone la reconstrucción periódica de los órganos de decisión y deliberación públicos». Lefort veía allí un sistema que impedía «que se abatiera sobre las personas una potencia única capaz de decidir sobre todo y encarnar la Nación». Agregaba, finalmente, que «en cambio, la tentación del populismo es hacer que el gobierno y el Estado se vuelvan y parezcan casi una misma cosa». En síntesis, invitaba a considerar esencial y fecunda la distinción entre el Estado, el poder y la sociedad civil. En efecto, esta distinción parece esencial para preservar ese trabajo perpetuo de separación entre los polos del poder y de la ley, así como entre estos y el del saber, trabajo propio de la experiencia democrática; separación que pretenden cuestionar, cada uno a su modo, tanto los defensores de un liberalismo doctrinario como los de un populismo deseoso de instituir una coincidencia entre el poder social y el poder político.

Se trata de conceptos que conviene acercar a sus reflexiones sobre el conflicto, que para Lefort está en el corazón de la experiencia democrática. Se sabe que fue en el encuentro

13. En C. Lefort: «Démocratie et représentation» [1989] en *Le temps présent*, cit., pp. 611-624.

con Maquiavelo donde el autor se distanció en parte de la enseñanza marxista sobre la lucha de clases. Tal como lo había explicado en el marco de una entrevista publicada en el posfacio de la edición española de su gran obra sobre Maquiavelo, «toda Ciudad se ordena en función de la disposición de la división entre la instancia del gobierno y de los gobernados y entre la facción de los dominantes –los Grandes– y la masa de los dominados –el pueblo–». Pero, a diferencia de Marx, Maquiavelo «entiende la división social como constitutiva de la sociedad política y, por lo tanto, como insuperable»[14]. Según Lefort, Maquiavelo fue también uno de los primeros en no ver el conflicto como el comienzo del declive, sino en comprender cómo la permanencia y la grandeza de Roma se debieron a su capacidad para acoger el conflicto entre la plebe y el Senado. Maquiavelo entendió también que «los tumultos, con tal de que sean suscitados por el deseo de libertad del pueblo, son buenos». Sin embargo, continúa, Maquiavelo nos enseña a deshacernos de todo fetichismo, el de la grandeza perdida de Roma como figura de la buena sociedad finalmente instituida, el del pueblo como depositario de la ley.

> Pone el acento en la fecundidad del conflicto (…). Así, la resistencia del pueblo, es más, sus reivindicaciones, son la condición de una relación fecunda con la ley que se manifiesta en la modificación de las leyes establecidas (…). El pueblo no es, por tanto, una entidad positiva, y la libertad no es definible en términos positivos. La libertad está ligada a la negatividad en el sentido de que implica el rechazo de la dominación.[15]

Son estas observaciones formuladas en el ocaso de su vida lo que es necesario tener en mente cuando leemos sus reflexiones sobre el capitalismo, reflexiones que algunos leyeron con demasiada pereza como una defensa del *statu quo*. Por supuesto, Lefort señala que la experiencia del capitalismo y el propio capitalismo moldean toda una parte, una gran parte, de nuestra vida social. Así, observaba que «el auge de la técnica (desde luego ligado al desarrollo del capitalismo) no deja de transformar la relación de cada uno con la naturaleza y con los demás». Precisaba que «debemos comprender que existe una parte de necesidad en el funcionamiento de la sociedad». Y agregaba: «esta necesidad, cuyos límites sin duda nunca podemos apreciar exactamente, ya que finalmente no es una necesidad por naturaleza, acontece». Para él, la democracia tenía una «afinidad» con el capitalismo:

> Es un hecho que la autonomía relativa de la sociedad civil y la expansión de las libertades individuales están en estrecha connivencia con la nueva organización económica. Pero una cosa es reconocer

14. «La ciudad dividida y el sentido del republicanismo» en C. Lefort: *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Trotta, Madrid, 2010, p. 568.
15. Ibíd., p. 569.

esta afinidad y otra comprender que la democracia, debido a sus principios, a la articulación que establece entre los derechos políticos y sociales, se enfrenta a la exigencia de corregir los efectos del capitalismo, y que no puede dejarse que el interés público se disuelva en el juego de los intereses privados.[16]

En síntesis, si es conveniente leer o releer a Lefort, no es para encontrar allí fórmulas hechas que nos permitan juzgar tiempos presentes o pasados, o incluso hacer de sus reflexiones sobre la democracia o el totalitarismo fragmentos de un saber positivo que deberíamos perfeccionar. Debemos aprender a retomar su modo de cuestionamiento para encontrar nuestro propio camino para explorar tanto el presente como el pasado. Si vale la pena recorrer su obra, es porque tiene el poder de ayudarnos a hacer nuestra experiencia del mundo y nos permite orientarnos en él.

16. C. Lefort: *Le temps présent*, cit., p. 623.

Summaries ■ *Resúmenes en inglés*

José Natanson: Argentina: Elections in Times of *Grieta* [4516]

Argentina entered the electoral year plunged into a deep economic and social crisis, and with the International Monetary Fund (IMF) monitoring public accounts. On top of the economic turmoil, the political scenario has tumbled as a result of Cristina Fernández de Kirchner´s unexpected decision to shift towards the center by nominating Alberto Fernández as the head of Kirchnerism's presidential ticket and proposing herself for the Vicepresidency. Will this strategy be effective in overpowering Mauricio Macri's efforts to polarize voters against a «return of the past» and the «Kirchnerist populism»? *Keywords: Crisis,* Grieta, *Kirchnerism, Cristina Fernández de Kirchner, Mauricio Macri, Argentina.*

Selim Nadi: Decentralize the West… How?: An Interview with Thomas Brisson [4517]

Keywords: Intellectuals, Modernity, Postcolonial Studies, Transnationality, West.

Richard Seymour: «Oh, Jeremy Corbyn…»: The Left-Turn of British Labourism [4518]

Jeremy Corbyn's 2015 victory caused a shift to the left in the Labour Party. In these years, Corbyn has managed to overcome the efforts of the parliamentary wing to regain party control and attracted new generations with a more combative discourse. Although there are many obstacles, Corbynism has become a political and cultural movement with effects outside of Labour and has challenged the power of the conservative political and media machinery. *Keywords: Left, Jeremy Corbyn, Labour Party, United Kingdom.*

Renato Miguel do Carmo / André Barata: Portugal: Has Social Democracy a Future? [4519]

The Portuguese Left has managed to establish a political agreement by which a socialist government could be formed with the support of the Communist Party and the Left Bloc.

It is a novel experience, centered on the program and not on the distribution of positions (the allies are not part of the government), which has managed to reverse the crisis and austerity policies and launch a heterodox economic project. *Keywords: Austerity,* «Jerigonza», *Social Democracy, European Union, Portugal.*

Patrick Iber: The Socialist Resurgence in the United States [4520]

In recent times, the term «socialism» has gained unprecedented popularity in the United States, especially among young people. Beyond the multiple meanings of this signifier, often associated with a European-type welfare State, the truth is that the American Left shows a renewed vitality and new figures are transforming the political landscape, Congress, and the media. With one foot in and one outside the Democratic Party, a variety of currents are building a Left that is renewed and close to the «common people». *Keywords: Left, Socialism, Democratic Party, Democratic Socialists of America (DSA), Alexandra Ocasio-Cortez, Bernie Sanders, United States.*

Nicolas Allen: United States Socialism and the «Left Wing of the Possible»: An Interview with Bhaskar Sunkara [4521]

Keywords: Democratic Socialism, Alexandra Ocasio-Cortez, Bernie Sanders, Jacobin*, United States.*

Göran Therborn: The End of Sweden's Social Democratic Dream? [4522]

Swedish Social Democracy is in a moment of retreat. Although it managed to maintain power in the elections at the end of 2018, in alliance with center parties, the model of equal welfare State has been receding, the economic counter-reform has been strengthened, inequalities have increased, and the nationalist and xenophobic extreme Right has capitalized on some of the social discontent. However, the Left remains a significant force, although it needs new energy, new ideas, and a renewed dose of radicalism in its veins. *Keywords: Inequality, Social Democracy, Welfare State, Sweden.*

Gerardo Caetano: The Left and the «Democratic Confusion» [4523]

The turn to the right in Latin America tends to threaten the stability of the already checked democracies of the continent. However, the authoritarian drifts have also come from the experiences of some governments labeled as «progressive», strongly challenged by the exhaustion of their models and popular clamor. The Latin American Left is again questioned in depth by the «democratic question». In this context, the very concept of democracy is again in question. *Keywords: Democracy, Left, Popular Sovereignty, Right, Latin America.*

Noam Titelman: Chile's New Left [4524]

After two decades of transition, commanded by a center-left alliance that had as pillars Socialists and Christian Democrats, a new Left emerged in Chile, a product largely of student mobilizations in 2011, which was mainly articulated in the Frente Amplio (FA). This new Left is as much a product of the

failures as of the successes of the policies of recent years, which have led to profound changes in society and have allowed to see the outstanding debts, especially in terms of inequalities and privatization of social life.
Keywords: Inequality, New Left, Transition, Concertación, Chile.

Samuele Mazzolini: The Bet on a Left-Wing Populism: An Interview with Chantal Mouffe [4525]

Keywords: Agonism, Hegemony, Left-Wing Populism, Right-Wing Populism.

Ivan du Roy: Why and How to Turn the Financial Markets into the New Focus of Socialism: An Interview with Michel Feher [4526]

Keywords: Financial Markets, «Invested», Left, Neoliberalism.

Gilles Bataillon: Claude Lefort, Thinker of the Political [4527]

The work of Claude Lefort constructs a reflection on the political in which the philosopher renounces the place of absolute knowledge. In his work, he forged a political thought that was never conceived as a separate or specific field of human activity (politics), but as a modality of giving «form» and «meaning»to the social. If his ideas are relevant today, it is because they allow for thinking both about the transformation of totalitarian regimes and about the relations between democracy, capitalism, and populism.
Keywords: Democracy, Inequality, Politics, Totalitarianism, Claude Lefort.

AMÉRICA LATINA HOY
Revista de Ciencias Sociales

Diciembre de 2018 Salamanca Vol. 80

ACTIVISMO TRANSNACIONAL: **Presentación, Secretaría de Redacción ALH.** La dimensión transnacional de la izquierda armada, **Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán.** Reformar la seguridad en América Latina. Cartografía de la red transnacional de la seguridad ciudadana, **Nordin Lazreg.** Movilización sociolegal transnacional. Extractivismo y Derechos Humanos en América Latina, **Sandra Hincapié.** La transnacionalización de la resistencia a la minería en Tambogrande y Pascua Lama, **Maritza Paredes.** Redes que rejuvenecen: el caso del Tribunal Permanente de los Pueblos «Capítulo México», **Anaïs Varo Barranco y Salvador Martí i Puig.** VARIA: La pesada herencia de la dependencia. Competencia capitalista y ganancias extraordinarias en Argentina (2002-2015), **Emiliano López y Facundo Barrera Insúa.** La transparencia de los municipios de Ecuador en sus sitios web: metodología y resultados, **Pedro Molina Rodríguez-Navas y Narcisa Jessena Medranda Morales.** INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA.

Disponibles a texto completo todos los artículos de *América Latina Hoy* en <www.americalatinahoy.es>.

América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales *es una publicación cuatrimestral del Instituto de Iberoamérica con Ediciones Universidad de Salamanca.*

revista cidob d'
afers internacionals

Abril de 2019 Barcelona Nueva época Nº 121

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ: COLOMBIA COMO ESPEJO INTERNACIONAL
Coordinado por Farid Samir Benavides y Sandra Borda

ARTÍCULOS: **Farid Samir Benavides y Sandra Borda,** Introducción: el Acuerdo de Paz entre el Gobierno colombiano y las FARC-EP o la paz esquiva. **Laura García Restrepo,** La diplomacia rebelde de las FARC-EP en el proceso de paz de Colombia. **Liliana Zambrano Quintero,** La reincorporación colectiva de las FARC-EP: una apuesta estratégica en un entorno adverso. **Eduardo Sánchez Iglesias y Vicente Sánchez Jiménez,** El enfoque territorial en el proceso y el Acuerdo de Paz colombianos. **Catalina Acosta Oidor, Cristhian Uribe Mendoza, Johanna Amaya Panche, Alexander Idrobo Velazco, Felipe Aliaga Sáez y Diego Alejandro Ballén Velásquez,** Reconciliación y construcción de la paz territorial en Colombia: el caso de la comunidad nasa. **Dhayana Carolina Fernández Matos y María Nohemí González-Martínez,** La paz sin las mujeres ¡No va! El proceso de paz colombiano desde la perspectiva de género. **Manuela Trindade Viana,** Reorganizando la violencia: la «historia de éxito» colombiana y los límites del discurso del posconflicto. **Rafael Grasa,** Construir paz en Colombia: reforma del sector de seguridad y violencia directa no política. OTROS ARTÍCULOS: **Gerardo Caetano, Camilo López Burian y Carlos Luján,** Liderazgos y regionalismos en las relaciones internacionales latinoamericanas. **María del Pilar Álvarez,** Militancia diaspórica: el ciclo de acción colectiva de apoyo a las «mujeres de confort» en Europa y EEUU (2015-2016). RESEÑAS DE LIBROS.

Revista CIDOB d'Afers Internacionals *es una publicación académica cuatrimestral de relaciones internacionales y desarrollo de la Fundación CIDOB, c/ Elisabets, 12 - 08001 Barcelona, España, Tel. (+34) 93 302 6495. Se edita en formato impreso y digital. Página web: <www.cidob.org/publicaciones/(filter)/53216>.*

REVISTA BRASILEIRA
DE CIÊNCIAS
SOCIAIS
RBCS

2019 San Pablo Vol. 34 Nº 99

ARTÍCULOS: O caboclo forte tupinanbá: aparelhagem sonora, agência e religião em Belém do Pará, **Antonio Mauricio Costa**. A dependência reconstruída: a trajetória do escravo Felício no Oeste Paulista (1847-1920), **Rogerio da Palma y Oswaldo Tuzzi**. As dinâmicas do mercado ilegal de cocaína na tríplice fronteira entre Brasil, Peru e Colômbia, **Luiz Fábio S. Paiva**. Labirínticas: Veneza como empiria para uma razão cega, **Rogerio Proença Leite**. Discriminação de cor e preconceito racial. Talcott Parsons e Hebert Blumer a partir das relações raciais dos Estados Unidos, **Jefferson Belamino de Freitas**. Áreas protegidas, populações tradicionais da Amazônia e novos arranjos conservacionistas, **Ana Tereza Reis da Silva**. Políticas Públicas e suas pós-vidas: merecimento e cidadania habitacional no Brasil da mobilidade social, **Moisés Kopper**. «Egressas» de serviços de acolhimento e a invenção de novas possibilidades de vida, **Fernanda Cruz Rifiotis**. A construção leal-institucional da resolução negociada do conflito no Brasil, **Rodrigo Nuñez Viégas**. RESEÑAS.

Revista Brasileira de Ciências Sociais (RBCS) *es una publicación cuatrimestral de la Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs), Av. Prof. Luciano Gualberto, 315, Cidade Universitária, CEP 05508-010, São Paulo, SP. Tel.: (11) 3091.4664. Fax: (011) 3091.5043. Correo electrónico: <rbcs@anpocs.org.br>. Página web: <www.anpocs.org.br>.*

Alemania: F. Delbanco, Tel.: (49 4131) 2428-8, e-mail: <post@delbanco.de>.
Argentina: Distribuidor: Jorge Waldhuter, Pavón 2636, Buenos Aires, Tel./Fax: 6091.4786, e-mail: <jwalibros@ciudad.com.ar>. Librerías, Buenos Aires: Waldhuter La Librería, Av. Santa Fe 1685, Tel.: 4812-6685.
Bolivia: en La Paz: Yachaywasi, Tel.: 2441.042, e-mail: <yachaywa@acelerate.com>, Fax: 244.2437.
Colombia: Librería Fondo de Cultura Económica, Calle 11 No. 5-60, Barrio La Candelaria, Bogotá, Colombia. Tel.: (571) 2832200, e-mail: <libreria@fce.com.co>.
Costa Rica: Librería Nueva Década, Tel.: (506) 2225.8540, e-mail: <ndecada@ice.co.cr>.
Ecuador: LibriMundi, Tel.: (5932) 252.1606, 223.4791, e-mail: <librimu1@librimundi.com.ec>.
España: Marcial Pons-Librero, Tel.: (34 914) 304.3303, e-mail: <revistas@marcialpons.es>.
Guatemala: F&G Libros de Guatemala, 31 avenida "C" 5-54, zona 7, Colonia Centro América, 01007 Guatemala, Tel.: (502) 2433 2361 (502) 5406 0909, e-mail: <informacion@fygeditores.com>.
Japón: Italia Shobo, Fax: 3234.6469; Spain Shobo Co., Ltd., Tel.: 84.1280, Fax: 84.1283, e-mail: <info@spainshobo.co.jp>.
Nicaragua: Instituto para el Desarrollo y la Democracia (Ipade), Km 9 1/2 carretera a Masaya, Tel.: 276.1774 (Ext. 8), Apartado Postal 2438, e-mail: <comunicacion@ipade.org.ni>.
Perú: El Virrey, Bolognesi 510, Miraflores, Lima, Tel.: 444.4141, e-mail: <info@elvirrey.com>.
Puerto Rico: en Río Piedras: Compañía Caribeña de Libros, Tel.: (1-787) 297.8670, e-mail: <cclibros@yahoo.com>.

Ventas y consultas por Internet:
<www.nuso.org>

Distribución internacional a librerías:
<distribucion@nuso.org>

PARA SUSCRIBIRSE A NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIÓN	ANUAL	BIENAL
Incluye flete aéreo	**6 números**	**12 números**
América Latina	US$ 70	US$ 121
Resto del mundo	US$ 107	US$ 196
Argentina	$ 900	$ 1.800

> **Formas de pago**

1. Pago online: Ingrese en <http://www.nuso.org/suscribe.php>, donde encontrará un formulario para registrar su pedido y efectuar el pago.

2. Pago con tarjeta de crédito vía postal: Complete el cupón incluido en la revista y envíelo por correo a: Nueva Sociedad, Humberto Primo 531, C1103ACK Buenos Aires, R. Argentina.

3. Pago con cheque: Envíe un cheque por el importe correspondiente a la orden de Fundación Foro Nueva Sociedad a la siguiente dirección: Nueva Sociedad, Humberto Primo 531, C1103ACK Buenos Aires, R. Argentina, acompañado de los datos del suscriptor (nombre, domicilio postal completo, teléfono, correo electrónico).

> Para otros medios de pago y cualquier otra consulta, escriba a <distribucion@nuso.org>.

ENERO-FEBRERO 2019 **279**

EL FUTURO DEL TRABAJO
Mitos y realidades

COYUNTURA
Fernando Rosso. La enigmática supervivencia política de Mauricio Macri
Carmelo Mesa-Lago. El «enfriamiento» de la economía cubana

TRIBUNA GLOBAL
Ulrich Brand / Markus Wissen. Nuestro bonito modo de vida imperial. Cómo el modelo de consumo occidental arruina el planeta

TEMA CENTRAL
Joan Subirats. ¿Del poscapitalismo al postrabajo?
Víctor Figueroa. ¿Hacia el fin del trabajo? Mitos, verdades y especulaciones
Uta Dirksen. Trabajo del futuro y futuro del trabajo. Por una transición progresista
Luca Sartorio. ¿Qué sabemos (y qué no sabemos) sobre el futuro del trabajo?
Alyssa Battistoni. Luces y sombras del ingreso básico universal
Fernando Isabella. ¿Qué hacer? Trabajo, tecnología y regulación social
Francesca Bria. Ingreso básico y precariedad laboral en la economía de los robots
Dani Rodrik. Trabajo y desarrollo humano en un mundo desindustrializado
Sofía Scasserra. El despotismo de los algoritmos. Cómo regular el empleo en las plataformas
Éric Sadin. La inteligencia artificial: el superyó del siglo XXI
Luis Moreno. Robotización, neofeudalismo e ingreso básico universal
Yves Citton. Ralentizar o acelerar. Algunos dilemas de las izquierdas del siglo XXI.

SUMMARIES

MARZO-ABRIL 2019 **280**

EL NUEVO EVANGELISMO POLÍTICO

COYUNTURA
Tomás Straka. 20 años de chavismo: el quiebre del «Estado mágico»

TRIBUNA GLOBAL
Eduardo Febbro. «Los 'chalecos amarillos' se desarrollaron en un desierto político». Entrevista con Michel Wieviorka

TEMA CENTRAL
Pablo Semán. ¿Quiénes son? ¿Por qué crecen? ¿En qué creen? Pentecostalismo y política en América Latina
Alejandro Frigerio. La experiencia religiosa pentecostal
Ari Pedro Oro / Marcelo Tadvald. Consideraciones sobre el campo evangélico brasileño
Lamia Oualalou. Los evangélicos y el hermano Bolsonaro
María Pilar García Bossio. Pentecostalismo y política en Argentina. Miradas desde abajo
Cecilia A. Delgado-Molina. La «irrupción evangélica» en México. Entre las iglesias y la política
Miguel Ángel Mansilla / Luis Orellana Urtubia. Itinerarios del pentecostalismo chileno (1909-2017)
Abraham Jiménez Enoa. Dios y el «diseño original». La cruzada evangélica contra el matrimonio igualitario en Cuba
Eliza Griswold. El silencio no es espiritual. El movimiento #MeToo evangélico
Jean-Jacques Kourliandsky. Democracia, evangelismo y reacción conservadora
Mariela Mosqueira. Dios y rock & roll. Cómo el evangelismo transformó el rock
Ruth Maclean. Comer, rezar, vivir. Las megaiglesias de Nigeria construyen sus propias ciudades.

ENSAYO
Enzo Traverso. Interpretar la era de la violencia global.

SUMMARIES

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

JULIO-AGOSTO 2019 **282**

América Latina: ¿democracias de baja intensidad?

www.nuso.org

Mayo-Junio 2019

COYUNTURA

José Natanson Argentina: elecciones en tiempos de grieta

TRIBUNA GLOBAL

Selim Nadi Descentrar Occidente… ¿cómo? Entrevista a Thomas Brisson

TEMA CENTRAL

Richard Seymour «Oh, Jeremy Corbyn…». El giro a la izquierda del laborismo británico
Renato Miguel do Carmo / André Barata Portugal: ¿una socialdemocracia con futuro?
Patrick Iber El resurgimiento socialista en Estados Unidos
Nicolas Allen El socialismo estadounidense y la «izquierda de lo posible». Entrevista a Bhaskar Sunkara
Göran Therborn ¿El fin del sueño socialdemócrata en Suecia?
Gerardo Caetano Las izquierdas y la «confusión democrática»
Noam Titelman La nueva izquierda chilena
Samuele Mazzolini La apuesta por un populismo de izquierda. Entrevista a Chantal Mouffe
Ivan du Roy Mercados financieros: el nuevo foco de las luchas sociales. Entrevista a Michel Feher

ENSAYO

Gilles Bataillon Claude Lefort, pensador de lo político

9 770251 355013 00281